

SUSANA ORO

Más allá
de las

estrellas ★★

Más allá de las estrellas

Susana Oro

Susana Oro

Ciudad de Córdoba – Argentina

2014

1ª edición

DNDA N° 5037571

Imagen de portada: Daniel Król (página 123rf) - Jevgenij

Nikiforov (página Dreamstime)

Copyright © 2012 por Susana Oro

Todos los derechos reservados

A Ester, mi madre.

Te fuiste más allá de las estrellas al día siguiente de terminar esta novela.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

BIOGRAFÍA

PRÓLOGO

Si lograba subsistir y alguna vez alguien le pedía que relatara su peor experiencia de vida, sin dudar lo diría: alcanzar la cima del Aconcagua. La muerte estaba al acecho, persiguiéndola a cada paso que avanzaba. Ya no había fuerzas, tampoco sueños, solo esperar que el cerro se cobrara una vida más: la de ella.

Las estrellas, sus protectoras incondicionales, brillaban en el cielo y ni siquiera las veía con nitidez. A veces levantaba la vista para sentir la emoción de estar alcanzando un sueño, ¡qué lejano estaba!

Los vientos del Pacífico arreciaban,

empujaban, hacían perder el equilibrio. No tenía aire y por momentos creía que las piedras eran personas mirando su agonía.

Iba última en la larga caminata que el grupo había emprendido hacía la cima, trepando el sitio denominado Portezuelo del Viento. Ya se había caído tres veces y tenía ganas de quedarse allí, dormirse y dejar que todo terminara en un sueño eterno donde ella por fin alcanzaba las estrellas.

Nunca creyó que la muerte perseguía a la gente, pero ahora la tenía detrás, siguiéndola a pasos rápidos, como si cada vez estuviera más cerca. Ya la alcanzaba.

Vivencias de Ana Marco

CAPÍTULO 1

Un hombre no escribe un diario para recordar momentos del pasado. Tampoco revive ni resucita instantes perdidos. Esos son sentimentalismos de mujeres. Un hombre es duro y áspero como las rocas de las montañas; no llora, no siente, no espera. Un hombre no ve en la neblina de sus pensamientos a la mujer de su vida caminar entre los árboles; triste, desorientada y afligida. No espera recuperar lo que en un tiempo fue suyo. No añora los momentos felices que dejó atrás cuando se marchó de su casa, de su vida y de su corazón. Nada de eso hace un hombre, se dijo Miky

Martin mientras miraba desde el ventanal de su casa las estrellas brillar en el cielo.

Así comenzaba la novela que culminaría con la trilogía que en absoluta reserva y bajo el seudónimo de Ringo Arias, estaba escribiendo el diseñador de moda Alex Alvear.

Tan distinta de su vida, se dijo Alex, quien al igual que su personaje de ficción estaba mirando desde el ventanal de su casa de montaña los millones de estrellas que brillaban en el cielo. “Tal vez tú también las estás mirando, mi querida Ana”, se dijo, y regresó en pensamientos al pasado.

El día en que Alex Alvear conoció a Ana Marco tenía quince años. Ella estaba parada sobre el camino empedrado que avanzaba hacia el ingreso de la casa de Laura y Mario Otamendi.

El matrimonio Otamendi había criado a cuatro niños varones sin familia. Uno de ellos era Alex Alvear, quien en esos momentos estaba parado en la galería de la casa mirando con curiosidad a esa niña de rostro hermoso y mirada desconfiada.

La niña seguía parada en el ingreso, como esperando que la invitaran a entrar. Alex calculó que tendría unos siete años de edad porque era muy pequeña, aunque ella más tarde aseguró tener diez. Tenía un yeso en el brazo izquierdo, varios moretones en las piernas flacas y algunos cortes en la cara. Las ropas sucias eran señal de que no la atendían, y la mirada atenta a sus movimientos le hacía suponer que se mantenía en alerta, como a la espera de defenderse de un ataque. Estaba tan lastimada que parecía haber resurgido de los escombros luego de un terremoto. Pero, a pesar de la apariencia y su escaso tamaño, ella trataba de

mostrarse valiente porque tenía la mano derecha en la cadera, la barbilla en alto y las piernitas separadas.

Era graciosa y muy bonita a pesar de los golpes y esa ropa de chico que no la favorecía. Alex no pudo evitar sonreírle. Llevaba puesto un pantalón corto tan ancho que parecía una falda acampanada, calcetines con los elásticos vencidos que le caían a los tobillos, zapatillitas de lona gastada, y una camiseta que había perdido el blanco y la forma muchos lavados atrás. Parecía no darse cuenta de su aspecto, y Alex tenía ganas de echarse a reír porque ella lo miraba con la altivez de una reina.

Alex bajó los cinco escalones de la galería y caminó cansinamente hacia ella para no asustarla y de paso demostrarle falta de interés, aunque por dentro miles de preguntas pujaran por salir. ¿Quién

eres?, ¿qué quieres?, ¿quién te ha dejado en ese estado?, ¿cómo has llegado hasta acá?, pero nada de eso dijo y arqueó las cejas cuando la reina altiva se escondió tras un árbol. Otra vez sonrió al comprender que la aparente altanería no era más que un arma de defensa. Ella estaba asustada, tan asustada que desde el tronco asomaba la cabeza para no perderle pisada. El cabello enmarañado era de un color miel clara y los ojos de un ámbar tan cristalino que se transparentaba el alma cuando miraba.

Tras él sintió las risas burlonas de Alan y Leo, los mellizos de trece años que Mario había traído a la casa cinco años atrás. “Nadie quería tenerlos a los dos, por eso me los traje, Laura”, se justificaba Mario porque sabía que niños grandes eran un reto para Laura, que había tenido que criar a Sergio, el mayor de ellos, cuando ya tenía ocho

años y todas las mañas y rebeldías por haberse criado en las calles.

El único que no había sufrido una infancia desdichada había sido Alex. Su madre había muerto cuando él tenía cinco años, y en el lecho de muerte le había suplicado a Mario que se casara con Laura para que Alex se criara en el seno de una familia amorosa.

Así se había formado la familia Otamendi, con un rejunte de chicos rescatados de distintos lados.

Diez años habían pasado desde el día en que Laura y Mario se casaron para darle a Alex un hogar lleno de amor y comprensión. Dos personas jóvenes, demasiado jóvenes para tener hijos tan grandes.

Y en ese momento, Alex miraba a esa niña maltratada y hermosa, que seguramente se había enterado de la generosidad de los Otamendi y se

había arriesgado a pedir que la acogieran en el seno de la familia.

La niña arqueó las cejas y se tapó la boca con la mano derecha para ocultar las risas. Alex se giró y vio que Sergio había levantado a los mellizos del cuello de la camisa para borrarles las risas burlonas.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres? —preguntó Sergio a la niña mientras bajaba las escaleras arrastrando del cuello de la camisa a sus hermanos de crianza.

Ella otra vez se ocultó tras el árbol, aunque el sonido de su risa cortó el silencio del campo. Volvió a asomarse y vio que los dos niños iguales estaban sentados en el piso; seguramente el más grande los había dejado caer, se dijo.

Ana retrocedió varios pasos al ver que todos

los chicos se acercaban como en tropel, aunque dos de ellos eran bastante altos por lo que dedujo que no eran tan chicos. Uno era el que tenía los ojos azules y no había dejado de sonreír desde que se había parado en la galería. El otro, el de los ojos negros, era el que había levantado de la ropa a los que se burlaron de ella.

—Yo soy Alex, él es Sergio y los dos iguales son los mellizos Alan y Leo —dijo Alex, que era el que tenía los ojos azules, y señaló a sus hermanos de crianza—. Y tú, niña altanera, ¿quién eres? —preguntó sin dejar de caminar hacia ella, que no dejaba de retroceder.

Pero Ana había perdido la lengua y el valor al ver que los cuatro la acorralaban contra el alambre perimetral que separaba los campos de la calle de tierra por donde había venido. Intentó agacharse para pasar por debajo del alambrado, pero la púa

se le enganchó en la remera y vio de refilón que el que se llamaba Alex y tenía los ojos azules la elevaba del suelo como si fuera una lagartija.

Ella pataleó, pero no logró que la soltara, por el contrario, Alex, con una facilidad asombrosa se la cargó al hombro y caminó con ella hacia la casa.

En ese instante, Mario estacionó la camioneta y Laura se bajó dando un portazo al ver la escena que se desarrollaba en el jardín de su casa. Alex cargaba a una niña golpeada como si fuera un saco de papas, y los otros tres se reían de su hazaña.

Tras ella venía Mario, el muy tonto sonreía en lugar de armar un escándalo por el trato brusco que le estaban dando a esa pobre niña llena de golpes y tan sucia que parecía no haber visto un baño en su vida, pensó Laura, y miró a su esposo acusadoramente.

1—Vaya, Alex, veo que has descubierto un ladronzuelo —dijo Mario sin dejar de sonreír.

—Será ladronzuela en todo caso. Pero no, ella no estaba robando, solo husmeando —dijo Alex, y Sergio se apresuró a salir en defensa de los necesitados.

Sergio había sido el más rebelde de los cuatro, pero ya estaba encausado, como solía decir Laura, y ahora era el más condescendiente, atento y solidario de los chicos Otamendi.

—Creo que no tiene a nadie. Mírale la pinta, Mario. Si hasta parece un chico. Pero es una niña, pobrecita, tiene quebrado el brazo y tantos golpes... —dijo Sergio atolondradamente intentando que Mario le diera una oportunidad en ese hogar como la habían tenido ellos.

—No creo que Laura esté de acuerdo con tu

punto de vista. Ustedes la han esquilado como a las ovejas con lo que le han hecho pasar —dijo Mario, recordando las veces que regresaba y encontraba a Laura desahuciada y con los ojos rojos de tanto llorar después de un día con esos cuatro demonios de chicos que él le había traído—. Ya no le quedan ni fuerzas para una más —fue su conclusión, aunque todavía no había mirado a la niña porque Alex no la había bajado y seguía boca abajo sobre su hombro.

—¡Bájala ya, Alex! —fue el grito de Laura, entonces Alex la dejó sobre el piso para que todos la miraran.

Ana se sintió mareada después de haber paseado boca abajo en el hombro de ese chico tonto que se creía que porque era más alto también era más fuerte. Apoyó la mano derecha en la cadera, levantó la barbilla y separó las piernas

para intimidar a todos; pero otra vez los hombres se echaron a reír. Menos mal que la tal Laura la miraba con cariño, pensó Ana, ya que creía que en cualquier momento se iba a desmayar del susto.

Ella no era ninguna valiente, solo lo sabía aparentar. Lo había aprendido de Lily, su madre, que sí sabía intimidar a todos cuando ponía las manos en las caderas, separaba las piernas y alzaba el mentón, pero al parecer ella solo hacía reír.

Estaba tan furiosa que descargó su enojo en ese chico que se llamaba Alex y la había dejado en ridículo. Le dio tal patada en la pierna que lo dejó chillando y saltando en un pie. Después volvió a impostar esa posición altanera de Lily, y otra vez se le rieron en la cara, no solo a ella sino a ese tonto de Alex. Sintió que estaba por llorar y sabía que no se podría contener porque nunca se había

contenido. Hizo pucheros intentando frenar el impulso, pero las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas y lanzando un buah, descargó la tensión que llevaba aguantando desde que se atrevió a traspasar la tranquera.

Fue Laura quien llegó corriendo hasta Ana y se lanzó al piso de rodillas para estrecharla en un abrazo. Le frotaba la espalda para calmarla y le acariciaba el cabello enmarañado y sucio.

Ana ya lloraba sin control ante tal gesto de cariño. Nunca nadie le había demostrado afecto, solo golpes para que cumpliera con las tareas. Pero en la última paliza, a Lily se le había ido la mano y la había lanzado por las escaleras dejándola en ese estado. Sabía que el hombre grande que se reía de ella era su padre, Lily se lo había dicho, hasta se lo había señalado desde la

baranda del primer piso del bar donde su madre servía copas. “Ese que está allá es tu padre, nunca te acerques a él porque si yo te doy un coscorrón él te va a borrar la cara a golpes”.

Lógicamente nunca se atrevió a acercarse por miedo a perder la cara, pero sí lo espiaba desde la baranda mientras su madre trabajaba. Él no prestaba atención a Lily como otros hombres del bar que la sentaban en el regazo y le ponían las manos toscas en los pechos, por el contrario, la miraba con gesto de desprecio, como si la odiara.

Pero el día que Lily desapareció del bar porque la buscaba la policía a causa de la golpiza que le había dado, Ana no tuvo otra opción que tratar de probar suerte con ese padre golpeador. No tenía a nadie más y no quería ir al orfanato del que hablaba el dueño del bar: “Si tu madre no viene a buscarte, Ana, voy a tener que dejarte en el

orfanato” le decía cada día sin importarle que ella llorara de miedo ante esa amenaza. Por eso había venido a buscar a ese padre que la había abandonado y que ahora se reía de ella.

Las amigas de Lily la habían traído hasta el camino de tierra y le habían señalado la tranquera del ingreso a la casa, y allí la habían dejado como un paquete para que ella le dijera al hombre que era su hija.

—¿Cuántos años tienes, querida?, cinco, tal vez siete —aventuró Laura al verla tan chiquita y llorona.

Ana la miró, en realidad la analizó, eso hacía siempre, analizar a la gente para poder detectar el peligro. Laura no era llamativa como Lily, en realidad era todo lo contrario a Lily. Usaba pantalones vaqueros y remera de algodón, y no tenía la cara cargada de maquillaje, solo un poco

que le quedaba bonito, pero lo que más confianza le inspiró a Ana fue la dulzura de su mirada y la sonrisa cariñosa que le marcaban dos hoyuelos en las mejillas, por eso se atrevió a responder.

—No, señora —dijo entre hipos y llantos—. Tengo diez, pero todos dicen que parezco de trece; por lo despierta, sabe —aclaró Ana, y volvió a hacer pucheros cuando los muchachos otra vez se rieron de ella. Bueno, al menos ese padre golpeador esta vez solo arqueó las cejas. Estaba parado junto a ella con esa altura de puerta y la miraba con curiosidad. Tenía el cabello de un color parecido al de ella, aunque también había pelos grises entremezclados, pensó y se asombró al ver que tenía su mismo color de ojos. Seguramente, Lily no le había mentado y de verdad era su padre, supuso, pero ni se atrevió a hablar.

—¿Y tu mamá? —preguntó Laura, que parecía ser la única preocupada por la niña, porque el resto, o sonreía o se reía de ella.

—Ella se fue después de que... —Se puso a llorar sin poder hablar. Todos la miraban esperando que siguiera, y Ana pensó que si lograba dar lástima la dejarían quedar—. Después de que... Ella me tiró por las escaleras del bar y se fue porque la buscaba la policía, por esto —dijo señalándose el yeso del brazo izquierdo.

Ahora ya nadie reía y todos los jovencitos se miraban entre ellos, como si se hablaran con gestos.

Laura se distanció unos centímetros de la niña para dedicarle una sonrisa cariñosa, pero la sonrisa se le borró del rostro al ver cuánto se parecía a su marido. Y una mueca de disgusto se instaló en su cara al mirar a la niña y a Mario.

—¿Cómo se llama tu mamá? —dijo Laura con la voz entrecortada porque nunca se había permitido recordar a la novia que Mario había tenido antes de casarse con ella. Esa tal Lily que solía llamar con insistencia y él le cortaba el teléfono para que ella no se enterara de que hablaba con su novia de la juventud.

Laura no era estúpida y sabía sobre esas llamadas, como también sabía que Mario frecuentaba el bar de ruta donde Lily servía copas y hacía otras cosas con los hombres, pero había decidido guardar silencio, quizá para no perderlo.

El día que ellos se casaron, Lily había entrado a la iglesia gritando frente a todos los presentes que Mario se casaba con otra para evadir la responsabilidad de hacerse cargo del hijo que acababan de tener, pero Mario le había jurado y re

jurado que solo eran palabras de una mujer resentida; y Laura le había creído.

En ese momento, viendo el parecido de la niña con Mario, Laura no necesitaba que la niña le diera el nombre de la madre, pero igual aguardó impaciente, solo para corroborar lo que ya sabía.

—Lily Marco, ella era copera en el bar de la ruta —dijo Ana como si el trabajo de su madre fuera el más normal del mundo.

A Laura el alma se le fue a los pies. Las palabras de Lily habían sido ciertas y Mario la había engatusado con sus juramentos mentirosos, se dijo. Esa niña era la prueba irrefutable de que Lily había tenido un hijo de Mario antes de que los dos se casaran, bueno, una hija, rectificó mirando a la niña, tan parecida a su padre que Mario no podría negarlo por más intentos que hiciera.

Laura nunca había querido casarse con Mario

para cumplir la promesa hecha a una moribunda, pero fue tal la presión de Mario que terminó por ceder.

Mario se había mostrado dispuesto a salvar cualquier trámite judicial para conseguir que Alex formara parte de la familia Otamendi, y había conseguido estar en la lista de familias sustitutas que daban cobijo a niños desamparados o maltratados en los hogares. Ese no era precisamente el caso de Alex, pero Mario tenía sus contactos y había logrado que se lo entregaran.

Laura estaba descubriendo que mientras ella había aceptado la propuesta de Mario para salvar a Alex del orfanato, sin saberlo había condenado a esa niña, la verdadera hija de su esposo, a un destino cruel.

Miró a su esposo que parecía tan sorprendido como ella. Mario se tomaba la cabeza con las

manos y con un gesto negaba lo innegable: sus deslices de juventud, y a esa mujer que lo había atrapado a los veinte años con un niño que nunca había podido conocer porque Lily le había dicho que lo había entregado en adopción.

Mario sentía que había ganado y perdido con este descubrimiento, ya que acababa de encontrar a su hija, y seguramente estaba perdiendo a Laura porque le había mentido el día que se casaron al jurarle que solo eran palabras de una mujer resentida que quería retenerlo a cualquier precio a su lado. Sabía que había cometido uno de los errores más grandes de su vida, pero no estaba dispuesto a perder a Laura. Su plan había sido casarse y luego recuperar a su hijo para que viviera con ellos, solo que su hijo, o hija, había desaparecido.

—Laura, lo siento —esa sola justificación fue la que Mario le dedicó a su esposa, ya habría tiempo en la intimidad para darle todas las explicaciones que se merecía, se dijo, sin saber que Laura no tenía interés en escuchar sus excusas.

Aldo se agachó para estar a la altura de la niña, y le dijo:

—Tan chiquita y tan golpeada, mi hija querida —le acarició el rostro magullado y la alzó para apretarla en un abrazo, como si intentara borrar su ausencia de diez años.

El reencuentro fue conmovedor, Mario lloraba y Ana lo acompañaba con sus lágrimas. Los jovencitos ya no reían por la osadía o las palabras de la niña, sino que rodeaban a Mario e intentaban darle la bienvenida. Solo Laura se había mantenido distanciada tratando de asimilar esa realidad inesperada después de diez años de

matrimonio con un hombre que creía conocer, pero, por lo visto, no conocía nada.

Así fue como Ana Marco, la hija de sangre de Mario, entró a formar parte de la familia Otamendi.

Laura lanzó al pasillo toda la ropa de Mario y su habitación se mantuvo cerrada para él, en cambio, a Ana le entregó todo el amor de madre que nunca tuvo. En poco tiempo logró que la niña empezara a olvidar la vida de pesadillas que había pasado con Lily. Aunque por las noches las pesadillas de lo vivido regresaban a sus sueños y Ana lloraba en silencio durante varias horas hasta que la vencía el cansancio y quedaba dormida.

A veces se iba al establo y por la mañana la encontraban durmiendo sobre la paja de los animales. ¿Qué habría pasado en esa habitación

que compartía con Lily para que prefiriera dormir en los establos?, se preguntaban todos, pero ella no estaba dispuesta a hablar de su pasado.

Según Laura era porque todos se habían reído de ella el día que llegó, aunque Mario suponía que su niña querida debía haber visto cosas que no tendría que haber conocido a su edad. Mario sabía que Lily se prostituía, y quizás la niña había tenido que presenciar las escenas sexuales de su madre. De solo pensarlo tenía ganas de salir a buscar a Lily para matarla con sus propias manos, pero, por suerte, Laura lograba calmar las angustias de su marido a pesar de haberlo corrido del lecho conyugal.

Laura nunca dejó de ser cordial con su esposo, solo lo alejó de la vida íntima que habían compartido hasta la llegada de Ana. Y a pesar de las súplicas de Mario para que lo dejara volver a

la habitación matrimonial, ella no pudo perdonarle la traición, y tampoco quiso escuchar sus excusas.

Alex fue el más afectado con la llegada de la hija de Mario, porque quedó tan embelesado con Ana que se propuso protegerla con una dedicación que sorprendió a todos. Él era un adolescente desfachatado y mujeriego, pero con la llegada de Ana solo se dedicó a ella.

Para colmo Ana no colaboraba para que Alex dejara de pensar en ella, porque durante el día lo seguía a todos lados, y por las noches se iba sola a dormir al establo y dejaba a Alex preocupado. ¿Quién la iba a consolar si estaba sola y alejada de la casa?, se decía Alex y apretando los dientes salía para hacerle compañía. No le gustaba estar solo con ella, pero menos le gustaba que ella estuviera aislada en ese lugar tan distanciado de la casa. ¿Y si gritaba?, ¿y si lloraba?, ¿quién la

escucharía?, se decía para convencerse de que no era incorrecto su accionar; y salía con una manta para arroparla y cobijarla entre sus brazos.

¿Cuánto tiempo la había protegido y querido en su época de juventud?, se preguntó Alex regresando del pasado mientras miraba desde el ventanal de su casa la soledad del campo.

Sobre la tranquera un búho ululaba llamando a su pareja y el croar de las ranas eran los únicos sonidos que interrumpían sus pensamientos. La negrura de la noche dejaba ver los millones de estrellas que brillaban en el cielo.

Supuso que Ana las estaría mirando desde algún lugar. Tal vez, lo recordaría como él la recordaba en esa noche de cielo estrellado. No sabía si las pesadillas la seguirían atormentando, o

si algún hombre bueno calmaría sus angustias. Deseó que sí, que hubiera encontrado a alguien comprensivo que calmara aquellos malos recuerdos que regresaban a sus sueños.

No se permitía detenerse a pensar muy seguido en Ana, aunque ella nunca salía de sus pensamientos. Pero cuando estaba en su casa de campo, tan cerca de la finca de Ana, revivía los días compartidos, las risas, las lágrimas y las noches de conversaciones interminables junto al arroyo que había tras la casa de sus padres de crianza.

Sabía que ella estaba en su casa de campo todos los fines de semana, por eso sus recuerdos se avivaban al imaginarla a pocas hectáreas de distancia haciendo lo mismo que él; aspirar el aroma del campo, mirar las estrellas de la noche y disfrutar de los sonidos que se entrometían en el

silencio de los campos.

Él no había escrito un libro para recordar los años vividos junto a Ana, porque no le hacía falta leer lo que estaba grabado a fuego en sus recuerdos. No necesitaba que alguien se la nombrara para traerla de regreso a sus pensamientos, porque ella estaba allí, tan vívida, tan hermosa con su tierna sonrisa, sus ojos transparentes como la miel derretida, abrazada a él, acariciando su cabello despeinado, cediéndole la merienda por miedo a que se quedara con hambre.

Si recordarla, si tener guardado bajo llave cada uno de los acontecimientos vividos era no ser hombre, entonces él, Alex Alvear, no era hombre. No era como Miky, su personaje de ficción, duro y áspero como las rocas de las montañas, e indiferente y ajeno a los recuerdos del pasado. Él

era sensible y débil cuando pensaba en ella, y siempre lo sería. Él lloraba internamente, sentía y esperaba con la paciencia de un monje, algún día poder recuperarla.

La esperanza de Alex estaba en la trilogía de *Miky Martin, un hombre sin recuerdos del pasado*. Cuando empezó a escribirla supo que podía ser el camino para llegar a Ana, porque allí había pasajes de la vida de los dos que solo ellos conocían.

Nadie sabía que tras el seudónimo de Ringo Arias se escondía Alex Alvear. Solo Ana podría descubrirlo si leía las novelas, o la biografía que había en la solapa y tenía intrigados y desconcertados a todos los lectores, porque solo eran palabras ambiguas escritas para ella por un hombre desesperado por recuperar a la persona

que amaba.

El sonido de pasos que descendían por las escaleras le recordó que no estaba solo. Sabía que era su esposa Mariana. No le hacía falta girarse a mirarla para saber que llevaba puesta la camisola transparente que usaba para intentar llevarlo a la cama. Era una seductora, una come hombres, como solían decirle sus conocidos cuando salían por las noches a cenar y todos los comensales se daban vuelta para mirarla. Su cabello negro caía en tirabuzones sobre la espalda. Era alta y de cuerpo exuberante, lindas piernas, grandes pechos, llamativo trasero. Pero toda la belleza de ese cuerpo seductor no era suficiente para retener a un hombre a su lado cuando se conocía su carácter.

—No puedo dormir. Demasiado silencio y...

Demasiada carga de culpas, pensó Alex pero no

lo dijo.

—Tú nunca puedes dormir. Te molesta por igual el ruido y el silencio —Alex siguió mirando por el ventanal y las estrellas nocturnas lo regresaron a Ana.

“Admiro las estrellas. ¿Crees Alex que alguien me esté mirando desde allí? ¿Ellas sabrán que siempre las observo? Son tantas y tan brillantes que a veces pienso que en cada una hay alguien observando nuestros actos”, le había dicho Ana una de las últimas veces que se recostaron juntos cerca del arroyo que había junto a la casa familiar, porque pocos días después, Alex se marchó de su vida.

Cinco intensos años junto a Ana eran mucho tiempo para borrarlos de sus recuerdos. “Cuando me muera me gustaría estar allí”, le había dicho Ana, y él le había tapado la boca y le había

repetido hasta el cansancio que nunca más hablara de su muerte. No podía tolerar que su Ana, a los quince años, pensara en partir cuando recién estaba empezando a caminar por la vida. Pero para ella era tan natural que le quitaba la mano de la boca y le susurraba al oído: “No puedo irme porque tú estás aquí, si no estuvieras, ¿qué sentido tendría quedarme?”, se le desgarraba el corazón cada vez que recordaba aquellas palabras. ¿Dónde estás?, se preguntaba Alex siempre que miraba el cielo estrellado.

—Mañana me voy. No sé para qué vine, no tolero esto, además, a ti no te importa si ando desnuda o vestida, eres el hombre más frío que he conocido —dijo Mariana intentando que su esposo dejara de pensar como hacía siempre y le prestara un poco de atención.

—Ahora lo puedes decir después de haber probado tantos, querida —no la miró y siguió con la vista perdida en la negrura del campo.

—No es culpa mía, eres tú quien no cumple los deberes maritales.

—Dejé de cumplir mis deberes cuando te encontré en mi oficina haciendo esas cosas que tanto te gustan con el esposo de una de mis clientas —La frialdad de su voz la dejó muda. Alex se felicitó porque ella era de armas tomar. Ya reaccionaría, pensó.

—¿Acaso tú no hacías lo mismo? —Si bien era una pregunta, más parecía una afirmación.

—No, no lo hacía. Mis padres me enseñaron a respetar el matrimonio —no mirarla mientras hablaban era la forma que tenía Alex de demostrarle su indiferencia.

—¿Tus padres?, ellos no son tus padres, solo te

dieron un lugar donde vivir. Bueno, lo que yo creo es que se aprovecharon del dinero que te habían dejado tus legítimos padres al morir para alimentar a todos esos huérfanos que trajeron a su casa después de ti. Seguramente para justificar lo que te estaban robando —espetó, y se acercó a la ventana intentando que Alex la mirara. Tenía las manos en las caderas y el rostro desencajado por la ira. No era bonita, solo de cuerpo exuberante, y así había logrado conquistar más hombres de los que Alex imaginaba.

—¿De dónde has sacado esa barbaridad? Mi padre de crianza siempre fue un hombre honesto y nunca hubiera tocado mi herencia. Nos mantuvo a todos con lo que producían sus campos, no los míos. Se ha roto el lomo trabajando para que no nos faltara nada. Y mientras yo crecía, él se

ocupaba también de aumentar mis bienes.

—Yo no creo que alguien sea capaz de hacer un sacrificio semejante por unos niños que ni siquiera llevan su sangre. Ese cuentito que se lo relaten a otro, no a mí que nunca creí en las fantasías y los finales cenicientos —espetó Mariana demostrándole el desprecio que sentía por esa familia que él admiraba tanto, y se felicitó cuando lo vio apretar la mandíbula. Estaba consiguiendo alterarlo con sus hirientes palabras, solo faltaba que él le diera el golpe de gracia, pensó.

Alex la miró por primera vez y alcanzó a vislumbrar una mirada de triunfo en los ojos de Mariana. Había logrado ponerlo de mal humor, se dijo. Lo estaba provocando para que la golpeará. Pero él nunca le pondría una mano encima por más intentos que hiciera ella. No toleraba que los hombres usaran la fuerza para doblegar a una

mujer. Ana había sido una víctima del maltrato de Lily, y ni su cariñoso padre, ni la ternura de Laura, ni la protección que él le había brindado, habían borrado de sus recuerdos la pesadilla vivida en su infancia. Él, que había convivido con el dolor de ella se había jurado nunca levantarle la mano a una mujer o a un niño desvalido. Pero Mariana desconocía esas promesas que se había hecho Alex.

El matrimonio de ellos ya estaba gastado, aniquilado, y Mariana estaba buscando que él le diera un buen golpe para obtener ventajas a la hora de pedir el divorcio. Una mujer golpeada sería una víctima de la violencia de su marido, y eso estaba buscando Mariana para obtener un juicio de divorcio que la favoreciera.

Alex no pensaba darle esa ventaja, él no era un hombre violento, y además tenía a su favor las

infidelidades de su mujer para ganar la batalla jurídica.

Pero un hombre tiene un límite y ella estaba tratando de sobrepasarlos, se dijo y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros gastados para apretar los puños con fuerza y así contener la rabia.

Necesitaba salir de allí, tomar una cerveza o dos y desaparecer por un rato para no cometer un error del que se arrepentiría al día siguiente. Ya faltaba poco para que todo se acabara. Ella no lo sabía, pero el investigador privado que la estaba siguiendo tenía pruebas de adulterio suficientes para sacarla de su vida sin tener que pagarle la abultada mensualidad que ella exigiría.

Pero Mariana jugaba su propio juego, que era que Alex perdiera los estribos, como le había

dicho su abogado. “Un buen moretón en el ojo y tenemos ganado el juicio de divorcio”, por eso siguió jugando, provocándolo para que cometiera el grave error de asestarle el golpe que le dejara la marca del triunfo. Volvió al ataque recalcando lo que ella consideraba los defectos de esa familia de rejunte que él adoraba tanto.

—Y qué respeto hacia tu esposa te inculcaron si ese matrimonio no es real. Ellos hace muchos años que no duermen juntos. Además, tu querido padre bondadoso y solidario mantenía una doble vida desde que se casó. Hasta tuvo una hija con la amante prostituta. Hija que terminó criando la ingenua de Laura —escupió las palabras con esa sonrisa cínica que le dedicaba cada vez que intentaba ganar alguna de las batallas verbales que había entre ellos.

—Sí, hace mucho que no duermen juntos, y Ana

es hija de Mario, también es cierto que Laura le dio todo el amor de madre que le faltaba —dijo con nostalgia recordando que no tenían intimidad desde la llegada de Ana a la casa—. Lamentablemente, Laura no ha querido perdonarle su mentira. Pero han seguido juntos y se llevan muy bien, quizá lo han hecho por nosotros. ¿No te parece que eso dice mucho de ellos? No, que te va a parecer a ti si no entiendes de generosidad, responsabilidad, ni nada de lo que te estoy hablando. Tú nunca te hubieras hecho cargo de niños sin hogar o de niños abandonados en un orfanato porque ya tienen ocho años, como los mellizos, y nadie les quería dar un hogar, ¿no? Tampoco le hubieras dado amor a la niña de Mario porque no lleva tu sangre. Eso no es para una mujer como tú que necesitas dos horas frente al espejo para que te admiren todos los hombres

cuando sales a la calle —Las palabras salían como dardos envenenados de su boca y tenía muchas ganas de dejarse llevar por la furia y zamarrearla, pero se alejó de ella para no sucumbir a la tentación. Esas promesas de no usar la violencia física pendían de un hilo con las crueles palabras de Mariana.

En el bar de madera rústica que había en la pared izquierda de la sala Alex se sirvió un *whisky* doble y se lo bebió tratando que el alcohol le aplacara la indignación. Pero no había alcohol suficiente cuando Mariana quería conseguir algo. Él sabía que lo provocaría hasta el límite para conseguir su propósito. No le daría con el gusto, él no era un hombre violento y no lo sería nunca, además ya faltaba poco para que ese matrimonio de pesadilla se acabara, se dijo tratando de

encontrar las fuerzas para resistir.

Recordó a sus padres de crianza: sus diálogos hasta el amanecer en la cocina, sus sonrisas cómplices ante las travesuras de *sus chicos*, como los llamaban a ellos; y la mirada comprensiva de Laura cada vez que Mario rescataba algún niño necesitado de cariño y se aparecía con él de la mano por la casa. “No los podía dejar en ese orfanato, Laura, no tienen a nadie que los quiera”, había dicho Mario el día que trajo a los mellizos. “Solo estos cuatro niños”, le había respondido Laura.

Pero Ana, herida por dentro y por fuera, apareció cinco años después intentando que su padre le diera el cobijo que no le había dado Lily. Tan altanera su Ana, que ellos no habían parado de reír, hasta que comprendieron que lo hacía para ocultar el miedo que sentía al haberse presentado

sola buscando la protección de su padre.

Ella fue la última en llegar a esa familia especial y se convirtió en la preferida de Mario, no porque fuera su hija de sangre, sino porque Ana era tan necesitada de cariño que ninguno se le había podido resistir. Mario siempre recalca que su preferencia no era porque tirara la sangre sino por la necesidad de afecto que ella tenía.

Laura y Mario nunca discutían, y si Mario no le hubiera ocultado que había tenido una hija en su juventud habrían sido un matrimonio perfecto. A pesar de ese problema, ellos se querían más que algunos matrimonios que solo aparentaban ser felices.

Revivir los recuerdos y el amor que se profesaban sus padres incrementó la furia de Alex hacia su mujer. ¿Qué habría sido de ellos si no los hubieran rescatado del abandono? ¿Dónde habrían

ido a parar sin el amor desinteresado que Mario y Laura les habían dado?

Pensó en Ana, los golpes que había tenido que soportar de la madre, las pesadillas por un pasado que no quería revelar, y se preguntó ¿quién era Mariana para criticar a las personas que él más amaba? Dejó el vaso de *whisky* con un golpe seco sobre la mesa del comedor, se acercó a Mariana y la tomó de los brazos apretando con más fuerza de la necesaria, pero sin olvidar la necesidad de contener la furia.

—Nunca más te creas con derecho a hablar mal de mi familia, de ninguno de ellos —Los ojos azules de Alex expresaban su enojo.

Mariana sonrió sintiendo que estaba a un paso de conseguir lo que quería, que le diera el golpe de la victoria que la llevaría a denunciarlo por

violencia familiar para conseguir el divorcio que le convenía. Y retrucó con lo más cruel que encontró. El amor de él por la hija de Mario.

—¿Tampoco de tu querida Ana? ¿Crees que no sé que estás enamorado de ella desde que puso un pie en la casa de su padre? No soy estúpida, lo veo en tus ojos cuando le preguntas a Mario por ella. Te enamoraste cuando la viste, ¿no es cierto? Pero es la hija de Mario, el hombre que te crió como a un hijo. No te permitiste tenerla, pero, ¡cuánto has anhelado tener a la hija de Mario en tu cama! Y después me criticas a mí por mis deslices, a mi hermano Carlo porque según tú es un hombre violento, y a mi padre porque bebe algún vino de más.

Alex se tensó al escuchar que nombraba a Carlo porque era un bruto que resolvía los problemas a golpes. Pero lo que más lo indignó fueron las

conjeturas de su mujer respecto de Ana.

—No sabes lo que dices —la zamarreó para hacerla callar. Pero a Mariana le encantaba enfurecerlo, provocarlo, destrozarle el corazón con sus crueles comentarios.

Necesitaba marcharse por varios días y regresar cuando sus emociones se aquietaran y las palabras de Mariana, tan ciertas, se borraran poco a poco de su mente.

—Sí, lo sé. Si Ana estuviera desnuda frente a ti en este momento, la habrías tumbado en el piso y le habrías hecho todo lo que te has imaginado siempre y nunca te atreviste a hacer —Se sacó la bata que no ocultaba nada y quedó desnuda frente a él—. Piensa que soy ella y desquítate de los años que llevas deseándola. ¡Vamos!, imagina que soy Ana. Tócame como si la tocaras a ella.

Cuánto la odiaba por recordarle su mayor error,

su mayor tortura; ese amor que sentía por Ana desde aquel día en que ella, inocente, se acercó a él para que la abrazara mientras la protegía en el establo, y él sintió los pechos tiernos rozar su brazo y el trasero apretarse contra su sexo.

Ana tenía trece años, era una niña, mientras que él acababa de cumplir los dieciocho. No podía alejarla porque no había maldad en su accionar, sino necesidad de estar en sus brazos, de sentirse protegida y querida. Una necesidad que había comenzado cuando ella salía de madrugada a dormir en el establo, y él corría tras ella llevando una manta para arroparla y protegerla.

Ya en aquella época la amaba con ternura, en realidad la amó desde el día en que Ana apareció toda lastimada y rota en el camino empedrado, pero siempre se decía que era un amor inspirado

en la ternura, que lo de él era solo protección. ¡Qué estúpido había sido!, era un amor desenfrenado que le había quitado las ganas de correr tras las chicas del pueblo. Era la hija de Mario..., la hija de Mario, se repetía con insistencia. La hija del hombre que le había dado un hogar y todo el amor de padre. Pero no podía alejarse de ella, era como un imán que lo atraía, lo volvía loco.

Lamentablemente, Ana no colaboraba en nada porque lo perseguía todo el día, le acariciaba el brazo, le besaba la mejilla, le tomaba la mano, se le colgaba del cuello.

A los dieciocho años Alex comprendió que su mayor error había sido ir a dormir con ella en el establo. Si no hubiera dado aquel paso nada de eso habría pasado. Pero tampoco podía dejar de ir; ella lo necesitaba y él la consolaba.

Al final había ganado la cordura, porque cuando ella cumplió los trece años Alex se convenció de que ya no lo necesitaba y abandonó la costumbre de dormir con ella en el establo. Pero ella buscaba cualquier excusa para acercarse a él, y en las noches de verano solía recostarse a su lado para mirar las estrellas y luego se abrazaba a él con fuerza. ¡Cómo podía rechazarla si lo necesitaba!, y justificándose en esa excusa la abrazaba y trataba de convencerse de que la protegía.

Su problema comenzó cuando ese deseo de tenerla para siempre en sus brazos se transformó en lujuria; ansias de sentir su cuerpo floreciente sobre el suyo, tocar sus pechos pequeños y hacerla sentir en el cielo cuando la acariciara allí, en el lugar donde se pierde la cordura.

Soportó dos años de tortura junto a Ana. La

apoyaba sobre su pecho y se sentía afiebrado, excitado, ansioso por acariciarla, tocarla y penetrarla. Quería decirle que ya no podía protegerla, que en algún momento su amor protector había muerto, que él era un hombre que abrazaba a una mujer. Pero no tuvo oportunidad de decirle nada, porque una noche mientras miraban el cielo estrellado Ana sintió su erección y se dio cuenta de su deseo. Lo miró durante unos minutos que parecieron horas pero ninguna palabra salió de su boca, luego se levantó de los pastizales húmedos y salió corriendo hacia la casa.

Alex se sintió un miserable, un traidor a la confianza que ella le había dado, un egoísta que había olvidado su papel de protector y solamente quería tener el cuerpo de Ana desnudo entre sus brazos. Ella tenía quince años, en cambio, él ya

tenía veinte y un poco más de experiencia mundana.

Antes del amanecer, Alex desapareció de la casa de sus padres de crianza y de la vida de Ana, porque cuando se marchó ella no le perdonó la seguidilla de errores que comenzó a cometer desde que la abandonó.

Ahora, con treinta y dos años, Alex seguía deseándola como si los doce años de ausencia no hubieran pasado.

—Nunca podría tomarte imaginando a Ana. Ella es pura, dulce, generosa y muy especial — bramó sobre los labios de Mariana, la empujó lejos de él y salió de la casa dando un portazo.

Al poco tiempo se escuchó el sonido de un motor que rugía con la misma furia que sentía en su interior y le quemaba las entrañas.

Desapareció por el camino de grava, las ruedas

derrapaban mientras Alex pisaba el acelerador.

La velocidad no permitía ver los árboles que circundaban el camino y las luces bajas no bastaban para detectar los obstáculos.

Noventa kilómetros.

Derrapó en la curva y el guardabarros rozó en una piedra.

Las palabras de Mariana resonaban en su mente. “Imagina que soy Ana”. Desnuda frente a él, retándolo a tomarla. “Tócame como si fuera Ana”.

Ciento diez, y el coche volaba sobre la grava.

Curva y contra curva.

Derrapó, y apretó a fondo el acelerador.

No podía tocarla, se habían criado juntos y ella era la hija de Mario, pensó, se le nubló la visión.

De frente unas luces altas lo encandilaron.

No sacó el pie del acelerador.

Era el fin.

Vio a Ana caminando hacia él con una camisola transparente.

Le sonreía.

Se acercaba extendiendo los brazos y Alex sonrió.

Un impacto.

Ruidos de chapas que se retorcían.

La oscuridad de apoderó de él.

CAPÍTULO 2

Alex se sentía flotar. No había dolor en su cuerpo y solo veía una luz blanca en la lejanía. Como suspendida en el aire estaba Ana mirándolo. Tenía una túnica transparente y extendía las manos hacia él. Lo llamaba, pensó y sonrió ajeno a lo que pasaba a su alrededor. Tan bonita como cuando tenía quince años. Su Ana. Por fin la había recuperado, se dijo. Intentó caminar y extender las manos para alcanzarla, tocarla, abrazarla; pero no llegaba a ella. Estaba tan cerca que no comprendía por qué demoraba tanto en tenerla en sus brazos.

De repente, su Ana comenzó a diluirse como la neblina matutina al despuntar el sol. No te vayas,

quiso decirle, pero no pudo articular las palabras. Se había quedado sin voz y ella nuevamente se alejaba de él. Tuvo que rogarle a Dios, al que poco le pedía, que se la devolviera, aunque más no fuera por un instante, para tocarla y abrazarla. Y ese Dios se la devolvió. Ella estaba aún más cerca que antes, tanto que su piel satinada se veía tras la seda transparente de su bata. Estaba hermosa, pensó Alex, y extendió los brazos para estrecharla junto a él. Pero no pudo tomarla, porque ella era tan etérea como la túnica que la cubría. Debía ser un sueño, un sueño, un sueño..., se repetía mientras la veía desaparecer nuevamente hasta que se encontró solo, en la más absoluta oscuridad.

Ajeno a la realidad, Alex no escuchó las sirenas romper el silencio del campo, los golpes de puertas, los gritos. No vio las luces barriendo el precipicio, las ambulancias y los coches de

policía parados en el camino ni los grupos de hombres que se dispersaban por la carretera y observaban el vacío.

No supo que su *Ford Focus* blanco estaba desbarrancado en el precipicio con él inconsciente dentro de los hierros retorcidos, y que el automóvil con el que había chocado era el *Porsche 911* rojo de Ana, que estaba incrustado en un árbol junto al camino de grava con la conductora también en estado de inconsciencia.

—¡Allí está, abajo! No sé qué coche es, está irreconocible —gritó un hombre que iluminaba con la linterna los hierros retorcidos de lo que quedaba del automóvil—. El conductor debe estar aprisionado en el coche.

Varios hombres de rescate y médicos con maletín de primeros auxilios se precipitaron por la pendiente, mientras otros dos médicos asistían a la

mujer del *Porsche* que había quedado incrustado en el árbol, al borde del precipicio.

—La mujer es Ana Marco. Está inconsciente. Su pulso es normal. Parece tener solo magulladuras y algunos cortes. La vamos a inmovilizar —indicó el médico de urgencias a su compañero que lo asistía, y le pidió el collar minerva.

Pero el mayor desplazamiento se produjo al intentar rescatar a Alex del automóvil que había dado varios tumbos mientras caía al vacío.

Ajeno a la realidad, Alex no escuchó el ruido de una amoladora rasgando la chapa, cortando hierros, abriéndose paso para sacarlo del coche.

—Hay que ponerle la minerva. Doctor Rodríguez, necesito su ayuda. Por favor, corten la puerta del acompañante, necesito espacio, no

puedo inmovilizarlo solo —gritaba el médico que en esos momentos revisaba las heridas del accidentado.

Un dolor insoportable le quemó las costillas. Alex quiso gritar pero no encontró la voz, sentía que le estaban desgarrando la carne y partiendo los huesos. Ese atisbo de conciencia generó una mueca de dolor que el médico tomó como un buen síntoma. El paciente no estaba en coma profundo a pesar de la gravedad de la situación. Otra vez la oscuridad se apoderó de él y solo veía esa pequeña luz blanca en la lejanía. Ana..., Ana..., susurraba su mente, pero ella ya no estaba con él. La había perdido, pensó. Otra vez la había perdido. Cuánto tiempo hacía que no la veía. Desde que la había abandonado, se dijo. Aunque eso era una mentira porque él la había visto en algunas ocasiones, de lejos, en la distancia.

—El pulso es débil, la presión, baja. Está inconsciente. Siente el dolor y lo demuestra en los gestos. Tiene fracturada la pierna izquierda, sospecho que varias costillas rotas, no sabemos si hay lesiones internas. Se ven cortes, contusiones, sangra por la frente y el costado izquierdo — explicaba el médico a su colega que acababa de hacerse un lugar por el hueco que habían abierto en la puerta del acompañante para, entre ambos, intentar la hazaña de inmovilizarlo. No querían producir más daños de los que ya había ocasionado el accidente.

—¡Oh, es Alex...! Alex Alvear —dijo el doctor Rodríguez al ver el rostro de Alex cuando se acercó para ajustar la minerva.

A pocos metros del *Focus* un hombre de unos treinta y cinco años se tapó el rostro con las manos cuando escuchó el nombre de Alex.

—¡No, no! ¡Alex y Ana no! ¡No puede ser que los dos hayan chocado! ¿Por qué tuvo que pasarles a ellos? —la voz llena de dolor era de Sergio, uno de los cinco hijos de crianza de Laura y Mario Otamendi. Había llegado al lugar porque se había enterado en el pueblo que uno de los automóviles que había colisionado era el de Ana, ya que no era común ver un *Porsche* rojo por la zona, solo ella lo tenía. Los médicos le habían dicho que el estado de Ana no era alarmante, por eso había bajado a colaborar en el rescate, sin saber que Alex estaba atrapado dentro de lo que quedaba de su automóvil. Además, Alex era un ciudadano y rara vez se aparecía por la casa que tenía en la montaña; por eso se sorprendió de que, no solo hubiera chocado, sino con quién.

—Será el destino, muchacho, al menos el

estado de Ana no es alarmante —dijo el comisario del pueblo a Sergio, y se imaginó el desconsuelo de Mario y Laura al enterarse que dos de sus chicos habían colisionado en el camino de montaña, y uno de ellos estaba luchando por salvar su vida.

La negrura del campo estaba iluminada por las luces verdes de las ambulancias y las azules de dos coches de policía que habían llegado al lugar. No se escuchaba el croar de los sapos ni el ulular de los búhos, solo gritos de personas y ruidos de máquinas que cortaban hierros. Ana estaba aturdida y algo mareada, pero no le pasó inadvertido el despliegue que había a su alrededor, ni el hombre de guardapolvo blanco que trataba de ponerle algo en el cuello.

—¿Qué cree que está haciendo? —levantó las

manos para detener a ese hombre que quería inmovilizarla. Ella estaba bien y no necesitaba que la dejaran estacada con ese cuello y mucho menos que la inmovilizaran en la camilla que había junto a su automóvil. Ni muerta iba a permitir que alguien la tuviera dominada de esa forma. Lo miró con tanta furia que el hombre se apartó unos pasos.

—Solo es por precaución.

—¿Cree que tengo el cuello roto?, pues le cuento que lo tengo enterito y ni loca me voy a dejar inmovilizar, por nadie —aclaró mientras negaba con la cabeza exageradamente para que se diera cuenta que ella estaba bien, aturdida pero bien. Todo le daba vueltas a causa de su demostración y tuvo que recostarse en el asiento para disimular el punzante dolor de cabeza, pero sonrió para convencer al médico de que ese armazón para el cuello no le hacía falta.

—No hagas eso, muchacha, si tuvieras una lesión sería fatal.

—Ya ve que no tengo ninguna. Solo este golpe... —Se señaló la ceja derecha con la mano y se estiró para mirarse en el espejo —, y bastante hinchado —Volvió a recostarse en el asiento y cerró los ojos para recuperarse del mareo.

Un pantallazo del accidente cruzó por su mente. Ella había puesto la luz alta para ver mejor el camino y un inconsciente que circulaba a más de cien kilómetros por hora en la curva se le había venido encima. Solo alcanzó apenas a virar la dirección, por eso su *Porsche* rozó con violencia el lateral izquierdo del automóvil que venía de frente, y terminó golpeando en una roca de la montaña que lo desvió hacia el árbol que crecía en el borde del precipicio. Del otro vehículo no

recordaba nada porque luego del impacto todo fue tan rápido que solo vio como en cámara acelerada lo que le pasaba a ella. Había perdido el conocimiento, pero no se lo pensaba contar al médico porque lo único que quería era salir de allí por sus propios pies.

Luego de rememorar lo ocurrido y sentirse agradecida de estar con vida, abrió los ojos y miró a los lados intentando ver el otro coche, pero no había nada y supuso que la gente que lo ocupaba no había tenido su suerte.

—¿Dónde está el automóvil que se me vino encima? —preguntó temerosa de la respuesta.

—Se ha caído al precipicio, muchacha.

—¡Oh, no! ¿Y los ocupantes?, yo venía con la luz alta y... Por favor, dígame que no ha muerto nadie —le brillaban los ojos por saberse responsable de la gente que había caído al

precipicio. Si ella no hubiera tenido puesta la luz alta quizá no se habría producido esa tragedia, pensó. Pero al recordar la velocidad de vértigo que traía el otro coche comprendió que con o sin luz, el accidente no se habría podido evitar.

—Solo iba el conductor, por suerte no ha muerto. Él no está tan bien como tú. Están tratando de sacarlo del coche —el médico señaló el precipicio y vio que ella fruncía el ceño—. Es Alex Alvear.

—¿Alex...? ¡Alex... no! ¡Dios mío, Alex no! ¡Qué te he hecho! ¡Por qué tenías que ser tú, maldición, por qué! —su grito fue desgarrador, y sus lágrimas dejaban al descubierto el dolor punzante que se le había instalado en el corazón al saber que Alex era el conductor que había chocado con ella.

Se olvidó del aturdimiento, los mareos y de su

propia salud cuando salió del *Porsche*. Tenía que llegar a Alex, se dijo, y corrió zigzagueando para esquivar al médico que había extendido las manos intentando detenerla.

—Por favor, muchacha, estás aturdida y mareada, deja trabajar a los rescatistas y a los médicos. Es necesario sacarlo lo antes posible para derivarlo a un hospital —gritó el médico.

Pero Ana no escuchaba más que su voz interior, y corrió, tropezó, se tambaleó, y siguió corriendo para llegar a él. Se arañó con las espinas de los espinillos que le cortaban el paso, cayó de rodillas al tropezar con una piedra, y hasta rodó unos metros por la pendiente. Estaba quedando más lastimada con la carrera por llegar a Alex que con el choque, pero no detuvo ni por un instante su frenético y alocado avance. Algunas manos la

aferraron del brazo para cortarle el avance, pero ella sacaba fuerzas de la desesperación y se deshacía de cualquiera que se atravesara en su camino como si fuera una leona que intentaba llegar a su cachorro herido. Arañaba, pateaba, gritaba e insultaba, y seguía avanzando hacia Alex. Ya estaba cerca, se dijo cuando divisó a pocos metros el *Focus* irreconocible de Alex.

Vio que Sergio se acercaba con esa paciencia de santo que siempre había tenido; las manos en los bolsillos y la mirada clavada en sus ojos. La estaba analizando, se dijo, ya que Sergio siempre hacía eso: mirarla con detenimiento para descubrir su estado de ánimo. Él no la detendría, sabía que no la detendría porque Sergio era el único que conocía sus más recónditos secretos.

—Sergio, no vas a poder detenerme, sabes que nadie va a detenerme —dijo Ana mientras seguía

bajando la montaña entre tropiezos y arañazos.

—Solo voy a ayudarte a llegar, mi nena —dijo Sergio con la voz pausada de siempre, la que la serenaba y le permitía seguir creyendo que lo imposible era posible, que lo inalcanzable estaba más cerca de lo que ella creía. Que solo era cuestión de soñar para conseguir, de pedir para tener.

—¡Dime que está bien, dímelo, maldición! —le asió la camisa y lo zamarreó para que se apresurara a responder.

—Él está vivo, eso ya es mucho por como quedó el *Focus* —su voz serena, que no revelaba lo que sentía en el fondo de su alma, la conformó, y con más calma descendieron los pocos metros que quedaban hasta el coche destrozado de Alex.

Ana vio que le habían puesto un collar en el cuello, el mismo con el que habían intentado

inmovilizarla a ella, y lo habían atado a una camilla.

Estaba tan lastimado su Alex que no pudo contener las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas. Lleno de magulladuras, raspones y dos heridas que no paraban de sangrar por sobre las gasas que le cubrían los cortes. Le habían vendado la cabeza y su cabello dorado y sedoso estaba cubierto de sangre. Se preocupó al darse cuenta que estaba completamente inmóvil, inconsciente, sumergido en otro mundo del que no sabía si alguna vez volvería.

Se arrodilló a su lado molestando en la tarea a los médicos que seguían ajustando las cuerdas de la camilla sobre el cuerpo lastimado de Alex. Le acarició el rostro con esa ternura que la caracterizaba y no halló señales de

reconocimiento. Alex no sabía que ella estaba allí, a su lado, con el corazón partido en dos al verlo tan destrozado e indefenso. Se tendió sobre su pecho y se aferró al cuerpo inmóvil, esperando una caricia que no tendría, porque él estaba mucho más lejos de ella que el día que se fue de la casa de Mario doce años atrás.

Alex se emocionó, la luz en la oscuridad había vuelto con más fuerza y ella, su Ana, estaba allí, con la túnica que se mecía por la brisa y esa sonrisa cálida que siempre le dedicaba de niña. Pero no era una niña, sino una mujer hermosa y sensual. Sus pechos eran más abultados y su rostro no conservaba los cachetes redondos de la niñez, pero era delicada y tierna como a los quince años. La vio acercarse a él, la túnica bailando sobre su cuerpo por el contorno de las caderas, las piernas esbeltas, rectas y largas danzando sobre esa nube

blanca y difusa que la envolvía. Quiso extender las manos, pero no pudo; entonces, ella se recostó sobre su cuerpo y la negrura desapareció de sus ojos. Todo era blanco, puro y hermoso, y ella era tan real que sintió a Ana rozando cada centímetro de su piel. La suavidad de ella se pegaba a la aspereza de su piel, las curvas delicadas a los músculos fibrosos de su cuerpo, el cuerpo femenino cubría el masculino. Ella no era tan alta y sintió los pies fríos allí donde Ana no llegaba a abarcarlo con su cuerpo. Quiso enroscarse en ella, abrazarla, protegerla, pero era como si él no pudiera tocar lo que tanto ansiaba. Igual sintió que había alcanzado el cielo, que las nubes lo transportaban en un viaje mágico en el que los dos volaban juntos. Estaba tan feliz, que se dejó llevar hacia el paraíso, un paraíso en el que estarían los dos para siempre sin rastros amargos del pasado, y

flotaron juntos en esa nube difusa que los acercaba a la incandescente luz que se veía a lo lejos.

—¡Lo perdemos! ¡Lo perdemos! —gritó uno de los médicos.

Arrancaron a Ana del cuerpo inerte de Alex y se arrodillaron junto a él para realizar la reanimación cardiopulmonar mientras le suministraban oxígeno. Ella gritaba como un animal herido e intentaba desprenderse de los brazos de Sergio, que la sujetaba cual garras impidiéndole moverse. Se retorció, pateó, arañó, pero nada consiguió.

La oscuridad la envolvió.

Uno, dos, tres...diez. Uno, dos, tres...diez. Uno, dos tres...diez, contaba el médico la seguidilla de masajes cardíacos mientras otro le suministraba oxígeno. Uno, dos, tres...diez, tantas

veces que creían que ya no regresaría, pero la insistencia en los masajes permitió el milagro; y Alex regresó.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! Controlen el pulso y la presión. Preparen la ambulancia. Urgente el traslado —uno de los médicos vociferaba las órdenes y el resto solucionaba los problemas mientras los camilleros comenzaron a ascender. Ya no importaba sujetar las cuerdas que faltaban, solo salvarlo.

Los minutos corrían y Ana ya no era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Yacía desmayada en brazos de Sergio que subía la montaña a zancadas intentando entregarla a los médicos mientras gritaba para que acercaran la ambulancia al borde del vacío.

Alex sentía una opresión en el pecho que no le permitía respirar. El viaje al paraíso se había

interrumpido y Ana se había ido de su lado. Otra vez todo se veía negro y confuso, como si las tinieblas se lo tragaran. Ya no volvería a verla, lo supo y se dejó vencer por la oscuridad cuando aceptó la realidad. Ella no era suya y nunca lo sería.

CAPÍTULO 3

Desde la ventana se veían las luces tenues que iluminaban el centro de Los Álamos. Era un pueblo chico y austero, pero tenía un hospital que había sido levantado sesenta años atrás creyendo que la prosperidad llegaría al lugar, por eso, lo único que atraía gente al pueblo era el hospital que albergaba a todos los enfermos de la zona. Unos pocos automóviles circulaban por la callejuela de tierra y varios niños correteaban y reían en la plaza. Las mujeres conversaban en las esquinas y los hombres fumaban y bebían en el bar.

Toda la vida se desarrollaba afuera, pensó Mariana mientras se giraba para mirar a su esposo

que yacía en esa horrible cama de hospital, sin conciencia y sin la certeza de recuperarla.

Llevaba veinte días en el mismo estado y los médicos no daban esperanzas de que la situación de Alex se revirtiera. Mariana había insistido en trasladarlo a la ciudad de Córdoba, pero como el hospital contaba con una sala de cuidados intensivos los médicos no habían considerado conveniente el traslado. Además, esa familia de rejunte había puesto el grito en el cielo. Mariana no se estaba dejando influenciar por los consejos de esa gente, simplemente había decidido esperar un tiempo más hasta tener claras sus propias ideas. Por otro lado, su esposo no estaba al borde de la muerte, solo ausente de la realidad que acontecía a su alrededor.

Cientos de pensamientos habían acosado a Mariana mientras su esposo estaba ausente. Al

principio se había sentido un poco culpable por haber alterado a Alex hasta el límite de su paciencia, pero enseguida logró liberarse de las culpas al recordar que ella solo había dicho la verdad. Entonces, la realidad la cacheteó y las culpas fueron reemplazadas por los problemas: ¿Qué haría con un hombre así? ¿Cómo serían los días al lado de Alex?, y cuando intentó imaginar sus días atendiendo a un enfermo que no movía un músculo, la dominó el pánico.

El doctor Rodríguez, médico que estaba a cargo de los cuidados de Alex, había tratado de consolarla diciéndole que él era un hombre fuerte y se estaba recuperando de las heridas físicas por completo. ¡Qué le importaban a ella las heridas físicas!, si hubiera preferido quedar viuda. Pero no, hasta eso había salido mal.

Mariana no era una mujer dispuesta a cumplir

los deberes de esposa, mucho menos si ellos implicaban anquilosarse en ese pueblo pobre y polvoriento, mirando desde la ventana del hospital las mujeres desarregladas y de cabellos resecos que pasaban por la vereda. Ella era de vida rumbosa, de fiestas y ropa de diseño.

No sabía qué hacer, si quedarse o marcharse y dejar que esa familia de rejunte se ocupara de él. El problema era que si ella desaparecía tendría que abandonar las pretensiones económicas que pensaba obtener con el divorcio. No podía hacer eso porque echaría por la borda todos sus planes: conseguir que Alex le cediera la casa que tenían en la ciudad de Córdoba y le abonara una mensualidad que le permitiría conservar la posición social que había logrado a su lado. Entonces llegó a la conclusión de que tendría que

cargar con un marido sin conciencia hasta que consiguiera su propósito.

Pero esa tarde, mirando desde la ventana ese pueblo pobre, como ella llamaba a Los Álamos y su gente, Mariana vislumbró una solución para su problema. Instalaría a Alex en la casa que tenían en la montaña y lo dejaría al cuidado de alguna enfermera capacitada para atender pacientes en estado de inconsciencia, así ella podría trasladarse a la ciudad con la excusa de ocuparse de los asuntos financieros de Alex y velar por sus intereses económicos. Después de todo, esa familia de rejunte no sabía prácticamente nada de la vida de Alex porque él se mantenía distanciado de ellos, aunque Mario y Laura le telefoneaban y lo visitaban en contadas ocasiones. Es decir, que los negocios de Alex solo eran conocidos por él y los contadores con los que semanalmente se reunía

en las oficinas. Ahora también los conocería ella, que era su mujer, les gustara o no a los contadores quienes con métodos indirectos y mucha educación habían intentado dejarla al margen de los negocios. “Usted quédese con él que nosotros nos ocupamos de todo”. “¡Caraduras!”, había gritado a un teléfono muerto cuando colgó. Ella no quería estar al cuidado de su esposo y nadie podría sacarla de las oficinas o negarle el acceso a los negocios que Alex había llevado con tanta reserva. Era su mujer, su mujer, se repetía Mariana para convencerse que todos la tratarían con la deferencia que merecía, a pesar de que Alex siempre la había mantenido al margen de sus actividades. Sonrió al comprender que, si bien no había conseguido la viudez, tenía al alcance de las manos el manejo de todos los bienes de su marido. Qué más podía pretender por el momento.

Mientras aparentaba ser la sufrida esposa a la que se le había venido el mundo encima, intentaría conseguir ventajas en el manejo de los negocios de Alex. Esto sería mejor que un buen divorcio, ya que ella conseguiría su propia mensualidad, haría su propia vida y de vez en cuando vendría a llorar un rato junto a la cama de Alex mientras le tomaba la mano y otras cursilerías por el estilo para que esa familia de rejunte, que él tanto adoraba, viera la tortura por la que estaba pasando.

Un golpe en la puerta la distrajo de sus cavilaciones. Cuando Mariana se giró y dijo “pase”, una sonrisa le surcaba el rostro. Ana la miró emocionada al creer que Mariana sonreía porque había visto algún signo de recuperación en Alex.

—¿Ha mejorado? —preguntó entusiasmada, y

se acercó al borde de la cama. Analizó en detalle a Alex que estaba demacrado y con el rostro ceniciento aunque tan masculino como cuando se fue de su lado; pero sin rastros de recuperación. Él seguía abstraído de la realidad como cada uno de los días en que lo había visitado desde la noche del accidente. Siempre se lo veía tan sereno y distante que no soportaba mirarlo y saber que él ni siquiera estaba enterado de que ella, su Ana, como solía decirle, estaba allí, a su lado intentando regresarlo.

—No, para nada. ¿Qué haces acá?, ya te dije que yo me encargaría de todo. No los necesito a ustedes todo el día metiéndose en nuestra vida, siempre nos hemos arreglado solos. Él nunca los necesitó.

—No, claro, pero..., yo vengo porque no puedo concentrarme en nada, es como que estoy todo el

día pensando en él y... No es mi intención molestar ni meterme en los asuntos de ustedes, solo quiero estar un rato a su lado. Sabes, éramos muy unidos con Alex, ¿te lo dijo alguna vez? —se acercó a la ventana y miró a Mariana a los ojos; tan fríos como témpanos de hielo, y tan desinteresados por la salud de Alex que Ana sintió lástima por él.

—Nunca los nombraba, era como si ustedes no existieran, aunque cuando iban los que él dice que son sus padres los atendía con cordialidad. Alex siempre fue muy educado y no quería herirlos diciéndoles que no lo visitaran —mintió Mariana.

—Bueno, al menos supo disimular, porque Laura y Mario se habrían sentido muy mal. Siempre regresaban contentos después de verlo. Pero claro, ellos no sabían que la alegría de Alex era por compromiso —giró y se concentró en Alex

porque no quería que esa arpía con la que se había casado la viera contener las lágrimas y tragar con dificultad al enterarse que Alex los había olvidado como si ellos nunca hubieran compartido la vida. Le costaba aceptar semejante indiferencia en Alex, que había sido un chico alegre y muy demostrativo de sus sentimientos hacia los padres que lo habían criado como un hijo. Pero Ana llevaba tantos años sin saber de él que suponía que en ese tiempo podría haber cambiado su carácter.

Se sentó en la silla que había en la cabecera de la cama y tomó la mano de Alex entre las suyas, olvidándose de las frías palabras de Mariana. En ese momento él la necesitaba y no pensaba dejarse influenciar por lo que decía su esposa. De solo pensar que Alex tenía esposa se le formaba un nudo en la garganta. ¡Cuánto le costaba aceptar que

él se había casado! Nunca, nunca podría olvidar el día que se enteró que se casaba. Había llorado tanto que Laura decidió instalarse en su casa por miedo a que cometiera una locura. Ella no pensaba cometer ninguna locura, simplemente necesitaba descargar su angustia en llanto. Lo que más le había dolido era que él no había regresado al pueblo para contarle un acontecimiento tan importante de su vida.

Tantos años compartiendo las risas, los llantos, las travesuras y las peleas; y Alex no había sido capaz de venir a decirle: “Me caso, mi Ana, deséame suerte”. No es que ella le hubiera deseado suerte, porque no le habría salido del alma, pero al menos le habría gustado que él se lo dijera mirándola a los ojos. En cambio, se había enterado dos días antes cuando Alex telefoneó a Mario para comunicarle la noticia. Ana sabía que

Alex lo había dicho con escaso tiempo para que ninguno de ellos asistiera a la boda. Pero ella había ido, acompañada por Sergio, y había llorado tras la columna de la iglesia mientras los novios sellaban ese matrimonio con un beso frente al párroco. “Nunca te perdonaré”, había murmurado con insistencia aquel lejano día del casamiento, y había mantenido su promesa hasta que Alex casi perdió la vida al caer al precipicio. Allí, el perdón había llegado de inmediato al darse cuenta que él estaba a un paso de la muerte.

Desde el ventanal de la habitación, Mariana miraba la escena con cierto recelo. Esa chiquilla venía todos los días a tomarle la mano y susurrarle estupideces en el oído, como si con ese contacto lo pudiera regresar a la realidad. A Mariana poco le importaban esas demostraciones de amor, porque él no estaba con ella, sino lejos, en algún lugar

perdido sin saber que su Ana estaba con él. Tanto sentimentalismo la ponía de mal humor. Por eso salió de la habitación dando un portazo y fingiendo un enojo que en realidad no era tan grande, sino que le servía de excusa para ocuparse de su verdadera preocupación: convencer a Rodríguez para que le diera el alta y poder trasladarlo al campo, así podría desaparecer de ese pueblo pobre.

Si bien Mariana había echado a toda esa familia de rejunte de la habitación, la gente era insistente y siempre se aparecía alguno a tomar la mano de Alex y hablarle de aquella infancia vulgar que habían compartido juntos. Ahora, después de encontrar la forma de solucionar su problema estaba dispuesta a aceptar un poco de ayuda de esa familia. Ella no podía seguir allí perdiendo un

tiempo precioso, mirando a ese hombre que ahora solo era parte de un pasado que quería dejar en el olvido. Su futuro estaba afuera; en la fábrica de Alex, la economía de Alex y la casa de la ciudad que quería para ella, se dijo convencida de que todo saldría como lo había planeado.

Ana se sobresaltó con el golpe en la puerta, pero no dijo nada porque Mariana siempre reaccionaba así cuando ella se acercaba a Alex y lo acariciaba con ternura para intentar llegar a él a través de ese pequeño contacto o de las historias que le contaba a diario desde que lo habían trasladado a una habitación común. Todos los días cumplía la misma rutina porque creía que si él la escuchaba no se sentiría tan solo en aquel lugar en el que estaba y no podía regresar. Hasta suponía que tal vez la estaría esperando ansioso. Por eso llegaba, se sentaba junto a Alex y esperaba que

Mariana saliera dando un portazo para comenzar a relatarle historias pasadas de épocas felices compartidas por los dos. Lo miró y sonrió con ternura antes de comenzar.

—Hace un tiempo recordé los días de verano en que nos bañábamos en el arroyo. Recuerdas cuando te tirabas desde una piedra y me salpicabas agua helada mientras yo gritaba porque me habías mojado, y después te arrepentías y me cubrías con tu toalla mientras tú ibas tiritando de frío hasta la casa. Siempre hacíamos lo mismo, yo me paraba a la orilla y tú me mojabas a propósito. ¡Cómo nos divertíamos con esos juegos repetitivos que siempre hacíamos! Extraño aquellas épocas donde todo era fácil y hermoso, ¿tú no?, bueno, no importa que no me contestes. Te acuerdas cuando nos subíamos al árbol para cortar las ciruelas maduras y las comíamos calientes, y luego Laura

nos retaba porque teníamos retortijones de panza. Y cuando corríamos carreritas hasta el arroyo..., siempre me dejabas ganar para que no me enojara, ¿recuerdas que yo me ponía a saltar como loca?, y tú, en lugar de enojarte, te reías. ¿Sabes?, yo no sabía que me dejabas ganar, pero luego de un tiempo comprendí que disfrutabas al verme contenta. Me engañabas Alex, y yo me lo creía. Y aquella vez que me subiste a la bicicleta y me diste un empujón tan fuerte que choqué contra un árbol y me corté el labio... —una lágrima se derramó por la mejilla de Ana al recordar que hacía apenas veinte días se había incrustado con el *Porsche* contra otro árbol, mientras Alex yacía inconsciente entre los hierros retorcidos de su *Focus*—. ¡Oh, Alex!, las historias se repiten. ¡Lo siento tanto, Alex, tanto...! Si no hubiera tenido puesta la luz

alta, tú estarías conmigo —dijo Ana, aunque sabía que el accidente se hubiera producido igual, ya que Alex venía demasiado rápido en la curva de ese camino sinuoso y angosto.

Se recostó sobre su pecho para sentir los latidos del corazón de Alex que siempre palpitaba a un ritmo normal. Si bien siempre hacía lo mismo, se sorprendió al descubrir que no eran pausados como otras veces, sino que su corazón latía desbocado bajo su oído. Ana supuso que él la había estado escuchando y se emocionó al comprender que había esperanzas. Se incorporó para mirarlo sin pestañar, para intentar descubrir algún gesto que le indicara que Alex no estaba tan distanciado como todos creían. Y vio en sus ojos cerrados una lágrima que corría por su mejilla, una sola de su ojo izquierdo que le indicaba que no todo estaba perdido, que él no era un cuerpo inerte

sin conciencia y sin sentimientos, que la estaba escuchando y por algún motivo no podía o no quería volver a ellos.

—¡Estás conmigo, Alex! Sé que estás conmigo. Lo que no sé, es si quieres que me quede o que me vaya. Si pudieras decirme de alguna manera lo que quieres... —le acarició la mejilla secando esa sola lágrima que le había demostrado que él estaba allí, escuchando emocionado el pasado que los dos habían compartido.

Alex la sentía tan cerca que le desgarraba el corazón no poder abrazarla y protegerla. Ella volvía a sus sueños con hermosas historias del pasado. Todo era tan real que se sentía feliz durante esos momentos del día. Inclusive, las lágrimas que derramaban sus ojos parecían humedecerle las mejillas cuando ella iluminaba la penumbra de su vida. Era como si él no estuviera

perdido en un pasaje oscuro de algún lugar que no alcanzaba a ver. Como si regresara de un viaje al infierno y lograra tocar el cielo con las manos cuando la escuchaba susurrar palabras lejanas sobre la vida que habían compartido juntos cuando todo era bello. Pero su mente estaba confundida porque por momentos sentía voces conocidas que también lo llamaban y le hablaban. Mario, con los largos sermones acerca de que él era un hombre de campo y no un diseñador de ropa, y las sugerencias de que debía regresar a sus raíces. Laura, que le decía que habían florecido los crisantemos, que las rosas amarillas estaban más grandes que nunca y que los jazmines perfumaban el aire. Hasta Mariana hacía sus apariciones en esos sueños en los que estaba inmerso, exigiéndole que solucionara el problema que había

ocasionado. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntaba con insistencia. ¿Por qué nadie lo despertaba de las pesadillas o le explicaba dónde estaba y por qué no podía regresar a su vida anterior? Se sentía impotente, como si su vida solo dependiera de esos sueños que no entendía. Quería despertar y no podía, quería gritar pero no hallaba la voz, quería tocar a sus seres queridos pero nunca lograba llegar a ellos, solamente los escuchaba como si le hablaran de lejos. Al menos lograba sentir un gran alivio cuando era Ana quien le hablaba entre susurros, calmándolo con esas historias infantiles tan vívidas que se materializaban en su mente como si el tiempo de ausencia no hubiera pasado, como si la vida no hubiera avanzado y los dos tuvieran diez y quince años. Ella tan chiquita y vivaracha, y él tan galante y atento a todos sus caprichos.

—Alex, te veo en esa cama, tan quieto y tan indiferente a lo que te rodea que quisiera entrar en tu mundo y traerte de vuelta a casa. Yo te cuidaría, Alex, toda la vida, o durante el tiempo que fuera necesario hasta que tú fueras mi Alex, el que se fue de mi lado cuando tenía quince años sin decirme el porqué —le acarició los dedos laxos, la piel pálida de la mano que reposaba sobre las sábanas blancas, y por un instante le pareció sentir que esa mano quieta y relajada se tensionaba, pero fue solo un momento tan efímero que Ana lo confundió con sus propias tensiones.

Alex se sentía confuso, inmerso en una pesadilla que no entendía. Ya no había sueños del pasado susurrados por Ana con la voz melodiosa que lo calmaba y lo despertaba de la oscuridad. Ahora ella le hablaba de cosas que no tenían sentido para él. ¿De qué cama estaría hablando?,

si él nadaba en un pasaje oscuro y solo veía una luz de esperanza cuando su Ana lo llevaba a los recuerdos del pasado. No quería escuchar cosas que no entendía. Él necesitaba que ella le contara sobre aquellos días en que los dos preparaban las tostadas quemadas para el desayuno, cuando volvían de la escuela corriendo porque a Ana se le pasaban los dibujitos de las seis, o los días que estudiaban bajo el naranjo cubierto de flores cuyo aroma a azahares embriagaba los campos. Quería recordar las tardes que pasaban juntos en la galería escuchando el trinar de los pájaros que regresaban a sus nidos y sentir la mano de Ana apretada sobre la suya después de una pesadilla. Necesitaba sentir el cuerpo de ella pegado al suyo, el abrazo que les cortaba el aire, los pechos incipientes rozando su brazo y el hermoso trasero

apoyado en su sexo. Sintió que estallaba de placer y que necesitaba descargar su apetito lujurioso en el cuerpo de Ana. Pero su Ana no estaba tras esa luz blanca que a veces regresaba y se la mostraba velada y sonriente en la distancia, tan cerca y a la vez tan lejos que nunca lograba alcanzarla.

Sintió un ruido extraño, un golpe que nunca le había llamado la atención y eso lo perturbaba tanto que solía alejarlo de los sueños placenteros para dejarlo inmerso en la nada. No quería irse a ese lugar oscuro y se esforzaba por mantenerse en ese sueño perturbador que era mejor que la nada. Quería seguir allí escuchando esos golpes extraños o cualquier otra cosa antes que perderse en la oscuridad que lo rodeaba de incertidumbre. De pronto, para su alivio, sintió la voz estridente de Mariana y se sobresaltó, aunque agradeció haber podido evadirse del vacío. No le gustaba que

Mariana viniera a sus sueños, solo quería a Ana, pero su mujer no iba a dejarlo en paz y siempre estaría haciendo alguna aparición en aquel lugar incierto en el que estaba instalado.

—He hablado con el doctor Rodríguez y después de mucho discutir he conseguido el alta de Alex. El muy caradura lo quería mantener aquí para seguir cobrando la estadía como si esto fuera un hotel de cinco estrellas —Mariana señaló la humilde habitación. En realidad no había conseguido el alta, pero ella se lo pensaba llevar igual. No podía seguir en ese pueblo perdiendo la vida en atender a un hombre inerte, como muerto, que ni siquiera sabía dónde estaba y seguramente le daría lo mismo estar acostado aquí o allá.

—¡Te has vuelto loca!, ¿acaso no entiendes que aquí tiene todos los cuidados? Si no puedes permanecer en el pueblo nosotros lo cuidaremos

hasta que regreses. Por favor, no cometas una locura, es su vida —dijo Ana con un tono de voz bastante elevado. Estaba sentada en la silla que había en la cabecera de la cama y se giró para mirar a Mariana sin dejar de acariciar la mano de Alex para calmarlo y evadirlo de la discusión si es que él estaba escuchando las crueles palabras de su esposa—. Además, creo que él no está tan lejos, que... —Sintió que unos dedos débiles se cerraban en su mano y por un instante se quedó intentando descifrar si había sido ella quien lo había apretado o él. Pero no, ella solo lo había acariciado con ternura, en ningún momento había cerrado sus dedos en los de Alex.

Lo miró y comprobó que Alex seguía tan inmóvil como antes, entonces supuso que podía ser una señal para acallar sus palabras. Le dio la

espalda a Mariana y se concentró en Alex, en reconfortarlo con sus caricias mientras intentaba disimular sus emociones y contener las lágrimas ante esta segunda comunicación que tenía con ella.

Él estaba allí, escuchando todas las discusiones e intentando comunicarse con un simple roce. No era nada, como tampoco lo había sido aquella lágrima que había derramado momentos antes, pero para Ana era la señal más importante de su vida, ya que él le estaba diciendo que estaba allí, con ella, escuchando y sintiendo lo que pasaba a su alrededor. Y esa señal que le daba, seguramente era para que no le contara a su mujer que él no estaba tan ausente como todos suponían.

—No te metas en mis decisiones. Su esposa soy yo. He contratado la ambulancia y mañana por la mañana lo traslado a la casa que tenemos en la montaña. Ya he conseguido la mejor enfermera del

pueblo que se va a instalar con él y le va a dedicar la misma atención que le están dando acá. Yo pienso ir y venir porque no puedo abandonar los negocios de Alex.

—¿Te vas y lo dejas al cuidado de una extraña? ¿Son más importantes los negocios que Alex? —Si bien las de Ana eran preguntas, estaban tan cargadas de reproches que Mariana se puso a la defensiva.

—Querida, somos gente con muchos compromisos, no podemos dejar por tanto tiempo los negocios y las reuniones previstas, alguien tiene que tomar el mando. No puedo quedarme a contemplar el horizonte mientras Alex se recupera, si es que algún día sale del letargo y vuelve a nosotros.

—¡Cómo puedes ser tan cruel!, es que no tienes sentimientos hacia tu esposo y solo te interesa el

dinero de Alex —le espetó Ana mirándola con indignación mientras seguía con su dulce tortura de acariciar la mano de Alex para calmarlo, para intentar que no se alterara con lo que estaba escuchando. Le apoyó la otra mano en el corazón para sentir los latidos y los escuchó serenos, pausados y tan normales como si ya no estuviera con ella, como si se hubiera rodeado de una coraza protectora para no escuchar el poco amor que su esposa sentía por él.

—No lo estoy abandonando, solo voy a dividirme para atender todo. No cualquier mujer haría tantos sacrificios por Alex como yo. Nos amábamos muchísimo antes del accidente —mintió Mariana, y observó como los ojos de Ana se tornaban vidriosos ante su comentario—. Además, estoy segura de que si él estuviera consciente ya

me habría mandado a la ciudad para que me ocupara de los negocios. Nadie más que nosotros sabe la cantidad de asuntos que se han juntado en veinte días. Él maneja una de las marcas de ropas más prestigiosas del país, ¿lo recuerdas?

—Somos competencia, Mariana, no podría olvidarlo. Pero en estos momentos prefiero perder mis clientas porque yo no voy a dejarlo solo — Ana la miró con tanto odio que Mariana, que poco perdía la compostura, tensionó la mandíbula y apretó los puños tras la espalda para que Ana no notara su fastidio. Esa chiquilla sentimental le traería problemas, pensó, pero no se amilanó, sino que siguió concentrada en su propia defensa para quedar bien parada frente a la familia de rejunte que se creía con derecho de decirle lo que debía hacer.

—Esa no sería la decisión de Alex si fueras tú

la que está inconsciente en una cama. Seguramente te vendría a ver de vez en cuando y regresaría urgente a la ciudad para atender sus asuntos. ¿Sabes que la gente de la farándula pide turno con varios meses de anticipación para que le confeccionemos un vestido con la marca de Alex Alvear? ¿Sabes a cuántas fiestas estamos invitados cada fin de semana?, no, claro que no lo sabes porque tú trabajas en chiquito, en cambio, nosotros lo hacemos a lo grande. Por eso puedes pasarte el día en este hospital mientras yo no me lo puedo permitir. Es un sacrificio muy grande ir y venir de la ciudad, y solo lo hago por Alex, porque sé que cuando él regrese no me va a perdonar que haya dejado todo para estar a su lado.

Ana la miró con la boca abierta pero no dijo nada. Qué podía decirle a una mujer que veía la vida a través de las ganancias, las fiestas y la

gente de la farándula que hacía fila para tener un vestido que dijera en la etiqueta *Alex Alvear*. Nada, no podía decirle nada porque para ella la vida era diferente.

Si bien Ana era tan reconocida en el mundo de la moda como Alex, ella era una soñadora que disfrutaba del aroma a pino del campo, del sonido de los pájaros que trinaban junto a la ventana mientras terminaba los detalles de una prenda. Disfrutaba conversando con las clientas para conocer su personalidad antes de diseñarles un vestido. Le gustaba la vida sencilla, la gente simple y la alegría de sus clientas del pueblo cuando regresaban de una fiesta en la que las habían halagado por la elegancia que le brindaban sus prendas.

Ana nunca se imaginó que un día llegaría a

competir con Alex, que las clientas de la farándula de las que hablaba Mariana la preferirían a ella, porque cuando ella empezó Alex solo soñaba con ser corredor de *rally*. Él siempre había sido un amante de los fierros y casi había perdido la vida entre ellos.

Lo que Ana no lograba entender era por qué Alex había comprado aquella empresa de diseño para transformarse en su competidor más feroz en el rubro.

Si bien en esos momentos los dos eran reconocidos en el mundo de la moda, Alex había subido a la cima en un solo envión, mientras que ella había tenido que escalar la montaña paso a paso. Pero los años de lucha de Ana para alcanzar su objetivo los habían llevado a los dos a compartir la gloria de ser los mejores, y ahora eran competencia porque ella estaba consiguiendo

quedarse con algunos de los clientes más selectos de Alex.

Aquella gente de la farándula y las mujeres de los empresarios y políticos de los que se vanagloriaba Mariana, también sacaban turno con meses de anticipación para que ella les diseñara el vestido de noche para alguna de las fiestas exclusivas a las que asistían Alex y su mujer.

Al parecer, Mariana no sabía o no quería reconocer que Ana estaba al mismo nivel social y económico que Alex. Solo había una diferencia entre ellos, que ella seguía siendo la chica de pueblo que disfrutaba de las cosas simples de la vida y nunca aceptaba una invitación a los sitios elegantes donde acudía el mundillo del espectáculo, político y empresarial que tanto parecía gustarle a Alex y a su extravagante esposa.

Dejó de lado los asuntos comerciales y miró a

Alex. Él seguía en su mundo oscuro, sereno y aislado. Al margen de las discusiones que se estaban desarrollando junto a su cama.

—Ve a preparar lo que te haga falta, que yo me quedo con él —dijo Ana sin levantar la vista del rostro de Alex.

—No voy a demorar demasiado. Salvo que quieras quedarte a pasar la noche, en ese caso voy a aprovechar para ir a la ciudad a traer su ropa porque en el campo tiene muy poco para ponerse. Si es que no tienes inconvenientes.

Mariana nunca había permitido que esa gente se hiciera cargo de su esposo, pero la ansiedad por regresar a la ciudad la llevó a actuar con precipitación y sin medir las consecuencias para el futuro. Por eso, cuando Ana le dijo que se fuera tranquila porque no se movería del lado de Alex,

Mariana no pensó ni por un instante que quien quedaba al cuidado de su esposo era la chiquilla enamorada que le relataba historias pasadas. Por eso asintió con una sonrisa de alivio y se acercó a Alex para darle un frío beso en la frente.

—Mañana nos vemos, querido —dijo como si él nunca hubiera estado ausente, como si pudiera escuchar su fría despedida. Y desapareció cerrando con estrépito la puerta.

Alex estaba inmerso en una oscura confusión. ¿Por qué su Ana no le susurraba palabras melodiosas o le contaba historias que él podía imaginar? Ahora solo escuchaba golpes y palabras agresivas que lo desconcertaban. La cabeza se le partía de dolor al intentar hilar las palabras confusas que había escuchado. Imágenes de la casa de diseño se agolpaban en su mente. Fiestas, reuniones, mujeres que se probaban vestidos,

Mariana que rondaba por el taller para hacerse ver. Mariana del brazo de algún hombre importante. Mariana que preguntaba sobre las ganancias. Mariana que lo obligaba a asistir a esas reuniones de apariencias. Mariana desnuda con su amigo Roberto sobre la cama de la suite que él había alquilado para los dos.

Y toda esa revelación de su vida, esa información de su pasado reciente que Mariana había traído a su mente, despertaron en Alex imágenes de su verdadera vida, tan oculta a los ojos de todos que solo él y su editor la conocían.

Alex, el autor de la trilogía: *Miky Martin, un hombre sin recuerdos del pasado*. La historia de un hombre duro y áspero como las rocas de las montañas que había sembrado intriga en los lectores. Alex Alvear, un hombre que aparentaba ser un diseñador de ropa y que vivía oculto tras el

seudónimo de Ringo Arias, con una biografía llena de intrigas y un pasado reservado para todas las personas que leían sus libros.

Solo Ana podía descubrir que Ringo Arias era Alex Alvear, porque allí había algunos datos que solo ella conocía en el contexto de ambos. Frases dichas en el pasado y guardadas en el recuerdo de los dos.

Las imágenes confusas de su vida se mezclaban con las palabras que se gritaban las dos mujeres y que Alex había escuchado con concentración intentando no evadirse a ese mundo oscuro que lo confundía. Había hecho un enorme esfuerzo para mantenerse en esa pesadilla y descubrir por qué Mariana y Ana gritaban y hablaban de él como si no estuviera vivo. Él no estaba muerto, no podía estar muerto, porque si estuviera muerto no estaría

escuchando las voces. ¿Por qué discutían por él? ¿Dónde estaba para que ellas hablaran como si estuviera ausente? ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó y toda la confusión se aclaró cuando escuchó a Mariana decir con indiferencia que ella no podía quedarse mirando el horizonte hasta que Alex despertara, si es que alguna vez salía del letargo y volvía a ellos.

Y Alex comprendió su triste realidad. Él estaba allí, escuchando la discusión sin poder pronunciar palabra, sin poder ver nada, solo enterándose de su situación.

Había caído en un estado de inconsciencia, estaba ausente para ellos, lo escuchaba todo pero no podía participar en nada. Y mientras él se desesperaba al enterarse de su situación, Mariana estaba decidiendo sobre su vida, su empresa y su futuro sin que pudiera lanzar un grito desesperado

para que lo ayudaran. Se iba y lo dejaba al cuidado de una enfermera mientras ella trataría de ocupar su lugar en la empresa.

No le importaba la empresa, si solo era la apariencia de su vida. Pero no por ello iba a dejar que ella husmeara en sus actividades mientras era llevado de aquí para allá como si fuera un mueble al que cambiaban de ubicación.

Sintió otro ruido extraño y las voces se acallaron en su mente. Supuso que alguna de las dos se había ido y rogó que fuera Mariana.

—Alex, todo va a salir bien, te lo prometo. Nunca te voy a abandonar. Si has escuchado las palabras de Mariana, por favor, necesito que te tranquilices, yo te voy a cuidar hasta que regreses. Ninguna enfermera te va a tocar, nadie va a ponerte una mano encima más que yo, nadie, Alex. Si me has escuchado y me quieres a tu lado, por

favor, dímelo de alguna forma —dijo Ana en voz pausada para intentar calmarlo.

Un leve roce en la mano de Ana la alertó de que él la escuchaba, y emocionada siguió tratando de tranquilizarlo.

—¡Alex!, ¿esa ha sido una señal?, ¡dime que ha sido una señal! —Ana miró la mano de ella que sujetaba la de Alex y sonrió cuando volvió a rozarle los dedos—. ¡Oh, Dios, estás aquí Alex! ¡Estás conmigo! —Se recostó junto a él y le acarició los brazos laxos que reposaban junto al cuerpo—. Tengo que contarle al doctor Rodríguez tus avances. Dime que puedo contarle a todo el mundo que te comunicas conmigo —Ninguna señal le indicó que él estuviera de acuerdo con esa sugerencia—. No quieres que nadie lo sepa, ¿es eso? —Otro roce, casi imperceptible le indicó la

respuesta, y ella se incorporó para mirarlo, pero Alex seguía lejos, con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil —. Bien, si eso es lo que quieres va a ser nuestro secreto, ¿sí? —Un último roce le confirmó que estaba de acuerdo.

Luego de esa comunicación especial Alex no volvió más a ella.

Ana lloró, gritó, lo sacudió y lo insultó, pero nada le devolvió a Alex.

La luna se recostaba en el cielo y la habitación estaba en penumbras, Ana se acostó a su lado y lo abrazó con todas sus fuerzas, tratando de protegerlo como él la había protegido a ella en la niñez.

Ya no eran niños, sino adultos compartiendo una intimidad que no deberían tener, pero a Ana no le importaron en esos momentos los “deberían” y se acercó más a él para rozar con sus labios la

frente de Alex.

Le rodeó el rostro con las manos y se tendió sobre su pecho para besar esa cara hermosa de labios tiernos y ojos cerrados que ocultaban el azul de su mirada, y siguió besando y acariciando a su querido Alex en los párpados, las mejillas, el mentón. Solo se detuvo a pensar cuando estuvo a punto de rozarle los labios.

Se quedó mirándolo por un largo instante, como pidiendo un permiso que no le fue concedido cuando se inclinó y lo besó rogando que el contacto íntimo lo regresara de la oscuridad en la que estaba inmerso.

Tierno e inocente fue su beso, apenas un roce, pero largo e insistente, como si no quisiera acabarlo, como si su vida estuviera completa al descubrir esa intimidad de la que nunca habían gozado, o a la que no se habían animado en la

juventud.

Ella lo había necesitado tanto y él se había ido sin mediar una palabra que justificara el abandono. Lo siguió torturando con ese beso inocente que solo ella sentía porque la indiferencia de Alex era total. Entonces, se alejó del contacto íntimo al sentirse vencida en la lucha por regresarlo no solo a la realidad, sino a ella.

—Lo siento, Alex, es que no quiero que te alejes de mí. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para traerte de vuelta. Lo que sea —sus ojos brillaban de llanto contenido. No podía quedarse recibiendo como premio a su entrega la indiferencia de Alex. Por eso se levantó y se acercó a la ventana para mirar la noche cerrada y dejarse llevar por el silencio del pueblo dormido, tan sereno como el cuerpo de Alex recostado

indiferente en esa cama de caño gastado del viejo hospital de pueblo.

Alex sonrió al escuchar las palabras de Ana, abrió los ojos y sintió el tictac del antiguo reloj que había sobre la mesita de noche.

Eran las tres de la mañana y ningún automóvil circulaba por las calles polvorientas del pueblo, la luna cubría con un haz de luz el cuerpo de Ana, tan hermoso, menudo y frágil que Alex quería llegar hasta ella para traerla de regreso a la cama.

¿Por qué se habría alejado de su lado?, ¿por qué lo habría abandonado para ir a la ventana?

Ahora la veía, pero ella no lo sabía, Ana lo creía lejos y él nunca había estado tan cerca de ella como en ese momento. Ese beso que había sido una súplica para despertarlo, para arrancarlo de la oscuridad, lo había sacado de la inconsciencia. Ana lo había traído de vuelta como

le había prometido, y Alex, al sentir el roce de sus labios, si hubiera podido, se le habría lanzado encima para devolverle el beso y decirle que había logrado su propósito.

¡Dios!, ella era su milagro, su esperanza y su sueño hecho realidad.

¿Cuánto tiempo habría estado ausente? No lo sabía, pero lo averiguaría. Su Ana le había prometido tantas cosas que él no pensaba desaprovechar la oportunidad de tenerla. Ya no le importaba que fuera la hija de Mario ni que hubieran compartido durante cinco años el mismo hogar. Solo la quería para él, y si Mario no estaba de acuerdo con ese amor que había surgido el día que la conoció, no se haría problema.

Nadie le podía decir a quién amar y a quién no, los sentimientos surgían espontáneos, y él ya se había sentido culpable de su amor por Ana durante

demasiados años, pero había sido ella quien lo había besado, no él. Es decir, que los sentimientos de Ana debían ser los mismos que los suyos.

Alex se sentía tan bien a pesar de saber que debía estar muy mal de salud, que decidió echarse un rápido vistazo y comprobó para su alivio que estaba entero. Tenía las dos piernas y los dos brazos, solo un yeso en la pierna izquierda, unas vendas en el tórax y el brazo izquierdo canalizado, seguramente para pasarle alimento y mantenerlo con vida.

Comenzó por mover las extremidades y se sintió torpe, como si no controlara su cuerpo, pero a pesar de la torpeza todo le funcionaba, no como antes, seguramente por el tiempo que había estado inmóvil.

Sintió un dolor ardiente en el tórax al intentar

enderezarse y supuso que se había quebrado alguna costilla, pero eso tampoco le importaba, solo quería que Ana regresara a él, que lo abrazara y lo besara como lo había hecho hacía unos momentos.

Podría haber suspirado o emitido un sonido de queja, pero no quería que ella supiera que él había regresado, no todavía, cuando la tenía tan cerca y le había prometido no moverse de su lado hasta que volviera de su ausencia. No cuando le había prometido hacer lo que fuera para regresarlo de la oscuridad. “Voy a hacer lo que sea Alex, lo que sea”.

Se sentía un mal nacido, un miserable porque estaba por comenzar un engaño para retenerla a su lado. Pero no le importaba, ella por fin sería suya durante el tiempo que fuera necesario fingir hasta que lo aceptara como un hombre, no como el

jovencito tonto que un día cometió el error de decirle que siempre sería el guardián de sus sueños.

Ana giró para mirarlo y Alex se apresuró a cerrar los ojos. Tenía que aprender a descubrir las sensaciones a través de otros sentidos porque no pensaba usar la vista. No quería que Ana descubriera su mirada complacida, emocionada y triunfal al saber que estaría con él, lo atendería y no lo abandonaría.

La escuchó caminar a pasos lentos y pararse junto a la cama, luego sintió su mano acariciando la de él con tanta delicadeza que se le erizó el vello de los brazos. No sería nada fácil engañarla porque las sensaciones empezaban a apoderarse de su cuerpo. Tenía que controlarse, ese era el paso más importante para que ella no percibiera su deseo de abrazarla y estrecharla contra su pecho.

Ella se recostó sobre él y lo miró de frente, el contacto de los senos apoyados en su pecho le hicieron sentir en la gloria al hacer realidad el deseo de tener a Ana entre sus brazos.

Tantos años soñando, pensando, queriendo y necesitando estrecharla entre sus brazos y por causa del trágico accidente ahora veía cumplidos sus sueños. Lo lamentaba porque no era un hombre de andar por la vida engañando a la gente. Pero si un engaño le permitía tenerla se convertiría en un traicionero y vil estafador.

—Te conté que cuando llegué a la casa de Laura tenía mucho miedo de que Lily regresara con alguno de sus amantes para llevarme con ella. Por eso lloraba de noche, porque creía que si me dormía vendría a buscarme para llevarme de vuelta a ese bar donde me golpeaba y me... —dejó

la frase inacabada sobre lo que nunca había revelado y se concentró en las partes buenas de su vida—. Pero tú viniste a velar mis sueños y me quitaste todos los miedos.

Cuando Alex la escuchó relatarle su vida con Lily un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Ella había estado a un paso de contar el triste pasado que siempre había mantenido oculto, pero se había callado porque sabía que la escuchaba a pesar de estar inconsciente en la cama. En cambio, se había concentrado en hacerle ver lo importante que había sido en su vida. Le vinieron deseos de estrecharla en sus brazos y decirle que nunca más se iría de su lado, que de solo saber que la tendría con él se sentía en el paraíso. Pero no lo hizo. Solo se entregó a su cálida voz dejándose llevar por los recuerdos que ahora escuchaba sin velos ni distancia, porque Ana estaba allí, palpable junto a

él que acababa de regresar.

—La primera noche que viniste al establo creí que me harías daño, pero no, me abrazaste tan fuerte que me dejaste sin aire, aunque también me sacaste el miedo. Si supieras lo contenta que me puse ese día porque me entendiste sin necesidad de que te contara lo que me pasaba —Le rozó el brazo y se detuvo en su mano laxa para acariciarla y serenarlo.

Por suerte ella no percibió que esa mano temblaba ante el contacto real que Alex sentía en ese momento, como tampoco percibió el estremecimiento de su cuerpo.

—Después de esa noche, siempre me iba al establo a esperarte, sabía que vendrías a protegerme. Pero crecí..., crecimos, y tú no regresaste más, entonces yo me abrazaba a ti donde te encontraba. Pero una noche mientras

mirábamos las estrellas tú... —al comprender que él debía estar escuchando acalló las palabras que seguían y se quedó recostada sobre su pecho acariciando su brazo para hacerlo sentir bien a pesar de la triste situación en la que estaba. Pero esa caricia suave como una brisa imperceptible, la terminó serenando y se quedó dormida sobre su masculino pecho.

Lógicamente, Alex no pegó ojo por varias horas ya que las palabras de Ana revelaban muchas cosas que él nunca había imaginado. “Me iba al establo a esperarte”, “después crecí..., crecimos y tú ya no regresaste más”. La frase inconclusa de Ana lo llenó de incertidumbre, y se preguntó por qué Ana no había seguido contándole la parte que él no conocía, esa por la cual ella se había ido corriendo a la casa al sentir la erección de su

miembro. ¿Acaso ella habría sentido algo por él en aquella época? ¿Por eso habría salido huyendo al sentir su erección? Miles de preguntas sin respuestas se agolparon en su mente y supuso que en algún momento le confesaría lo que había sentido.

Abrió los ojos y se concentró en ella, en su rostro delicioso como el de un ángel. Toda delicada su Ana, de nariz pequeña y labios rojos, pómulos elevados y esos ojos cerrados que no dejaban ver el ámbar de su mirada. Respiraba serena y su atractivo cuerpo apenas se movía con las inspiraciones, mientras su cabello sedoso y claro se desparramaba sobre su pecho. Tan hermosa, dulce y serena, se dijo, y gozó del placer de tenerla con él como tantas veces había imaginado durante esos doce años de ausencia.

Al poco tiempo escuchó que Ana suspiraba en

sueños y sintió el corazón latir sobre el suyo. Con torpeza consiguió sacar la mano que había quedado aplastada bajo el cuerpo de Ana, y después de varios intentos logró apoyarla sobre su cintura, sabiendo que se arriesgaba a que descubriera que él no estaba ausente como suponía, sino más presente que nunca y disfrutando de ese contacto añorado por más de una década de distanciamiento. Un momento, se dijo, solo un momento para deleitarse rozando con sus dedos el cuerpo frágil y bello de su Ana. Pero el momento se transformó en horas de sueño que lo dejaron expuesto durante esa noche de silencio.

En el ingreso de la habitación una persona miraba con asombro los dos cuerpos unidos y el brazo de Alex que rodeaba la cintura de Ana. Solo le bastó un instante para descubrir que Alex ya no estaba ausente, o quizás nunca lo había estado del

todo. Sin hacer ruido cerró la puerta y se marchó.

Alex despertó y sintió a Ana sobre su pecho, dormida y serena junto a él. Sonrió cuando comprendió que la vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad que él no pensaba despreciar.

CAPÍTULO 4

Las primeras luces del alba clarearon el cielo y entraron por el ventanal de la habitación donde Alex seguía inmóvil. Tenía los párpados cerrados y el brazo que momentos antes había sujetado la cintura de Ana caía de la cama, inerte, sin vida aparente. La respiración pausada era un signo de serenidad, de que todo seguía igual, de que aún no había despertado de la ensoñación de más de veinte días; pero la manta de lanilla que debería haber cubierto el cuerpo de Alex, caía desprolija de la cama; y su pierna derecha colgaba rozando el piso de granito gris.

Era una posición extraña para un hombre que no

había hecho ningún movimiento durante veinte días, salvo unos pocos roces en la mano de Ana que le habían confirmado que él escuchaba lo que pasaba a su alrededor. Pero esos mensajes apenas perceptibles solo los conocía Ana, no el doctor Rodríguez, ni la enfermera del turno; tampoco Mario y Laura, que en ese momento estaban alrededor de la cama mirando asombrados y sin comprender la posición de ese cuerpo inmóvil hasta la noche anterior.

—¿Usted, Juana, que hizo el turno de noche, no notó algo extraño? —preguntó el doctor Rodríguez mientras se frotaba el mentón con incertidumbre, como si no quisiera revelar sus suposiciones. Como si estuviera esperando que la enfermera resolviera el problema que le correspondía solucionar a él.

En el pueblo no era común tratar a pacientes

sumidos en el letargo. Solamente habían tenido tres casos; uno había despertado a los siete días y los otros dos habían muerto; por eso no había mucha experiencia en el tema como para estar dando un diagnóstico equivocado delante de toda la familia. Además, el despertar de la inconsciencia era muy diverso, ya que cada paciente reaccionaba de manera diferente. Algunos regresaban con una gran cantidad de secuelas, otros volvían del sueño como si se despertaran por la mañana, y había otros que no recordaban el pasado. Pero el caso de Alex, por lo que él sabía y en esos momentos no quería decir, era diferente.

—Bueno, la verdad es que no vine más que una vez. Como él estaba acompañado supuse que si necesitaba algo la señorita me lo haría saber — Juana se frotó las manos con nerviosismo, no podía decirle que se había dormido en la guardia,

llevaba tres meses de enfermera en la clínica y ese sería un justo motivo de despido.

—Alex no se movió en toda la noche —aclaró Ana cuando Rodríguez la miró—. Y yo no pude haberlo desplazado porque estaba recostada de ese lado y él tenía el brazo y la pierna sobre la cama, solo me levanté para ir al baño y cuando volví estaba así.

Alex escuchaba atento las expresiones de incertidumbre que había generado su brazo y su pierna colgados. Lo habían descubierto y tenía ganas de echarse a reír. Él necesitaba estirarse unos minutos, pero Ana había regresado tan rápido del baño que no alcanzó, con esa lentitud de movimientos que le había dejado el accidente, a devolver el brazo y la pierna a su lugar. Ahora todos estaban desconcertados y bastaba que el

doctor Rodríguez se acercara a revisarlo para que descubrieran que había regresado de la inconsciencia.

Alex sabía que tenía que regresar, que no podía mantener una apariencia de inconsciencia porque su cuerpo comenzaba a sentir necesidades que antes no había tenido, como tomarse un bidón de agua para saciar la sed que lo venía acosando desde la madrugada e ir con urgencia al baño. Además, quería recuperar a Ana, contarle todas las verdades que siempre había guardado en cofre cerrado. Quería decirle que no había querido que se enterara que la había amado mientras la protegía cuando era apenas una jovencita en etapa de crecimiento.

El problema era que si regresaba podría perderla, porque ella lo había borrado de su vida el día que se casó con Mariana. Pero durante la

noche, Ana le había asegurado que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para traerlo de regreso, y Alex no pensaba desaprovechar la oportunidad de recuperarla. Tantos pensamientos lo hacían sentir confuso, pero si algo tenía claro era que a cualquier precio recuperaría a Ana.

Mario se acercó a la cama y se quedó observando el rostro de su hijo de crianza. Un momento después arqueó las cejas y se fue rumbo a la ventana donde el amanecer anunciaba un nuevo día, un nuevo comienzo. No dijo nada, pero una sonrisa imperceptible le surcó el rostro mientras miraba los automóviles pasar por la única avenida del centro del pueblo.

—¿Querido, qué piensas? —susurró Laura tras él; que conocía cada gesto de su marido y no pasó por alto su imperceptible sonrisa.

—Nada, Laura, nada —dijo, y cambió el tema

para distraer a su esposa—. Me ha dicho Ana que la mujer de Alex quiere el alta. ¿Se lo vas a dar, Rodríguez?

—No, cómo se lo voy a dar, pero ella anda diciendo que le he dado el alta. Se lo está por llevar sin mi consentimiento, y es una barbaridad. No es bueno para la salud de Alex y ella va a tener serios problemas si su situación se complica.

—¿Qué quiere decir con eso de “si su situación se complica”? —preguntó Ana mientras se acercaba al médico y lo tomaba del brazo para que se girara a mirarla—. Usted dijo que físicamente estaba bien.

—Y lo está, pero no se alimenta y requiere de atención. Si su estado continúa habría que organizar la casa para que no le falten los cuidados necesarios.

—¿Y si despierta? —preguntó Mario, que seguía con la vista fija en el ventanal que daba a la calle polvorienta donde la luz del nuevo día dejaba ver el movimiento de la gente que acudía a sus actividades.

—Si Alex despierta, lo tendríamos en observación unos días, y si todo está bien podría ser trasladado a su casa.

Laura se acercó más a Mario con la esperanza de recibir una respuesta a sus dudas. Él sabía algo que no quería decir y ese pensamiento la emocionó, rodeó con sus brazos a su esposo desde atrás y le preguntó con voz apenas audible.

—Ha vuelto, Mario, ¿verdad?, tú lo sabes y lo callas por algo, pero está con nosotros, ¿no es cierto querido? —Si bien, era una pregunta, más parecía una afirmación porque no esperaba un “no” por respuesta. Mario nunca le ocultaba nada

que tuviera relación con los chicos, fuera bueno o malo, y estaba segura de que le corroboraría sus deducciones.

Pero Mario fue tajante cuando respondió: “De dónde has sacado eso, Laura”, y ella al escuchar no solo la negativa a contarle sus suposiciones sino la brusca respuesta que le dio, sacó los brazos que rodeaban cariñosamente la cintura de su esposo y se alejó tres pasos de él.

Mario se giró para mirarla. Su mujer estaba enojada, ya que Laura se había acostumbrado a su sinceridad respecto a los chicos, y se sentía herida al descubrir que no quería contarle sus suposiciones. Pero cuando caminó los tres pasos que ella había retrocedido para intentar quitarle el enojo, las palabras de Rodríguez lo dejaron perplejo, porque él nunca había pensado en esa

posibilidad.

—Alex podría tener secuelas —dijo el médico manejando probabilidades que podían no presentarse, pero Mario era su amigo y no le gustaba engañarlo. Alex había tenido un fuerte traumatismo de cráneo, si bien los estudios no demostraban daño, en esos casos se diagnosticaba con certeza solo cuando el paciente despertaba del coma.

Alex, que no estaba ajeno a todo lo que se decía, sintió que el cuerpo se le tensionaba al escuchar la palabra “secuelas”. ¿Qué secuelas podría tener él?, si se sentía completo, feliz y ansioso por levantarse de la cama y comenzar una vida nueva donde el olor a pino lo dejara extasiado y las estrellas lo hipnotizaran hasta el extremo de quedarse mirando por horas el cielo nocturno, sin prisa y por el solo placer de hacerlo,

como Ana en su adolescencia.

¿Seguiría haciendo lo mismo?, se preguntó y supuso que sí, porque ella era una persona que amaba todo lo que la rodeaba. Quizá las pesadillas de la niñez le habían enseñado a valorar lo simple, lo cotidiano, lo imperceptible para la mayoría de la gente que solo corría por la vida sin sentir el aroma de la tierra húmeda de los campos, el canto de los pájaros o la suavidad de los pétalos de una rosa.

Él nunca había valorado la vida como lo estaba haciendo ahora que comprendía lo que le había pasado. Y llegó a la conclusión de que, a veces, era necesario perderse en el abismo para comenzar de nuevo sin errores, sin miedos y sin culpas por haberse negado a amar a la persona más pura y hermosa que el destino había puesto en su camino.

La voz insegura de Ana lo sacó de sus pensamientos y se concentró en escucharla y deleitarse con las palabras que sonaban como una serena melodía en sus oídos.

—¿A qué se refiere cuando habla de secuelas, doctor? —preguntó con tanta inseguridad que Alex se estremeció y aguardó atento la respuesta como lo estaría haciendo Ana en esos momentos. Y aunque él no lo sabía, Mario y Laura estaban igual de atentos a las palabras de Rodríguez.

—Dificultades para hablar, para moverse, para coordinar y lo más grave sería algún problema mental. También puede ocurrir que no recuerde nada de lo que le ha pasado, y más grave sería que no recordara nada de su pasado. Lleva veinte días en este estado y si bien los estudios no muestran daños, la ciencia médica no es exacta. Para

diagnosticar con certeza necesito que despierte.

Laura se tapó la cara con las manos para ocultar el llanto, y Mario miró a su hijo con preocupación, como si intentara descubrir alguna señal de mejoría en su cuerpo inmóvil, pero nadie, nadie se puso a pensar que sentiría Alex ante semejante diagnóstico. Claro que ninguno sabía que Alex escuchaba, solo Ana conocía ese detalle. Y fue quien se acercó a él conteniendo la angustia y el dolor que le causaron las palabras del médico, para recostarse a su lado y abrazarlo con una ternura y valentía que contrastaban con los miedos que bullían en su interior. Tenía ganas de agarrar al médico del guardapolvo y zamarrearlo para decirle que era un inhumano por hablar de Alex como si no existiera o como si fuera el florero con jazmines que había traído Laura por la mañana para perfumar la habitación.

El problema era que había sido ella quien había preguntado, sin saber que el médico iba a dar un pronóstico tan alarmante respecto a las probables secuelas. Ella solo había pensado en pequeños problemas que Alex podría tener debido a los veinte días que había permanecido inmóvil, no toda esa larga lista de secuelas que había enumerado con tanta frialdad el doctor Rodríguez sobre un tema que desconcertaba hasta a los mismos médicos: la mente humana y su compleja forma de reaccionar en el despertar del coma. Ana había estado investigando en internet y sabía que había gente que despertaba como si el tiempo no hubiera pasado. Algunos lo llamaban milagro porque no lo podían explicar, y ella, Ana Marco, intentaría ser el milagro que despertara a Alex de esa pesadilla en la que estaba viviendo.

Lo que Ana no sabía era que el milagro ya lo

había producido con el beso que le había dado la noche anterior en su desesperado intento por hacerlo regresar.

Alex sentía la respiración entrecortada y su cuerpo estaba atacado por un impulso furioso. En ese momento no podía guardar la apariencia de ausencia que estaba disimulando desde que Ana lo despertó del sueño eterno con ese beso desesperado para traerlo de regreso.

Él estaba allí, escuchando que tal vez, su renacer fuera una pesadilla si su cuerpo y su mente no funcionaban como antes. ¿Qué podía hacer?, se preguntó mientras intentaba controlar el impulso de consolar a Ana que temblaba sobre su cuerpo. Y recordó las crueles palabras de Rodríguez. “Dificultad para hablar”, no lo sabía porque no había pronunciado ninguna palabra. “Dificultad

para moverse”, tampoco la podía descartar porque por la noche solo había constatado que estaba completo y había logrado rodear con dificultad la cintura de Ana con su brazo, inclusive había bajado el brazo y la pierna de la cama para cambiar un poco esa posición en la que estaba entumecido, seguramente no le fallaba la coordinación aunque sí estaba algo lenta. También había dicho “problemas mentales” y por suerte eso no lo tenía, como tampoco tenía “pérdida de memoria”.

¡Pérdida de memoria!, repitió Alex emocionado al descubrir que la última dificultad que había enumerado Rodríguez le estaba dando la respuesta a la cantidad de preguntas que se acababa de hacer para salir del letargo. Pérdida de memoria, pérdida de memoria, se repetía una y otra vez como si fuera su alternativa para regresar sin

perder a Ana, ya que si él no la conocía ella se quedaría a su lado.

Tenía que regresar porque no soportaba la quietud y la inmovilidad que le tenía atrofiado el cuerpo después de tantos días en esa cama de hospital. Además, él quería que le dieran el alta, quería irse con Ana a donde fuera que lo llevara.

¿Tan bajo había caído en esos días?, veinte días había dicho Rodríguez. Veinte días de inconsciencia le habían bastado para tirar su orgullo a la mierda si eso le permitía estar con Ana.

Veinte días antes él había sido un hombre que aprendió a llevar dos vidas paralelas. La de diseñador, que le exigía una vida social agitada, llena de reuniones sociales, de corridas, de risas forzadas y conversaciones con gente que no eran sus amigos sino sus clientes. Por otro lado, estaba

el escritor con una vida serena, solitaria y llena de recuerdos de otra época, de esperanzas y anhelos, una vida escondida tras el seudónimo de Ringo Arias.

Pero ahora, veinte días después estaba dispuesto a tirar todos sus logros por la borda, a dejarse manejar como un chico, a dejarse cuidar como un inválido y dejarse atender como un incapaz si eso le permitía recuperar a Ana.

Qué importaban la fama de diseñador y escritor que había conseguido, el orgullo que sentía por sus logros y que tanta gente sentía por Alex Alvear y Ringo Arias, si todo eso no lo había llevado a ningún lado; en cambio, Ana, lo llevaría a conocer el paraíso cada día de sus días venideros compartidos con ella. ¡Qué futuro le esperaba a partir de ahora!, pensó Alex.

Con dificultad levantó la mano que reposaba en la cama y tomó el brazo de Ana mientras abría los ojos y la miraba simulando desconcierto.

Ana quedó paralizada mirando esos ojos azules que la observaban como si nunca la hubieran visto en su vida, como si ella fuera una lunática que estaba acostada sobre su pecho con los ojos brillantes por las lágrimas retenidas para que él no percibiera el dolor que sentía ante las palabras de Rodríguez.

—¿Alex? —dijo Ana dejando escapar las lágrimas que había contenido. Le acarició con delicadeza el rostro enjuto, deleitándose con ese contacto ahora que él estaba presente, que podía ver y sentir las emociones que había intentado transmitirle la noche anterior al tratar de despertarlo con besos desesperados y no había recibido más que indiferencia.

Alex estaba inmerso en la más placentera de las sensaciones al ver el amado rostro de Ana, sentir la ternura de sus caricias y la dulce melodía de su voz cuando ella pronunció su nombre como si se tratara de un preciado tesoro, como si al nombrarlo con tanta devoción dejara al descubierto sus sentimientos, su alegría y sus súplicas por regresarlo. Se sentía lleno de felicidad al descubrir el amor oculto que se hacía visible a sus ojos ciegos y porfiados, ese amor que siempre había rechazado porque creía no tener derecho a reclamar: que la hija de Mario se convirtiera en su mujer. Se sentía dichoso y sin culpas al aceptar el amor que sentía por ella, porque su Ana estaba dejando ver sus sentimientos en las lágrimas que dejaba correr por sus mejillas, en la mirada transparente que le mostraba el alma

y en su nombre susurrado con tanto amor. Tenía que controlarse y serenar su alocado corazón que latía exultante en su pecho, apaciguar sus ganas de abrazarla para descargar todos los años de contención en ese solo momento de pura intimidad en el que los dos se analizaban como no lo habían hecho cuando se miraban en la adolescencia. Pero no podía precipitarse y arriesgarse a que ella saliera huyendo de nuevo al descubrir sus intenciones, por eso se concentró en mirar a su alrededor.

En la austera habitación de paredes pintadas de blanco, Alex vio que Mario lo miraba con el ceño fruncido, como si sospechara que él ocultaba algo, o tal vez no le habría gustado la demostración de sentimientos en la mirada de Ana. También estaba Laura, a quien el paso de los años no le había quitado la ternura de siempre para con *sus* chicos,

como los seguía llamando a pesar de que ya no lo eran.

Ninguno se acercaba a romper el contacto de Ana que ajena al mundo exterior seguía concentrada en él, atenta a su mirada curiosa y expectante a su reacción. Solo Rodríguez se acercó al borde de la cama para hablar.

—Buenos días, Alex, ¿cómo has amanecido hoy? —dijo Rodríguez simulando que el tiempo no había pasado y que él no estaba regresando después de veinte días de inconsciencia.

Alex valoró la capacidad de Rodríguez para ocultar la curiosidad que tendría en esos momentos, y tuvo que ocultar la sonrisa. Para distraerse, se concentró en su propia treta y habló por primera vez desde aquel trágico día en el que salió huyendo de las palabras de Mariana y terminó estrellándose contra el *Porsche* de Ana,

según lo que ella le había contado en sus largos monólogos diarios desde que estaba sumido en el letargo.

—Agua..., quiero... agua —fue lo único que dijo, y se horrorizó de su dificultad para expresarse. No le salían las palabras como él las escuchaba en sus pensamientos y se asustó al suponer que las secuelas de las que había hablado Rodríguez eran reales, que a él no le hacía falta disimular nada porque había quedado hecho un estúpido que no se podía expresar con fluidez como lo había hecho siempre.

Ana se levantó de la cama, miró a Rodríguez, y cuando él asintió acercó el vaso a los labios de Alex para que bebiera.

—Despacio, hombre, de a sorbos para que lo retengas —dijo Rodríguez al ver la avidez con la

que intentaba beber del sorbete. Alex bebía y analizaba el rostro preocupado de Mario, que estaba parado al pie de la cama observando cada uno de sus movimientos sin emitir palabra. “Lo siento, Mario, pero ella es mía”, pensó. Después vio que Laura sonreía mientras avanzaba insegura hacia él, tan tierna, generosa y solidaria que venía derramando lágrimas de alegría al verlo repuesto.

—¡Oh Alex, querido!, ¿te encuentras bien, hijo?
—Se escuchó la tierna voz de Laura que se había sentado al borde de la cama para sostenerle la mano canalizada con el suero.

—Quiénes... son... todos —dijo Alex cuando Ana le quitó el sorbete de la boca, y vio el desconcierto en los gestos de su familia al descubrir que él no los reconocía—. Más..., quiero... más.

Ana sintió que las piernas le flaqueaban al

escuchar que él no los reconocía, pero mantuvo una apariencia de serenidad para no demostrarle a Alex cuánto le habían afectado sus palabras. Acercó el vaso a sus labios de Alex para que bebiera agua mientras le acariciaba el cabello despeinado intentando calmar su incertidumbre, ya que debía sentirse muy mal al estar rodeado de gente que no recordaba; pensó Ana disimulando su propia angustia. Si bien ella le había prometido no apartarse de su lado, si no la recordaba no le importaría quién estuviera a su lado para atenderlo.

—Yo soy tu padre —dijo Mario con esa voz gruesa e intimidante que solía impostar cuando algo no encajaba en sus deducciones—. La que te toma la mano y está llorando es tu madre, y la muchacha que te abrazó y lloró de emoción es Ana, aunque tú solías llamarla *mi Ana*. Ella es...

—¡Querido, has regresado! ¡Qué alegría! Pensar que he estado veinte días sin moverme de tu lado y el único día que me voy, tú decides despertar. No te imaginas cuánto he rezado por tu recuperación, y tú vuelves cuando no estoy para recibirte. Tenía que regresar a la ciudad para solucionar montones de problemas en la empresa, vencimientos, reuniones, en fin, todos los atrasos —dijo Mariana acercándose al borde de la cama. Desplazó con un movimiento imperceptible a Ana del lado de su esposo y se agachó para besarle la frente.

Mariana había estado escuchando desde el pasillo la novedad de tener de vuelta a su marido, y casi se había desmayado al descubrir que había regresado de su viaje a ese lugar donde solo estaba él. Pero al sentirlo hablar con dificultad y

sobre todo al descubrir que no reconocía a nadie, el alma le regresó al cuerpo e intentó concentrarse en alguna estrategia que la beneficiara y le permitiera alejarse sin ser la esposa cruel que abandonaba a su marido en esas circunstancias. Pero, al escuchar que Mario le contaba “solías llamarla *mi Ana*” no tuvo tiempo para pensar algo magistral y se asomó para interrumpirlo antes de que dijera algo que a su esposo lo despertara del aturdimiento y le permitiera recobrar la memoria que, gracias a Dios, había perdido.

Para Alex no fue imperceptible la brusquedad con la que Mariana sacó a Ana de su lado, y dedujo que tampoco lo habría sido para su familia, ya que todos se habían tensionado al verla aparecer. Laura había dejado de sostenerle la mano y se había distanciado unos pasos. Mario, que seguía parado al pie de la cama, fruncía el

ceño con desagrado. Mientras su Ana había trastabillado y sin decir una palabra se había alejado de él como aceptando que ese lugar le correspondía a su esposa.

Alex tenía ganas de decirle a Mariana el lugar que ocupaba Ana en su corazón, que ella no era nadie para arrancarla de su lado y que no había empujón que la quitara de sus pensamientos y de su vida, pero se calló y simuló incertidumbre ante las palabras de Mariana, como si no entendiera sus extensas explicaciones.

—Señora de Alvear, no es conveniente darle tanta información a su esposo —sugirió Rodríguez con voz pausada—. Él acaba de despertar y está un poco confundido.

—¿Que no es conveniente darle tanta información? ¿Sabe lo que he pasado en las últimas veinticuatro horas? No, que va a saber

usted si no se ha movido de este pueblucho de mala muerte. Nosotros somos gente con muchos compromisos y yo he tenido que hacerme cargo de todo. Ahora mismo debería haberme quedado en la ciudad para solucionar una larga lista de asuntos pendientes. ¡Cómo puede decirme que no le cuente a mi esposo lo que está pasando! Todo se viene abajo si alguien no se ocupa de nuestra empresa — Miró a su esposo y le dijo—. Cuánto me alegro de que hayas regresado, querido. Estoy tan emocionada que no puedo parar de hablar. Se te ve tan repuesto —mintió Mariana, y Mario frunció el ceño ante semejante mentira porque Alex estaba pálido, ojeroso y había perdido bastante peso, pero no la contradijo —. Me gustaría que te quedaras en nuestra casa de campo. Yo creo que allí estarías más cómodo y más tranquilo

disfrutando de la serenidad que siempre te absorbía cuando veníamos a pasar unos días de descanso. Podrías mirar las estrellas como hacías todas las noches y...

Alex miró a Mariana aturdido, simulando no entender lo que le estaba diciendo, aunque por un instante necesitó observar la reacción de Ana ante el comentario de su esposa.

Ella estaba quieta escuchando las últimas palabras de Mariana y sonreía. Seguramente estaría recordando las noches que habían pasado junto al arroyo contando las estrellas de la noche. Quizá, estaba emocionada al descubrir que él no la había olvidado y la recordaba cada noche que pasaba en el campo observando las estrellas, o tal vez, estaba pensando que a pesar de los años sin verse, los dos habían estado unidos en la distancia mirando el mismo cielo estrellado.

Mario no pasó por alto la mirada que Alex le dedicó a Ana ni la sonrisa que se le dibujó en el rostro a su hija querida. La preocupación se borró de sus facciones, todavía se aman, se dijo. Él siempre lo supo, pero doce años atrás sintió un gran alivio cuando Alex se fue porque eran demasiado jóvenes para estar seguros de sus sentimientos. Su hija Ana por aquella época solo tenía quince años y muchas heridas abiertas que sanar, y Alex era un loco impulsivo que necesitaba tiempo para estar seguro de que lo que sentía por Ana era amor.

Había dudado del amor de Alex cuando se casó con Mariana, pero ahora todo estaba a la vista. Él la seguía amando y por algún motivo desconocido había decidido tomar un rumbo distinto en su vida. Quizá, se había alejado porque no quería reconocer el amor que sentía por ella después de

haber compartido la casa, el hogar y la misma familia, o tal vez, había creído que no tenía derecho a amarla. Todas eran conjeturas que ya no tenían importancia porque Mario veía en los ojos de sus chicos el amor que el tiempo no había podido borrar. Luego de esa conclusión salió del silencio que se había impuesto y se acercó a la cama para tomar a Mariana del brazo y alejarla de Alex.

—Suficiente, ya es suficiente. Creo que usted y yo tenemos que conversar en privado. Además, siendo una mujer tan inteligente debería comprender que su esposo recién despierta y no puede absorber toda la información que usted le está tratando de meter en la cabeza. ¿Por qué no nos vamos los dos a desayunar y de paso conversamos sobre lo más conveniente para la

salud de Alex?

—Yo no tengo nada que discutir con usted, y las decisiones sobre lo que es más conveniente para mi esposo las tomo sola —respondió Mariana mirando con furia a ese campesino que se había atrevido a ponerle la mano encima. Sintió repulsión al mirar la mano encallecida y áspera por el trabajo bruto del campo, y de un sacudón se lo sacó de encima.

—Se equivoca señora, todo lo que se refiere al bienestar de alguno de mis hijos es de mi incumbencia —Sin miramientos la volvió a tomar del brazo y la alejó de Alex, ignorando la resistencia de la mujer que forcejeaba para desprenderse.

—Me hace daño y me está arrugando la manga del saco, es de diseño por si no lo sabe. Suélteme o voy a armar un escándalo.

—Mario, déjala, es su esposa —dijo Laura, que se acercó a ellos y le sonrió a Mariana a pesar de que tenía ganas de darle una bofetada por su falta de afecto y su simulación frente a Alex, que estaba más aturdido que cuando despertó rodeado de gente que no recordaba.

—Saquen a... esa mujer —Alcanzó a decir Alex con la poca facilidad que tenía para expresarse. Le dolía la cabeza y tenía miedo de perderse de nuevo. La conocía tanto que estaba seguro de que haría cualquier cosa para llevarlo nuevamente al vacío del que acababa de salir para deshacerse de él. Tenía que pensar en una solución, en algo que la alejara o en alguien que lo ayudara a sacarla de su vida porque ella trataría de aniquilarlo, ahora que estaba indefenso, para lograr su propósito, que era quedarse con la empresa y la casa de la ciudad. ¡Qué le importaba

la empresa o la casa!, solo quería que Mariana desapareciera de su vida antes de que terminara con lo que quedaba de él.

Alex se frotó la frente con las manos para despejar el dolor de cabeza que le había provocado su mujer, y vio a Laura hablar en susurros con Mariana. Seguramente intentaba convencerla con sus buenos modos de que tenían que sentarse a conversar como dos mujeres adultas. Un momento después salieron sin emitir palabra, y Alex sintió que el aire regresaba a sus pulmones.

Ana seguía distanciada, como si no se atreviera a acercarse por miedo a alterarlo. Fue Mario quien se acercó al borde de la cama y le frotó la frente para aliviarlo antes de hablarle con voz serena y tan baja que solo ellos dos escucharon las

palabras.

—Todo va a salir bien, no te preocupes. Si quieres puedes confiar en mí, que sabré guardar el secreto —Después se alejó dejando a Alex sorprendido.

Su padre de crianza sabía que estaba mintiendo sobre su falta de memoria, se dijo Alex. En realidad, Mario era un hombre que siempre había mirado más allá de lo que se dejaba ver. Por algo había seleccionado a chicos a los que nunca nadie habría aceptado como hijos en sus hogares. Toda la vida había sido un padre dispuesto a solucionarles los problemas. Y ahora, después de tantos años, volvía a asegurarle que todo estaría bien, y que estaba allí para ayudarlo como lo había hecho en la infancia.

Alex vio que Ana lo miraba desde la distancia, y se quedó observándola con curiosidad,

ocultando su deseo de llamarla, estrecharla en sus brazos y decirle que estaba dispuesto a seguirla a donde ella lo quisiera llevar. Pero a pesar de su silencio y su contención no tuvo la valentía de apartar sus ojos azules y ojerosos por los días de letargo, de los cálidos de ella.

Al ver que Alex no le apartaba la mirada, Ana se atrevió a caminar unos pasos hacia él. Quería tomarle la mano y decirle que todo saldría bien, que ella no lo dejaría al cuidado de esa mujer fría e indiferente que se creía con derecho a echarla, y que era capaz de derribar todas las barreras que la separaran de él para cumplir con su promesa de no alejarse de su lado. Pero nunca hablaría de forma tan emotiva delante de Rodríguez y mucho menos delante de un Alex despierto y confundido que no sabía que ella era su Ana, la que lo había añorado durante los largos años de ausencia.

—Necesito revisarlo, Ana, para evaluar su estado y poder darles un pronóstico, ¿tendrías problema de esperar en el pasillo por un instante?

—No, claro que no tengo problema doctor Rodríguez, pero no lo deje solo, por favor. Él debe estar confundido —dijo Ana antes de salir de la habitación.

—¿Quién... eres? —Alcanzó a preguntar Alex con voz ronca y cargada de emoción.

Ana se giró y desde la puerta de la habitación lo miró con tanto amor que Alex se estremeció al sentir la caricia de su mirada.

—Me llamo Ana Marco. Soy quien te dejó en este estado. Chocamos en una curva y mientras yo tuve la suerte de quedar con mi coche incrustado en un árbol, tú saliste directo al precipicio. Soy quien va a dar mi vida para devolverte la parte de

tu vida que te arrebaté. He prometido no separarme de tu lado hasta que estés completamente recuperado, y lo voy a hacer, se oponga quien se oponga.

—No... quiero tu... lástima —dijo Alex, y logró por primera vez desde que despertara que su voz se escuchara más fuerte. Estaba indignado y ofendido con las palabras de Ana y se lo hizo saber hablándole con desprecio.

—No es mi lástima lo que te estoy ofreciendo, sino algo mucho más profundo que tú no podrías comprender porque no sabes quién soy. Quizás, algún día lo entiendas. Tú no lo sabes pero me necesitas, Alex, y voy a dar todo de mí para que vuelvas a ser el hombre que eras —dijo Ana con frialdad, para no demostrarle que todo lo que estaba dispuesta a hacer era por amor.

Alex la miró alejarse y tuvo ganas de gritarle

que él no quería ser el hombre que había sido, sino uno que renacía de las cenizas después de un incendio para comenzar una nueva vida a su lado, pero no podía exteriorizar lo que sentía. Y rememoró esas palabras que ella pronunció con indiferencia, pero que a él lo llenaron de dicha porque dejaban al descubierto los sentimientos que Ana no quería pronunciar frente a un hombre que no la recordaba: “no es mi lástima lo que te estoy ofreciendo, sino algo mucho más profundo que tú no podrías comprender porque no sabes quién soy”. ¡Claro que sabía quién era! y se sintió dichoso por aquellas palabras. Iba a hacer cualquier cosa para que ella supiera que dentro de él también había algo profundo que no le había permitido apartarla de sus pensamientos ni un solo día de los doce años que habían estado separados.

CAPÍTULO 5

Después de la conversación, o mejor sería decir del monólogo del doctor Rodríguez en el que le había explicado que durante un tiempo sería un idiota; el médico lo dejó solo con sus cavilaciones. Un minuto, dos minutos..., cinco minutos, y Ana no entró como le había prometido. Alex se dijo que no podía depender de que lo atendieran como si fuera un recién nacido. Entonces, se arrancó el canal del suero y se levantó de la cama para tratar de llegar a la ventana.

Pero todos sus deseos por dejar de ser un imposibilitado se desvanecieron cuando la

realidad lo golpeó haciéndole comprender sus limitaciones. La pierna enyesada no le servía para nada y la derecha no tenía fuerzas para sostenerlo, además, al incorporarse, un dolor ardiente en las costillas le cortaba el aire, y como si eso no bastara, el cuerpo débil no le permitía mantenerse erguido.

Igual intentó, con todas las dificultades a cuestas, llegar a la ventana. Pero todo comenzó a girar a su alrededor y sintió que se estaba desvaneciendo. Se le nubló la visión y alcanzó a sujetarse de la silla de madera oscura que había cerca de la cama para no desplomarse en el piso. Tomó aire y exhaló despacio tratando de reponerse mientras recordaba las palabras del doctor Rodríguez. “Con el tiempo tu cuerpo va a recuperar la coordinación y podrás hablar con fluidez. Quizás en seis meses seas el mismo de

antes”.

Eso a Alex no le servía, él quería estar bien ahora, no dentro de tantos meses. Se sentía un estúpido, un incapaz hasta para las cosas más simples, como caminar hasta la ventana para mirar la plaza del pueblo.

Estiró el brazo, y a pesar de la falta de coordinación dio dos pasos más y alcanzó a manotear otra silla para sostenerse e intentar con inspiraciones profundas, evitar el desmayo.

Se sentía tan inútil, tan inservible e incapaz de valerse por sí mismo que tenía miedo de perder la dignidad. En su estado de inconsciencia había perdido el orgullo, pero ahora su incapacidad le estaba exigiendo que perdiera también la dignidad. No podía hacer eso, si era lo único que quedaba de él.

Alex siempre había sido un hombre

emprendedor. Recordó que Laura solía decirle que él era un luchador y que lograría, a fuerza de empuje, todas las metas que se propusiera en la vida. Pero cómo iba a tener empuje con un cuerpo que no tenía fuerzas ni para avanzar a rastras por la habitación para llegar a la ventana. Además, para qué pensar en el empuje que Laura decía que tenía, si en ese estado no podía pretender tener a su Ana, ya que no quería que ella lo viera débil, vencido y fracasado.

Una cosa era simular que había perdido la memoria, y otra muy distinta era estar imposibilitado para comunicarse con fluidez, e inclusive moverse para llegar a ella y abrazarla. ¿A quién iba a conquistar en ese estado? Una risa descarnada le salió desde lo profundo de la garganta ante su propia situación, y decidió buscar

las fuerzas que Laura decía que tenía para avanzar hasta esa maldita ventana. Tenía que recuperarse, pensó Alex y comenzó a avanzar sosteniéndose de las paredes.

Después de largos minutos y un esfuerzo descomunal, Alex contemplaba la plaza del pueblo desde la ventana de la habitación del hospital. Le faltaba el aire, pero cuando pensaba en sus recuerdos del pasado era como si una fuerza interior acudiera a socorrerlo y sacarlo de su cuerpo débil para verse como el muchacho que había sido, el que empujaba en la hamaca a su Ana para que, como ella solía decirle, alcanzara el cielo con el empujón. “Mas fuerte Alex, más fuerte, así toco el cielo con las manos”. Cuántos recuerdos vagaban por el aire de ese pueblo chico en el que habían crecido, que solo volvían a su mente cuando miraba los lugares que habían

caminado juntos.

Recordó que Sergio, que tenía tres años más que él, siempre solía burlarse al verlo llevando a Ana de la mano. “No le suelto la mano para que no se pierda”, le decía Alex. “¡Cómo si fuera a perderse en un lugar tan pequeño como este!”, le contestaba Sergio entre risas. Eran excusas que siempre ponía para no apartarse de su lado.

¡Cuánto la había querido!, tanto que prefería estar con ella los sábados por la tarde y no escondido tras el paredón del club besando a Micaela Linares, la chica más llamativa del pueblo.

Micaela lo había invitado varias veces cuando tenía dieciséis años para ir detrás del paredón del club, pero él se giraba, miraba a Ana con su sonrisa tierna, los ojos chispeantes de alegría y la mano entrelazada con la suya, y desistía de

aquellos besos para quedarse con su Ana. ¿Sabría eso ella?, quizás no, porque por aquella época ella solo tenía once años y no se preocupaba más que por los juegos que harían en la plaza.

Y en esa plaza de tierra apisonada, caminitos de polvo de ladrillo, hamacas oxidadas y árboles añejos, Ana había comenzado sin saberlo su carrera de diseñadora.

Por aquel entonces dibujaba sobre la tierra los vestidos que se imaginaba. “Este me voy a hacer, Alex, con las puntillas en el ruedo”. Vestidos que Laura se ocupaba de fabricar en la máquina de coser que tenía en la casa haciendo realidad sus fantasías.

Cuando tenía apenas doce años ya confeccionaba sus propias prendas, y a los quince, cuando él la dejó, diseñaba y cosía para la gente

del pueblo.

Ella había demorado ocho años en alcanzar la cima, y había salvado cada uno de los obstáculos que se atravesaron en su camino, mientras que él había llegado sin esfuerzos cuando compró siete años atrás, una renombrada casa de diseño que refundó con su propia marca, *Alex Alvear*.

Nunca había querido ser competencia para ella, por el contrario, Alex la había comprado para ella, para que hiciera realidad sus sueños, desplegara en esa fábrica toda la imaginación que volcaba en las prendas y se sintiera feliz de poder alcanzar sus metas. Pero la realidad no siempre iba de la mano de los anhelos, y Ana, cuando se enteró, acumuló más enojos hacia él.

Si antes había estado dolida por su abandono, cuando se enteró de que había fundado una casa de diseño con su nombre como marca, nunca más lo

perdonó.

Entonces, Alex se rodeó de los mejores diseñadores para convertirse en su más aguerrido competidor, y lo consiguió.

El haberla perdido lo fue llevando por el camino de la diversión, las fiestas y las mujeres. Así conoció a Mariana, una modelo ambiciosa con un cuerpo de infarto y una personalidad arrolladora.

Alex supuso que lograría olvidar a Ana si se lanzaba a los brazos de Mariana, y sin detenerse a pensar en las consecuencias se casó con ella cometiendo el error de encadenarse a una familia de estafadores, tráfugas y vividores. Pero su mayor error fue que con ese casamiento, su querida Ana lo borró de su vida.

Poco tiempo después dejó de competir con ella, pero eso no importaba porque ya la había perdido.

Entonces, desahogó sus frustraciones, su ira y sus penas escribiendo la novela de Miky Martín, sin imaginarse que la personalidad fría y distante del personaje la convertiría en un éxito de ventas. Tampoco se imaginó que Ringo Arias, su seudónimo, andaría de boca en boca por el solo hecho de no darse a conocer más que por una biografía llena de intriga.

Nada de eso le importaba, él solo había escrito la historia con la esperanza de que Ana la descubriera, encontrara esos pequeños detalles que la llevarían a recordar épocas pasadas vividas por los dos y leyera la biografía que tenía intrigados a los lectores. Una biografía hecha para Ana, porque solo ella podía descubrir que tras el seudónimo de Ringo Arias se escondía Alex Alvear. No sabía si la habría leído, tampoco le

importaba porque ahora Ana estaba allí, a su lado, prometiéndole todo lo que él había añorado. Haría cualquier cosa para recuperarla, cualquier cosa.

Desde la puerta de la habitación, Ana lo contemplaba asombrada. Alex había hecho un enorme sacrificio para acercarse a la ventana, ella lo había visto y en varias oportunidades había estado tentada de ir a socorrerlo, pero conociéndolo, desistió.

Él siempre había sido un hombre orgulloso e independiente, y en ese momento debía estar luchando internamente para aceptar sus dificultades. Si bien había perdido los recuerdos, la esencia de su ser debía estar latente en su interior, no había duda de ello, ya que en lugar de pedir ayuda para llegar a la ventana se había aventurado solo. Tal vez, para Alex era un reto personal.

Sonrió al ver el pantalón pijamas que caía sobre sus caderas porque no podía soltar las manos del marco, que era lo único que lo mantenía en pie. Tenía el torso desnudo cubierto apenas con las vendas que le afirmaban las costillas, los pies descalzos y los brazos que mostraban los músculos tensos por el esfuerzo para sostenerse.

Estaba delgado, muy delgado, y se lo notaba débil, igualmente se había levantado sin medir las consecuencias de sus actos imprudentes. Su cabello estaba enmarañado y algo largo dándole la apariencia de un vagabundo. Tan distinto de su forma de ser engreída y autosuficiente.

Caminó despacio hacia Alex y le rodeó la cintura con los brazos para ajustarle el lazo del pantalón. Fue una tarea tan íntima que los dos se estremecieron ante el contacto.

Alex la sentía tan cerca que todo su cuerpo

reaccionó con el tacto de su mano suave que le rozaba el abdomen y lo acariciaba mientras intentaba disimular el temblor y anudarle el pantalón.

Un suspiro que le acarició la espalda se escapó de la boca de Ana; Alex sintió la dureza de su sexo ante esa intimidad, y se imaginó elevándola del piso para apoyarla en sus caderas y hacerla suya en esa habitación de hospital frente a la ventana abierta.

¡Cómo si pudiera hacerlo!, pensó Alex, y tuvo miedo de alcanzar el orgasmo nada más que con los pensamientos lascivos, por eso apretó los puños en el marco de la ventana para contenerse.

Ella lo sintió tensionarse y respirar con dificultad. Por un segundo creyó que Alex la había reconocido. Pero al ver que tenía las manos

cerradas en puños sobre el marco de la ventana, comprendió que debía estar más confundido que emocionado ante ese contacto íntimo.

Ella no era más que una extraña que se aparecía a sus espaldas y lo rodeaba en un abrazo que no alcanzaba a comprender. Debía pensar que solo era una desconocida que casi le había arrancado la vida y ahora se metía en su habitación intentando remediar el daño que le había hecho. Pero a pesar de todas sus suposiciones no apartó la mano de su abdomen duro, tenso como las cuerdas de una guitarra, y le susurró desde atrás.

—No te asustes, solo estaba intentando que ese pantalón quedara en su lugar —dijo, y lo sintió reír con descaro.

—Muchacha... desconocida, mejor... lo... hubieras... dejado caer —dijo, y se felicitó de no haber tartamudeado tanto en esta oportunidad.

—¡Oh! —Fue lo único que se le ocurrió decir a Ana mientras lo soltaba y se alejaba de él.

—Una silla —pidió Alex para interrumpir la incomodidad en que la había sumido con su comentario, y sonrió cuando ella se acercó y lo miró con cierto recelo—. Estoy cansa—do.

—¡Ah, claro!, no me había dado cuenta *su alteza*. Como he presenciado todo el esfuerzo que ha hecho para llegar a la ventana, me imagino que ya no le deben haber quedado ni fuerzas para pedir “por favor”, ¿no? —dijo Ana, se giró y se encaminó a traerle la silla antes de que se cayera y se quebrara la otra pierna. Iba a ser un paciente difícil de conformar, se dijo mientras arrastraba la silla hacia él.

—Así... es —contestó Alex, mientras una mueca burlona se posaba en sus labios. Había decidido usar pocas palabras para no parecer tan

estúpido frente a ella y, por lo visto, la treta le estaba dando buenos resultados.

Ana colocó la silla detrás de su cuerpo y lo volvió a tomar de la cintura por detrás para ayudarlo a sentar. No fue una tarea fácil, entre las emociones y el esfuerzo los dos quedaron temblando, pero al cabo de un momento él estaba echado en la silla respirando con dificultad.

—¡Oh, Alex!, dime por qué te levantaste solo. ¿No podrías haber esperado a que viniera y entre los dos...? —se había parado frente a él y le acariciaba el cabello enredado con ternura.

—No... tú no viniste rápido. Tú te fuiste — Alex no la miró cuando dijo aquellas palabras, y Ana sonrió al descubrir que actuaba como un caprichoso para llamar la atención.

—Es cierto eso, lo que pasa es que estuve en el

bar conversando con Laura y tu esposa Mariana.

Alex la miró, pero no dijo nada, solo sus ojos azules emitían una señal de curiosidad ante las palabras que vendrían. Desvió su atención hacia la ventana para simular falta de interés, aunque se moría de ganas de saber que conversación habría tenido Laura con la loca de Mariana. Laura era una mujer conciliadora, pero ni su santa paciencia lograría conseguir desviar a Mariana de los objetivos que ya tendría trazados para quedarse con su empresa.

—Me imagino que como no recuerdas quiénes somos no sientes curiosidad por saber lo que hablamos —dijo Ana, y sonrió cuando él la miró con el ceño fruncido—. Igual te lo voy a contar porque hemos estado hablando de ti y creo que te corresponde estar al tanto de lo que hemos dicho.

—Todos... hablando de mí como... si no

existiera —dijo Alex, giró hacia la ventana nuevamente. Esta vez, estaba enojado, furioso al saber que estaban decidiendo su destino como si él no pudiera hacerlo.

—Mira muchacho rebelde, si quieres que te cuente vas a tener que mirarme —le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla. Tan enojado su Alex que tuvo ganas de abrazarlo y decirle que entre los dos resolverían lo referido a su recuperación, pero en lugar de intentar apaciguarlo le dijo—. Tú eras un hombre muy ocupado y tu esposa no puede abandonar todos tus negocios. Laura le ha sugerido que sería conveniente que te quedaras en su casa de campo. Ya sabes, el olor a pino y el canto de los pájaros hacen maravillas en las personas y... Bueno, el asunto es que tu mujer es un poco porfiada y quiere que una enfermera te atienda en tu casa, porque tú tienes una casa en las

montañas aunque no lo recuerdes.

Alex se sintió un idiota ante las palabras de Ana. Todos resolviendo por él como si no pudiera tomar sus propias decisiones, como si en lugar de estar físicamente atrofiado hubiera quedado mentalmente como un niño al que tenían que llevar de la mano de un lado para otro.

—No... no... me hagan esto. Yo puedo... — otra vez desvió la vista hacia la ventana porque le daba vergüenza mirar a Ana. Estaba tan enojado que tenía ganas de levantarse y salir del hospital para demostrarle a todos que era capaz de recuperarse sin ayuda de nadie.

—Claro que puedes solo, sino, no hubieras llegado a la ventana ¿o me equivoco? —dijo, y volvió a girarle el rostro para que la mirara.

Esa mirada enojada, furiosa e insegura de sus

ojos hermosos la llevaron a tomar una decisión que nunca se imaginó. Dejaría sus logros profesionales por él, todo lo que había conseguido con años de sacrificio para solucionarle la vida a él. No lo haría por sentirse culpable al haberlo encandilado con las luces altas, ni por haber sido ella la conductora del coche que dejó a Alex en ese estado, sino por algo mucho más intenso, algo que venía ocultando desde aquel día en que Alex la dejó cuando ella tenía quince años sin explicarle el motivo.

Ana sonrió al ver que seguía con la mirada enojada y le acarició la frente con ternura antes de hablar.

—Tú no me conoces pero te aseguro que nadie, nadie va a tomar una decisión sobre ti. Solo tú puedes hacerlo y..., bueno, yo me ofrezco para que nos hagamos compañía; nada más. No para

atenderte, sino para que nos ayudemos los dos. Yo... tengo tiempo de sobra porque me he quedado sin trabajo y..., quizá podemos mirar una película juntos, o lo que sea. A mí me gusta la vida de campo, sentir el olor a pino y a flores silvestres, acariciar la tierra y los pastos húmedos, escuchar el sonido del arroyo y esas cosas.

Mentirosa, tenía ganas de decirle Alex que sentía que el corazón le iba a explotar de emoción al escucharla decir que se había quedado sin trabajo. Ella estaba desbordada de trabajo, pero estaba dispuesta a dejar todo para estar con él. Se sentía el hombre más feliz del mundo y tenía ganas de sentarla en su regazo para contarle que ya no cabía más amor para ella en su corazón. ¡Cómo podía permitirle que dejara todo lo que había conseguido con años de esfuerzo para dedicarse a él! Era un sacrificio demasiado grande que no

sabía cómo podría compensar.

—¿Por qué?, ¿Por qué... no tienes... trabajo?
—preguntó simulando ignorar a que se dedicaba, y la miró por primera vez a los ojos.

Qué hermosa era, con su piel suave como la crema y los ojos de color ámbar, siempre brillantes y atentos a todo lo que la rodeaba. Sus labios esbozaban una sonrisa tentadora y él tenía ganas de sellarlos con un beso que no acabara nunca, mientras estrechaba ese cuerpo pequeño, delicado y esbelto, contra el suyo para sentir el contacto añorado durante los años de ausencia.

—Soy modista y... hace rato que vengo trabajando a destajo. A veces sí y a veces no. Ahora estoy en esas veces que digo no. No me preguntes, porque no sabría explicarlo.

—No... entiendo —dijo Alex y la miró con

interés para que ella siguiera explicando ese invento de *a veces sí y a veces no*.

—A veces me saturó, por eso he decidido alejarme por un tiempo. Además, tengo una pequeña casa en el campo y algunos animales que me necesitan más que mis clientas. Tengo cabras que requieren de mi tiempo. Si quieres podrías instalarte en mi casa para no estar solo.

Alex no le creía porque sabía que Ana no vivía en el campo, aunque sí tenía una casa que usaba para recuperar las energías perdidas después de sus agotadoras jornadas de trabajo.

¿De qué animales le estaba hablando?, si era una casa con un maravilloso parque rodeado de rejas. Quizás habría comprado algún campito sin que él estuviera enterado, pensó mientras la analizaba para descubrir en sus ojos la verdad que le estaba ocultando con las palabras. Pero Ana

sonreía y no dejaba ver ningún engaño tras su mirada transparente, tampoco había síntomas de dolor al tener que dejar su trabajo y su departamento en el pueblo para estar con él, por el contrario, esos ojos transparentes lo miraban como esperanzados, a la espera de que aceptara su oferta de hacerse mutua compañía mientras él se recuperaba.

Ella le estaba ofreciendo trasladarse al campo para ayudarlo a recuperarse, le estaba brindando la oportunidad de estar juntos y compartir la vida diaria, la rutina y el amor por el campo, solo para estar con él. ¡Cómo negarse si era lo que más había deseado en el mundo!, pero dentro de él había un hombre que no pensaba ceder tan rápido, que aún conservaba un orgullo fugaz y una dignidad que latía débil impidiéndole sentirse incapaz, vencido y necesitado de ayuda; por eso le

dijo:

—No te... necesito. Yo puedo... solo.

—Por supuesto, aunque tal vez yo sí te necesite —dijo Ana sabiendo que le iba a costar aceptar sus dificultades, y mucho más que alguien se ocupara de él.

Ana se frotó las manos con nerviosismo mientras esperaba que cediera. Pero Alex arqueó las cejas y la miró de arriba abajo analizándole el cuerpo con tanta lujuria que Ana se ruborizó ante semejante descaro y comprendió que acababa de malinterpretar su ofrecimiento.

—La ayuda es con los animales —aclaró Ana, y él muy caradura se echó a reír.

—De... apuro van a... salir tus... animales con mi lentitud —dijo en tono irónico, y se señaló con las manos mostrando lo obvio.

—Bueno, tu físico se impone más que el mío. Ellos no me respetan porque soy mujer y no demasiado alta.

—Qué ton-tos. Dime... cuánto hace... que nos cono-cemos —preguntó Alex, y se emocionó al ver que ella se perdía en los recuerdos mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Mucho, hace mucho. También hace mucho que no nos vemos... doce años —dijo Ana, y se distanció de él para que no la viera llorar. Dándole la espalda le dijo—. Te dejo en compañía de tu esposa que generosamente me ha permitido estar un rato contigo, pero como pronto tiene que retomar las actividades me ha pedido que no venga durante el fin de semana. Quiere estar contigo unos días antes de irse.

—No... te... vayas... no me... dejes... así, por favor, mujer hermosa y desconocida..., por favor,

Ana —Había tanta intimidad y tanto amor en las palabras que pronunció Alex, que Ana dejó que viera la emoción en su rostro cuando se giró para mirarlo.

Él estaba atento a su reacción, y en sus ojos había ternura.

Ella caminó hacia él y le tomó el rostro entre las manos para darle un beso en la frente.

¡Cómo si fuera un chico!, pensó Alex mientras cerraba los ojos y disfrutaba de ese tierno contacto que era lo único que ella le daría. Quería atraerla a él y enseñarle que tipo de beso era el que estaba esperando, pero no era el lugar ni el momento para dejar ver sus sentimientos. Ya tendría su oportunidad, se dijo, mientras la veía alejarse hacia la puerta, entonces Alex gritó.

—Acepto la oferta de ir a tu casa —dijo sin

tartamudear y sin corte entre palabra y palabra. Sonrió cuando ella giró sorprendida ante semejante avance en tan poco tiempo.

—Voy a hablar con el doctor Rodríguez. Tendrás que explicarle a tu esposa tu decisión, y dile que ella también puede instalarse en mi casa, si quieres.

—Gracias —dijo Alex. Ya no la miraba porque estaba observando la plaza del pueblo. Sonrió y sintió una enorme satisfacción ante aquellas palabras que había logrado pronunciar sin pausas frente a Ana. Y se convenció de que en poco tiempo sería el hombre que había sido antes del accidente para tener a Ana tal cual se la había imaginado cientos de veces en todos los años que la había abrazado solo con el pensamiento.

CAPÍTULO 6

Hacía veinte días que Alex Alvear había despertado de su estado de inconsciencia y ya no soportaba más la cama de hospital, la habitación pequeña y el reducido espacio por donde iba y venía a la ventana.

Estaba harto de mirar la misma plaza, los mismos niños caminar hacia la escuela con sus mochilas en la espalda, los hombres que bebían una cerveza en el bar por las tardes y las mujeres que cuchicheaban en las esquinas.

¡Acaso en ese pueblo nadie corría ni sentía que las horas del día no eran suficientes! No, al parecer todos tenían tiempo de sobra porque ni un maldito día de su vida adormilada y distendida

dejaban de cumplir la rutina de gente pueblerina.

En su juventud Alex había vivido esa vida de pueblo y la había disfrutado. Pero no era lo mismo vivirla desde allá abajo que mirarla desde la ventana, único contacto que tenía con el pueblo y su gente.

El doctor Rodríguez estaba furioso porque había descubierto su simulación de inconsciencia, y le había dicho casi perdiendo la paciencia. “Veinte años que ejerzo la profesión sin cometer errores, pero claro, me tenías que tocar tú de paciente para hacerme quedar como la mona. Te vi abrazando a Ana esa madrugada anterior a que todos te miráramos como estabas despatarrado en la cama, y tuve que callarme para no delatarte frente a tu familia. Y me pregunto, por qué no les dije a todos que estabas simulando. ¡Qué tengo que meterme yo de cómplice en tus estupideces cuando

está en juego mi reputación!”.

Alex había intentado explicarle que no había cometido ningún error médico, ya que realmente había despertado esa madrugada. Pero Rodríguez no quería dejar de hablar de aquello que lo había hecho quedar como un médico poco atento a los síntomas de su paciente.

Por otro lado, Rodríguez se había encaprichado en mantenerlo allí hasta que le sacaran el yeso, y ahora que no lo tenía estaba peor que antes, porque la pierna no tenía fuerzas para sostenerlo, y él seguía arrastrándose y tambaleaba para llegar hasta la ventana.

Aunque ese no era el verdadero motivo por el que Rodríguez lo mantenía internado, sino el deterioro en la salud de Alex cada vez que recibía la visita de Mariana.

Su mujer quería aniquilarlo y en lo posible

regresarlo al mundo oscuro lleno de incertidumbre y preguntas sin respuestas del que acababa de salir. Y Alex, por primera vez en la vida, sentía miedo, impotencia y una inmensa inseguridad cuando la veía parada en el marco de la puerta, con esa sonrisa cínica que le mostraba sus verdaderas intenciones. “Acá estoy dispuesta a todo para que no te interpongas en mi camino”, no hacía falta que se lo dijera, él lo sabía con solo mirarla.

Sus progresos de la semana desaparecían después de las visitas de Mariana, que para alivio de Alex, no eran más que los domingos. No se quedaba mucho, porque siempre tenía una buena excusa para salir huyendo del pueblo. Pero las dos horas que pasaba, a puerta cerrada con él, le dejaban el recuerdo por dos o tres días en los que

a Alex le costaba hilar una frase sin tartamudear.

Nunca se había sentido tan estúpido como ahora, y solía descargar su furia en las personas más queridas. Laura y Ana eran las que soportaban su mal humor, burlas, indiferencia y sus largos silencios. Es que Alex tenía la sensación de que algún día dejaría de estar en la realidad para perderse nuevamente en el abismo.

Sergio, el mayor de sus hermanos de crianza, Mario y el doctor Rodríguez eran las únicas personas que conocían que Alex no había perdido los recuerdos del pasado. Con solo mirarlo a los ojos se habían dado cuenta de su engaño, y a pesar de que estaban indignados, guardaban el secreto. También se convirtieron en sus mayores aliados a la hora de sacar a Mariana de su vida.

Mario y Sergio eran los que se comunicaban con su abogado e intentaban conseguir un arreglo

que sacara a Mariana de su vida. El problema era que ella cada vez elevaba más sus pretensiones, porque ahora ya no se conformaba con una exorbitante mensualidad, sino que quería su empresa de diseño.

Él la había comprado para Ana y sentía un vacío muy grande de solo pensar en cederla. Mario se había enfurecido con las pretensiones de Mariana y había viajado el día anterior para ofrecerle una suma de dinero que equivalía a la mitad del valor de la empresa. Lógicamente, ella estaba indignada por la intromisión de Mario en el tema del divorcio, y no aceptó el arreglo.

Al parecer, Mariana se sentía importante manejando un negocio del que no sabía nada, y Alex suponía que habría echado a los diseñadores y se habría puesto ella a crear barbaridades. No le cabía duda que con su poca creatividad estaría

fundiendo a la empresa.

Por suerte el doctor Rodríguez lo ayudaba a tolerar las dos horas de tortura junto a Mariana, porque solía entrar para interrumpir los exabruptos y amenazas. Y mientras lo revisaba hablaba con ella sobre la necesidad de mantener un ambiente de afecto y comprensión, y lograba que su mujer diera por finalizada la visita y se fuera de la habitación dando un portazo.

Pero no siempre Rodríguez podía interrumpir sus actividades con la llegada de Mariana al hospital, por eso Alex temblaba de incertidumbre cuando la puerta no se abría al cabo de unos pocos minutos de tener a su mujer descargando toda la artillería sobre él.

Solo al verlo vencido y sin fuerzas para defenderse, Mariana se marchaba con una sonrisa

de triunfo por haber conseguido su propósito; dejarlo confuso y perdido en sus propios pensamientos.

Hacía quince días que Alex se había contactado con el editor para contarle lo ocurrido y había conseguido extender los plazos de la última novela, que era la que culminaría la saga de Miky Martin.

No sabía si tendría las luces suficientes para terminarla, ya que solo tenía escrito el primer párrafo, y en esos momentos no tenía deseos siquiera de pensar en acometer semejante reto sabiendo que después de las visitas de Mariana perdía la lucidez y lo invadía una especie de penumbra que lo distanciaba de la realidad. Ya vería sobre la marcha como emprendería el desafío.

Era un día ventoso de otoño y el cielo estaba

encapotado. Las hojas caían como lluvia sobre las veredas de baldosas rojas. Los árboles casi desnudos se mecían con la furia del viento y los hombres que caminaban por la plaza se sostenían los sombreros de paja con las manos.

Ana avanzaba por la vereda con su cabello danzando al ritmo del viento mientras intentaba sujetarse la falda que le elevaba el viento. Las piernas bonitas a la vista y la tanga blanca asomaba a veces para deleite de Alex que no podía quitar los ojos de ese espectáculo.

Tras Alex estaba Mariana que había aparecido en el hospital en un día inesperado. Un miércoles. Un día laborable en el que debería haber estado solucionando los problemas en la fábrica. Alex no sabía que estaba a unos metros de él, ni siquiera se lo imaginaba, por eso miraba a Ana desde la ventana mientras una sonrisa le curvaba los labios,

ya que ella hacía un enorme esfuerzo por mantener a raya la falda.

—Vaya, parece que he llegado para interrumpir lo que estás admirando, querido —Estaba observando a Alex, y en sus ojos se leía el asombro al ver a su marido mirar a Ana como si los recuerdos no se le hubieran perdido en algún lugar lejano, como si él supiera quién era Ana. Pero no se detuvo a analizar sus conjeturas, por el momento.

La sonrisa de Alex quedó congelada y todo su cuerpo se tensionó al escuchar la voz irascible de Mariana. Inspiró profundo, tratando de soportar la inesperada visita, y sin mirarla le dijo.

—¿Qué... quieres? ¿A qué... has venido?

Fue tanta la indiferencia en la voz de Alex que Mariana se puso frente a él. Quería ver la mirada

insegura que tenía su marido cuando ella aparecía los domingos para hacer su visita de cortesía.

A Mariana poco le importaba la cortesía y solo venía para destruir los logros que Alex había conseguido en la semana, que eran muchos. Para su alivio, él quedaba como perdido al cabo de un rato en su compañía. Siempre se iba satisfecha, aunque ella quería más, y llegaba cada domingo imaginándolo inmóvil y perdido en un vacío que le dejaría el campo libre para actuar a su antojo en los negocios de Alex.

—Solo para informarte de que ese que dice ser tu padre, bastardo mal nacido, se está metiendo en asuntos que no le corresponden. ¿De dónde ha sacado que yo voy a divorciarme cuando tú estás en este estado?, si en lugar de mejorar cada día vas a peor. Además, ni recuerdas que soy tu esposa y que antes del accidente me querías, no

como ahora que solo tienes ojos para esa Ana que casi te mató en el camino. Solo está contigo porque siente culpa, ¿lo sabías?

—No... voy... a peor. Vete y déjame... en paz. No te... quiero... en mi vida —Ya sentía que los músculos no le respondían y supuso que no se iba a poder sostener por mucho tiempo apoyado en el marco de la ventana.

—Crees que me importa lo que quieres. No estás en condiciones de decidir nada, y yo soy la única que puede tomar todas las decisiones sobre ti y los negocios. Mi hermano Carlo me está ayudando, hemos despedido al contador y Carlo se está haciendo cargo de las finanzas. ¡Caradura!, decirme que yo no era nadie para meterme. Cuando le conté a Carlo solucionó enseguida mi problema. Le dio unos cuantos golpes, y ese hombre entendió lo que antes no le entraba en esa

mente chica que tiene. Ambicioso, quería seguir manejando todo a su antojo —Mariana sonrió al ver la perplejidad con la que Alex la miraba, como si hubiera comprendido lo que le estaba diciendo, como si recordara el día que Carlo lo recibió en la familia con la amenaza de molerlo a palos si alguna vez su hermana derramaba una lágrima por su culpa. Alex no estaba perdido, ya no tenía dudas; la expresión de horror de su marido al nombrar a Carlo se lo estaba confirmando. Un golpecito más en esa cabeza confusa sería quizás el golpe de gracia que lo llevaría otra vez a ese mundo de tinieblas, se dijo Mariana, y le comentó como al pasar algo que sabía que lo confundiría—. ¡Ah!, por cierto, esa Ana, que estabas admirando desde la ventana, ha estado en la ciudad muy bien acompañada. Nunca

pensé que se codeaba con la gente de la clase alta como nosotros. La vi riendo a carcajadas del brazo del cirujano plástico que me hizo las tetas. Se hace la humilde, pero anda a la caza de robarme la clientela. Y ni te imaginas con quien cenó, bueno, qué te vas a imaginar si no sabes nada, ¿no?, igual te lo digo. Cenó con Miguel Cervantes, ese que tiene tiendas en todos los *shoppings*. El mismo hombre que rechazó tu muestrario hace unos años.

Alex sentía que la cabeza le latía ante tanta información que le daba Mariana para confundirlo. Las palabras de ella se mezclaron como un coctel en su mente. “Carlo a cargo de las finanzas”, “Carlo echando a golpes al contador” “Ana me robaba las clientas”. “Ana se codea con la clase alta”. “Ana del brazo del cirujano plástico”. “Ana se reía a carcajadas”. “Ana cenaba con Miguel

Cervantes”. “No voy a divorciarme, no voy a divorciarme”. “Tú cada día vas a peor, vas a peor, vas a peor”. “Yo tomo las decisiones sobre ti”. “Yo, yo, yo”. “Ana del brazo del cirujano plástico”. “Ana me robaba mis clientas”. “Ana cenaba con Miguel Cervantes”. “Ana, Ana, Ana”. “Tú cada día vas a peor”. “Carlo a cargo de las finanzas”. “Yo tomo las decisiones sobre ti”, “Yo, yo”. “Ana”. Se estaba yendo. Lo sabía y no podía hacer nada por acallar sus pensamientos que lo perseguían para perderlo en el vacío.

—¡Basta! —alcanzó a gritar con toda la fuerza que le llegó de adentro mientras se desplomaba como un muñeco de trapo en el piso frío de la habitación y sentía que perdía la conciencia. “No, no, no”, gritó su mente desvalida, y se tomó la cabeza como si pudiera frenar las palabras que surgían como dardos que le atravesaban el cerebro

para confundirlo.

No vio a Rodríguez sacar a Mariana a los empujones de la habitación, ni a Ana que había escuchado su grito desesperado desde la plaza y ahora estaba agachada junto a él rodeándolo con sus brazos. Ella intentaba con caricias y palabras, que él no sentía ni escuchaba, regresarlo a su lado.

—Ya he vuelto, Alex, ya he vuelto y los dos nos vamos juntos. Los dos juntos a donde tú quieras. Dime a donde quieres ir, dime, por favor, no me dejes, no ahora que estás tan cerca de mí, no cuando nos volvemos a encontrar después de tantos años. Vuelve... vuelve... —Su voz estaba cargada de incertidumbre ante la indiferencia de Alex, que seguía sujetándose la cabeza con las manos y hablaba palabras mezcladas. Ella sabía que se las había dicho Mariana para confundirlo.

Y lo había conseguido nuevamente, como en cada maldita visita.

—Tú cada... día vas... a peor..., vas a peor. Yo tomo... las deci-siones sobre ti, yo..., yo..., yo... Ana pase-aba del brazo... del cirujano plástico, Ana... casi te... mató en el cami-no, solo está con-tigo porque... siente... culpa. Ana, Ana, Ana, siente... culpa, culpa..., cul-pa.

—No, Ana no siente culpa, eso no es cierto, Ana te quiere Alex, Ana te quiere con todo su corazón. Ana quiere que vuelvas a ella, Alex, te necesita para que la ayudes con los animales y... Alex vuelve, por favor, no te vayas, no me abandones de nuevo.

Esas fueron las palabras que trajeron a Alex de vuelta después de que Mariana hubiera conseguido perderlo nuevamente en la confusión de sus pensamientos. Y ese era el motivo por el que

Rodríguez no quería darle el alta.

Alex sintió el piso frío bajo su espalda y el suave cuerpo de Ana sobre el suyo. Abrió los ojos y ella, su Ana, estaba allí, con los ojos cálidos derramando lágrimas y esa sonrisa que expresaba la alegría de verlo regresar.

Le tomó el rostro entre las manos para acercarla a él y, sin decir una palabra sus labios se posaron en los de Ana en un contacto tan íntimo que ella se sobresaltó e intentó alejarse.

Alex la sujetó con más fuerza y con la lengua hizo un sensual recorrido por sus labios deleitándose con el desconcierto de ella que abría la boca asombrada, situación que él aprovechó para deslizar la lengua en la calidez de su interior y embriagarse con esa intimidad tantas veces imaginada.

Se sentía un conquistador de otra época que se

maravillaba al llegar al lugar de sus más placenteros sueños, esos labios tiernos y carnosos que instintivamente lo terminaron por aceptar cuando ella se entregó al beso con un suspiro que entró en la boca de Alex para extasiarlo y llevarlo a viajar más allá de lo imaginado.

—Esto está mal, Alex, tú no me conoces y...

—Shhh, esto es... lo que... quiero, solo... esto. Te amo bella... muchacha extraña... te amo y no... quiero saber del pasado...

Ana lo miró sorprendida, los ojos de Alex reflejaban el amor que le estaba confesando, y ella dejó que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. ¿Cuántos años llevaba esperando escuchar esas dos palabras? Y ahora que se las decía no tenían el alcance que su corazón ansiaba. Él no era su Alex, sino un hombre que no la

conocía y no sabía que ella era su Ana. Tampoco se había enamorado de ella, sino de la gratitud que sentía hacia una completa extraña que lo traía de regreso del infierno al que lo llevaba Mariana.

—No llores... no llores...

—Si supieras quién soy no hubieras hecho esto y... no lo vuelvas a hacer.

Alex sonrió y desoyendo su pedido la devoró con el beso de la perdición. Era de esos besos que hacen desaparecer el sentido de lo correcto, de lo decente, de lo que debe ser; y Ana se dejó llevar y solo pensó en lo que quería hacer en ese momento. Ya habría tiempo, más adelante, para reprocharse el error que estaba cometiendo al entregarse a un Alex extraño que, si bien no la conocía, la necesitaba como el aire que se respira para mantenerse en este lado del mundo. También ella lo necesitaba para sentir que había recuperado esa

parte de su ser que se había muerto cuando él la abandonó, dejándola sola, perdida y desorientada.

—Algún día me vas a odiar por esto —dijo Ana, y fue ella quien estrechó el contacto para sentir que su cuerpo latía tan alocado como el de Alex. Una alegría inmensa la invadió al sentir la dureza del sexo de Alex bajo el pantalón pijamas. Él la deseaba, aunque solo fuera por gratitud, la deseaba tanto como ella a él.

—Nunca... podría... odiarte porque... te amo muchacha... desconocida.

—No sabes lo que dices... si lo supieras...

Alex la acalló cuando aprisionó en sus manos el trasero de Ana para acercarla a él y que sintiera que su erección estaba en estrecho contacto con ese lugar que tanto había anhelado acariciar en la adolescencia. Con solo frotarla sobre su erección, ella dejó de hablar cuando un jadeo escapó de su

dulce boca. Alex ya no aguantaba más la tortura, quería tomarla como había deseado en la juventud y soñado en la adultez. Abrió los labios para incitarla a acercarse. Ella comprendió su necesidad y lo besó con tanta desesperación que los dos jadearon hambrientos en la boca del otro.

—Quiero... más... déjame entrar en ti..., por favor,... te necesito.... —Los jadeos entrecortados de los dos, la ansiedad y el deseo no les permitía comprender que eso estaba sucediendo en el piso de la habitación del hospital con las puertas entornadas y a la vista de quien quisiera echar una miradita.

—¡Oh, esto no puede ser! —dijo Laura que estaba observando por el quicio de la puerta con los ojos negros abiertos como lechuza ante la novedad de ver a sus dos hijos de crianza en

semejante intimidad—. Cómo nunca me di cuenta de... —se dijo sin poder apartar la vista de ese acto de lujuria que observaba perpleja desde la rendija de la puerta.

Mario sonreía tras Laura al verla tan desorientada, nunca había aceptado que sus dos chicos habían crecido, y, encima, que entre ellos siempre había existido una atracción extraña que a Mario no le había pasado desapercibida. Laura era una mujer que solo veía lo que quería. Mientras que Mario siempre estaba un paso más allá de lo que se dejaba ver.

—Porque nunca los viste como a un hombre y una mujer, sino como tus niños. Pero ya no lo son.

—Ya me estoy dando cuenta, no hace falta que me lo digas, pero... ellos...

—Ellos no son hermanos, Laura, nunca lo han sido. Se han amado desde antes de comprender lo

que les estaba pasando —dijo Mario, y le rodeó la cintura en un abrazo tan apretado que Laura se estremeció como siempre, aunque mantuvo la frialdad.

—No es cierto, Mario, ellos eran muy unidos y... Alex siempre la protegía y...

—Alex se fue de casa, la abandonó cuando advirtió que la necesitaba como mujer. No puedo creer que no te hayas dado cuenta.

—No, no me había dado cuenta —dijo, y se desprendió de ese abrazo que la llenaba de sensaciones que no quería sentir. La vida íntima de los dos se había acabado el día que descubrió que Lily le había dado una hija. Lo extrañaba y lo necesitaba, pero ella tenía su orgullo y no podía ceder.

—Mentirosa, sí que te habías dado cuenta pero no lo quisiste aceptar ¿No es cierto? Ellos se

desean, Laura querida, porque dos personas que se aman necesitan compartir algo más que el desayuno y una conversación agradable durante la cena —dijo Mario, aunque las últimas palabras cabían también para ellos, ya que a pesar de amarse, hacía demasiado tiempo que sus cuerpos no disfrutaban del placer de una caricia o el gozo de traspasar las barreras del deseo.

Laura giró para mirarlo y se sorprendió ante la intensa mirada de Mario, como si estuviera hablando de ellos. Maldito, tú solo te casaste conmigo para cumplir la palabra que le diste a una moribunda, no por amor, tu amor siempre fue Lily, tuvo ganas de decirle.

—Tal vez —le respondió Laura, y entró a la habitación de Alex para sorprenderlos en esa posición vergonzosa. No podía concebir que Ana

actuara de una forma tan descarada en un hospital y con Alex en ese estado. ¿Acaso había perdido la razón?, se preguntó indignada mientras se paraba junto a los cuerpos entrelazados de sus chicos—. ¡Ana, por Dios!, es que has perdido el juicio... ¡no puedo creer lo que estás haciendo!, sobre todo conociendo lo recatada que eres —Gesticulaba con las manos y exageraba las palabras.

—¡Recatada, Ana! —dijo Mario, y se echó a reír—. Se ve que tus ojos ciegos a veces miran para otro lado, querida —fue su comentario mientras miraba a Ana incorporarse y acomodarse la ropa sin apartar la vista de Alex, que sonreía como un idiota ante su hazaña. Mario se agachó para ayudar a su hijo de crianza a sentarse en la silla que había junto a la ventana—. No pierdes el tiempo, ¡eh!

Alex lo miró sorprendido. Todos estos años

sintiéndose culpable por amar a la hija de Mario. No había querido defraudar al hombre que le dio un hogar y el amor de padre, por eso se había marchado de la casa. Y mientras él sufría por dentro, Mario, en lugar de sorprenderse, sonreía como si hubiera estado esperando ese encuentro entre ellos. ¿Por qué no se lo habría dicho doce años atrás?, se preguntó.

—Quedé perdido... otra vez quedé perdido —dijo Alex evadiendo el tono burdo de Mario.

—Quedó perdido, sí —dijo Ana mirando a Mario, porque no tenía ánimos de enfrentar la mirada furiosa de Laura, que nunca había querido ver que ella y Alex se deseaban—. Ella lo aturdió otra vez y... no lo podía regresar y...

—Usaste un método infalible por lo que veo, ya que está más acá que nunca —dijo Mario y arqueó las cejas al ver que Alex sonreía con descaro—.

Ya te ha dicho Rodríguez que cree que lo tuyo es solo un bloqueo mental —aclaró, porque Alex solía quedar terriblemente afectado durante esos lapsos en los que se evadía de la realidad, y que solo se producían cuando Mariana llegaba con la intención de aturdirlo.

—¡Qué vergüenza, Ana!, no puedo creer que te hayas excedido de esta forma con Alex. Creo que mi muchacho debería venir a casa en lugar de instalarse en la de Ana. Por lo que acabo de ver, estoy segura de que yo lo atendería mejor. Él no sabe lo que hace, en cambio, Ana... Mira lo que ha hecho con él, Mario —Fue la explicación de Laura para dejarles ver que ella no estaba de acuerdo con el accionar de Ana, que según sus suposiciones, se le había lanzado encima a Alex.

—No. Yo no... quiero que... me atiendan. Y

sé... lo que hago... señora —llamarla *señora* fue su forma de demostrarle la indignación que sentía ante la actitud irritada e irracional de Laura que consideraba la pasión entre ellos como un acto vergonzoso. Además, no le gustó que descargara todas las culpas sobre Ana cuando había sido él quien la incitó a aceptarlo.

Mario sonrió al escuchar que Alex le decía señora a Laura. Caradura y mentiroso, pensó, pero se calló para no delatarlo.

—Sé que no me recuerdas, pero preferiría que me llamas Laura...

—Sí, Laura, claro —dijo Alex con el ceño fruncido.

—Alex va a ayudarme con los animales y... lo necesito porque no puedo sola —Intentó explicar Ana para que Laura dejara de acosar a Alex con esa idea de que tenía que instalarse en su casa para

rodearlo de una atención que él estaba rechazando abiertamente.

Mario largó una carcajada y se acercó a su hijo para palmearle con fuerza el hombro.

—Eso me gusta, que vuelvas a tener contacto con lo que más has deseado —dijo refiriéndose al cuidado de los animales. Eran frases con doble sentido que Laura nunca interpretaba, aunque Mario sabía que Alex las agarraba al vuelo —. ¿No, muchacho?

—Si... tú lo dices... yo no recuerdo... eso —dijo Alex sorprendido por la abierta aceptación de Mario a la relación de ellos, como si le estuviera diciendo: “arremete”. No podía ser, pensó Alex, Mario no podía estar entregándole así a su hija.

—Claro, no recuerdas, pero no te hagas problema porque hay cosas que son naturales y... salen solas —Mario le sonrió.

Alex ya no tuvo dudas de las intenciones de Mario. “Apruebo lo de ustedes”, le decía ahora con indirectas. Por primera vez aceptó que sus sentimientos hacia la hija de Mario eran tan naturales como los que podría haber despertado cualquier otra mujer. Sintió que se sacaba la mochila de la espalda ante esas palabras de aceptación, y le sonrió a su padre de crianza como agradeciéndole su aprobación.

Tantos años intentando olvidar a Ana por sentir que estaba defraudando a Mario en la confianza que había depositado en él, y ahora se enteraba de que Mario siempre lo había sabido y aceptado para su hija. Por qué no se lo habría dicho antes, pensó, pero ya no tenía sentido retroceder el tiempo. Para qué retroceder si lo único que importaba era el presente en el cual Ana y él

compartirían la vida diaria en la casa que tenía en las montañas.

—No vamos a hablar de Mariana ya que Ana esta vez ha logrado borrarle todos los malos momentos, pero he hablado con Rodríguez y hemos llegado a la conclusión de que lo más conveniente es que te vayas del hospital. Ella acá entra como si fuera su casa, pero no va a ser igual en la casa que tiene Ana en las montañas con todos los sistemas de seguridad que ha instalado —Ámense, les decía ahora, disfruten de estar juntos y construyan esa vida que siempre han soñado y nunca han tenido.

—Sigo insistiendo en que Alex debería venir con nosotros, Mario —dijo Laura ignorando la decisión de Alex y las palabras de Mario. Miró a su marido con insistencia mientras le hacía muecas para hacerle notar que quería hablar a solas con él.

—Querida —dijo Mario acercándose a Laura,

tan cerca que sus cuerpos se rozaban mientras Laura trastabillaba hacia atrás—. Qué sensible estás últimamente, es como si... me tuvieras miedo desde que nos hemos quedado solos en la casa — susurró en su oído, y Laura se distanció de él. Mario la siguió y por detrás y dijo—. Cómo voy a conseguir lo que me quitaste hace años si otra vez tengo la casa llena con tus chicos.

Ella lo miró asombrada por las últimas palabras.

—Mario, esa casa es de nuestros chicos y Leo solo se ha ido a Europa por unos meses, por eso a mí me gustaría tener a Alex para atenderlo y... él me necesita, Mario —respondió Laura a su esposo intentando esquivar la indirecta.

—No Laura, él no quiere tus atenciones porque lo hacen sentir un inútil. Él necesita a Ana, te guste o no esa relación que se dará en la casa de nuestra

querida hija —dijo Mario, y la miró con ternura cuando ella frunció el ceño y salió de la habitación más aturdida que cuando se enteró que sus chicos habían chocado en el camino de montañas—. Ya se le va a pasar, necesita entender que no puede decidir por ustedes... —dijo Mario, y salió tras su esposa. Al llegar al umbral se giró y los miró a los dos—. Si necesitan ayuda, ya saben.

—No entiendo... ¿tú quién eres...? ¿Tú qué eres de... Laura? —dijo Alex simulando desconocerla aunque estaba exultante al saber que Ana, su Ana, si todo salía bien sería suya para el resto de la vida gloriosa que tenían por delante.

—Laura me quiere como a una hija, pero desconfía de mí. Tú siempre fuiste su hijo preferido y... digamos que no quiere que me acerque a ti porque tiene miedo de que te haga

daño. Ella ha sido tu pilar en la vida, siempre la adoraste, y creo que está celosa y enojada porque no quieres instalarte en su casa y... ella sigue creyendo que la necesitas.

—¿Y tus padres?

—¿Mis padres?... Bueno, ellos ...murieron hace dos años... Yo no me llevaba bien con ellos y... quedé sola. Laura y Mario me han ayudado desde entonces.

Mentirosa, tenía ganas de decirle, tu padre es Mario, y Laura te ha querido como a su hija. Además, tú siempre fuiste la preferida de ellos porque eras la más pequeña, la única mujer y la más necesitada de amor de los cinco. Alex esbozó una sonrisa burlona, y Ana al ver sus dientes perfectos recordó aquella época lejana en la cual Laura lo llevaba al dentista para que le ajustaran el aparato dental. Alex iba siempre

enojado porque decía que con esos metales en los dientes parecía un monstruo. Ella solía esperarlo en la galería para preguntarle si también se los pondrían a ella, y él le contestaba: “No, Ana, porque tú tienes la sonrisa y los dientes más bonitos de mundo”. Cuánto amor había recibido de él hasta el día que se marchó dejándola con la sensación de que algo en ella había muerto al perderlo.

—Nos vamos —dijo Ana, y se acercó a él para ayudarlo a levantarse.

Alex la miró y descubrió que esos ojos ámbar dejaban ver el amor que sentía por él, también estaban los sueños truncados, y quizá la añoranza que la había perseguido durante su ausencia. Los dos habían sufrido en silencio durante doce años, se dijo Alex. Ella lo amaba, él ahora lo sabía. Y mirando desde la ventana del hospital el pueblo

que lo había visto al borde de la muerte y resurgir de las sombras, Alex comprendió que Ana tenía la misma necesidad que él de recuperar el tiempo perdido.

CAPÍTULO 7

El *Porsche 911* de Ana estaba estacionado en el ingreso del hospital. Alex sonrió con burla al verlo tan deteriorado como él. El guardabarros del lado izquierdo estaba abollado y saltaba a la vista el choque frontal de cuando embistió contra el árbol, según lo que ella le había contado. El capó se mantenía en su lugar atado al paragolpes con una cadena.

Era un automóvil que tenía su tiempo de andar los caminos, aunque conservaba la imponente presencia de ser un *Porsche*. Tan vistoso como la mujer que lo manejaba.

Miró a Ana, y supuso que sería un espectáculo verla manejar con su cabello del color de la miel

danzando al son de la velocidad del viento cuando no tenía puesta la capota, y los ojos cristalinos de mirada tierna, enmarcados por tupidas pestañas arqueadas, concentrados en el camino. De solo observarla uno tenía la sensación de poder perderse en su mirada ámbar. Su rostro sereno y angelical incitaba a protegerla aunque no estuviera indefensa ni necesitara ayuda. Era menuda, delicada y de andar elegante, se dijo Alex y desvió la vista para mirarse él. En ese momento podía pasar por su lacayo o su viejo mayordomo, o tal vez el anciano que abre las puertas en los restaurantes de lujos.

Ya nada quedaba del hombre alto y de rostro severo que atraía las miradas de las mujeres de la alta sociedad, como llamaba Mariana a sus clientas. Estaba algo encorvado y siempre apoyado en las paredes o, como en ese momento,

en el árbol de naranjas que crecía en la vereda, porque si se intentaba sostener sobre sus propios pies podía perder el equilibrio. Al menos el accidente no le había robado el azul de los ojos que tanto le gustaba a Ana. “Tus ojos son tan bonitos, Alex”, solía decirle ella en la adolescencia. Eso no lo había podido borrar el accidente, en realidad su rostro de nariz recta y mandíbula firme con el corte transversal en la barbilla, era lo único que quedaba de él.

Dejó de pensar en su aspecto porque le daba escalofríos verse tan achacoso, y disfrutó del comienzo del anochecer que se veía en el cielo.

No había estrellas y eso le pareció un mal presagio.

Algunos vecinos se acercaban a saludarlo. Lo conocían de niño. Lo habían querido de verdad, no como las mujeres ciudadinas de la alta sociedad que

solo lo admiraban por sus diseños, aunque ellas no sabían que él no era capaz de dibujar ni el ruedo de los vestidos. Gracias al desconocimiento de ese detalle lo adoraban, porque con las prendas de Alex Alvear se sentían reinas en ese mundo de pura apariencia y competencia. Todas buscaban lo mismo: ser admiradas y deseadas, el trofeo de una noche, a pesar de que en la intimidad de sus hogares no hubiera nadie que les susurrara un amor sin condiciones.

Doña Carlota lo abrazó tan fuerte que lo dejó sin aire. Gervasio, el eterno almacenero de la esquina, le dio una palmada en la espalda que lo sacó del árbol y tuvo que sostenerse de su brazo para no caer al piso. Y tío Julián, como le gustaba que lo llamaran a uno de los amigos de Mario, le dio otro golpe en el pecho que le hizo ver las

estrellas que ese cielo de la noche no tenía, y de paso le hizo recordar que tenía rotas las costillas.

¡Qué mal que estaba!, pensó Alex y se rió solo.

Lógicamente, él saludó a todos con el ceño fruncido, como si no supiera quiénes eran esa gente tan afectuosa que se alegraba de verlo recuperado. Miró a su Ana, tan indiferente a su propia belleza que tenía ganas de gritar al viento, “no te merezco porque solo soy un pedazo del hombre que era”. Pero ella le sonrió con tanto amor que se guardó las palabras y le respondió con una sonrisa cálida y seductora que era apenas una mueca sobre sus labios.

—¿Nos vamos?

Ana sostenía abierta la puerta del *Porsche* para que él entrara como pudiera. Nunca lo ayudaba, y eso era lo que Alex más admiraba de ella en esos momentos: sus reprimidos intentos por ayudarlo.

Podía verlo caído sobre el piso y ni así se acercaba a tenderle una mano. ¡Cuánto lo conocía! que se mordía el labio para reprimir el grito de “¡Oh Alex te has caído!”, que siempre lanzaba Laura cuando lo veía en el piso y corría en su ayuda haciéndolo sentir más incapacitado de lo que ya estaba.

Circularon en un cómodo silencio. Alex observaba las calles de tierra, los árboles desnudos y las hojas que cubrían de un manto amarillo las veredas de baldosas rojas. Los negocios con toldos de lona amarillos, verdes y rojos. Las farolas de estilo colonial que se encendían con los inicios del anochecer e iluminaban las flores que colgaban de los balcones embelleciendo las paredes blancas. Las palmeras que adornaban el cantero central de la única avenida del pueblo. La gente, serena,

despreocupada, que caminaba con parsimonia. Los viejos y los niños que parecían ser los dueños de la plaza. El bar en la esquina donde solía reunirse con sus amigos luego de los partidos de fútbol de los sábados, y que por las noches los volvía a reunir para beber cerveza y mirar las chicas que se paseaban con sus faldas cortas y sus escotes profundos para mostrar el nacimiento de los senos, provocando sus calenturas de adolescentes.

Él, por esa época solo pensaba en Ana, pero igual cumplía las rutinas del pueblo para no dejar ver su deseo por la hija de Mario.

Recordó que algunas noches de sábado Ana solía esperarlo despierta, como si no pudiera dormir si él no estaba en la casa. A veces, llegaba a las seis de la mañana y la encontraba dormida en la silla, esperándolo eternamente. ¡Qué ternura le

inspiraba! Y qué deseo reprimido cuando la alzaba para llevarla a la cama.

¡Cuántas veces se había sentido tentado de acostarse con ella, desnudarla y demostrarle qué era a ella a quién quería! Por ese entonces Ana tenía quince años y él se volvía loco, tan loco que sabía que algún día haría algo que nunca se perdonaría.

Al poco tiempo, ella descubrió su deseo y él se fue de su vida para siempre. Y ahora estaba comprobando que entre ellos no existía el para siempre, sino el hasta que nos volvamos a encontrar.

Abandonaron el pueblo que estaba enclavado en un valle y comenzaron a trepar por la montaña. Alex se giró para mirarla, ella iba concentrada en las curvas y los precipicios, en no cometer un error que los hiciera colisionar de nuevo.

¡Qué perfil bonito tenía!, con su nariz pequeña y las pestañas arqueadas y tupidas que embellecían más sus ojos. Tenía los labios entreabiertos, tan seductores que Alex quería acercarse y saborear su boca dulce y deliciosa. En cambio, para distraerse, le habló del coche.

—Veo que... tu máquina no se... ha recuperado todavía, al igual que yo —dijo Alex señalando el lateral y el frente abollados.

—Así es. Sergio solo le hizo la parte mecánica porque no ha conseguido las chapas. Tiene sus años y cuesta encontrar repuestos.

—¿Por qué este auto? —preguntó sin pausas y se felicitó por su escaso logro.

La vio sonreír, ella también había notado su hablar sin pausas, pero no lo dijo. ¡Cuántas cosas valoraba de ella en estos momentos de inseguridad!, esos pequeños detalles que le hacían

sentir más normal, menos incapacitado.

—Porque el motor ruge a mis espaldas, y al desplazar el techo siento la brisa... y el cabello parece que volara y... me siento libre. Apenas me subí a este auto dije que algún día sería mío y... lo logré. Siempre consigo lo que quiero —Lo miró, y Alex supuso que si bien hablaba del auto, había algo más oculto en ese mensaje.

Qué segura de sí misma era, pensó Alex y le dedicó una sonrisa engreída, como si le dijera sin palabras que él también conseguía lo que quería. Ella apartó la mirada y se concentró en el camino de curvas, aunque una mueca apenas perceptible le curvó los labios.

—¿Y cómo... lo conseguiste?

—Era de Miguel, un hombre extraordinario que conocí hace unos años. Soy modista, y él vio uno

de mis vestidos y me dio una oportunidad. Trabajé un tiempo para sus tiendas.

Alex supo que ese tal Miguel que le había vendido el *Porsche*, era Miguel Cervantes, el que había nombrado Mariana unas horas antes con la intención de perderlo en el abismo. El empresario que había cenado con Ana en la ciudad y le había rechazado a él el muestrario de ropa. ¡Claro, como no iba a rechazarlo si había descubierto a Ana!, pensó con cierta admiración.

—¿Ya no trabajas más para él? —preguntó Alex y la miró con tanta intensidad que Ana sintió el roce de su mirada en la piel.

—No, ya no.

—¿Por qué? —preguntó con tanto interés que ella sonrió. Alex no podía creer que hubiera dejado de trabajar para las tiendas de Miguel por estar con él, porque eso era dejar todos sus logros

de lado.

—Porque era mucho para mí. Ya te dije que a veces dejo todo —Era una de sus más grandes mentiras y no pudo mirarlo a los ojos porque descubriría que había cancelado muchísimos trabajos para estar con él. Alex se iría de su lado si supiera la verdad.

Miguel había puesto el grito en el cielo ante su decisión, y Ana había terminado cediendo si se conformaba con los diseños de Elena, una de sus mejores amigas que desde hacía varios años colaboraba con ella. El resto, las clientas selectas de la alta sociedad que habían sido clientas de Alex y ahora viajaban hasta el pueblo suplicando turnos, las había dejado a todas. Lógicamente no habían quedado muy contentas con su decisión y muchas la estarían difamando. Pero a Ana la tenía sin cuidado.

—Yo creo... que has dejado... todo por... mí —dijo Alex, y vio que ella esbozaba una sonrisa, aunque no se giró a mirarlo.

—¡Qué tonto y engreído eres! —dijo Ana sin dejar de sonreír, aunque no apartó la mirada del camino porque si Alex veía en sus ojos el reflejo del amor sabría que sus palabras eran ciertas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alex, y vio que ella volvía a esbozar una sonrisa.

Ana detuvo el motor del *Porsche*, apagó las luces y dejó que la oscuridad los sumiera en la más absoluta intimidad. Las nubes corrían dejando ver unas pocas estrellas en el cielo negro, a veces la luna llena iluminaba los campos. La brisa tormentosa de la noche los acariciaba y los sonidos de los animales nocturnos invadían el silencio. Una serena paz inundó esa intimidad que

compartían en ese reducido espacio.

Ana aspiró el aroma a hierba y a humedad dejando que sus ojos se habituaran a la escasa luz. Se giró y vio que Alex la miraba emocionado. Tenía los ojos entornados y llenos de amor por esa respuesta sin palabras que ella le estaba brindando. Ana le regaló una sonrisa y le enmarcó el rostro con las manos antes de responder.

—Ahora empieza tu verdadera recuperación, Alex. Esto —dijo señalando la inmensidad—, es vida en estado puro, es plenitud, es pasión, es energía, es amor, es... un nuevo comienzo.

—¿Estás dejando tu vida de lado por mí? —dijo Alex sosteniéndole las dos manos que ella había apoyado dulcemente en su rostro.

—Estoy compartiendo mi vida contigo —Fue su respuesta, y se alejó de él para encender el motor y continuar avanzando a ese nuevo comienzo

que el trágico accidente les estaba brindando.

Se internaron en un camino angosto. En realidad solo era un sendero de animales con hierbajos que crecían donde los neumáticos no pisaban, cubierto de matorrales desparejos a los lados. Estaba tan deteriorado que parecía abandonado, como si allí no hubiera enclavada una casa de dos plantas con flores que colgaban de las macetas de la galería, como si después de ese descuidado páramo no se encontrara el paraíso construido por Ana. Tan lleno de verde, de aguas cristalinas y cielo limpio que solo quien lo conocía podía aventurarse a transitar el infierno para llegar al cielo.

Alex sabía que era su vecina, que tenía la casa a pocas hectáreas de la suya y que si miraba a la izquierda desde la ventana de su casa de montaña podría observar el horizonte que Ana estaría mirando. Sabía que si caminaba hacia el poniente

estaría acercándose al refugio de Ana. Pero nunca se había atrevido a violar su intimidad andando ese camino de pedregullo y polvo que el *Porsche* transitaba con tanta seguridad, como si supiera que estaba llegando a su destino.

La casa se alzó ante ellos y Alex no pudo apartar los ojos del lugar. Era de paredes blancas con flores iluminadas por las luces tenues y discretas de la galería, que daban un toque de ensueño a ese paraje construido por Ana y denominado *La Fortaleza*. Rodeada de rejas negras de altura con hierros torneados que terminaban en flechas intimidantes para que ningún intruso se atreviera a violar su intimidad. Un portón se abrió frente a ellos cuando Ana presionó el control remoto desde el auto. Alex la miró como si le estuviera preguntando para qué tanta

seguridad en ese lugar alejado del mundo.

—He tenido un problema de acoso y no quise dejar de venir a mi casa. Este es mi hogar, mi remanso y mi fortaleza —respondió ella a su muda pregunta.

—¿No se llama Fortaleza... por las medidas de... seguridad? —preguntó Alex que seguía con la vista los árboles de hojas rojas que los acompañaban en el recorrido.

—No, ya se llamaba así antes de instalar las rejas. Los que no me conocen creen que el nombre se debe al exceso de seguridad, pero los que me conocen saben que aquí recupero mis fuerzas, que aspirando el aire puro y mirando las estrellas vuelvo a ser yo.

—Yo... debería haber sabido que... el nombre era... —dijo Alex. Tanta inseguridad y dificultad para hablar lo hacían sentir más estúpido de lo que

ya estaba.

Cómo podía estar cometiendo ese error con el nombre de la casa si ella era su Ana, la que amaba de toda la vida, la que no había podido borrar de sus recuerdos. ¿Acaso él no sabía que Ana admiraba todo lo bello que la naturaleza había creado? Y comprendió que los años pasados lejos de ella lo habían convertido en un extraño.

—No, Alex, tú no me recuerdas y es lógico que creyeras que el nombre de la casa era por la seguridad —dijo Ana tratando de conformarlo.

El problema era que Alex sí la recordaba y se maldecía por no saber qué le había pasado en estos años para tener que venir a ese lugar a recuperar fuerzas y a ser ella misma como le acababa de decir. Él había creído que solo venía para estar en contacto con la naturaleza que tanto amaba después de una semana de agotador trabajo,

no esto que ella le contaba.

Ana estacionó el automóvil en el ingreso de la casa y se quedó mirando a Alex. Él estaba lejos, atrapado en sus propios pensamientos, como si se reprochara no saber por qué la casa se llamaba Fortaleza. Aunque para ella era lógico que no lo supiera.

Pero Alex no se estaba reprochando la falta de recuerdos, porque ellos estaban allí, en cada rincón del pueblo que los vio crecer tomados de la mano, corriendo por los campos, bañándose en el arroyo. Y se escuchó preguntar mirando la lejanía de esos campos oscurecidos por la noche.

—¿Por qué? —Era un porqué que intentaba abarcar todas sus dudas: por qué tenía que venir allí para volver a ser ella misma, por qué él no se había dado cuenta si la conocía mejor que nadie,

por qué no se habían permitido amar en la juventud para no tener que lamentar en la adultez la ausencia del otro.

—Porque no solo tú caes en el abismo, Alex, otros a veces también lo hacemos y... cuesta regresar a pesar de que estemos acá, de que no nos vamos como te fuiste tú. La vida a veces nos quita lo que más deseamos y por más que nos quiera compensar con otros logros, no nos devuelve lo que más queremos y... entonces yo llego aquí y... aspiro el aire húmedo de la mañana, el aroma a jazmín y a pinos. O escucho el sonido del viento y la melodía del arroyo. O veo los pájaros que trinan contentos porque el día les anuncia un nuevo comienzo..., y los veo trabajar juntos, construir sus nidos, cuidar a sus pichones... y sé que tal vez algún día yo deje de ser esa mujer sola que clama en este silencio su mayor pérdida.

Alex acercó sus manos a la blusa de fina seda azul adherida a su delicado cuerpo y la atrajo con brusquedad para pegar su boca a la de ella y silenciarla con un beso que nada tenía que ver con la serenidad que ella le relataba.

Era un beso que hacía girar en remolino el polvo del camino y lograba acostar las ramas flexibles de los árboles de hojas rojas, que hacía vibrar la tierra y abría las nubes que ocultaban los millones de estrellas que ese día no querían brillar para ellos, dos almas unidas por los recuerdos del pasado. Un beso que era una promesa de miles más que vendrían a partir de ese momento, la respuesta a las palabras que Alex no podía pronunciar, una súplica de perdón por haberla abandonado y un ruego para que le permitiera salvar los errores que había cometido.

—Te amo, muchacha hermosa y extraña... —

dijo Alex, y la sintió sollozar angustiada por las palabras que le había dicho para emocionarla. Ana no estaba contenta al escuchar su confesión. Claro, cómo iba a estar contenta si ella hubiera deseado que esas palabras se las dijera el antiguo Alex, el que la protegía durante la niñez, la tomaba de la mano en los paseos por la plaza, la salpicaba con agua helada del arroyo y después le tendía la toalla para que no sintiera frío—. ¿No quieres que... te ame?, ¿es eso?

—No quiero esta intimidad entre nosotros. Tú estás casado aunque no lo quieras, y si bien tu mujer parece bastante desagradable no te has divorciado. Además, ni siquiera sabes quién soy, no sabes nada de mí y... yo no te he invitado a mi casa para... esto, yo... yo... prefiero que conservemos la distancia y... seamos buenos

amigos.

Alex la miró enojado y desesperado, porque ella estaba poniendo una distancia que él no podía aceptar. Dejó caer las manos que momentos antes la habían acariciado y salió con dificultad del *Porsche*. Como pudo caminó por el terreno desparejo hasta las escalinatas de la casa. Recién allí se giró a mirarla. Sus ojos eran llamaradas azules que dejaban al descubierto la indignación y el rechazo a una ayuda que no quería.

Ana se bajó y se apoyó sobre el coche esperando que él dijera lo que estaba pensando.

—Mañana... me voy a mi... casa de campo... sé que están cerca —dijo señalando el horizonte—. No quiero tu lástima... tu compasión... tu... — Se giró y comenzó a subir los escalones del ingreso sin agarrarse de la baranda. Pero como no tenía las fuerzas ni la estabilidad para acometer

esa hazaña, trastabilló en el cuarto escalón y rodó golpeando en las tablas de madera de algarrobo hasta que se frenó sobre los pastos que lo recibieron como un suave y mullido colchón que amortiguó la dura caída.

Ana, por primera vez corrió a su encuentro y se dejó caer sobre él para abrazarlo con desesperación al sentirse culpable de la caída. También se sintió vencida al escuchar sus palabras, “mañana me voy a mi casa de campo”. No podía aceptar perderlo de nuevo. Si acababa de recuperarlo.

—¡No te vas! ¡Tú no te vas, maldición! ¡Tú no te vas...! —Siguió repitiendo. Tendida sobre él lo besó sin dejar de pronunciar esas palabras para que se metieran en la mente de Alex hasta que comprendiera que ella no podía dejarlo ir, que también lo necesitaba para sanar sus propias

heridas, recuperar el norte y conseguir el mayor sueño de su vida: tenerlo a su lado.

La pasión flotaba en el aire cargado de humedad, y Ana no se asombró cuando Alex le rasgó la camisa de seda y le elevó la falda para sacar la tanga blanca que había visto desde la ventana del hospital cuando el viento le levantaba la pollera. Tampoco se asombró cuando se apoderó de sus nalgas, ni cuando bebió de sus pechos, ni cuando la acarició allí, en ese lugar que la hacía jadear para él. Por el contrario, Alex sintió que las manos de Ana desabrochaban la bragueta del pantalón y lo acariciaban donde latía desbocado su deseo, con el mismo anhelo y la misma desesperación que sentía él.

¡Ah, la pasión que se desató esa noche falta de estrellas! Dos cuerpos semidesnudos, con las

ropas levantadas o rasgadas, recostados sobre la mullida alfombra verde, acariciándose, amándose con las manos, la boca, los jadeos que compartían cuando se unían en besos indecentes de labios húmedos y lenguas atrevidas que exploraban todo, todo lo que tocaban.

La noche los enamoró, los dejó perplejos cuando Ana alcanzó el orgasmo gracias a las caricias en aquel lugar que a Alex lo había vuelto loco en su adolescencia.

Alex la giró para ponerse sobre ella; se olvidó de las dificultades y las limitaciones y solo pensó en hacerla suya, por fin hacerla suya después de tantos años de espera; y sin apartar sus ojos azules que brillaban frente al sueño hecho realidad la penetró lenta y suavemente como si la acariciara para no hacerle daño.

Ana lo miraba tras el velo de las lágrimas y le

enmarcó el rostro para animarlo a arremeter.

El beso dulce y acariciante de Alex hizo el milagro de quitar el dolor cuando entró en ella de una arremetida profunda que le sacó un quejido silenciado sobre su boca. Al comprobar que ella lo había estado esperando, que solo era él y que siempre había sido él, el éxtasis lo traicionó cuando después de apenas comenzar terminó poniendo su simiente en el amado cuerpo de Ana.

—Te amo, mi Ana —La emoción del momento, del encuentro y de tener el cuerpo de Ana como siempre había deseado lo traicionó cuando dijo su nombre posesivamente, y dejó que ella dudara de su falta de memoria y que lo mirara como si un signo de interrogación se dibujara en su rostro.

—Alex... Alex, tú... —Su mirada intensa lo hizo sonreír y para disiparle las dudas la besó, saboreando su boca con más deseo que amor. Su

lengua entraba, jugaba y salía provocando calor y necesidad en ese cuerpo que él recorría con sus manos, explorando todos, todos los detalles: la estrechez de la cintura, el contorno de las caderas y las vértebras de la columna hasta llegar a las nalgas.

Qué delicia esas nalgas que solían apoyarse sobre su sexo duro y desesperado de antaño, que ahora seguía cobijado dentro de Ana como si no quisiera irse nunca de allí, como si estuviera tan a gusto dentro de ese comprimido espacio que le pertenecía solo a él.

La sintió moverse bajo él y otra vez cabalgó con ella al abrigo de la noche ventosa y húmeda que prometía tormenta.

Los árboles, las plantas de hojas verdes, las flores de la galería y hasta el sonido del viento

danzaban al ritmo alocado de lujuria que se había desatado en el interior de ese hombre y esa mujer que se decían con el cuerpo lo que no podían expresar con palabras: las añoranzas, los deseos contenidos de la época pasada, el amor sin fronteras y a la distancia que habían mantenido sin que el otro lo supiera. Y esa añoranza, ese amor en silencio, esos recuerdos les dio el más exquisito orgasmo que estalló sobre sus labios silenciando el sonido del trueno que rasgó el cielo.

La lluvia cayó mezclando el sudor con el agua helada, y ni así se separaron, dejaron que unas pocas gotas mojaran sus cuerpos. No sentían el viento frío del sur, ni les molestaba la mezcla de pasto, tierra y humedad que ensuciaba sus cuerpos y sus ropas. No..., porque todo era tan maravilloso que solo cuando Alex salió de su tibia cavidad, Ana comprendió lo que había hecho:

amar a Alex que no recordaba quién era y mucho menos sabía quién era ella. Cuando recuperara la memoria la odiaría por eso.

—¡Oh, lo siento! —dijo, y se levantó semidesnuda mientras se bajaba la falda y se cerraba la blusa sosteniéndola con las manos.

Alex estaba fascinado mirando las esbeltas piernas que la falda rasgada no podía cubrir y los intentos de Ana por ocultar los pechos al pretender cerrar la blusa hecha jirones.

—Yo, yo... no soy así... nunca... —balbuceó Ana, y se imaginó que tendría las mejillas rojas, pero no pudo apartar la vista de ese cuerpo tantas veces imaginado.

Él era tan hermoso y se veía tan viril con el vaquero desprendido por debajo de las caderas, su espalda ancha, el abdomen plano, los brazos fuertes y el vello del pecho que bajaba como una

flecha para señalar el lugar de su sexo aletargado.

¡Cuántas veces había querido verlo expuesto para ella como un hombre! Y ahora que por fin lo había logrado se sentía culpable porque él no la conocía, y no sabía que ella se había dejado llevar por la pasión que sintió por él desde el mismo momento en que el destino se confabuló para unirlos cuando eran apenas unos niños.

—Ya me he enterado—dijo Alex, y otra vez se sorprendió de que las palabras fluyeran de su boca sin pausas—. Podrías darme una mano —continuó diciendo, y volvió a sonreír como el macho seductor que había sido, seguro de sí mismo y que no se intimidaba ante nada. Como si no tuviera todas esas limitaciones que lo hacían sentir incompleto, solo un pedazo del hombre que había sido.

—Sí, claro... lo siento Alex, yo no debería... ¡Oh, qué vergüenza! ¡Cómo he podido hacer algo así! Además, tú no estás bien y... no sabes quién soy, y encima eres un hombre casado —Seguía recalcando su error, porque no podía dejar de lamentarse por lo que había hecho.

Ana se acercó insegura y llena de pudor le tendió la mano que él siempre había rechazado en el hospital y ahora solicitaba. Pero Alex la sujetó del tobillo haciendo que cayera, con las nalgas al aire, sobre su estómago plano.

Alex vio las estrellas que esa noche se negaban a brillar para ellos cuando el impacto dio en sus costillas lesionadas. Pero hizo caso omiso del dolor, y con las manos que el accidente no había atrofiado acarició su cuerpo, para decirle sin palabras que no se sintiera avergonzada y se dejara llevar por el deseo como lo había hecho

unos momentos antes. Y la volvió a tocar en ese lugar que le había quitado el sueño en su juventud. Quería hacerle olvidar los miedos, las inseguridades, las dudas y ese error del que ella se culpaba al no saber que él era el mismo Alex de la juventud, y que la deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

El placer invadió nuevamente el cuerpo de Ana y la vergüenza, el rubor, los lamentos y las culpas quedaron olvidados cuando un jadeo escapó de su boca. Indefensa y perdida en las sensaciones terminó recostándose sobre su pecho para que continuara lo que estaba haciendo, para que la llevara a sentir las sensaciones que la hacían olvidar lo que era: una diseñadora recatada que jamás había sido poseída por un hombre. En ese momento solo era una mujer que gozaba con su

hombre, el único que ella siempre había anhelado, aunque estuviera cometiendo el mayor error de su vida al estar aprovechándose de su falta de recuerdos.

Ya habría tiempo para lamentarse, se dijo y se entregó a sus manos diestras sin señales de incapacidad.

—No te vas más de mis brazos. Así, te quiero, así, entregada a mí —le susurró al oído y le mordió el lóbulo para que ella no recuperara la vergüenza—. Te necesito a mi lado. Acaso no te das cuenta de que no he tartamudeado ni una sola vez. Qué importa el pasado si yo te quiero ahora.

“Qué importa el pasado si yo te quiero ahora”, se repitió Ana las palabras de Alex pensando que él, cuando recordara el pasado ya no la miraría, y tampoco le perdonaría haber seguido adelante con ese arrebató de lujuria que los llevó a compartir

una intimidad que nunca se habían permitido. Se reconfortó pensando que él la necesitaba, y que ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar el Alex que había sido.

Si esta era la forma de devolverle la entereza, el orgullo y la estima, se entregaría gustosa a él soportando las consecuencias futuras.

Cuántas veces había tratado de convencerse de que lo imposible era posible, lo inalcanzable estaba más cerca de lo que ella creía y que solo era cuestión de soñar para conseguir y de pedir para tener. Ahora esos sueños eran reales porque las manos de Alex acariciaban su cuerpo dándole la intimidad soñada, demostrándole que todo era posible, aunque solo fuera mientras él no recordara el pasado.

—Es cierto..., nunca... has tartamudeado —
Ella le sonrió, y Alex disfrutó al mirar el rostro

amado en la plenitud de la pasión.

—No soporto tener mis manos alejadas de ti, mi dulce salvadora. Tú me has sacado del abismo y ahora me estás quitando la dificultad al hablar. No me prives del placer de tenerte, si tú eres mi mejor rehabilitación —Era un ruego, una súplica para que Ana comprendiera cuanto necesitaba tenerla en sus brazos.

—No Alex, voy a dar todo de mí para que vuelvas a ser el hombre que fuiste, todo, aunque sé que no debería hacerlo —dijo Ana rememorando las palabras que había pronunciado el día que Alex despertó del coma.

Alex se sintió un miserable. Ella era una mujer de palabra y le acababa de recitar textualmente las palabras que le había dicho en el hospital, mientras que él solo era un estafador que le había

mentido por miedo a perderla. Intentando enmendar el error que había cometido al engañarla, le dijo:

—Te amo, mi extraña y dulce Ana.

Él usaba el posesivo como cuando ella tenía quince años, y Ana nuevamente puso en duda su falta de recuerdos.

—¡Cómo puedes amarme si apenas me conoces!, porque tú no me recuerdas —Era una afirmación, no una pregunta, y la usaba para convencerse de que sus dudas no eran reales.

Alex solía llamarla mí Ana a los quince años, aunque su familia también usaba el posesivo ya que todos le decían “mi nena”, pero Alex nunca había usado el apodo familiar, como si quisiera diferenciarse del resto.

Quizá, llamarla mi Ana no significaba que la recordara, pensó Ana, y recordó una frase que sí

la habría convencido de que Alex la estaba engañando. “Sabes que eres mi más preciado tesoro”, le había dicho a los trece años cuando dejó de ir al establo para protegerla de las pesadillas, “por eso no puedo ir más a acompañarte al establo”, con esas palabras Alex había justificado su distanciamiento.

Y esas palabras habían quedado grabadas a fuego en los recuerdos de Ana porque habían sido las únicas que dejaban ver su amor por ella.

Observó el rostro de Alex en espera de ver en sus ojos la respuesta que no le daba.

Alex podía ocultarle la verdad y simular que no conocía a nadie, pero no podía mentirle ante una pregunta tan directa. Allí, la simulación se vería reflejada en los gestos; por eso, en lugar de responder luchó por incorporarse para llevarla a la casa antes de que los dos tuvieran que ser

internados por estar semidesnudos bajo las frías gotas de lluvia y el viento que descargaba su furia sobre el cuerpo tembloroso de Ana.

—Mi bella mujer, te vas a enfermar —Todo ese exceso de actividad, ese placer por llegar a la cima después de tanto tiempo sin poder moverse, le pasó factura cuando se incorporó con dificultad y se tambaleó como si estuviera ebrio. Pero desoyendo las alertas de su cuerpo simuló una seguridad que no sentía y le tendió la mano a Ana para ayudarla a levantarse.

Ana, que había observado su tremenda dificultad para incorporarse y, más aún, para mantenerse en pie, pasó por alto sus dudas sobre aquellas palabras posesivas que la hicieron sospechar que no tenía falta de recuerdos, y permitió que la ayudara a levantarse aunque ya

suponía que no podría.

Siguiendo el razonamiento lógico de Ana, Alex no pudo levantarla y los dos se desplomaron sobre el césped. Él sobre ella, aplastándola con su cuerpo enorme. Alex se preocupó, pero Ana reía sin importarle lo que pensara de sus burlas, y Alex no pudo más que admirarla por eso.

—¡Oh, Alex!, lo siento, es que... yo ya me suponía que no ibas a poder y... —dijo Ana, y siguió riendo sin importarle lo que pensara Alex.

—Y yo que creía que eras una dulce criatura, pero no, te ríes de mis limitaciones.

—No es que me ría de tus limitaciones, solo que ya sabía que te ibas a caer y... si me dejaras ayudarte con la rehabilitación.... —Dejó de hablar al ver que Alex arqueaba las cejas, y se mordió el labio mientras se ponía roja de vergüenza por el malentendido que generó la palabra

“rehabilitación” e intentó arreglar el embrollo en el que se había metido—. Yo quise decir que te podría ayudar a....

Alex sonrió ante el desliz de Ana y se acercó tanto a sus labios que ella prácticamente aspiró las palabras que le susurró.

—Acepto tu ayuda y también que me rehabilites como lo acabas de hacer —Se deslizó a un costado de su cuerpo y sin dejar de sonreír como un idiota extendió la mano para que lo ayudara a levantarse.

—Yo no quise decir... eso. Yo quise decir...

—Veo que rehabilitarme te está trayendo problemas en el habla a ti, mi querida Ana — Seguía con la mano extendida esperando que Ana lo ayudara para dejar sellado el trato que le había ofrecido.

—Yo no pauso, solo que estoy... nerviosa

porque... Si supieras quién soy, Alex, me odiarías en lugar de amarme como dices ahora.

—Cómo podría odiarte si eres lo más lindo que ven mis ojos —Le recorrió el cuerpo con los ojos entornados, cubierto en partes por las ropas desgarradas, y Ana se ruborizó.

Cuando entraron a la casa, el ambiente cálido distrajo a Alex de lo que acababan de compartir en el jardín de *La Fortaleza*.

La casa de Ana era acogedora y sin lujos pero tan femenina que solo ella podría haberla decorado. Los jazmines de los floreros perfumaban el *living* de pisos rústicos y muebles sencillos, inclusive los adornos no demostraban que Ana fuera una importante empresaria. Los sillones eran cómodos con mullidos almohadones estampados con delicadas flores. Las cortinas

blancas bordeadas de volados lilas y sujetas por lazos del mismo tono daban un toque de romanticismo y ensueño al ambiente. La mesa de madera oscura estaba adornada con un jarrón de flores multicolores. Tantas plantas colgaban cerca de la luz de las ventanas, que debían constituir el pequeño paraíso interior de Ana cuando el clima no le permitía salir al exterior. No había lujos, no eran necesarios porque la dueña había volcado en la casa toda su habilidad para el diseño.

Ella era diseñadora de ropas, pero tenía ingenio para decorar su casa. Él lo sabía, porque a los quince años Ana le había sugerido la decoración de una de las habitaciones de la casa que había heredado de sus padres, único ambiente que Mario había desocupado para evitar el dolor de Alex ante los recuerdos, ya que de niño, cuando acompañaba a Mario a la casa, solía tenderse a

llorar la pérdida de sus padres en la cama de esa habitación.

Ana había conocido esa casa en el pueblo poco tiempo antes de que la abandonara. Ella solo tenía quince años por ese entonces y le había dicho: “cómo me gustaría vivir en esta casa, Alex”. Y Alex se había quedado perplejo porque desde que la vio a los diez años parada en el ingreso de la finca de Mario, lastimada, sucia y desarreglada pero tan bonita y altanera, soñó con vivir en esa casa con ella.

Si Ana la viera decorada con todos los detalles que le había recomendado, quedaría muda y convencida de que él la amaba con toda su alma y que su deseo de vivir allí la había estado aguardando desde el día en que él la abandonó. Porque nunca, nadie la había ocupado esperando que fuera ella la dueña absoluta de la casa del

pueblo.

La decoración que Ana le había sugerido también estaba detallada en la trilogía que había escrito. Miky Martin tenía decorada su habitación con todos los detalles que le había sugerido Ana a los quince años. Esos eran los pequeños datos que tenían las novelas que había escrito con el seudónimo de Ringo Arias, datos que solo Ana conocía y que la llevarían a descubrir que tras el seudónimo del escritor se escondía Alex Alvear.

—¿Te gusta? —preguntó Ana sacando a Alex de los recuerdos.

—Refleja a su... dueña —dijo Alex, y a pesar de su indignación por estar pausando de nuevo las palabras se acercó sonriendo, intentando demostrar una serenidad que no sentía, porque él como un tonto había creído que acababa de

recuperar el hablar fluido que siempre había tenido—. Gracias por compartir... conmigo esta... intimidad. No debe venir... mucha gente aquí —Si bien no era una pregunta, él esperaba la respuesta.

—No. Sergio, Mario, Laura y mis... tus otros dos hermanos de crianza cuando están, porque son muy viajeros y... —dijo dudando al ver que él la miraba confuso—. Me refiero a Alan y Leo. Mario te contó, ¿lo recuerdas?, ellos son menores que tú. Tienen veintinueve años. Dos años más que yo —aclaró, porque Alex nunca le había preguntado su edad.

Alex se felicitó de haber fruncido el ceño, ya que Ana creyó que él estaba confuso por no recordar a los mellizos. Su ceño era porque Ana casi comete el error de decirle Alan y Leo también eran sus hermanos de crianza.

—Parece que... tus únicas... amistades fueran

mi familia —dijo, y observó su gesto adusto al comprender que había cometido un error.

—Bueno, también suelen venir mis amigas. Es que no vivo... —Otra vez estuvo a punto de dejarle saber que ella no vivía en el campo, sino que solo venía a relajarse—. Quiero decir que a veces no estoy en el campo.

—Siento como si... no quisieras contarme... detalles... de tu vida. Como si no... confiaras en mí —dijo Alex con seriedad, aunque en el fondo tenía ganas de echarse a reír por lo que le estaba costando a Ana ocultar la verdad. Por qué no le decía: “Somos hermanos de crianza Alex, y he decidido dejar mi departamento en el pueblo, mi taller y mis clientas, para estar contigo”.

—Si no confiara en ti no te habría invitado a mi casa y...

—Y dado... tu amor en el... jardín —dijo

Alex, y se acercó a ella para tomarla en sus brazos —. Necesito que empieces tu... rehabilitación... —aclaró, demostrándole en los hechos que había vuelto a pausar las palabras.

Se miraron y el desenfreno de la pasión compartida en el jardín desapareció cuando sus ojos se encontraron y rememoraron el pasado. Recuerdos que Ana creía olvidados por Alex, pero que estaban tan vívidos en él como en ella.

Y sin saber que pensaban lo mismo, cada uno fue recordando las tardes en el arroyo, el correr del agua, y el ruido de las chicharras y los grillos en las noches calurosas de verano. Las estrellas que miraban recostados sobre la hierba. El trinar de los pájaros que escuchaban sentados en la reposera de la galería. Las caminatas de la mano por el centro del pueblo. Y las noches; eternas y

dulces noches dormían abrazados deseándose sin decirlo, soportando una tortura que ninguno sabía que el otro también sentía.

Solo en ese momento, Ana, que estaba dejándose llevar por los ojos azules entornados y soñadores de Alex, permitió que sus pensamientos salieran a la luz para mirarlo con añoranza, como si quisiera decirle que ella sentía que lo acababa de recuperar y que ese amor loco del jardín había sido el prelude de la noche que necesitaba pasar abrazada a él como antaño; pero ahora tocando y acariciando lo que antes se habían negado.

Su mayor sueño estaba frente a ella, lo imposible transformándose en posible, lo inalcanzable tan cerca que sentía que estaba viajando más allá de las estrellas que tanto había anhelado tocar.

De niña había soñado con tocar las estrellas, un

sueño imposible pero no para una criatura desesperada por aferrarse a la única luz que brillaba en la oscuridad de sus noches. Pero cuando conoció a Alex las estrellas ya no fueron importantes porque él había ocupado el lugar de su más añorado sueño.

—Quiero dormir en tus brazos —dijo Ana, y sus ojos dejaron ver el deseo que sentía de estar con él, aunque sabía que no la entendería porque Alex no recordaba los años que habían pasado juntos abrazados en el establo de la casa de Mario.

Pero Alex sí entendía, y se sintió lleno de dicha al descubrir que Ana lo había deseado antaño como él la había deseado a ella. Cuántas veces quiso tocar sus pechos, el trasero y ese lugar de puro placer que lo hacía pasar las noches en vela, torturado por no tener lo que anhelaba. Y ahora ella le estaba dejando ver que había soportado el

mismo suplicio que él.

—Yo también —dijo Alex.

Los dos caminaron juntos para compartir la intimidad que llevaban doce años deseando y necesitando, y que ahora se haría realidad en esa noche de lluvia que golpeaba en la ventana de la habitación.

CAPÍTULO 8

La falta de estrellas había presagiado un mal comienzo.

La alarma de la casa comenzó a sonar. Alguien había quebrantado el sistema de seguridad de *La Fortaleza*, violado la privacidad y traspasado los límites inquebrantables hasta hacía apenas unas horas.

El viento azotaba los árboles, hacía vibrar las ventanas y la lluvia mojaba los vidrios. Los dos se observaron. Alex alarmado e indignado al saber que no podría defenderla aunque solo fuera Mariana quien estuviera afuera. Ana estaba angustiada y llena de preocupación al suponer que Mariana venía a recuperar a su esposo nada más

que para confundirlo y regresarlo al vacío del que ella lo había rescatado. Los dos estaban sucios, desaliñados y con las ropas hechas girones después de la pasión que habían compartido en el jardín.

Dos motores rugieron en el camino de ingreso y el deslizar de los neumáticos al frenar irrumpió seguido de un trueno que se escuchó en el cielo.

Ana trepó a la cama para alcanzar el celular que tenía en la mesita de noche y marcó el número que tenía en directa, el de Sergio, el mayor de sus hermanos de crianza quien siempre acudía a sus llamados.

Alex caminó por la habitación de Ana con su paso inseguro, sujetándose de los muebles y apoyándose en las paredes para llegar a la ventana. Desde allí, a través de las gotas de lluvia vio los dos coches negros, dos *Citroën C4* iguales

para dos hermanos iguales de malditos, se dijo al corroborar sus suposiciones.

Mariana había buscado a Carlo para sacarlo de la casa de Ana. Alex apretó los puños con impotencia al ver que del auto de Carlo bajaban dos mafiosos con la barba sin afeitar y las ropas sucias. Los tres hombres venían a cumplir las órdenes de Mariana. Seguramente los había sacado del bar para hacer el trabajo sucio que ella no quería.

Del otro *C4* solo bajó Mariana con las ropas de diseño *Alex Alvear*, la cartera y los zapatos a juego, las alhajas y la arrogancia que había ganado desde que era su esposa y había dejado atrás la pobreza.

—Mi esposa... y unos cuantos amigos —dijo Alex, simulando no conocer a los tres hombres.

Alex había perdido la inseguridad porque sabía

que ya nada podía hacer. Para qué sentirse inseguro cuando estaba entregado. Miró a Ana que temblaba, aunque no dejaba de apretar el celular en su oído, como si alguien pudiera llegar a ayudarlos en ese páramo antes de que ocurriera lo inevitable. Carlo era un hombre influenciable y violento, y él no estaba en condiciones de ponerlo en su lugar como había hecho otras tantas veces. Era un pedazo del hombre que había sido, solo un pedazo de hombre que no sería capaz de defender a Ana.

—¡Sergio..., por favor, contesta el maldito teléfono! —suplicaba Ana a una línea ausente porque Sergio no contestaba el llamado; entonces se conformó con un mensaje de voz en el que le rogaba que viniera lo antes posible a la casa porque estaban en problemas.

Alex comprendió que no había medida de seguridad que lo salvara de Mariana en esos momentos de incapacidad. Ella era su pesadilla, su más grave error y como tal era hora de que asumiera las consecuencias sin involucrar a Ana. Le habló con voz pausada y serena, como si lo que acontecía en el exterior fuera algo normal y él los hubiera estado esperando.

—Mi querida Ana... ha llegado la hora... de despedirnos... lo siento pero... no puedo aceptar... tu ofrecimiento —Alex la miró, y se le desgarró el corazón al ver los ojos de Ana cargados de lágrimas sin derramar.

—¡No, Alex! Tú no te vas porque yo tengo que cumplir mi promesa de rehabilitarte —Se acercó a él, y le tomó el rostro entre las manos—. ¿Entiendes, Alex?

—Nada me gustaría más, pero... yo tengo una

esposa y... debo cumplir... la promesa que... le hice al casarme... Ella ha venido por mí —Sabía que la estaba destruyendo por dentro, pero no iba a exponerla a la brutalidad de Carlo y sus amigos. Por eso siguió hablando como si lo de ellos solo hubiera sido una ilusión, un espejismo en el desierto al tener que vivir sus vidas separados—. Algún día nos volveremos... a ver y... será nuestro tiempo.

—Mariana no te quiere, Alex, ella solo quiere verte vencido, quiere tu dinero, tu fama..., no a ti, Alex, no ha venido por ti, solo ha venido para destruir lo que has conseguido conmigo —dijo Ana indignada por las palabras de Alex. Cómo podía defender esos votos si cada vez que Mariana lo visitaba quedaba perdido en el vacío, y solo regresaba cuando ella lo rescataba.

—No salgas de esta... habitación, pase lo que pase. ¡Júrame que... no vas a salir! —dijo, y le elevó el mentón para acercarla a sus labios mientras le susurraba las palabras. Le dio un beso que fue apenas un roce de despedida y caminó sosteniéndose de las paredes hasta la puerta de la habitación. Se giró y le volvió a repetir—. Júrame que no... vas a salir.

—Nunca juraría algo que no voy a cumplir —dijo Ana, y aprovechando la agilidad que él no tenía lo adelantó para poder salir primero con la intención de enfrentarse a esa maldita mujer egoísta y ambiciosa, y a esos tres matones que se había traído para intimidarla. Nadie pasaría sobre ella para destruir a Alex, se dijo para ganar fuerzas mientras avanzaba a un trágico destino sin saberlo.

Los cuatro estaban en el *living* de su casa

mirando todo a su alrededor como si ella estuviera esperando una opinión sobre el decorado.

Ana tragó con dificultad al ver el tamaño de los matones. Eran tres hombres fornidos, dos de ellos sucios, con las barbas crecidas y unos ojos despiadados que le pusieron la piel de gallina. Sintió tras ella a Alex que avanzaba con dificultad y trataba de seguirle el paso sin mucho éxito.

—¡Vaya, parece que ya están de fiesta! —dijo Mariana en tono despectivo al ver las ropas desgarradas. Indignada se acercó a uno de los matones, el único que estaba limpio aunque no por ello era menos intimidante, y lo tomó del brazo antes de hablarle—. Esa es la dulce Ana de la que te hablé, Carlo. Intenta quitarme a mi esposo y ya sabes cuánto lo quiero.

—No la toques —Fue la voz segura y cargada

de furia de Alex que sujetándose de los muebles estaba tratando de llegar para ponerse frente a Ana, que inocente no sabía en lo que se estaba metiendo—. Es a mí... a quién quieres, Carlo — dijo a su cuñado, fiel lacayo de su hermana.

Ana se giró y miró sorprendida a Alex. Él le hablaba al matón como si lo conociera, o le hubieran regresado los recuerdos. Quizá nunca los había perdido, se dijo. Y esa conclusión la dejó confundida. Alex la había engañado todo el tiempo haciéndole creer que no sabía quién era ella. Pero, ¿por qué?, se preguntó.

—¿Tú recuerdas? —preguntó Ana como por inercia porque ya conocía la respuesta. Pero Alex no la escuchaba, tampoco le importaba que ella estuviera descubriendo su engaño. Él solo estaba concentrado en Carlo y en llegar a ella para intentar defenderla. Entonces, Ana se giró para

mirar al matón intimidante que se llamaba Carlo.

Carlo no tenía ojos más que para Ana, la pequeña valiente con cara de ángel que temblaba de susto pero que conservaba la valía de mantener en alto la barbilla, y encima había separado las piernas y había puesto las manos en las caderas.

La misma postura valiente que había impostado el día en que llegó a la casa de los Otamendi, pensó Alex con amargura al suponer que esa actitud altanera enfurecería más a Carlo.

Carlo se rió a carcajadas ante la osadía y se acercó más a ella. El olor a alcohol dejó a Ana perpleja y asustada porque un hombre bebido podía cometer actos de los que se arrepentiría después, cuando ya fuera demasiado tarde. Pero a pesar del miedo se mantuvo en su sitio, sin amilanarse con esa bestia envuelta en un traje caro que no ocultaba el aspecto de delincuente.

—Vete de mi casa. Que yo recuerde no te he invitado —le dijo al grandote, y vio que Alex llegaba a ella para pararse en el pequeño espacio que había entre los dos, obstruyéndole a ella la visión del matón.

—No te... atrevas... a ponerle... las... manos... encima... Carlo. Ella le tiene... miedo... a los golpes —dijo Alex revelando frente a Ana lo que tanto se había esmerado por ocultar: esos recuerdos que ella le había susurrado al oído cuando estaba inconsciente, los que lo habían despertado junto al beso lleno de promesas de una vida de dicha a su lado. Ya no le importaba dejar al descubierto su mentira, solo quería protegerla y salvarla de la mano pesada y de puño fácil de Carlo, un hombre que era capaz de cualquier cosa cuando estaba bebido.

—Alex, qué mal se te ve. Me había dicho mi hermanita que estabas estúpido, pero nunca me imaginé cuanto —Lo tomó de la camisa abierta y sin esfuerzo lo elevó y lo lanzó contra el piso rústico del *living* como si fuera un almohadón del sillón. Luego siguió con lo que le interesaba: esa muchacha bonita con más agallas que fuerza para retarlo a él.

Ana tragó con dificultad al ver que Alex hacía un gran esfuerzo por incorporarse para defenderla sin lograr ponerse en pie, y sintió pena por su incapacidad. Aunque un pantallazo de lo que acababa de pasar le mostró una realidad que ella no había descubierto en todo ese tiempo que había pasado junto a él.

Alex recordaba todo, absolutamente todo el pasado y la había engañado fingiendo que no sabía quién era ella, quiénes eran Mario, Laura y toda la

gente que se preocupaba por él. La había engañado mientras ella intentaba ayudarlo para que volviera a ser el hombre que había sido antes del accidente.

Ana sentía pena por las incapacidades y el inútil intento de Alex por ayudarla, pero la ira que se estaba apoderando de ella era más grande que la pena, porque Alex no solo la había usado sino traicionado en la confianza con su mentira. ¿Acaso las emociones se podían mezclar?, se preguntó. Él era un maldito mentiroso que le había hecho creer que no importaba el pasado que la había hecho sentir culpable. Claro, ¡cómo le iba a importar el pasado!, si estaba tan presente en sus recuerdos como en los de ella. Y esa mezcla de emociones: pena, ira e indignación al descubrir su mentira, la llevaron a descargar su enojo en Carlo.

Ana se acercó al grandote olvidando la fuerza,

la borrachera y la falta de escrúpulos, y le dio una cachetada ruidosa para demostrarle su indignación. Pero ni le movió la cara; por el contrario, lo hizo sonreír y descargar el puño cerrado sobre su rostro.

Ella perdió la estabilidad y cayó de rodillas en el piso.

—No la... toques... no la golpees... no, por favor... a ella no... a ella no —dijo Alex que se arrastraba tratando de llegar a Carlo para detenerlo.

A pesar de que le daba vuelta toda la casa por la dureza del golpe y que manaba bastante sangre de su boca, Ana tuvo la voluntad de levantar el rostro para ver a Alex con esa mezcla de pena y furia que se había apoderado de ella. Él estaba desesperado y furioso, intentando levantarse para evitar los golpes que tantas pesadillas le habían

ocasionado en la vida. Y Ana comprendió que su mayor trauma de la infancia regresaba para decirle que siempre habría alguien dispuesto a no dejar en el olvido los malos momentos, que alguien podría volver a descargar en ella sus propias frustraciones. Pero no se amilanó, porque los años de soledad y de ausencia de Alex le dieron el coraje para enfrentarse a los miedos, el dolor y los traumas. Levantó el rostro ensangrentado hacia Mariana y le dijo.

—Asesina. No vas a tardar mucho en pagar por lo que estás haciendo porque ya he avisado de que estás aquí.

Carlo miró a Mariana y ante el asentimiento de la hermana se acercó a Ana, que aún en el piso y a gatas estaba luchando por incorporarse.

La patada en el lado izquierdo del torso la desplomó sobre el piso. El dolor le provocó

náuseas pero volvió a intentar enderezarse. No se iba a dejar vencer por unos cuantos golpes. Ella conocía el dolor físico y emocional de las palizas, y en ese momento lo que más le quemaba en el corazón era el engaño de Alex; no todas esas patadas que no la dejaban levantar del piso para demostrar que nadie la podía derrumbar. Miró a Alex que gritaba como un loco y se arrastraba para llegar a ella.

Todo pasó muy rápido, pero Ana no se perdió el gesto de Carlo cuando llamó con un movimiento de cabeza a sus amigos para que sujetaran a Alex y lo sentaran en uno de los sillones que estaba a escasos metros del lugar donde ella estaba recibiendo los golpes de Carlo. Lo hicieron presenciar desde una posición privilegiada la golpiza sin permitirle incorporarse para

defenderla.

Alex seguía gritando como un loco y luchaba desesperado haciendo un inútil intento por desprenderse del agarre.

Otra patada en la espalda no le permitió a Ana contener el grito de dolor, pero no podía dejar de mirar los ojos de Alex. Ojos color ámbar que le reprochaban la más injusta de las mentiras, que le decían que lo que él había hecho era mucho más doloroso que los golpes que estaba soportando su cuerpo.

Y Alex supo que Ana estaba dejándose matar a golpes por su maldita mentira, porque se sentía traicionada nuevamente por él. Siguió gritando con una furia descontrolada para que Carlo la dejara, pero al ver la mirada provocadora que Ana le dedicó a Carlo supo que ella lo estaba incitando para que continuara.

Ana no estaba dolida por los golpes, sino porque él la había engañando y traicionado en su confianza.

Entonces, Alex comprendió que no podría detener la golpiza de Carlo, ya que era Ana quien lo incitaba, y a Carlo le encantaba ser el vencedor en las batallas. Solo Mariana podría detenerlo, se dijo, y encontró las fuerzas que solo da la desesperación cuando logró soltarse del agarre de los amigos de Carlo.

Parecía que flotaba, que se deslizaba sin dificultad mientras caminaba por la sala sin apartar los ojos de Mariana que se tapaba la boca con las manos al ver que a Carlo se le estaba yendo el pie en la golpiza. Era como si Mariana no hubiera esperado tanta brutalidad en su hermano y solo hubiera querido un pequeño escarmiento. Pero no hacía nada para detenerlo porque estaba

demasiado asustada para hablar.

Alex se paró frente a Mariana; el dolor y la angustia por la injusticia que se estaba cometiendo se reflejaba en sus ojos azules.

—Por favor, solo tú puedes parar esta brutalidad. Estoy dispuesto a hacer lo que quieras. Te doy todo lo que tengo pero dile a Carlo que deje a Ana —dijo Alex en un susurro que solo Mariana logró escuchar.

Luego de digerir las palabras de su esposo, Mariana asintió con un gesto y se acercó a Carlo para detener la golpiza. No había esperado que su hermano perdiera el control hasta el extremo de matar a la chiquilla, pero tampoco había intercedido porque no podía darse por vencida. Traer a Carlo había sido un grave error pero no podía retroceder en su decisión porque se

quedaría sin conseguir los beneficios económicos que pretendía. Por suerte Alex había entrado en razón, y su plan de atacar a Ana para que él le diera los bienes que quería estaba dando los resultados esperados.

—Ya es suficiente, Carlo —dijo Mariana con voz fuerte para que su hermano saliera de la ceguera que lo dominaba cuando estaba ebrio y actuaba sin medir las consecuencias de sus actos —. Alex me ha dicho que ella no es importante para él, solo una chiquilla tonta que vive de los recuerdos. Vamos, Carlo, que mi esposo se viene con nosotros —aclaró Mariana intentando detener la furia de su hermano.

Pero a Carlo no le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba tan concentrado en descargar sus propias frustraciones en alguien, que a pesar de estar sangrando y medio muerta en el

piso, seguía intentando incorporarse y lo miraba como provocándolo para que siguiera, como si le dijera: “Esto no es nada, soy capaz de soportar mucho más que esta paliza que se parece a una caricia, maricón”. Entonces Carlo elevó el pie derecho y con toda la furia que le provocaron sus pensamientos le dio el golpe definitivo sobre el costado izquierdo de la cabeza, el que la dejaría vencida en el piso y le permitiría sentirse un hombre que sabía cómo castigar a cualquiera que se atreviera a desafiarlo.

Ana se desplomó sobre el piso rústico y ya nada más la preocupó. No supo que Alex se recostó a su lado, le acarició el rostro ensangrentado y el cuerpo magullado; le dio un beso suave en los labios partidos, le sacó el cabello del rostro y le acomodó la ropa para que estuviera presentable. Tampoco supo que mientras

la consolaba con caricias le repetía “lo siento mi querida, lo siento mi dulce Ana, lo siento mi amor”, tantas veces que parecían ecos traídos por el viento al chocar contra las montañas. Solo la dejó cuando lo izaron del suelo los amigos de Carlo y lo sacaron a pechones de la sala.

Alex forcejeó pero las fuerzas que le permitieron suplicarle a Mariana que la salvara de Carlo, ya no estaban; y las debilidades, la impotencia y el dolor regresaron para demostrarle que él era solo un pedazo del hombre que había sido.

Comprendiendo la realidad se dejó llevar al destino que Mariana tenía preparado para él. Quería salir de allí y alejar a esa gente de su Ana para que la borrarán de sus mentes perversas y la dejaran vivir en paz; si es que ella no se dejaba

morir después de este, su último engaño. Nada menos que a ella, la mujer que nunca había engañado a nadie y que creía que con honestidad se conseguía todo en la vida, la que había dejado todo, absolutamente todo para atenderlo a él.

Dos motores rugieron entre los truenos; las gomas chirriaron; los árboles de hojas rojas quedaron atrás como si lo vivido en esa noche sin estrellas hubiera sido un placentero sueño que se convirtió en pesadilla a medida que el tiempo pasaba. Tantos acontecimientos para recordar, se dijo Alex cuando se giró para mirar desde la distancia *La Fortaleza*, con las luces tenues que iluminaban las plantas de la galería, el aroma a pino, los pastos verdes, el arroyo que corría por el costado de la casa y su Ana, inconsciente sobre el piso rústico del *living* de su casa.

Lanzó un grito animal, un alarido de dolor y

Mariana se giró para mirarlo. Pero Alex no la veía porque solo pensaba en Ana, y se dijo que ella se pondría bien, que el tiempo le permitiría borrar esa noche de su vida para rehacerse de nuevo como cuando llegó a la casa de Mario en el mismo estado en que había quedado ahora.

—Querido, solo ha sido un escarmiento. Ella no puede quitarme lo que es mío porque se le antoja —dijo Mariana con frialdad. Al ver que Alex no le respondía siguió avanzando en silencio.

El viento azotaba los campos, la lluvia furiosa formaba una cortina que cortaba la visión. Alex no sentía la furia de la naturaleza ni veía a Mariana tratando de dominar el coche en el camino de precipicios; tampoco veía a Carlo que entre la ebriedad y la inclemencia del tiempo, dos veces había estado al borde de caer al precipicio. Solo iba ajeno a lo que pasaba a su alrededor, sin

importarle la lluvia, Mariana, Carlo y sus amigos; ni siquiera pudo pensar en Ana.

Ya estaba lejos de todo, perdido en ese mundo donde solo había nada, no existía el dolor, las lágrimas, ni los recuerdos; solo una inmensa nada tan fría y distante, tan dura y áspera como las rocas de las montañas. Y así, Alex Alvear, sin saberlo, estaba conociendo a Miky Martin, su personaje de ficción. El insensible hombre que se movía por el mundo como si fuera un robot, aunque una chispa de sentimiento aparecía en su mente cuando la dulce Babi estaba en peligro. Solo en ese momento Miky arriesgaba la vida que el creador le había dado para salvar del peligro a Babi, esa mujer que solo volvía a sus recuerdos en momentos de extrema necesidad. Entonces el frío y distante Miky, el materialista que solo quería ser un

hombre que pasara a la historia, olvidaba su frialdad y emprendía cualquier reto para rescatar a Babi de las aventuras peligrosas que acometía. Miky saltaba al vacío, nadaba contra la corriente en los rápidos, se lanzaba de puentes, hacía lo que fuera necesario cuando la vida de Babi estaba en peligro. Solo cuando se aseguraba de que Babi estaba bien se refugiaba en los negocios, la empresa y los viajes a Brasil, para olvidar que su alma lloraba desgarrada por el dolor que le había causado a Babi el día que la abandonó.

Pero Alex no era Miky, ni siquiera se parecía, porque su incapacidad solo le había permitido presenciar como intentaban matar a Ana sin haber podido hacer nada para defenderla.

Alex no se enteró que llegaron a la casa de la ciudad, traspasaron la reja gris y recorrieron con el coche el camino rodeado de parque. Solo

comprendió donde estaba cuando lo sacaron del C4 entre dos y lo llevaron a rastras por las escaleras de ingreso.

En la oficina, que estaba a la izquierda de la enorme sala, estaba el abogado de Mariana sentado tras el escritorio que antes había sido de Alex. Tampoco le afectó ese detalle y se dejó caer en la silla que había del otro lado del escritorio y se usaba para las visitas.

—Señora de Alvear, su esposo esta peor de lo que me imaginé —El abogado frunció el ceño y deslizó unos papeles sobre el escritorio para que Alex firmara, aunque suponía que no podría hacerlo—. No creo que esté en el pleno uso de sus facultades mentales para comprender lo que va a firmar.

—Tonterías, solo se evade por momentos. Ya hemos llegado a un acuerdo, me cede todos los

bienes de los que hablamos —dijo Mariana. El abogado tenía gesto de preocupación, pero al ver que tras la mujer del diseñador había tres matones se limitó a entregarle una lapicera a Mariana para que los dos firmaran la demanda de divorcio. Un juicio de común acuerdo en el que Alex le cedía a su mujer la casa de la ciudad y la fábrica de diseño, incluido el uso de la marca Alex Alvear que era la que le había dado fama a su esposo.

—Le recuerdo que esto tiene que ser ratificado en la primera audiencia —aclaró el abogado para que ella fuera pensando la forma de despertar al esposo del soponcio, porque cuando el juez viera en el estado en que se encontraba el marido, no aceptaría un acuerdo en el cual ella se quedaba con todo y él sin nada.

—Ya lo vamos a arreglar, no se haga problema

que él mañana seguro que regresa —dijo Mariana con frialdad. Firmó y se agachó para mirar a Alex que estaba con la vista clavada en la luz del velador que había sobre el escritorio—. Querido, tienes que firmar la demanda.

Alex no dejó de mirar la lámpara, pero tomó la lapicera en sus manos y garabateó una firma ilegible sobre los papeles que habían puesto frente a él. Después miró al abogado, a Mariana y a los tres matones; su indiferencia les produjo escalofríos.

—Apure... la audiencia... que quiero dejar de estar unido a esta... rata y toda su familia de delincuentes cuanto antes. ¿Me entendió?, aquí... tiene mi... teléfono, solo llame para darme la fecha de la audiencia —Garabateó un número en una hoja en blanco que había sobre el escritorio y miró a cada uno de los presentes. La furia de esos

ojos que siempre habían sido cordiales intimidó no solo al abogado sino a Mariana y a los tres matones. Luego de esas pocas y tajantes palabras salió de la casa.

Había perdido todo, fue el pensamiento de Alex. Una sonrisa cínica le surcó los labios cuando avanzó con paso inestable hacia la calle. Has recuperado el orgullo y la dignidad, maldito idiota, se dijo al comprender que a pesar de su incapacidad había logrado intimidar a los que estaban en la oficina con solo una mirada. Después de lo que había pasado, ya no le importaban el orgullo ni la dignidad. ¿Para que los quería? No quería nada que le hiciera pensar que él tenía algún sentimiento bueno o malo escondido en su interior.

Las luces de las calles céntricas le dieron la bienvenida pero él no las miró, solo extendió la

mano para parar un taxi.

—Al aeropuerto —dijo Alex con voz cortante para que el conductor no se pusiera a hablar del tiempo o lo que puta se le ocurriera—. Necesito un teléfono —dijo al taxista rompiendo el silencio.

—Puedo parar en un telecentro —propuso el hombre en tono cordial.

—Présteme el suyo —extendió un billete de cien pesos y él hombre no dudó en entregarle el celular.

Alex marcó el número de Sergio, pero este no respondió al llamado y por un instante se asustó. Pero solo fue un pequeño atisbo de sentimentalismo porque colgó y decidió llamar a Mario, quien al tercer llamado le atendió.

—Mario, soy Alex —dijo con tanta frialdad que Mario se preocupó.

—Maldición, Alex, ¿dónde mierda te has metido? Ana ha quedado destrozada a golpes y no quiere hablar. ¿Por qué?, ¿qué ha pasado?, ¿por qué la dejaste sola?

—Pásame con ella —ordenó Alex, y Mario frunció el ceño ante la frialdad de su hijo, pero no dijo nada cuando le dio el teléfono a Ana.

Nada se escuchaba del otro lado de la línea, solo una respiración algo dificultosa, y Alex supo que era ella.

—Sé que estás mal, sé que no vas a perdonarme el engaño, pero tienes que vivir, que salir adelante. Eres la mejor diseñadora y no tienes competencia, usa eso para avanzar y nunca te permitas retroceder. Llega lejos y olvídate de mí; no hay mejor receta para olvidar un amor que buscar otro amor. Borra el pasado, Ana, y vive el presente. Deja los sueños de lado que nada tienen

que ver con la realidad —dijo Alex, y la sintió sollozar del otro lado de la línea. Luego Ana colgó el teléfono.

—Si yo fuera ella, lo mato —fue lo único que comentó el taxista que había escuchado y fruncía el ceño, como si estuviera indignado con el hombre que transportaba.

—Yo también —dijo Alex, y giró hacia la ventanilla para que el hombre comprendiera que no necesitaba de su opinión para sentirse un gusano.

El pasado es una ilusión a la cual la gente se aferra y el futuro no existe, se dijo Alex repitiendo las palabras de Miky Martin para intentar que ese pensamiento le bastara para borrar recuerdos grabados a fuego en su mente sensiblera.

Mientras avanzaban por la avenida Monseñor

Pablo Cabrera que los llevaba al aeropuerto, Alex intentó recrear las escenas que escribiría cuando estuviera instalado en Buenos Aires, pero solo escuchaba la respiración dificultosa de Ana a través de la línea telefónica.

Trató de apartarla de sus pensamientos y se dijo que no volvería en recuerdos ni en persona a ese pueblo chico que lo vio crecer y le dio los mejores momentos de su vida; no volvería a ver a Mario, a Laura, a sus hermanos de crianza ni a sus amigos; no volvería a ver a Ana. Solo sería Ringo Arias, el hombre de biografía desconcertante que había creado un personaje duro y áspero como las rocas de las montañas, y una historia que contar.

Pagó el taxi y se quedó parado mirando como el conductor se alejaba. “Si yo fuera ella, lo mato”, le había dicho, y el dolor por lo que había pasado en *La Fortaleza* regresó partiendo en pedazos su

indiferencia. Se estremeció al revivir los golpes de Carlo en el delicado cuerpo de Ana, y derramó unas lágrimas al recordar su respiración dificultosa mientras le pedía que lo olvidara.

No podía regresar con ella porque se merecía un hombre entero, no esa parte incompleta en la que se había convertido después del accidente, un hombre imposibilitado de defenderla, un inútil que no tenía derecho a soñar con ella.

Pero tampoco se podía ir sin tener la certeza de que su Ana se recuperaría, por eso abordó otro taxi y recorrió la ruta que lo conducía al pueblo para corroborar él mismo el estado de Ana.

Ya habría tiempo, cuando estuviera seguro de que ella estaba bien, de volverse tan insensible como Miky, y dejar sus sentimientos en el olvido para no seguir haciéndole daño a Ana.

Y sin que nadie se enterara de su presencia en

el pueblo Los Álamos, estuvo allí, en el hospital donde Ana lo había regresado de la inconsciencia aceptando un último resquicio de sensibilidad cuando se permitió derramar unas lágrimas al recordar las escenas vividas en *La Fortaleza*.

Solo cuando escuchó las palabras que Rodríguez le dijo a Mario: “Ella está bien, no hay ninguna secuela interna, por eso le vamos a dar el alta”, sintió que el aire regresaba a sus pulmones.

Ya se podía ir, ella estaba bien y no necesitaba a su lado un pedazo de hombre que ni siquiera podría ayudarla a recuperarse, por el contrario, solo sería un estorbo a su lado.

Al mediodía entró en el aeropuerto esperando que alguien hubiera cancelado un vuelo a Buenos Aires para alejarse de los recuerdos. Lo esperaba una nueva vida, sin historias pasadas.

No le sería tan difícil olvidarla, porque en la ciudad ni siquiera vería las estrellas de la noche, ya que las luces que iluminaban las calles se encargarían de borrarlas del cielo para que él no tuviera ni un destello del pasado en su vida.

CAPÍTULO 9

El pueblo que la había visto crecer era chico y austero. El centro ocupaba seis cuadras y un cantero de palmeras separaba la doble mano y convertía en avenida la calle polvorienta. Que el pueblo fuera modesto no significaba que la gente hubiera perdido su orgullo. Tras muchas reuniones vecinales se pusieron de acuerdo sobre el cantero de palmeras que convirtió la calle céntrica en avenida. Otras tantas reuniones y le dieron el nombre de Avenida Los Álamos, el mismo nombre del pueblo.

A pocos kilómetros, sobre la ruta 14 estaba Villa Dolores. El movimiento de esa ciudad de sierras era agitado si se lo comparaba con Los

Álamos. Parecía que hasta los perros vagabundos preferían tener su residencia en Villa Dolores.

¿Por qué un pueblo crecía mientras otro se mantenía estancado?, nadie en Los Álamos se ponía a analizarlo, porque la quietud traía paz.

A pesar de ser un pueblo estancado, Los Álamos tenía su encanto: su plaza con los caminitos de polvo de ladrillo, los bancos de madera barnizada y los árboles con frondosas copas que aplacaban el calor de los días de verano. Dos bares en las esquinas frente a la plaza, el restaurante de Rolo en otra de las esquinas y el eterno almacén de Gervasio en diagonal al restaurante.

Los negocios se transmitían de generación en generación. La madre de Elena había heredado de su padre la floristería del pueblo; cruzando la avenida estaba la panadería de Rosa que había

sido de su abuelo; avanzando unos metros la ferretería de don Tito, que ahora era atendida por los hijos; el banco, el cine, la iglesia; y unas cuabras más adelante la zapatería de Augusto. Un par de años atrás se había instalado una tienda de indumentaria deportiva y un *delivery* que llevaba pizzas a domicilio. Y en la última cuadra del centro estaba la tienda de diseño de Ana. Un local sencillo con el taller en la trastienda y una pequeña oficina con vista a la avenida.

Ana miraba desde la ventana de la oficina el ir y venir de los pocos automóviles que pasaban a las once de la mañana. El día era lluvioso y las calles estaban embarradas. En el taller había un gran despliegue de gente que había venido de la ciudad a colaborar en los preparativos para el desfile que se haría en el *Patio Olmos*, importante centro comercial de la ciudad Córdoba. Después

viajarían a Buenos Aires para el desfile que se haría en el local que habían inaugurado en la calle Gorriti del barrio de Palermo. Y culminarían las presentaciones en el *Mendoza Plaza Shopping*, centro comercial ubicado en la ciudad de Mendoza. En esas tres provincias estaban instalados los locales que Miguel Cervantes había abierto luego de asociarse con Ana Marco.

Presentarían la temporada otoño-invierno con todo el despliegue de ser la marca de mayor prestigio durante la temporada anterior. Estaba compitiendo al mismo nivel que Alex Alvear, quien tenía sus tiendas en los mismos centros comerciales y también en la calle Gorriti, aunque las ventas de Alex habían caído en picada en los últimos nueve meses.

“Te mereces el fracaso”, dijo Ana en voz alta,

“tus fracasos son mis éxitos”, repitió las palabras que se decía siempre, como un autómata, una máquina programada para hablar con frases hechas. Y cada vez que se enteraba de que a Alex no le estaba yendo tan bien, recordaba las frías palabras que pronunció a través de la línea telefónica el día que la dejó abandonada para irse con Mariana. Ya no pensaba demasiado en él porque Alex no se merecía ni un mísero recuerdo de ella.

Sé que estás mal, le había dicho Alex, sin imaginar siquiera lo mal que había estado. Había pasado varias horas internada en el hospital del pueblo soportando todos los estudios que había pedido el doctor Rodríguez para corroborar que no había fracturas ni conmoción cerebral. Y dos días en la casa de su padre tratando de mantenerse despierta, porque Rodríguez no quería que se

durmiera.

Laura se había desvivido por atenderla. La hacía caminar y sentarse en la galería para que el aire de campo la despabilara, pero el trinar de los pájaros por la tarde y el arrullo de las aguas del río que corría tras la casa le provocaban sueño.

Mario, que no la dejaba ni un segundo sola, se encargaba de despertarla con sacudidas que le dejaban el cuerpo dolorido; sus métodos bruscos daban buenos resultados porque lograban quitarle la somnolencia.

Había estado rodeada de su gente querida: su padre, Laura, Sergio y sus dos amigas Sofí y Elena, que eran las que se habían quedado a cargo de la casa de diseño.

Nunca contó lo que le había pasado porque no quiso acusar a esa gente que después de pasar un tiempito “a la sombra” volvería para vengarse de

ella. Mejor era olvidar y recomponerse sola, como siempre lo había hecho.

“Igual de testaruda que de niña”, gritaba Mario desesperado porque quería ir a matar al “animal” que la había golpeado.

Para calmar la impaciencia de Mario le había dicho que se había caído por las escaleras, aunque él no le había creído.

Hasta el comisario del pueblo se había llegado después de recibir una llamada anónima en la que le informaban de que ella había sido agredida en su casa de la montaña. Seguramente la había hecho Alex, porque ella le había suplicado a su familia que no dieran parte a la policía, y Mario y Sergio le habían dicho: “¡Cómo vamos a denunciar si tú estás muda!”

Sé que no vas a perdonarme el engaño, le

había dicho Alex.

La conocía y sabía lo que le costaba perdonar las traiciones.

La había engañado durante veinte días. Veinte días en los que había fingido no conocerla mientras ella lo cuidaba, lo atendía y le aseguraba que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que él volviera a ser el hombre que había sido antes del accidente. Seguramente se habría reído de su inocencia.

Había dejado todo por él, todo lo que había conseguido con tanto sacrificio, y a cambio había recibido su engaño. “¿Tú me recuerdas Alex?”, y él no había podido responderle.

Pero lo más grave era que se había entregado a Alex llena de culpas porque suponía que no le perdonaría haber compartido esa intimidad. Él era tan consciente de lo que había pasado entre los dos

como ella. Lo odiaba por haberla engañado.

Ella había soñado muchos años con ese momento de entrega, con ver el deseo en sus ojos, la ternura de sus caricias y las palabras que nunca se dijeron en la adolescencia. “Te amo Alex, siempre te amé”, y él le repetiría esas mismas palabras que la harían entregarse sin reservas a sus brazos.

Pero nada había sucedido como lo esperaba, por el contrario, ella se había sentido culpable, avergonzada, tímida y llena de dudas por haberse dejado llevar por el amor que sentía por él. Por supuesto que no podía perdonarle el engaño, se dijo.

Tienes que vivir, que salir adelante, eres la mejor diseñadora y no tienes competencia, usa eso para avanzar y nunca te permitas retroceder, le había dicho Alex; y luego de tres meses en los

que solo había querido morir, seguía viva.

Miguel, el incondicional Miguel, le había llenado la cabeza de proyectos, sueños altruistas y logros en el mundo de la moda.

Ella no quería logros, solo había querido una vida al lado de Alex, niños a los que amar y una casa con un jardín de flores que perfumaran el aire; mirar las estrellas los días de verano, caminar de la mano por el centro del pueblo y decirle cada noche “te amo”.

Pero como los sueños no siempre se dan como uno los sueña, se había dejado convencer por Miguel para hacer realidad esos logros materiales que nada tenían que ver con sus sueños.

Le gustaba diseñar, pensar en los colores y las texturas, aventurar ideas originales para hacer lucir elegantes a sus clientas, pero nunca pensó en

llegar a aquel mundo de fiestas, desfiles, *lunch*, y agasajos que la esperaban a partir de la presentación que había organizado Miguel. Le había dicho a Miguel que ella no era una mujer para andar exhibiéndose en reuniones de etiqueta, pero él le había asegurado que solo serían reuniones íntimas para dar inicio a la temporada.

A los quince años soñaba con hacer vestidos para fiestas elegantes, y ahora que lo había conseguido se sentía vacía, ajena a un éxito que le pertenecía, tan distante como si fuera Miguel el agasajado, no ella.

¿Por qué había aceptado?: porque no podía darse el lujo de seguir estancada lamiéndose las heridas, porque tenía que avanzar, porque no podía retroceder. Esas eran las frías palabras que Alex le había dicho por teléfono el día que Carlo le dio la paliza. Solo esas palabras de él, las únicas que

tenían un mensaje positivo, la decidieron a aceptar la propuesta de Miguel.

Ana sabía que vería a Alex si decidía aparecer en el mundo de fiestas y apariencia que él frecuentaba con Mariana. En algún tiempo y lugar sus caminos se cruzarían, y ella necesitaba que la mirara de frente para que le repitiera las últimas palabras, las que le quitaron las ganas de vivir.

Llega lejos y olvídate de mí, no hay mejor receta para olvidar un amor que buscar otro amor.

Tan fácil se creía que era. Que con solo salir con otro maldito como él lo olvidaría y correría a esos brazos. Si ella lo amó desde el día que lo vio, se enamoró de sus ojos como el cielo claro, su sonrisa burlona, su cabello rubio y despeinado, su corte en la mandíbula, su nariz recta y su forma descarada de ser. Se enamoró cuando se la cargó

al hombro y comenzó a caminar con ella hasta la casa.

Por aquel entonces tenía solo diez años, pero no había mentido cuando le dijo a Laura que todos la creían de trece. Había visto tantas cosas en los adultos que frecuentaban el bar donde vivía con Lily, que a los diez años no era ninguna ingenua.

Siempre se había dicho que solo permitiría que la tocara el hombre que amara, y así lo había hecho. Había dejado que Alex la rodeara con sus brazos cuando era niña, que la consolara cuando huía al establo, se había abrazado a él cuando miraban las estrellas, y no se había despegado ni un momento de su lado.

Qué tonta había sido en aquella época al creer que si no se separaba de él, no la dejaría.

No podía amar a otro, y sabía que estaba

destinada a vivir sin amor, porque si no podía ser él, no sería ninguno.

Borra el pasado y vive el presente, le había dicho Alex.

Cómo iba a borrar el pasado si era lo único que le permitía seguir estando en el presente, era el aire para respirar, la esperanza que la hacía levantarse por las mañanas para emprender un nuevo día, y lo que le permitía creer que lo imposible podía ser posible.

Ella se alimentaba de los recuerdos porque le daban las energías para emprender un nuevo día y le permitían encontrarle sentido a la vida. Si no los tenía, no tenía nada.

Cada palabra y cada gesto de Alex estaban gravados en su memoria. Podía verlo caminar por la plaza con ella de la mano, rechazar los besos de la bella Micaela Linares solo para estar a su lado,

apretarla hasta cortarle el aire cuando la protegía en el establo.

“¿Por qué duermes en el establo?”, le había preguntado Alex. “Me gusta el olor de los animales”, le había mentido ella para no contarle que prefería el establo al desván donde Lily la había encerrado y atado hasta los cinco años para que no viera lo que hacía con los hombres que pagaban por un turno.

No podía decirle que a los seis años se refugiaba en el establo para evitar que su madre la encontrara, descargara sus frustraciones en ella y la encerrara. Tampoco podía decirle que no tenía habitación porque siempre estaba ocupada por los hombres de Lily, y que su cuarto había sido el establo, que allí jugaba, hablaba sola y dormía por las noches.

Entonces, se inventaba que le gustaba el olor de

los animales y él, que sabía que era una mentira, le decía: “Nunca nadie va a ponerte una mano encima porque yo estoy para protegerte”.

“Mentira, te fuiste y me dejaste sola con solo los recuerdos que me pides que borre de mi vida. Si es lo único que tengo, esos recuerdos de los dos cuando tú me querías. Yo no puedo borrar el amor, eso se siente y no se olvida, Alex, nunca se olvida. Cómo quieres que elimine de mi vida lo único que me mantiene entera”, decía, aunque él no estaba para escuchar sus quejas. Se había ido, y otra vez la había dejado nada más que con aquellos recuerdos y los sueños incumplidos. Sueños que también pretendía que abandonara.

Deja los sueños que nada tienen que ver con la realidad, esas habían sido sus últimas palabras.

Cada noche soñaba con él y cada mañana se

despertaba tocando el lado vacío de la cama, creyendo que no había sido un sueño y que él estaba acostado a su lado como cuando era una niña y la abrazaba para calmar sus pesadillas.

Toda la infancia había soñado con un imposible: tocar las estrellas que brillaban en el cielo iluminando la oscuridad de su vida y calmando sus miedos. Pero el día que conoció a Alex, descubrió que había un sueño más importante que aquel de la infancia.

Ese sueño era él, que le enseñó que el amor podía borrar el dolor y los recuerdos amargos, y le demostró que estando en sus brazos podía traspasar las barreras de los miedos y conocer lugares increíbles, porque estar con Alex le hacía sentir que viajaba más allá de las estrellas.

Ahora, después de nueve meses de aquel trágico día en el que Carlo la golpeó y Alex la

abandonó, tenía que aceptar que los sueños, nada tenían que ver con la realidad.

Tras ella, Laura la miraba con tristeza. Ana no estaba bien, solo mantenía una apariencia de normalidad. Todos estaban preocupados porque hablaba poco, y cuando le preguntaban por qué estaba tan distraída se escudaba en el exceso de trabajo. No comía, solo removía la comida mirando la pared o el plato que tenía frente a ella.

Mario le había sugerido hacer un viaje de placer para que se distrajera pero ella no aceptaba nada.

Por suerte, Miguel la había sacado del encierro cuando le explicó que era conveniente hacer los desfiles de presentación de temporada. Y desde hacía dos meses trabajaba sin descanso preparando las prendas que presentarían en los

desfiles.

Habían formado una sociedad en la que Ana se ocupaba del taller y Miguel de las tiendas. Congeniaban bien y Miguel la trataba con tanta devoción que a Laura no le parecían demasiados los quince años de diferencia entre ellos, además, el hombre parecía estar dispuesto a hacer cualquier cosa por Ana. ¡Qué mejor que un hombre asentado que borrara el dolor que le había ocasionado Alex!, se decía Laura, y suponía que, tal vez, los dos podrían empezar a conocerse con algo más de intimidad. Pero cuando se lo había comentado a Mario, su esposo había salido dando un portazo y seguramente había telefoneado a Alex para comentarle sus deducciones.

—Sabes, he estado pensando en Miguel y... te adora. Creo que ese hombre estaría más que

dispuesto a lanzarse de un puente al vacío si se lo pidieras —dijo Laura exagerando para que Ana saliera de sus pensamientos.

Ana se giró para mirarla, y le sonrió.

—¿Y para qué lo querría muerto? Además, yo no estoy dispuesta a lanzarme ni a un charco por él.

—¿Y por Alex sí? —preguntó Laura algo enojada.

—Ahora no, antes me hubiera lanzado de un puente —respondió Ana, y salió de la oficina dejando a Laura con la boca abierta.

—¿Por qué no dejas que ella arregle su vida, querida? —dijo Mario parado detrás de su esposa.

—Seguramente ya se lo contaste a Alex. Ellos no podrían estar juntos, Mario, solo se harían daño.

—No, Laura, no todos son como tú que no

perdonas. Pensar que intentas arreglar la vida de Ana cuando la nuestra está desarreglada porque nunca me dejaste hablar. Me has juzgado como un hombre infiel sin permitirme que te explicara por qué iba al bar.

—No es el momento, Mario. Estamos con los preparativos para los desfiles y... —Se había puesto nerviosa porque él tenía razón, nunca lo había dejado explicarse. Había preferido su retorcida versión de los hechos antes que tener que reconocer que se había equivocado al lanzarle las ropas al pasillo.

—Y tú te vas con ella para meterle esas ideas locas en la cabeza porque nunca quisiste aceptar que los chicos se querían. Se aman, Laura. Se aman y no importa que hayan compartido la misma casa por cinco años, nadie puede borrar el amor que se leía en sus ojos cuando se miraban. ¿O tú

no lo veías? —preguntó Mario levantando la voz al ver que ella se alejaba de los problemas como hacía siempre.

—No, no lo veía. Si lo hubiera visto habría solucionado el asunto —se había girado para mirarlo mientras le respondía.

—Ah, sí, ¿y qué habrías hecho? Echar a Alex de la casa, o quizás internar a Ana en una escuela hasta que lo olvidara. No lo va a olvidar, no entiendes que esa treta tuya de unirla a Miguel solo la haría más infeliz. Es mi hija, Laura, mi hija, y no quiero que le metas ideas descabelladas en la cabeza.

—Por fin lo dices. Toda la vida esperando que me dijeras que es tu hija, y ahora, por fin te atreves lanzármelo a la cara. Si es tu hija, haz algo porque esa chica no está bien —lo miró con los ojos

lentos de dolor mientras le hablaba, y después giró para marcharse.

Estaba tan furiosa que en el apuro por alejarse de su esposo no vio el baúl que habían dejado tras ella y tropezó perdiendo el pie para caer despatarrada a los pies de Ana, quien la miró con curiosidad.

—¡Tu padre!, la culpa es de tu padre que dice que no me meta en tus cosas porque no eres mi hija y... —dijo Laura indignada.

Ana sonrió y miró a Mario que sonreía y le asentía para confirmarle las palabras de Laura.

—¡Oh, Laura!, claro que eres mi madre, solo que no puedes arreglar mi vida —dijo Ana, y se agachó para levantarla del piso.

—Bueno, entonces arréglala tú, ¿no te parece?

—No hay nada que arreglar, solo hay que seguir avanzando y nunca retroceder —dijo Ana,

repetiendo las palabras de Alex.

—Pues yo creo que a veces retroceder resuelve muchos problemas. No se puede avanzar a tontas y locas —dijo Mario, y Ana lo miró con curiosidad.

—No pienso ir a buscarlo —aclaró Ana a su padre.

—Por supuesto que no. ¿Quién ha dicho eso? —tenía las manos en los bolsillos del vaquero gastado y estaba apoyado en el marco de la puerta.

—Tú lo has dicho. El muy maldito sigue tratando de competir conmigo. Ha abierto tiendas en todos los lugares donde estamos nosotros y...

—Hay una persona que se llama María Luque. Ella trabajaba para él en la ciudad y ahora se ocupa de las casas de Alex, la que tiene en la montaña y la del pueblo. Siempre fue su asistente y es una mujer muy abierta a... Digamos que le gusta contar lo que sabe —dijo Mario.

—No pienso ir a husmear en su vida. Alex ya no me interesa, inclusive lo he borrado de mis recuerdos —otra vez las palabras de Alex, “borra el pasado y vive el presente”, salían de sus labios sin pensarlo. Apretó los puños al costado del cuerpo y miró a su padre con la barbilla en alto.

Mario siempre sonreía con las altanerías de Ana porque le hacía recordar el día en que llegó a la casa y había adoptado esa actitud soberbia para ocultar el miedo que tenía.

—No estoy diciendo que vayas a husmear. Solo te cuento que ayer nos encontramos en la calle y ella me dijo que te estaba buscando, pero tú no estabas en el pueblo. Seguro que en estos días se aparece por tu departamento. No la echés ni la trates con altanería porque va con buenas intenciones —dijo Mario, y ante el asentimiento de

Ana se giró para salir del local—. Vamos, Laura, que como bien he dicho hay que retroceder algunas veces y creo que te debo una disculpa.

—Gracias por tu invitación, querido, pero mejor ve con esos modos a sacar el perro a dar una vuelta —dijo Laura, y salió a la calle sin esperar a su esposo.

—No sé qué le pasa últimamente—comentó Mario a su hija.

—Se siente sola porque ya no aceptamos sus consejos. ¿Por qué no se van de vacaciones unos días? —sugirió Ana, y vio que a su padre se le iluminaban los ojos.

—¡Cómo no se me ocurrió a mí! —dijo Mario mientras salía del local.

Llevar a Laura de vacaciones sería la solución a la falta de intimidad que tenía con su esposa desde que Ana había llegado a la casa.

Dieciocho años sin dormir con ella, sin poder despertarla por las noches con sus caricias, sentir la delicia de sus besos y gozar del placer de penetrarla porque no lo había querido escuchar. ¡Qué mujer testaruda!, se dijo Mario, y arrancó la camioneta para alcanzarla en el camino y arreglar, de una vez, las diferencias que los habían separado.

Un viaje; quizás un crucero por el Caribe o tal vez una excursión a Bariloche, ya que a Laura le encantaba la nieve, pensó Mario. Hasta podrían ir en la camioneta para elegir el destino a medida que avanzaran por las rutas. ¿Dónde quieres ir Laura?, ¿al norte?, ¿al sur?, le daría a elegir y se perderían en parajes olvidados de la Argentina conociendo gente y lugares, costumbres y comidas típicas.

Sería una luna de miel, la primera, porque el

casamiento de ellos había sido tan precipitado que nunca habían tenido una. Si ni siquiera habían disfrutado de su noche de bodas, ya que el día en que se casaron, Alex no los había dejado dormir en toda la noche porque le faltaba su madre. A los dos meses de tener a Alex, él había encontrado a Sergio en las calles y lo había llevado a la casa. ¡Qué luna de miel podrían haber tenido por aquella época!, ninguna.

Pobre Laura, se dijo, y recordó la cantidad de veces que la encontraba con los ojos rojos porque no sabía qué hacer con los chicos. Ella solo tenía veinte años cuando tuvo que hacerse cargo de dos chicos de cinco y ocho años; y luego trajo los mellizos. Laura había quedado horrorizada de solo pensar en tener cuatro chicos grandes y rebeldes. Pero a pesar de los temores, había conseguido

encaminarlos.

¡Qué madre había sido!, y él le acababa de decir que Ana no era su hija. Si había sido ella quien se dedicó en cuerpo y alma a Ana, no él, que llegaba de tardecita y la reemplazaba unas pocas horas, les leía un cuento y los arropaba en la cama.

¿Cuánto peso había cargado sobre ella?, se preguntaba Mario mientras se acercaba con la camioneta a su mujer que caminaba con la cabeza agachada por el costado del camino de tierra que conducía a la casa.

—Laura, tenemos que hablar —dijo Mario, y se detuvo junto a ella.

—No, Mario, ¿para qué? Los chicos ya son grandes y nuestro matrimonio cumplió su propósito.

—¿De qué estás hablando, Laura? ¿Crees que me casé contigo por Alex?, ¿eso crees?

Ella seguía avanzando, y Mario puso la primera para seguirla con la camioneta a paso de hombre.

—Estoy convencida de que fue por eso —no lo miraba, y seguía avanzando por el camino.

Mario frenó y se bajó para caminar junto ella. En dos zancadas la alcanzó y sin rozarla se puso a relatar su historia, la que nunca le había contado.

—Hace muchos años se hizo una feria en el pueblo con el fin de recaudar fondos para poner los árboles de naranja en las veredas del centro. ¿Lo recuerdas, querida? —la miró.

Laura sonrió recordando el papelón que había pasado aquella lejana tarde: ella avanzaba por el camino de ladrillos de la plaza mirando a Mario, que por esa época era un muchacho de diecisiete años que andaba a la caza de jovencitas. No de ella, que era bastante torpe, como solía decirle su madre. Nadie en el pueblo sentía algo especial por

ella, pero Laura se permitía soñar con Mario, el chico guapo de ojos miel y cabello largo.

—Nunca lo he olvidado. Ese día me convertí en el hazmerreír de todo el pueblo. Si antes no me miraba nadie, después de lo que pasó creí que nunca me casaría. Pero Irma, la madre de Alex, me salvó de la soltería cuando te pidió que te casaras conmigo. Nunca supe por qué me eligió a mí, si no éramos amigas.

Mario sonrió ante su confesión y metió las manos en los bolsillos para no atraerla a sus brazos.

—Sí, fue todo un reto para ti ese día. Mira que tropezar con un guijarro no es fácil, y encima tirar los cincuenta pastelitos al piso de ladrillos, menos. Pero tú lo lograste, Laura —dijo Mario respondiendo solo la parte de la pregunta que le

interesaba, el papelón de Laura en la plaza.

—No era un guijarro, era una piedra del tamaño de un huevo; y no tropecé, la pisé —aclaró, porque él no recordaría ese pequeño detalle.

—La tengo guardada, Laura, y la voy a buscar para que veas que era un guijarro —dijo Mario, y sonrió cuando ella se detuvo a mirarlo.

—No, no puedes tenerla guardada, seguro que vas a buscarte algún pedregullo del arroyo para engañarme.

—No mi querida, la piedra está muy bien guardada. Era blanca con motitas grises. Ya vas a ver cuando llegemos a casa que no era más que un guijarro.

Ya estaban llegando; la camioneta abandonada en el camino; los dos caminaban en silencio hasta que Laura lo interrumpió.

—¿Por qué? —preguntó Laura con curiosidad.

—Porque ese día tropezaste por mirarme. En un principio me reí, como todos. Pero después, cuando tú te reíste de ti misma y te agachaste a juntar los cincuenta pastelitos que habían quedado todos manchados de ladrillo, me emocioné. Aunque tengo que reconocer que lo que me volvió loco fue cuando dijiste que los venderías a mitad de precio. Y me dije, ella va a ser mi mujer. Y lo conseguí, Laura, lo conseguí.

Estaban subiendo la escalera de la galería cuando Laura se detuvo asombrada por las palabras de su esposo.

—Mario, no te burles de mis torpezas, por favor —pidió Laura, y Mario se acercó a ella para atraerla a sus brazos.

—Nunca me burlaría de tu mayor virtud. Porque esa torpeza tuya fue la que me conquistó.

—Eso no puede ser cierto. Nadie se podría

haber enamorado de mí. Bueno, enamorado no, pero... es imposible que conquistara a alguien, si yo aquel día supe que me quedaría soltera. ¿Quién me iba a querer después de ese papelón?

—Yo, Laura, yo me enamoré de ti gracias a ese papelón. Qué mujer es capaz de reírse de sus desgracias, solo tú, Laura. Y quiero que sepas que he pasado una vida plena a tu lado porque no he tenido un solo día de aburrimiento, has sido la mejor madre para nuestros hijos, y la mejor mujer para mí. Yo te amo, Laura, siempre te he amado y nunca he estado con Lily desde que me casé contigo. Antes sí, no voy a negarlo, mi hija es la prueba. Pero solo iba al bar esperando que algún día estuviera muy borracha y me dijera dónde estaba mi hijo.

—¿Cómo? ¿Solo ibas con la esperanza de que

te dijera dónde estaba tu hijo? —preguntó con asombro. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar en esa opción?

—A eso iba —confirmó Mario.

—¡Oh, Mario!, no sé si creerte, porque tú te casaste conmigo para cumplir la promesa que le hiciste a la madre de Alex, no por amor.

—Bueno, yo solo le prometí cuidar de Alex. Espero que él nunca sepa que desvirtué un poco la verdad. Por esa época Lily me acosaba para que nos casáramos, y yo sentía que te iba a perder. Tú eras la mujer que yo quería, no Lily. Lamentablemente en ese momento no pensé que Lily me ocultaría a mi hija, y solo me decía: “No puedo perder a Laura, si es la mujer de mi vida”. Por eso inventé lo de la madre de Alex. Cuando tú aceptaste casarte conmigo dijiste que solo lo hacías por Alex, pero yo sabía que me amabas.

Laura lo miró llena de emoción, le sonrió y se le colgó del cuello al descubrir lo que había hecho para tenerla.

—Mentiroso, eres el mentiroso más grande que he conocido. Tantos años viviendo contigo y mira todo lo que tenías guardado. Me moría por casarme contigo, pero no quería que lo supieras — le dio un beso en los labios, mientras Mario la alzaba del suelo y la llevaba en brazos hasta la casa.

—Dime que puedo volver a nuestra cama. No sabes los años que llevo deseando entrar a ese cuarto que mantienes con llave.

—Algunas veces he quitado el pasador, pero como tú roncabas... —dijo Laura, y Mario se echó a reír.

—Algunas veces me he trepado por la enredadera que llega hasta tu habitación y te he

visto desnuda.

—Lo sé —dijo Laura, y Mario subió a zancadas las escaleras. Abrió la puerta de la habitación y la cerró de una patada.

—Y otras, me quedaba parado en la puerta esperando que me abrieras —confesó mientras se sacaba la ropa.

—Algunas veces yo estaba de este lado de la puerta tentada de abrirte —dijo Laura sacándose la blusa, el sostén, el pantalón.

—Otras veces esperaba que entraras a mi habitación y te metieras en la cama —dijo Mario, que ya estaba desnudo frente a ella.

—Estuve algunas veces, pero no me aventuré a entrar en tu cama—dijo Laura que se acercaba a él, sin ropas que la cubrieran.

—Estás hermosa mi amor, muy hermosa.

Ya no hubo más confesiones, y la puerta se mantuvo cerrada por varios días. Solo de madrugada los dos salían a prepararse algo para comer porque sabían que los chicos nunca venían en esa hora.

Ana fue la primera en enterarse cuando entró sin llamar al día siguiente y la recibió el silencio de la sala. Se asustó y subió corriendo las escaleras pero allí no había silencio sino un chirrido de cama. Sonrió y salió de la casa. Ya se imaginaba la sonrisa de Mario y a Laura tan serena y relajada que dejaría de insistir en las bondades de Miguel.

Sergio entró con sigilo y no tuvo necesidad de subir las escaleras para enterarse qué estaban haciendo sus padres de crianza, porque escuchó el agua de la ducha correr, a Laura chillar y a Mario largar una carcajada. Por fin habían solucionado

los problemas que los separaban. Habían sido tan jóvenes cuando tuvieron que lidiar con tantos niños grandes y llenos de traumas, que no habían tenido demasiado tiempo para ellos; se dijo Sergio mientras salía de la casa.

CAPÍTULO 10

Alex no llegó a enterarse de la reconciliación de sus padres de crianza porque hacía nueve meses que no veía a su familia, solo se mantenía en contacto con su asistente, María Luque, que atendía con esmero lo único que le había quedado después de cederle sus bienes a Mariana.

María se ocupaba de las dos casas que conservaba, la de montaña y la que había heredado de sus padres en las márgenes del pueblo Los Álamos.

También tenía trato con Ernesto, el esposo de María, que era el capataz que estaba a cargo de los campos que habían sido de sus padres.

Alex había tomado la decisión de borrar el

pasado y lo habría conseguido si no hubiera tenido una asistente como María, que en los últimos meses le estaba dificultando mantenerse alejado de los recuerdos porque había decidido, estuviera o no de acuerdo él, contarle todo lo que sabía de Ana.

En los primeros tiempos, María se comunicaba por teléfono, pero cuando dejó de atender sus llamadas, ella comenzó a mandar mensajes al celular y al *mail*.

Alex había intentado no leer los mensajes, pero la curiosidad lo mataba, por eso estaba enterado de algunos sucesos de la vida de Ana. Lo que sí hacía era borrarlos de sus pensamientos para acallar en su mente los recuerdos.

Vivía en Buenos Aires rodeado de luces que le impedían ver las estrellas que solía observar con Ana en la oscuridad del campo. Aunque el lucero

del alba, la cruz del sur y las tres Marías brillaban en el cielo y se veían desde el balcón terraza del departamento. Había algunas estrellas más que se imponían a las luces de la ciudad, pero poco se permitía mirarlas.

Únicamente en los momentos de soledad y luego de recibir alguna información de María, Ana regresaba tan efímera y diluida a los recuerdos de Alex que estaba convencido de que ella lo estaría olvidando; al menos esa conclusión era la que había sacado Miky Martin, su personaje de ficción:

“Los recuerdos se mantienen latentes cuando tú y yo pensamos en ellos. Si yo dejo de pensar, me iré diluyendo en tus recuerdos Babi”, pensó Miky Martin y bebió del vaso de whisky que tenía en la mano. Pero Babi no dejaba de meterse en problemas, y eso complicaba la vida de Miky.

Tenía tantos temas para resolver: desde viajes pendientes hasta reuniones suspendidas. Pero allá andaba Babi, trepando el Aconcagua con esa debilidad que tenía, ese cuerpo pequeño y esa falta de músculos para emprender semejante osadía.

Alex llevaba dos meses sin poder seguir con el relato del último reto de Miky, el que desencadenaría el final de la trilogía. Las presiones lo agobiaban. El editor lo apuraba para lanzar la novela al mercado los primeros días de marzo y los lectores habían empezado a conjeturar cientos de finales alternativos.

Era como si la historia de ficción los hubiera dividido en dos bandos.

Por un lado estaban los hombres, que consideraban que Miky tenía que olvidarse de

Babi y seguir la loca carrera para conseguir la fórmula secreta que reemplazaría al petróleo en el futuro y que el biólogo loco, que vivía en el Amazonas, estaba dispuesto a venderle. Además, Miky tenía una vida empresarial llena de éxitos que habían comenzado desde que dejó a Babi, es decir, que gracias a que había abandonado a Babi era un empresario próspero y libre de elegir cada noche a una mujer diferente, sin las complicaciones de tener que estar soportando las conversaciones cotidianas con una esposa.

En cambio, el bando de las mujeres se imaginaba a Miky dejando todo de lado por Babi. Lo querían convertir en un monigote de Babi, un hombre manejado de las narices por una muchachita tímida pero que era capaz de emprender cualquier reto por recuperar a Miky.

Los hombres esperaban la dureza de Miky

sobre el final, verlo sentado en un bar de luces difusas con un vaso de *whisky* en la mano y una rubia despampanante en la falda mientras él le acariciaba el muslo y metía una mano dentro del escote.

En cambio, las mujeres suponían que el corazón duro de Miky se derretiría ante la dulce Babi que, ajena a las especulaciones, seguía andando por la vida con sus penas auestas, ya que ella vagaba por los bosques y derramaba lágrimas al haber perdido al único hombre que había podido amar.

Alex estaba sentado en un bar de Palermo Soho, frente a la Plaza Cortázar. La gente conversaba y bebía una cerveza; la música, diluida por los murmullos. Estaba solo, observando e intentando imbuirse en el bullicio ajeno para olvidar sus propios pesares.

Rara vez se adentraba en los ambientes de multitudes, de gente que la pasaba bien y compartía entre tragos la amistad. Pero había pasado por la calle Gorriti para descubrir si la información que le había mandado María por *mail* era real. Y sí, era tan real que se había quedado perplejo.

En la calle Gorriti había una casona antigua pintada de blanco con delicadas molduras grises y sobre el techo asomaban dos balcones voladizos, por lo que Alex supuso que tendría una amplia terraza, al igual que el departamento que él ocupaba en la calle Honduras. Las puertas eran imponentes, altas, negras y de doble hoja, cada una con vidrios protegidos por rejas blancas torneadas, y las tres ventanas vidriadas daban un toque de modernismo a la antigua casa. Toldos de

lona negra formaban un arco sobre las ventanas y protegían las prendas de los rayos del sol. El nombre de *Ana Marco* estaba escrito en letras doradas sobre los vidrios de las ventanas, y en letras blancas sobre los toldos negros. Letras sencillas y humildes como era ella, pero con unas prendas tan exquisitas exhibidas en la vidriera que Alex se quedó impresionado al darse cuenta de su talento.

Al lado, había otra casona antigua pintada con colores llamativos y un letrero de amplias dimensiones que decía: *Casa de Modas Alex Alvear*.

¡Su nombre! escrito con la extravagancia que solo Mariana podía ostentar. Las luces del cartel titilaban dejando en sombras el apellido cuando resaltaba el nombre. Pero lo que más preocupó a Alex fue el mal gusto de las prendas.

Mientras el local de Ana rebozaba de gente que miraba las perchas y esperaba turno en los probadores, el de Mariana parecía haber sido instalado en medio de un desierto de arena. Nadie, absolutamente nadie se atrevía a poner un pie adentro. Alex no necesitó pensar demasiado para saber que había echado a los diseñadores y era Mariana quien estaba haciendo esas barbaridades.

El problema era que quien ponía el nombre, quedaba expuesto y se estaba convirtiendo en el hazmerreír era él, que había cedido su nombre y apellido el día que Carlo casi mata a golpes a Ana. Menos mal que después de ese día en el que firmó lo que le pusieron delante de sus ojos se había contactado con su abogado para rectificar el tema del nombre que había cedido. Y luego de batallar, de hacer entrar en razón al abogado de Mariana explicándole que lo que estaba en juego

era el nombre y apellido de una persona, habían aceptado devolverle lo que Alex consideraba su derecho personalísimo.

Pero Mariana no había acatado la decisión y ahí estaba *Alex Alvear* haciendo el ridículo en la calle Gorriti de Palermo Soho.

Dejando de lado el problema que tenía por delante se había adentrado en el local de Ana.

Era elegante, de buen gusto, con sillas Luis XV tapizadas en tono crudo, mesas redondas de patas torneadas donde se exhibían dos o tres prendas, y estantes de madera lustrada en tono oscuro que resaltaban en las paredes blancas. Estaba usando tonos, crudo, salmón, tostado y azul en las prendas. No iba a la moda europea, se dijo, sino con sus propias ideas de lo que quedaba bien y lo que no.

Una elegante vendedora se acercó con una

sonrisa, Alex supuso que llevaba ropa diseñada por Ana, porque las combinaciones de colores, los detalles y el acabado de las prendas eran su marca personal; ella tenía gustos finos y delicados para embellecer sus creaciones.

—¿Usted es Alex Alvear? —preguntó la vendedora con curiosidad, sonriéndole demasiado, como si se burlara de él, pensó Alex.

—Lamentablemente, sí —dijo al recordar el mamarracho que había en la casa de alta costura que había junto a la casa de modas de Ana, la que llevaba su nombre, si es que se le podía llamar alta costura a eso, pensó con indignación—. Me han contado sobre un desfile que se hará en la casa —Señaló el local.

—¡Oh, sí!, todas estamos ansiosas por conocer a la señora Ana Marco —comentó la muchacha emocionada.

—¿Señora?, no creo que a Ana le guste que le digan señora —dijo Alex, y la muchacha lanzó una risilla nerviosa.

—No, es por respeto que lo digo, además, señorita..., a mí no me gusta

—Dime, ¿cuántas tiendas tiene Ana con esta? —preguntó Alex lleno de curiosidad.

Él, que había decidido no pensar más en ella, andaba tratando de sonsacarle información a la empleada.

Todo era por culpa de María, su asistente, se dijo. Esa mujer era feliz metiendo las narices donde nadie la llamaba. Pero no había forma de callarla, y dos veces por semana lo llamaba por teléfono para comentar temas del campo, de las casas, y ya que había llamado, como decía ella, dejaba deslizar algo de Ana. “Camina cabizbaja”, “¿está tan delgada!”, “a veces tiene los ojos

hinchados, seguro que es de llorar”. No hacía falta que le contara lo que él ya sabía, pensaba Alex.

Como tenía registrado el número de su asistenta dejó de responder a sus llamados, entonces María recurrió a los mensajitos y al *mail*. Se había dicho que no los leería, pero la curiosidad lo mataba y los abría a todos.

No le respondía para que María creyera que los borraba sin leer, pero María seguía contando todo como si fueran capítulos de la telenovela diaria, porque avanzaba en la información como si supiera que él leía todo lo que le mandaba.

María ponía títulos que al comienzo lo alarmaron, pero con el correr de los días le arrancaban una sonrisa. “URGENTE”, “IMPORTANTÍSIMO”, “NOVEDAD”, “NO BORRAR”, “INCENDIO EN LOS CAMPOS”,

“MUERTE DE UNA VACA”.

Su asistenta se había convertido en la única distracción que tenía Alex desde que se había instalado en Buenos Aires, y a pesar de que intentaba negarlo, todos los días abría la casilla esperando leer algún título ingenioso para tener novedades de Ana.

—Tienen tres, por ahora —dijo la vendedora orgullosa de contar los progresos de Ana.

Alex arqueó las cejas porque no le pasó inadvertido el “tienen”, en plural.

—¿Tienen?

—Miguel Cervantes es su socio. Miguel tiene la tienda *Villaje* en *Alto Palermo Shopping*, pero quiso abrir una casa con el nombre de *Ana Marco*. Algunos de los modelos son exclusivos. Ella nunca viene, pero en siete días va a estar en el desfile de la temporada otoño-invierno. Primero presentan en

el *Patio Olmos* de Córdoba, su ciudad. Después viene a nuestra tienda y por último viajan a Mendoza. Iban a cerrar en nuestro local, pero después decidieron concluir en el *Mendoza Plaza Shopping*. ¿Ustedes se conocen? —preguntó curiosa la vendedora.

—Sí, nos conocemos —dijo Alex algo confuso con tantas novedades, y giró para marcharse.

—¿Tiene invitación? —preguntó la chica.

—No me hace falta, no puedo venir —dijo Alex desde la puerta mientras se alejaba del local.

Hacía una hora que Alex estaba sentado en una mesa del rincón del pintoresco bar frente a la Plaza Cortázar, rememorando las novedades sobre Ana. Ya no escuchaba el bullicio de la gente que conversaba y bebía, ni la música que sonaba lejana, porque después de nueve meses de intentar

alejarse de los recuerdos había caído en su propia trampa al acercarse al local que Ana tenía en la calle Gorriti al cuatro mil novecientos para indagar si lo que le había contado María era cierto.

Y allí estaba él, que iba y venía preso de sus propias decisiones, de la misma forma que su personaje Miky Martin iba y venía cada vez que Babi emprendía un nuevo reto que lo hacía salir corriendo para rescatarla.

Él no era Miky, nunca había salido corriendo a rescatar a Ana, ni siquiera la había podido defender de la golpiza que le había dado Carlo.

Ana tampoco era Babi, porque no se aventuraba por la vida esperando ser rescatada por él. Menos mal, porque sino ya estaría muerta, se dijo Alex. Pero Babi tenía algo de ella. La había

caracterizado tan parecida a Ana en su sensibilidad, que cuando escribía las escenas de Babi sentía que estaba observando a Ana.

Mentira que había olvidado a Ana. Tampoco Miky había podido olvidar a Babi, porque su personaje estaba pendiente de ella, hasta tenía un empleado que la seguía para saber en qué lío se habría metido o que nueva aventura tendría pensado acometer para ir a buscarla.

Babi lo sabía, por eso se tiraba de los puentes con cuerdas atadas a los tobillos, sorteaba ríos turbulentos en canoas y se lanzaba en ala delta a insondables precipicios, mientras Miky dejaba las reuniones empresariales o regresaba de sus viajes de negocios para ir a rescatarla.

Entonces, Alex comprendió por qué no podía terminar la trilogía de *Miky Martin, un hombre sin recuerdos del pasado*.

Él no era Miky, y Ana no era Babi, pero él estaba cometiendo el error de no concluir la historia porque su propia vida estaba inconclusa. Acaso no había dejado deslizar algún recuerdo de los dos por si ella la leía. Acaso no había escrito una biografía desconcertante porque quería que Ana descubriera que Ringo Arias era Alex Alvear.

Dejó sobre la mesa el dinero de la consumición y caminó por la calle Honduras hasta el departamento que ocupaba a dos cuadras de la Plaza Cortázar, y por lo que había descubierto esa tarde, a unos pocos pasos del local de Ana.

Él, que había querido alejarse del pasado para no seguir pensando en Ana, tenía su tienda a la vuelta de la esquina. Necesitaba tomar muchas decisiones, se dijo, y el bar lleno de gente no lo dejaría concentrarse.

Sintió vibrar el celular en el bolsillo, y sin

fijarse de quien era la llamada, atendió.

—Por fin jefe. Hace tanto tiempo que no nos comunicamos, porque usted no me atiende más. Pero se ve que hoy tenía ganas de escuchar mi voz —dijo María entusiasmada del otro lado de la línea.

—¿Qué quieres? Si has llamado para hablarme de Ana, mejor ni lo hagas que estoy muy ocupado en unos asuntos que tengo que terminar urgente —su voz era tajante, pero María no se amilanaba con sus ínfulas de hombre ocupado y severo.

—Sí claro, tiene que terminar eso que sabemos los dos —dijo María sin decirle de qué se trataba.

Alex apretó el aparato contra el oído al recordar que no eran solo el editor y él los que conocían su actividad de escritor, sino también María, quien mientras pasaba el plumero y servía

café dejaba el oído atento para escuchar sus conversaciones.

Lo había descubierto hablando por teléfono con el editor sobre la novela de Miky, y había leído unos pasajes en la computadora cuando por descuido se había alejado del escritorio sin cerrar el archivo; hasta había descubierto que no era quien diseñaba las prendas con su marca, sino tres diseñadores que trabajaban para él. Lógico que todo pasaba por su aprobación ya que tenía buen gusto para seleccionar lo mejor, pero no la habilidad de los diseñadores para hacer un vestido partiendo de la hoja en blanco.

Nadie más que María conocía todos sus secretos. Si algo tenía que reconocer, era que en los ocho años que llevaba conociendo sus asuntos nunca había abierto la boca. “No se preocupe que yo soy una tumba, jefe”, le había dicho, y Alex

había corroborado que a pesar de ser una fisgona era una mujer de palabra.

—Sí, eso que sabemos. ¿Qué asunto tan urgente te ha hecho llamarme? —preguntó Alex, y se sorprendió esperando con curiosidad que le contara algo de Ana.

—Jefe, solo quería decirle que lo siento, porque voy a meterme en un asunto que no es de mi incumbencia y usted se va a enojar, pero como lo voy a hacer igual lo llamo para pedirle disculpas antes de entregarlo atado como un paquete. Lo siento —dijo María, y cortó.

—¡María!, ¡María! ¡Me has cortado! ¡María, contéstame, maldición! —repetía a gritos, aunque estaba hablando con él mismo porque María no estaba más del otro lado de la línea.

¡Entregarlo como a un paquete!, ¿eso le había dicho?, se preguntó mientras marcaba el número

de su asistenta para pedirle explicaciones. Pero ella no respondió a sus llamados. Entonces Alex se preocupó porque María sabía demasiadas cosas.

¿A quién le iría con el cuento? se preguntó pero no tuvo que pensar demasiado para descubrir que María en esos momentos estaría intentando contarle a Ana lo que sabía de él.

María era una acérrima defensora de Babi, la protagonista de la novela *Miky Martin, un hombre sin recuerdos del pasado*. Seguramente se había hecho una película en su cabeza y estaría atando cabos sobre la relación que existía entre los personajes de ficción y su propia vida.

No encontraría nada, se dijo Alex, porque allí no había más que sutilezas que únicamente Ana podría detectar por haber compartido cinco años

con él. No encontraría nada, se repitió, porque había inventado un personaje que no vivía de los recuerdos del pasado, solo salía a rescatar a Babi cuando ella arriesgaba la vida en deportes extremos. Y Babi no era Ana, por más que tuviera su sensibilidad no era Ana, seguía repitiéndose con insistencia para tratar de convencerse a él mismo, de que no había similitudes entre los personajes de ficción y sus propias vidas.

Maldita y entrometida mujer, se dijo, y entró al departamento que ocupaba en la calle Honduras sobre un local comercial. Era una casona antigua y él había tenido la suerte de conseguir que le arrendaran la planta alta que tenía un amplio balcón terraza a la calle, muy parecido al de la casa de moda de Ana. Y desde allí se permitió echar una mirada a ese cielo pobre de estrellas.

“Las estás mirando, mi Ana”, era la primera

vez que se permitía usar el posesivo desde que había decidido olvidarla. Solo fue un instante fugaz de debilidad, porque luego de escasos segundos ya estaba hablando con el abogado para que se ocupara de solucionar el asunto de Mariana, que estaba desprestigiando su nombre con aquellas horrendas prendas exhibidas en la calle Gorriti. Luego le envió un *mail* al editor para confirmarle la fecha de entrega y se encerró en el estudio para acometer el final de la novela. Ya demasiado la había dilatado, se dijo, y borró de sus pensamientos todo lo que tuviera relación con Ana.

No podía escribir pensando en Ana, porque el final de la trilogía sería catastrófico si se dejaba influenciar por lo que pasaba en su propia vida.

CAPÍTULO 11

Ana vivía a dos cuadras del centro del pueblo Los Álamos, en un departamento cómodo que había sobre una tienda de regalos.

Un amplio ventanal le permitía ver la calle de tierra, las luces que se encendían al atardecer y el crepúsculo que enrojecía los jardines de las casas que estaban en las márgenes del pueblo. Eran casas de gran tamaño rodeadas por amplios parques con pinos, árboles frutales, rosales en flor y jazmines que traían el aroma a su ventana cuando soplaban los vientos del norte.

Alex era dueño de una de esas casas que estaban en las márgenes del pueblo y de esos parques con rosas y plantas de hojas verdes,

jazmines y pinos. Las luces estaban encendidas porque la asistente de Alex había bajado de la montaña dos días atrás y se había instalado en el pueblo.

Ana nunca había conocido a la empleada de Alex porque la mujer no venía al pueblo. Pero esa tarde se había presentado en la tienda pidiendo hablar con ella. Ana había quedado impactada y muda con la mujer, y se escudó en el trabajo para no atenderla.

María tendría unos treinta años, era llamativa y muy agradable. Ana nunca se imaginó que Alex tuviera una empleada de la limpieza, que se hacía llamar asistente, tan espectacular; el muy caradura. Era una morocha de largos cabellos ondulados, ojos rasgados muy negros y facciones tan sensuales que se imaginó a Alex tumbándola en el piso de la sala cada vez que ella se aparecía con

la escoba para sacar el polvo.

La chica estaba decidida a hablar con ella, por eso cuando buscó una excusa para no atenderla, María le sonrió y le dijo: “esta noche te espero en la casa del jefe, Ana Marco”.

Ana suponía que el jefe sería Alex, ¡qué otro jefe podía ser! Y como ella era una persona respetuosa de los demás le había asegurado que iría.

El problema era que ya no estaba tan segura de querer ir a aquella casa que había conocido antes de que Alex se marchara.

“¡Cómo me gustaría vivir en tu casa, Alex, con este parque y estas ventanas tan grandes!”, le había dicho el día que la llevó a conocerla cuando tenía quince años. “Algún día, quizás, algún día”, había respondido Alex con evasivas, y después se había refugiado en un largo silencio. A los pocos días

había desaparecido de su vida, la había abandonado, y ella había dejado de vivir de fantasías.

Nunca más había regresado a la casa a pesar de que Mario insistía para que lo acompañara a ventilarla y desempolvarla, como solía decirle.

Pero hoy tenía que ir a conversar con la asistente de Alex, que seguramente cumpliría otras funciones más íntimas porque esa chica era demasiado atrevida para conformarse solo con ser la empleada de la limpieza. Además, se hacía llamar asistente, no sirvienta. Ese era un concepto más amplio e íntimo, se dijo Ana, y apretó los puños al costado del cuerpo.

Iría en el *Porsche* a pesar de que la casa de Alex estaba solo a dos cuadras de su departamento. Necesitaba ganar la seguridad que

solo el *Porsche* le daba. Cuando se subía a su coche ella se sentía osada y audaz. Era como si la dulce Ana, la muchacha sumisa y recatada se convirtiera en una mujer capaz de emprender cualquier reto mientras manejara el *Porsche*.

En el pueblo ya nadie le prestaba atención cuando pasaba haciendo rugir el motor a sus espaldas, ni cuando aceleraba y los neumáticos derrapaban levantando el polvo de las calles de tierra, o en los días de invierno cuando corría la capota para sentir el aire frío golpeándole en la cara y el cabello volando al viento. Todos estaban acostumbrados a esas descargas que hacía sobre el coche y las pequeñas libertades que se tomaba para sentirse una mujer desfachatada y temeraria, sin rastros de tristeza.

Se subió al deportivo, hizo dos aceleradas en falso y salió haciendo rugir el motor. El aire le

castigó la cara y Ana largó una carcajada.

Dos cuabras, solo eran dos cuabras para ganar confianza, se dijo, y como creyó que el trayecto era demasiado corto, viró en la esquina para alargar un poco el encuentro. Eso le daría la valentía suficiente para enfrentar a la asistente de Alex, quien seguramente querría hacerle conocer la intimidad que compartía con el jefe. Sí, para eso la había citado, se dijo.

Aceleró; el motor rugiendo a sus espaldas le dio la fuerza para enfrentar a María y no sentirse vencida mientras le relataba la relación que la unía a Alex. Viró a la derecha, aceleró y se detuvo a escasos metros de la casa de Alex.

Las luces de unas farolas iluminaban el camino de ingreso, entró a baja velocidad demostrando una serenidad que no sentía, y con una suave frenada estacionó en la puerta de la casa. Quedó

perpleja al ver en la escalinata a Ernesto, el capataz de los campos de Alex. El hombre era tan bueno y honesto, que todo el pueblo envidiaba a Alex por haber conseguido un empleado tan eficiente y leal.

¿Qué haría en la casa?, se preguntó mientras bajaba del *Porsche* y cerraba la puerta con un golpe.

—¡Ernesto!, ¿qué haces aquí? —dijo Ana señalando la casa de Alex.

—Digamos que estoy viviendo en la casita de los caseros —dijo Ernesto con una sonrisa apenas perceptible—. ¿Quieres entrar?

—Yo..., en realidad... bueno, vengo porque la asistente de Alex me invitó y...

—¡Oh, sí!, ya me he enterado de lo que ha hecho María. Con todo el trabajo que tienes y...

bueno ella es así. Pasa, está en la cocina —dijo Ernesto mientras le indicaba con la mano que entrara.

—¿Tú la conoces? porque me parece que entre ella y Alex... no quiero parecer entrometida, pero no creo que Alex se resista a tirársele encima mientras pasa el plumero.

Vio que Ernesto cambiaba el gesto cordial por uno indescifrable y le pareció sentir que le crujían los dientes. Quizás Ernesto estaba enamorado de la asistenta, pero como Alex era el jefe no tendría muchas opciones para conseguirla. Pobre Ernesto, pensó Ana, y le dedicó una mirada de condolencia, como si le diera el pésame por haber perdido a la chica para no perder el trabajo.

María apareció en el ingreso, y al ver a su esposo se echó a reír.

—¡Ana Marco! ¿Qué le has dicho a mi esposo

para que se quedara hecho una estatua y encima esté rompiéndose los dientes? —preguntó María mientras abrazaba por la cintura a Ernesto—. Seguramente le has dicho que el jefe ya me tumbó al piso mientras hacía la limpieza —conjeturó, y Ana, que estaba ruborizada, asintió con timidez—. Bueno, no te hagas tanto problema, todo el mundo se lo dice y ya está cansado de escuchar lo mismo, ¿cierto, querido?

—Sí —dijo en monosílabo Ernesto.

—¡Oh!, yo, lo siento es que...

—Ella es muy llamativa —dijo Ernesto terminando la frase de Ana—. Pero nadie se atreve a ponerle una mano encima porque es muy seria con los hombres, salvo con Alex a quien suele sacarlo de las casillas. No te preocupes, ya debería estar acostumbrado a esto que me pasa —su tono de voz era lastimero. María lo miró de

frente con tanta admiración, que Ana se maldijo por dejarse llevar por las apariencias de las personas.

¡Qué mirada tan llena de amor estaban compartiendo! pensó Ana, y recordó que ella y Alex también se habían mirado así en *La Fortaleza*. Un amor que se leía en los ojos, y que los años sin verse no habían podido borrar. Lástima que todo había terminado entre ellos, que nunca había podido ser, que ni siquiera habían tenido la oportunidad de expresar sus sentimientos porque él la había engañado al simular que no recordaba el pasado.

María vio la nostalgia en la mirada de Ana y le sonrió antes de hablar.

—Hace unos días que quiero hablar contigo, Ana Marco. ¿Nos dejarías a solas, mi querido? —

dijo María a su esposo.

—Esto está mal, María, muy mal —dijo Ernesto—. Le he dicho que no se meta en la vida de Alex, pero ella no entiende —comentó antes de alejarse por un sendero que conducía a la casita que ocupaba con su esposa.

—Solo dime Ana —aclaró, y le sonrió. Tanto hacer aceleradas en el *Porsche* para atreverse a enfrentar a esta mujer que era pura espuma, ya que estaba casada y enamorada del bueno y leal de Ernesto—. ¿Cómo conociste a Ernesto?

—Hace muy poco. Yo soy asistente de Alex desde hace ocho años, Ernesto hace mucho más años que trabaja para él, pero nosotros no nos conocíamos porque él estaba en los campos y yo en la ciudad. Yo buscaba un trabajo de cualquier cosa y me presenté a las oficinas de Alex. Me preguntó qué sabía hacer y le dije: ¡de todo!,

aunque no era cierto pero mentí porque necesitaba trabajar. Alex se rió y me nombró su asistente. Me hizo hacer de todo, la verdad. Salvo lo que tú piensas. Limpiaba los pisos, servía el café, atendía el teléfono, llevaba recados, lo acompañaba a las reuniones y tomaba nota, le traía el almuerzo, hasta le lustraba los zapatos mientras él se iba al gimnasio. Por eso me sigo llamando su asistente, porque eso era cuando vivía en la ciudad. Él me ofreció una pequeña oficina vacía y me instalé a vivir allí, prácticamente no tenía gastos. Pero cuando tuvo el accidente me trasladé a la casa de la montaña y conocí a Ernesto, tan leal, respetuoso y comprensivo que me enamoré de él. Ernesto no lo podía creer, pero al final se convenció —María sonrió, e invitó a Ana a pasar a la casa de Alex.

Ana comprobó que la casa seguía siendo tan hermosa como la recordaba, tenía desniveles en el

living y grandes ventanales que dejaban ver el parque que la rodeaba, la pared de ladrillo visto a la derecha y la estufa de leña en el centro de la gran sala. Alrededor había sillones tapizados en tono crudo y subiendo un escalón estaba el comedor de madera oscura. Había plantas de hojas verdes y muy pocos adornos, por eso le llamaron la atención los dos portarretratos con fotos de ella que había sobre una repisa empotrada en la pared izquierda.

Ana se acercó y sonrió, tenía diez años y recién había llegado a la casa. Estaba hecha un asco con el pantalón corto tan ancho que parecía una faldita descuajeringada, la remera estirada que le tapaba el pantalón verde, los calcetines caídos en los tobillos, el yeso en el brazo izquierdo y llena de golpes.

Que recuerdo feo, pensó, pero sonrió porque quizás Alex tenía esa foto para no olvidar lo que le había pasado.

En la otra ya estaba recuperada, aunque seguía delgada y con las piernas demasiado flacas. Al menos tenía puesta las ropas que ella diseñaba y Laura le confeccionaba. Tenía el cabello tan cuidado que no parecía la misma niña, y la cara impecable sin rastros de golpes.

—Tiene más, pero están en su dormitorio. En esas fotos estás más grande, como de quince años, y tan bonita que creo que él no se cansa de mirarlas porque cuando viene siempre las deja en distintas posiciones, como si las levantara para verlas mejor o... no sé... él sabrá.

—Sí, él sabrá —dijo Ana, como si contestara por inercia porque se había quedado pensando en la cantidad de fotos que Alex le había sacado y

habían desaparecido de la casa cuando se marchó.

Ella sabía que se había llevado sus fotos, lo que desconocía era que estaban expuestas en la casa del pueblo para no apartarla de sus recuerdos o, tal vez, le gustaba rememorar los días felices que habían compartido en el pasado.

Subió el escalón que dejaba en desnivel el comedor y se acercó a la escalera que estaba tras la mesa. La baranda torneada de madera clara brillaba por el lustre como cuando ella la vio a los quince años. La rozó con las manos para recordar la suavidad que sintió en aquella época cuando se imaginó bajando por las escaleras con Alex. Pero él se había ido y solo quedaban los sueños incumplidos.

—La habitación de Alex es la primera puerta a la derecha —dijo María que se había acercado a

ella, y con un gesto de la mano la invitó a subir.

Ana subió dos escalones movida por el impulso de ver la habitación de Alex, pero se detuvo al dudar de estar haciendo lo correcto. Alex no la había invitado a entrometerse en sus intimidades, pero María sí, se dijo para juntar coraje y seguir subiendo.

Se paró frente a la puerta de madera de roble, y María se adelantó para abrirla porque tenía miedo de que Ana se arrepintiera. Ya la había visto dudar cuando se detuvo en las escaleras y no iba a permitir que se fuera sin contarle todo lo que había planeado minuciosamente.

María adoraba a Alex porque la había salvado de la pobreza al ofrecerle trabajo y un sitio donde vivir. Por eso estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para solucionarle los problemas al jefe. Bueno, si Ana había llegado hasta la habitación de

Alex, no necesitaría hacer demasiado porque ella sola descubriría lo que María había pensado decirle.

No es que María supiera mucho, solo se estaba dejando guiar por lo que había leído en las novelas de Alex. La habitación tenía todo lo que Miky había puesto en la suya, era igual. Y según Babi, que la había visto cuando se filtró en su casa, la había decorado como ella se la había sugerido antes de que Miky se fuera de su lado.

—¡Oh, Dios mío!, tal cual se lo sugerí una vez que estuve en la casa —Ana hablaba para ella, pero María no era ajena a sus palabras y sonrió al confirmar sus sospechas, que Babi era Ana, aunque Alex no se hubiera percatado de cuán parecida la había hecho.

—¿Sí? —preguntó María en tono indiferente, como si no le prestara atención.

—Sí, yo tenía quince años y ya me gustaba el diseño. Cuando entré estaba vacía y comencé a decirle lo que yo pondría: las cortinas azules, la alfombra azul al pie de la cama, la cama de roble torneada y el escritorio con la silla tapizada en pana azul. Hasta el velador de bronce y... Todo está en los sitios que le había sugerido. No falta nada. Lo ha decorado con cada detalle que le mencioné —estaba asombrada y observaba todo desde la puerta, como si le costara creer lo que estaba mirando. En realidad Ana estaba corroborando otras suposiciones que venía haciendo en silencio, solo para ella. Y esbozó una imperceptible sonrisa, tan efímera que supuso que María no la había detectado.

María se percató de la sorpresa de Ana al descubrir que Alex había decorado el cuarto con

las ideas que ella le había dado, y se dijo que si ahora había quedado muda, cuando leyera los dos libros que habían salido de la trilogía de Alex quedaría inconsciente al descubrir el parecido de ella con Babi.

La dulce Babi y la dulce Ana, dos mujeres sin rencores y llenas de recuerdos que las mantenían vivas.

—¿Él duerme con Mariana en esta habitación?

—Ana se tapó la boca después de preguntar las intimidades de Alex a su asistenta.

—Mariana nunca puso un pie en esta casa mientras estaban casados —aclaró, “mientras estaban casados”, para que Ana se enterara de que ya no lo estaban. Ella no sabía si Ana estaba enterada del divorcio de Alex, pero suponía que no, porque el jefe se había distanciado de toda su familia. El muy tonto se creía que alejándose de

todos se olvidaría de Ana. Menos mal que ella había cumplido con eficiencia su papel de asistente al enviarle por *mail* lo que se enteraba sobre la vida de Ana. Ernesto, su esposo, sin saberlo, había colaborado bastante cuando regresaba por la tarde y le comentaba lo mal que estaba Ana, y ella se encargaba de hacerle llegar al jefe las novedades—. Alex nunca durmió en este cuarto, solo lo decoró y las pocas veces que ha venido se quedaba un rato en la habitación, pero después se instalaba en la casa que tiene en la montaña.

—¿Has dicho mientras estaban casados?, ¿acaso ya no lo están? —La curiosidad por saber algo de él la estaba matando. Pensar que había decidido olvidarse de Alex, pero desde que había visto a María no había podido dejar de pensar en él, y eso que tenía muchas cosas en que pensar en

esos momentos: los desfiles, los detalles que tenía que terminar en algunas prendas, la maleta que aún no había preparado. Pero en lugar de estar resolviendo los preparativos del viaje, estaba en la habitación de Alex mirando con la boca abierta las sugerencias sobre el decorado que le había dado doce años atrás. No, trece años, se dijo recordando que ya habían pasado nueve meses desde la última vez que lo vio.

María sonrió porque Ana iba recolectando las semillas que ella iba dejando en el camino. Estaba siendo mucho más fácil arreglar la vida del jefe de lo que se había imaginado, se dijo, y se dispuso a lanzar la próxima semilla.

—¿No te habías enterado de lo que pasó hace casi un año? —Ana negó con un gesto—. ¡No lo puedo creer! —María exclamó y agitó las manos

para dar énfasis a sus palabras. Ana la miró desconcertada porque la asistente de Alex era todo un espectáculo. Además, como le había dicho Mario, le encantaba deslizar detalles de la vida del jefe—. Yo me enteré porque conozco a su abogado y al contador, en realidad los conozco a todos. Ya te dije que era su asistente en la ciudad. El abogado fue quien me contó que se divorció el día que se fue del campo. Creo que estaba en tu casa rehabilitándose, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Solo estuvo unas horas porque Mariana llegó acompañada y...

—Sé lo que te pasó y lo lamento muchísimo. Me lo contó el abogado porque el jefe, después de todo lo que yo lo he asistido, no me dijo nada. Alex tuvo que ceder sus bienes a Mariana para que Carlo te dejara de golpear. Le dio lo que tenía: la casa en la ciudad, ¡y qué casa!, ni te imaginas; y la

empresa de diseño. Solo le quedó la herencia que le dejaron los padres, que no es mucho porque Alex había vendido unos campos para comprar la empresa. Le ha quedado poco al jefe, y ahora me dijo el contador que tiene en venta la casa de la montaña, debe ser que no le va muy bien.

—¿Cedió todo? —Su voz era apenas un susurro, le temblaban las piernas al enterarse de que Carlo la había dejado de golpear porque Alex le había dado a Mariana lo que había conseguido durante doce años para salvarle la vida.

Ana se adentró en la habitación y se sentó en la silla que tenía frente al escritorio. Temblaba, sudaba, y sentía un gran vacío por dentro. Ella lo había mirado con odio al enterarse de su engaño y había provocado a Carlo con la mirada altiva que había aprendido de Lily para que acabara de una vez con su sufrimiento. Entonces Alex,

seguramente, habría descubierto su odio en la mirada, su provocación a Carlo, y había logrado llegar a Mariana para ofrecerle sus bienes a cambio de que la dejaran con vida.

— ¿Dónde está Alex? ¿Por qué no regresó? — preguntó Ana intentando que su asistenta le diera la respuesta a sus dudas.

María caminó hasta pararse frente a ella y le sonrió; era tan encantadora que Ana tenía ganas de tirarse a sus brazos para que la consolara.

— ¡Ah, si yo supiera! ¿No has leído las novelas de Miky Martin? — María sabía que había cambiado de tema de forma abrupta, pero ella necesitaba seguir arrojando semillas que Ana, sin darse cuenta, iba recogiendo. Sonrió cuando Ana la miró desconcertada, como si le preguntara ¿qué tiene que ver una novela con lo que estoy

preguntando?

—No —dijo Ana demostrando poco interés en el tema.

—¿Tampoco las has sentido nombrar? Yo soy fanática de Babi —explicó María, y sonrió porque Ana era educada y estaba tratando de prestarle atención a un tema que no era de su interés—. No sabes lo que se parece Babi a ti. Ella está enamorada de Miky, pero ese tonto se hace el duro.

—Las he sentido nombrar, sería imposible no enterarme porque en la peluquería no hablan de otra cosa. Qué suerte tiene el autor, ha cautivado a mucha gente —dijo Ana con un tono de voz indiferente y desinteresado, como si solo respondiera por educación.

—Sí, los ha cautivado a todos, menos a quien él quería. Si quieres te presto la primera novela de la

trilogía —dijo María, y quedó expectante esperando la respuesta de Ana, que la miraba con el ceño fruncido.

—No creo que tenga tiempo de leerla, estoy bastante ocupada.

—¡Qué lástima! —dijo María, y dejó el tema, como si le diera lo mismo que se llevara o no la novela.

—¿Alex la ha leído? —preguntó con cierta curiosidad.

—Del principio al fin, del fin al principio y del medio hacia los costados. Dudo que alguien la conozca más que Alex —dijo María dejando deslizar una duda más.

Ana enarcó las cejas, y luego le sonrió.

—Se ve que es fanático como tú. Aunque supongo que no de Babi. Por lo que he escuchado en la peluquería los hombres prefieren al

insensible de Miky.

—¡Oh, no!, yo creo que está enamorado de la dulce Babi —dijo María.

Ana la miró con desconfianza. Qué le querría decir con eso de que Alex se había enamorado de un personaje. ¡Era ficción, solo ficción! Además, Alex era un hombre práctico, no tenía el perfil soñador. En Sergio lo podría haber creído, porque él sí era un romántico que se quedaba horas mirando algo bello, como cuando se paraba frente a la tienda y observaba embelesado a Elena, pero Alex no. Él era impulsivo, desvergonzado y práctico.

Solo una vez Alex le había dicho una frase tierna y romántica que le quedó grabada: “Sabes que eres mi tesoro máspreciado”. ¡Cómo no recordarla si era la única que le había dicho!

Bueno, había otras palabras, pero eran solo expresiones o apodosos ridículos que le ponía y quitaba cuando se inventaba otro.

—Dudo que Alex se enamore de unas letras impresas —dijo Ana.

María frunció el ceño como si se hubiera ofendido.

—Para afirmar eso tendrías que leer la novela. Babi es muy especial y yo creo que hay muchos hombres enamorados de ella. Lo que pasa es que no lo dicen porque son unos machistas arrogantes que no creen en el amor, pero ella conquista a todo el mundo —Concluyó su acalorada defensa de Babi, y sonrió cuando Ana extendió la mano y sacó del estante el primer libro de la trilogía.

—Me lo llevo, después de todo Alex no está y no creo que le importe que demore un año en leerlo —dijo Ana, y se levantó para salir de la

habitación.

Antes, echó una última mirada y sonrió al ver el retrato de ella sobre la mesa de noche. Parecía que miraba a los ojos mientras sonreía, quizá sintiera que se comunicaba con ella y por eso le gustaba a Alex.

—Te dije que estabas muy linda en esa foto. Creo que es la preferida del jefe —María se acercó a Ana con el segundo libro de la trilogía—. Toma, no hace falta que se los devuelvas. Seguro que si supiera que los quieres leer te los habría regalado.

—Gracias, me ha encantado conocerte, María. Dale mis saludos a Ernesto. Mañana me voy y no vuelvo por dos meses. Después de los desfiles he decidido tomarme unas vacaciones; las primeras de mi vida —aclaró Ana.

María se acercó para estrecharla en un abrazo.

—Sabía que serías especial. Por eso quería conocerte. ¿Dónde piensas ir de vacaciones?

—Mi última escala será Mendoza, tal vez me quede allí para cumplir un sueño. Quiero alcanzar la cima del Aconcagua —comentó Ana.

María sonrió por la información que tendría para el jefe.

—¡Ohhh!, todo un reto al estilo de los de Babi, ¡qué emocionante eso de trepar el Aconcagua! Por qué no me dejas tu *mail*, no vaya a ser que necesites ayuda y... no te olvides que yo he sido asistenta y puedo resolver muchas cosas mientras no estás. No te imaginas lo rápida que soy para resolver problemas. El jefe a veces me llamaba de Brasil y me decía: “Te quiero ya en Brasil con los papeles que me olvidé” y yo llegaba en el primer vuelo. Si me dieras tu *mail* yo podría correr a

resolver cualquier problema que se te presentara. Hasta podría hacer trámites del negocio, soy muy buena para eso. Si confías en mí en el primer cajón hay hojas en blanco para que me anotes tu dirección de correo —aclaró María para convencerla de que le diera el bendito *mail*.

Ana se echó a reír. Sí que era insistente la empleada de Alex. Ya se lo imaginaba perdiendo la paciencia con esta mujer solícita que quería ocuparse de todos los trámites que tenía que hacer.

—En el negocio quedan Sofí y Elena, ellas se van a encargar de reemplazarme, pero igual te voy a dejar el *mail* por si necesito algo —Se acercó al escritorio de Alex y abrió el primer cajón. Una nota escrita por Alex le llamó la atención.

“A los quince años me enamoré de una chiquilla, a los veinte la abandoné pensando que era una locura amarla, hoy ya tengo treinta y dos

y sigo pensando en ella como el día en que la dejé, ese soy yo”.

Se quedó perpleja por esa confesión escrita y guardada al descuido en el cajón de su escritorio. Era su letra, que siempre había sido algo desprolija. No había dudas que lo había escrito Alex. Acá no cabía duda. Alex estaba hablando de ella, se había enamorado de ella y había huido de lo que creía era un error.

Parpadeó varias veces intentando contener las lágrimas y se giró en la silla pensando que María la estaría observando, pero no, por suerte María estaba dada vuelta sacando una arruguita del cobertor. Aprovechó la distracción de la asistenta de Alex para deslizar el papel en el bolsillo del saco, le dejó el *mail* sobre el escritorio y salió de la habitación sin despedirse. No podía hablar, tenía un nudo en la garganta y los ojos llenos de

lágrimas.

Parada en el parque de la casa de Alex, Ana contempló las luces que iluminaban las plantas que se mecían por la brisa de otoño. Se giró y echó un vistazo a la ventana del primer piso, María le sonrió y la saludó con la mano.

La asistente de Alex sabía que se encontraría con el papel, por eso había insistido en pedirle el *mail*, para que abriera el cajón y descubriera esas palabras escritas y archivadas en el escritorio.

María sabía que Alex la amaba y había intentado que ella se enterara al mostrarle su casa, las fotos del día en que la conoció y del que la dejó, y la habitación que había decorado con sus sugerencias y nadie había utilizado.

Ana apretó las dos novelas de Miky Martin sobre su pecho para sentirse cobijada aunque más

no fuera por unos libros. Necesitaba abrazarse a alguien para que la consolara como solía hacerlo Alex en la infancia, pero no había nadie; si él no estaba no había nadie; solo esos libros, dos objetos inertes y sin vida.

No, se dijo, había dos vidas latiendo en el interior de las páginas, las de Babi y Miky. Los apretó con más fuerza sobre su pecho mientras pensaba que María era una asistente muy inteligente al llevarla con sutilezas a recorrer el terreno que ella quería que pisara.

Ana se subió al *Porsche* y no necesitó acelerar en falso como lo hacía siempre, algo dentro de ella le había dado la seguridad que le faltaba. Alex la amaba, y solo se había ido de su lado porque creía que no debía sentir amor por ella.

CAPÍTULO 12

Tenía ganas de matar a María. Si la tuviera frente a él la ahorcaría. ¡Qué mujer entrometida! ¿De dónde había sacado que él necesitaba ayuda con Ana? si solo quería olvidarla, no que le dieran una mano como le había dicho María en el *mail*.

“Jefe, le he dado una buena mano con Ana Marco. La verdad es que me ha encantado conocerla, es tan tierna y respetuosa como Babi, y tan bonita como en las fotos que tiene por toda la casa. Por cierto, ella las ha estado mirando. Mire, jefe, son tantas las novedades que tengo de Ana Marco que voy a ir día a día contándole para no interrumpir sus pensamientos, porque sé que está ocupado en lo que los dos sabemos”.

¡No interrumpirle los pensamientos!, si no podía dejar de pensar cuáles serían las novedades que iría contándole de a poco.

Alex se había levantado temprano porque mientras dormía le habían aparecido ideas fantásticas para el final que tenía pensado en el Aconcagua, pero cuando se preparaba el desayuno se le ocurrió revisar los mensajes del celular y allí estaba el de María que decía: “Jefe, abra el *mail*”.

Descarada y caradura. Como si pudiera ordenarle a él que era el jefe. Pero lo había abierto porque después del llamado en el que le pedía disculpas por entrometerse en su vida, no se había comunicado más y tampoco respondía sus mensajes.

“HE CONOCIDO A BABI”, era el título que le había puesto al *mail*, y Alex se preocupó al suponer que estaba comparando a Babi con Ana.

Si eran distintas. Babi era de cabello oscuro y ojos verdes, nada que ver con Ana que tenía el cabello de color miel y los ojos ámbar. Ana era más alta, como de un metro sesenta y cinco, en cambio, Babi solo medía un metro cincuenta y cinco. Alex había tenido mucho cuidado de diferenciarlas en todos los detalles porque lo que menos quería era triunfar con un libro donde estuviera expuesta su historia. Inclusive los riesgos que corría Babi nada tenían que ver con la vida tranquila de Ana. A Babi le encantaba practicar los deportes extremos, aunque solo lo hiciera para recuperar a Miky. En cambio, Ana llevaba una vida de contemplación de la naturaleza. No necesitaba lanzarse de puentes o navegar por los rápidos en canoa. Y mucho menos se le ocurriría la loca idea de Babi de andar trepando nada menos que el Aconcagua. Eso no

era cuestión de osadía. Había que estar preparado físicamente y con todos los exámenes médicos en condiciones para emprender semejante reto. Babi había entrenado dos meses para ello. Por lo que Alex sabía, Ana no era una mujer que practicara deportes o entrenara su cuerpo para acometer retos. Si no bajaba el trasero del auto, según decía Mario que se enojaba por la falta de actividad física de Ana desde que había adquirido el *Porsche*.

¿De dónde había sacado su entrometida asistenta que Babi era parecida a Ana?

Alex trató de dejar de pensar, suponer y conjeturar para concentrarse en el final de Miky. Solo le quedaba un mes de plazo y aún no tenía la novela terminada.

Pensar que la noche anterior había soñado ideas geniales para el final, y por culpa del

mensaje de María no tenía nada, ni un resquicio de aquel sueño. Solo tenía a su asistenta en la cabeza y a Ana que había entrado a la casa del pueblo y había visto las fotos que tenía en cada uno de los ambientes.

“Tú casa, mi Ana”, solía decir cuando entraba. Luego miraba el decorado de la habitación con los detalles que ella le había sugerido y decía: “Tal cual la querías tú”.

Los portarretratos estaban por todos lados porque esa casa era de Ana desde que le había dicho: “Como me gustaría vivir en tu casa, Alex, con ese hermoso parque y las ventanas tan amplias”; y él había decidido no ocuparla si no era con ella.

Ana no sabía su decisión, y por suerte María tampoco, ni siquiera se lo imaginaba, sino ya se lo habría contado. Menos mal que era un hombre

reservado con sus asuntos personales porque con una asistente entrometida como la que tenía, sus intimidades serían conocidas por Ana.

Un día perdido, un maldito día perdido, se dijo mientras se paseaba hecho una fiera por el departamento con el café enfriándose en sus manos.

Recordó que ese fin de semana Ana estaría en el desfile de temporada que darían en el local de la calle Gorriti, a la vuelta de su departamento. Lo había averiguado cuando regresó a la tienda para recabar un poco más de información.

No es que tuviera curiosidad, solo que él conocía la organización que requerían los desfiles porque los había hecho cuando tenía la empresa y hubiera querido aportar alguna idea. Pero todo estaba tan bien organizado que no pudo dar ni una

miserable opinión. Claro, si era socia de Miguel Cervantes, el hombre que solía organizar los más extravagantes desfiles de temporada.

¿En qué andaría?, se preguntó. ¿Ya estaría en Córdoba presentando la temporada en el *Patio Olmos*? Seguramente esa noche ella luciría como una reina y estaría rodeada de atenciones y felicitaciones por el maravilloso trabajo que hacía. Se merecía el éxito porque era una excelente diseñadora, pero sobre todo porque nunca había perdido la humildad.

Luego sus pensamientos regresaron a la entrometida de su asistente, y los buenos deseos para Ana se esfumaron por culpa de María. ¿Qué se creía?, que podía dejarlo en la nebulosa sobre su propia vida, largándole a cuentagotas lo que habían hablado de él. ¿Acaso no lo conocía lo suficiente para saber que estaría trepándose a las

paredes por su intromisión!, ¡qué no podría concentrarse en lo que ambos sabían si lo dejaba en semejante incertidumbre!, maldita mujer, se dijo, y compadeció al pobre de Ernesto que había caído en sus garras y la tendría que aguantar durante toda la vida.

¿Por qué se había compadecido de ella cuando la contrató como asistenta?, si era una chica demasiado avispada y entrometida, siempre paraba la oreja, se demoraba en la limpieza o derramaba el café buscando la excusa para quedarse y enterarse de sus asuntos.

Y ahora metía las narices en sus temas personales. ¡Cómo se había atrevido a llevar a Ana a su casa para que viera su debilidad por ella!

La culpa es mía, se dijo, solo mía por haberla tratado con tanta condescendencia. Él le había dado la mano y María se había agarrado del codo

porque era una confianzuda, siempre lo había sido. Según ella lo hacía por su bien, ¿quién era María para dedicarse a hacer el bien si no se lo había pedido?

Caminó a la cocina, lavó la taza del café que no había bebido y se obligó a encerrarse en el estudio.

Abrió el archivo de Miky Martin.

Si se ponía a releer lo último que había escrito, quizá le vendría una inspiración divina para emprender el final de la trilogía. Solo le faltaba el maldito final, lo había visto entre sueños pero María le había borrado las imágenes difusas que lo habían despertado y ahora no tenía nada. Bueno, él conocía el final, el asunto era cómo enfrentarlo para que quedara impecable, y comenzó a leer.

Miky se paseaba por la oficina alfombrada, el

vaso de Whisky en la mano, un Marlboro se consumía en la otra, las cenizas caían en la alfombra. El cenicero estaba lleno de colillas porque Miky apagaba uno y encendía el otro.

En la sala contigua lo aguardaba Dustin Neumann para sellar el trato sobre el invento que revolucionaría el mundo. Tras esa puerta estaba la meta más grande de su vida.

Dos años había corrido tras Dustin para conseguir esa meta, y otra vez Babi le frustraba los planes.

¿Cómo se enteraba de las reuniones?, se preguntó, ya que Babi se había encargado de hacerle cancelar las pocas entrevistas que le había dedicado Dustin, como si supiera el día y la hora en que se reunirían.

Dustin era un biólogo loco que había descubierto la forma de reemplazar el petróleo a

través de un recurso renovable. Lógicamente tenía un proceso que solo él conocía y guardaba celosamente en su memoria. Miky lo había visto en su estado primario y se parecía a un lodo diluido, pero luego del proceso de refinamiento lo había probado en el coche de Dustin, que volaba por las carreteras de Brasil.

Antes, Dustin había sido un joven aventurero que clasificaba nuevas especies de plantas, hasta que descubrió, en una de sus excursiones científicas por la impenetrable selva del Amazonas, una tribu que vivía alejada de la civilización. Ellos fabricaban su propio combustible, aunque no lo sabían.

Dustin, después de meses de espionaje había dado con la fórmula y había aplicado sus conocimientos para producir el combustible de forma masiva.

“Tan simple y nadie más que yo lo he descubierto”, solía decir, aunque se cuidaba de no dar detalles.

Miky llevaba tratando de comprar la formula de Dustin desde que había dejado a Babi y sus ideas románticas, que solo lo habrían convertido en un hombre del montón: quizás un panadero sudado, o tal vez un operario de la construcción. Él no era para eso, había nacido para conocer el éxito. Se lo había dicho a Babi cuando la abandonó, y ella había llorado, gritado y pataleado, pero no se compadeció porque su meta era ser un hombre importante.

A los pocos días de dejar a Babi había invertido los ahorros que tenía guardados para comprar el televisor, el lavarropas, la heladera... y esa larga lista que Babi había

confeccionado del ajuar, en un torno para fabricar piezas de automóviles. Nunca se arrepintió de haber invertido los ahorros en ese torno, su primer paso al éxito.

Dustin había aparecido en la vida de Miky de pura casualidad. En realidad habían chocado en la calle, esas cosas del destino. Miky iba apurado a una reunión de autopartistas que querían exportar piezas a Brasil. Había salido de la fábrica sin mirar si algún peatón distraído se cruzaba en su camino, él solo avanzaba observando la calle para detener un taxi, y chocó con un hombre de traje gris y camisa verde loro que caminaba sin ver donde ponía el pie porque estaba concentrado en un montón de papeles ajados que traía en la mano.

Así conoció a Dustin y su fórmula secreta, cuando el hombre quedó sentado en el piso con

los papeles desparramados en la acera. Lo ayudó, no solo a levantarse sino que también juntó sus papeles, y en ese momento un título llamó su atención: “Fórmula para reemplazar el petróleo”, aunque allí no había ninguna fórmula, sino un título atrayente. Miky no se percató de ese detalle y se dijo que los hombres que andaban a la caza del éxito, como él, solían encontrarlo donde menos lo esperaban.

Ese día perdió la reunión y la posibilidad de exportar sus piezas a Brasil, pero se ganó a Dustin, con su labia fácil y su actitud emprendedora de empresario joven y decidido.

Dustin era un loco excéntrico que solo dos veces al año salía de la cueva que tenía en el impenetrable Amazonas; por eso solo habían tenido cuatro reuniones en dos años, que Babi se había encargado de interrumpir.

Esta era la quinta y última reunión que tendrían, porque Dustin estaba perdiendo el interés en venderle la fórmula. Pero Babi había viajado a Mendoza con la descabellada idea de trepar nada menos que el Aconcagua.

—Recomiendan seis meses de ejercicios para emprender semejante reto —dijo Miky a su empleado, el hombre que seguía a Babi para informarle, que nueva aventura pensaba acometer.

—Se ha ejercitado dos meses, jefe, y le he escuchado decir que está más que preparada.

—¡Qué va a estar preparada!, si siempre tengo que salir corriendo para salvarle la vida —dijo Miky, y bebió un trago de whisky—. ¿De cuánto tiempo dispongo antes de que le dé un edema pulmonar, o de que se lance a escalar la

pared sur con sogas y esas cosas que tanto le gustan?

—Nada, Miky, le sugirieron aclimatarse unos días en el campamento base, pero ella sonrió, se cargó los implementos al hombro y se fue con un grupo que partió ayer —dijo el empleado sabiendo que ahora vendría el alarido de Miky.

—¿Ayer?, ¿has dicho ayer? —Miky se acercó a su empleado y lo elevó del saco para tenerlo a su altura mientras le rugía—. ¿No te dije que quería saber todo en el mismo instante en que ocurría? ¿Y si ya le ha pasado algo?, ¿está sola en esas desolaciones con el viento que posiblemente la vuela con el poco físico que tiene! ¡Oh, mi madre!, hasta cuándo voy a tener que correr tras esa inocente de Babi que no mide las consecuencias de los retos; solo arremete y salta al vacío esperando que yo esté abajo para

sostenerla —gritó, soltó a su empleado y se acercó al ventanal.

El mar y el cielo azul de Brasil solían serenarlo, pero Babi no lo dejaría en paz, nunca lo dejaría en paz porque tenía ideas demasiado románticas en la cabeza, él era un hombre práctico, un empresario luchador y decidido.

Eso era todo lo que tenía escrito, pensó Alex, ya no había más, y las escenas que había visto entre sueños no habían regresado para permitirle concluir la novela.

Se recostó sobre el respaldo del sillón giratorio esperando que la divinidad se ocupara del final.

A los pocos minutos escuchó la serena melodía de *Beethoven* en el celular y supuso que sería María dispuesta a interrumpirle el día completo con su información a cuentagotas.

Se enderezó para atender y se sorprendió de

que la llamada fuera del editor. Para qué lo llamaría si él le había notificado por *mail* que en un mes le enviaría el manuscrito.

Lo atendió.

—Daniel, no recibiste mi *mail* —dijo Alex a la defensiva.

—Claro, pero un mes es demasiado tiempo, en un mes se pueden escribir bastantes páginas, sobre todo tú que no eres precisamente lento, ¿o me equivoco?

—No... no te equivocas—*pero no logro concentrarme*, tuvo ganas de responder, aunque se contuvo porque ya lo habían esperado demasiado tiempo debido al accidente y el proceso de rehabilitación que duró los seis meses que había calculado Rodríguez.

“En seis meses volverás a ser el de antes”. No

era cierto, porque el de antes había desaparecido, ahora era un escritor que vivía encerrado en un departamento escribiendo el final de una historia que no era la suya.

Dejó los pensamientos filosóficos porque los plazos no se lo permitían, no podía seguir dilatando lo que tendría que haber entregado tres meses atrás. Además, solo le faltaban unas pocas páginas.

—Bien, entonces espero hasta el viernes para que me mandes el manuscrito completo. Sé que lo puedes hacer —dijo Daniel, y con un saludo cordial terminó la comunicación.

¡Claro que podía hacerlo!, solo era cuestión de concentrarse en Miky y Babi, y de olvidarse de la entrometida de María y de Ana. Después de todo él había tomado la decisión de alejarse de su vida. Ella ya había soportado demasiados problemas

por su culpa, y por más comprensiva que fuera, no iba a olvidar tantas trastadas. Nadie perdonaba tantos errores, solo un ángel.

Con esa conclusión se dispuso a dedicar la semana completa a los personajes. Él tenía que cumplir con los lectores que aguardaban impacientes la última entrega. Ellos eran su única prioridad.

Alex emprendió el final de la trilogía dejando de lado los escuetos comentarios de María sobre la visita de Ana, sin tener en cuenta que el subconsciente no había olvidado sus problemas. Haría el mejor de los finales, se dijo, el que permitiría dejar en el lector un recuerdo imborrable de las horas pasadas junto a los dos personajes que habían generado una disputa entre los hombres y las mujeres.

¿Miky dejaría todo por Babi, o dejaría a Babi

por no perderlo todo?, sonrió y a partir de ese momento se convirtió en Ringo Arias, el escritor que hacía volar los dedos en el teclado cuando tenía las ideas claras.

—Perdón que interrumpa pero... ¿hay algún problema?, quizá yo podría dar una mano —dijo Dustin, que había entrado a la oficina después de escuchar los gritos de Miky.

—¿Alguna vez has intentado trepar el Aconcagua? —Miky giró para mirarlo, y se sorprendió porque Dustin sonreía como si entendiera de lo que estaba hablando.

—Hasta los tres mil setecientos metros me podría aventurar a decir que es un reto alcanzable, pero desde los cuatro mil, ya es una locura, no hay oxígeno y la cabeza se embota. Sí, lo he subido hace algunos años —dijo Dustin, y

se echó a reír al ver que Miky lo miraba con la boca abierta—. Era un aventurero por aquella época, creo que te lo comenté. Ahora estoy apaciguado.

—Mierda, eres una caja de sorpresas, Dustin —dijo Miky, que estaba realmente asombrado—. Admiro a los hombres que no se dejan llevar de las narices por las mujeres —concluyó Miky sus suposiciones.

Dustin arqueó las cejas.

—¡Cuánto te resta por aprender, chico! ¿Por qué crees que no salgo del impenetrable Amazonas más de dos veces al año?

—¿Tú... estás casado?

—Mi Ciu es muy guardiana de su hombre. Tuvimos una hija. Ha salido aventurera como yo, y en estos momentos... ¡vaya a saber por dónde anda!

—¡No me digas!, eso de no saber dónde está su hija debe ser terrible para Ciu, creo yo —dijo Miky.

Dustin sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No, Ciu le aconsejó que se fuera a ver el mundo. Quería sacarla de la selva para que se enamorara de un hombre que no fuera de su tribu.

—¿De su tribu? —preguntó Miky sorprendido, se acercó a su empleado y le dijo—. Prepara café y luego compra dos pasajes a Mendoza. Dime Dustin, ¿de qué tribu me hablas?

—Oh, eso no te lo puedo contar porque no eres familia. Ellos son rudimentarios, pero al menos no cortan cabezas como otros.

—¡Oh, qué barbaridad!, ¿y cómo conociste a Ciu?

—Bueno, ella era la hija del jefe y tuve que

casarme cuando me descubrieron espiando la fórmula. Nunca me he arrepentido. Si vieras lo bonita que es Ciu. Tiene el cabello negro y los ojos verdes como los felinos. Es muy bajita pero lo que le falta de altura lo tiene de decisión. Siempre consigue lo que quiere —Miky observó que el hombre se perdía en una ensoñación cuando hablaba de su mujer, y por prestar atención a esos detalles no se percató de la descripción que Dustin había dado de Ciu: “cabello negro, ojos verdes y estatura baja”.

—Digamos que te llevaron de las narices al altar —aventuró Miky mientras dejaba escapar una sonrisa.

—Si lo quieres ver así, lo acepto. Pero yo lo siento de otra forma. Me enamoré de ella y no fue ningún sacrificio ni me tuvieron que llevar de

las narices como quieres creer. A veces se puede tener todo —dejó deslizar Dustin esperando su reacción.

—No lo creo, una mujer es un rompedero de cocos.

—Eso es cierto, pero también suelen tener su parte buena. Con Ciu hemos formado nuestra propia empresa, nos va muy bien. Si supieras la cantidad de plantas medicinales que hay en la selva. Entre el conocimiento de los nativos y el mío hemos cambiado mucho la vida en la aldea. Ni te imaginas cómo ha evolucionado esa gente, sin perder sus ritos lógicamente porque su vida está llena de creencias ancestrales. Mi hija, a pesar de que se ha ido, siempre vuelve a nosotros para no perder sus raíces. Es una chica admirable y tan decidida a conseguir lo que quiere como su madre. Si se le pone algo en la

cabeza, un hombre por ejemplo, no para hasta que lo consigue. Ella sigue al pie de la letra los consejos de Ciu.

—¡Vaya!, pobre hombre el que se cruce en el camino de tu hija —aventuró Miky mientras un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Y pobre mi hija porque lo consigue o muere en el intento. Ciu dice que mejor muerta que viviendo como una muerta por haber perdido el amor; son creencias ancestrales —comentó Dustin—. Yo no las comparto y quiero viva a mi hija.

Miky sintió la amenaza que tenían los ojos de Dustin cuando decía que quería viva a su hija, era como si salieran flechas envenenadas dispuestas a traspasar el corazón del hombre que se atreviera a hacerle daño a esa hija encaprichada en “cazar” un hombre.

¿Estaría igual de encaprichada que Babi por él?, se preguntó.

Nombrar a Babi le recordó que ella estaría trepando el Aconcagua con esa debilidad de músculos y ese cuerpo que no daban ni para trepar un montículo de arena. Tenía que ir tras ella, se dijo, aún a costa de perder el proyecto de su vida que lo convertiría en un hombre importante, el más importante del mundo con el descubrimiento que había hecho Dustin.

El hombre no era ambicioso, pero si comedido a la hora de entregar la fórmula. ¿Qué sería del mundo sin el petróleo?, se preguntó Miky, seguramente volvería a la vida rudimentaria de la tribu que le contaba Dustin.

Pero Babi estaba en el Aconcagua sufriendo falta de aire y arriesgándose a caer de un

barranco si se le había ocurrido trepar las rocas escarpadas con sogas y esas cosas que tanto le gustaban.

—Dustin, es la quinta vez que nos reunimos y... nuevamente no puedo quedarme porque alguien me necesita en el Aconcagua —explicó Miky con pesar al darse cuenta que estaba dejando pasar la última posibilidad de convertirse en un hombre recordado.

—¿Me estás diciendo que vas a renunciar a la fórmula para ir a rescatar a un inconsciente al Aconcagua? —preguntó Dustin desconcertado, aunque su corazón estaba feliz, pero no lo expresó.

—No puedo dejarla sola, me necesita. Quizás podríamos acordar una última reunión —su voz era insegura porque no le gustaba jugar con el tiempo de la gente, pero tal vez Dustin se

compadecía y le daba una última oportunidad de ser recordado como un hombre que había salvado al mundo de vivir en la rudimentaria vida de las tribus por la falta de petróleo.

—Esta es la última reunión y soy un hombre de palabra —dijo Dustin, y no le pasó inadvertido que Miky tragaba con dificultad—. ¿Quiere decir que estás renunciando a la fama, esa que te haría inmortal para el mundo venidero... por salvar a una muchacha?

Miky no le contestó, estaba al borde de un ataque de histeria, quería romper la oficina, el escritorio, el sillón de cuero presidencial y desgarrar la alfombra peluda donde reposaban sus pies descalzos cuando se relajaba del trabajo. Todo por culpa de Babi y sus ideas románticas. Pero no podía dejarla en el Aconcagua, porque ella moriría si él no iba en su

rescate. Estaba seguro de eso. ¿De qué fama disfrutaría sabiendo que para llegar a ser un hombre importante había dejado morir a Babi en el Aconcagua? De ninguna, se dijo Miky, porque mientras la gente le palmeara la espalda y hablara maravillas de su descubrimiento, él pensaría que Babi había muerto en el Aconcagua porque había preferido ser recordado antes que correr a salvarle la vida.

—Sabes, Miky, yo también quiero ser recordado, pero por la tribu que me recibió, por Ciu y por mi hija que le contará a sus hijos sobre el abuelo alemán que se enamoró de una indígena y dejó los lujos de su país para vivir en el impenetrable Amazonas —le palmeó el hombro, y se acercó a la puerta de la oficina—. Espero que algún día nos volvamos a ver.

Miky se recostó en el sillón de cuero de la oficina sintiéndose vencido por Babi. Ella había conseguido convertirlo en un fracasado, se dijo, pero el ánimo no le daba para pensar y cerró los ojos esperando que su empleado llegara con los pasajes para ir a rescatarla.

Alex se recostó en el sillón giratorio de su oficina con una sonrisa irónica en los labios. Pobre Miky, estás perdiendo el orgullo por una muchacha, hasta se podría decir que estás quedando como un pusilánime frente a los hombres que esperan leer un final glorioso, un final en el que tú estás en un bar con una rubia despampanante sentada sobre tus piernas mientras le acaricias el muslo y dejas deslizar una mano dentro del escote. Voy a tratar de salvarte Miky, te juro que voy a hacer lo posible, no quiero que te pase como a mí que perdí el

orgullo para siempre el día que no pude defender a Ana de los golpes que le dio Carl. Al menos tú vas a demostrar ser un hombre digno, se dijo Alex.

Era la madrugada del día tres. Alex había decidido enumerar los días desde que había hablado con el editor, y en esos momentos solo le restaban dos días para la entrega. Manejaba bien los plazos ya que le quedaban unas pocas páginas para concluir la trilogía.

Ya llegaba a su fin. Tres años de trabajo solamente interrumpidos por el accidente. ¿Qué haría después?, se preguntó. No haría nada, porque había decidido vivir en el presente, sin los recuerdos del pasado para poder llevar una vida tranquila.

Los recuerdos solo servían para detener el

tiempo en una época que ya había pasado. El pasado, solo eran datos que alguien había escrito según su propia percepción de los hechos, o inventado para crear la historia. Dentro de muchos años nuestros presidentes serían próceres de la historia y nadie recordaría que habían gobernado para sus propios intereses. Las historias pasadas no eran más que un recuerdo subjetivo de gente que ya no estaba en ese tiempo y quizás habría desvirtuado la verdad para amoldarla a sus creencias, o de gente que vivía en el presente y se imaginaba los acontecimientos del pasado.

Él mismo era un ejemplo de ello con sus recuerdos.

El pasado no existía y el futuro no había llegado, solo había un presente, que era lo que estaba sucediendo ahora, con él recostado solo en el sillón giratorio, descansando unos instantes para

retomar la escritura de la historia que estaba relatando sobre Miky y Babi.

Y con esa conclusión se durmió después de tres días sin descanso para cumplir con los plazos del editor.

Pero los sueños no vivían en el presente y Ana estaba allí, tan hermosa como siempre, tan humilde y generosa que a pesar de lo que le había hecho; le sonreía y lo llamaba. “Alex, Alex, no me abandones de nuevo”, le decía en susurros lejanos, como si la distancia entre ellos cada vez se alargara más. Como si al no recordarla, ella se diluyera como un charco de agua al abrazo del sol del mediodía.

Algún día nos volveremos a ver, le susurró Ana, y Alex sonrió entre sueños.

CAPÍTULO 13

Hacer tres desfiles de temporada en diez días era todo un reto. Miguel había organizado un despliegue impresionante en el *Patio Olmos* de Córdoba, con una pasarela elevada y sillas a cada lado para los invitados. Había pagado una suma exorbitante para cerrar durante dos horas los espacios comunes del centro comercial.

Pero no todo había salido como él lo había planeado, porque cuando entró Ana, vestida con un diseño exclusivo en seda color índigo ajustado al cuerpo, que reía y saludaba al que se acercaba a conocerla, la organización se fue al diablo.

Ella era de naturaleza generosa e invitó a participar a varias tiendas que estaban contiguas a

la suya.

Las modelos terminaron luciendo sus prendas, los zapatos de *Marcu*, las carteras de *Gesel*, las gargantillas de *Alista*, y hasta se entremezcló una tienda de ropa de hombre con los empleados que desfilaron con trajes y ropa *sport*. Esto ayudó a rellenar los espacios que se producían cada vez que las modelos cambiaban los vestuarios y los peinados.

Miguel estaba furioso porque ellos habían corrido con todos los gastos. Pero Ana brillaba de emoción ante semejante despliegue de ropa y gente que se había congregado para ver sus diseños, y a ella, que no acababa de saludar y conversar con quien se le acercara.

Lo único que enturbió la dicha de Ana fue que Mariana, la ex esposa de Alex, que tenía la tienda pegada a la suya aunque sin la marca Alex Alvear

como ella esperaba ver, había mirado todo desde su local, con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y los brazos cruzados delante del cuerpo.

Ana tenía terror de que se le acercara para armar un escándalo, pero en un intervalo que se produjo para que las modelos se cambiaran los trajes de tarde por los de noche, la ex de Alex se escurrió entre la multitud y desapareció del centro comercial.

Recién en ese instante sintió que se distendía, porque entre los nervios de su primer desfile y la presencia de Mariana había dudado de llegar hasta el final de la fiesta sin desmayarse.

Las luces iluminaban la pasarela, las sillas estaban en penumbras, y eso hacía resaltar el brillo de las prendas dando un toque mágico al desfile.

La gente exclamaba: *¡oh!*, *¡ah!*, *¡fantástico!*,

¡impresionante! con cada modelo que hacía su aparición.

En Córdoba, Ana había decidido presentar prendas en una gama de colores estridentes: rojo, verde botella, naranja, índigo, aunque no faltaron el blanco y el negro para las más sobrias, los sacos cortos y entallados para las más delgadas y los de talle suelto que sobrepasaban la cola para las más rellenitas.

Las modelos no eran delgadas, sino mujeres que se podía encontrar en la calle sin buscar demasiado. Sí atractivas, y cada una resplandecía con su propio encanto. Eso fue lo que más impactó en la concurrencia: que la ropa de Ana Marco estaba diseñada para que todas la llevaran con elegancia sin que se notaran los kilitos de más.

Ana nunca había recibido tantos aplausos y

alabanzas. Estaba aturdida por el trato reverente que le daban las personas que debían ser sus clientas del local, y se emocionó cuando Miguel, que era el presentador, con un gesto de la mano le dedicó todo el éxito mientras la invitaba a unirse a él y a las modelos.

Fue una noche mágica, llena de laureles y de logros que nunca había deseado alcanzar. Pero lo más emotivo fue que su padre, Laura y Sergio habían venido del pueblo para acompañarla. Solo faltaban Leo y Alan que estaban en Europa, y por lógica, Alex, aunque Ana sabía que él no estaría.

Sus padres estaban tan unidos, que Ana creyó que en cualquier momento perdería la compostura y se echaría a llorar como cuando era una niña y Mario le ponía límite a los caramelos porque decía que los bichos le comían los dientes. “Mario tiene razón, Ana, tienes unos dientes muy bonitos y

los caramelos te los van a dejar todos rotos como los de la anciana Carmen”, solía decirle Alex para hacerla entrar en razón, mientras la abrazaba para quitarle la angustia. *Dónde estás, maldición, dónde estás que me hace falta tu abrazo*, pensó mientras se dejaba fotografiar con Miguel y las modelos.

Ya se acababa todo, se dijo buscando el coraje para contener el nudo que tenía en la garganta.

Ella era una estúpida sentimental que no podía aguantar las lágrimas. Siempre había sido sensible y débil para soportar con entereza los momentos emotivos, y ese era tan malditamente emotivo que estaba a punto de echarse a llorar frente a toda esa gente que la aplaudía de pie.

—Miguel, podrías terminar, por favor, salvo que tu intención sea verme salir corriendo —le susurró Ana a su socio. Él sonrió con ternura al

ver que le brillaban los ojos, agradeció la asistencia de la gente y la tomó del brazo para llevarla al local.

La reunión transcurrió como si fuera un encuentro familiar en la casa de Mario, porque las empleadas de la tienda se dispersaron para recolectar las prendas y acomodarlas en las perchas y Ana pudo disfrutar de su familia antes de que regresaran al pueblo.

Laura, al igual que ella, tenía los ojos brillantes de lágrimas, y su padre estaba demasiado serio, asombrado al ver tal despliegue.

—¿Nunca te imaginaste esto, Mario? — preguntó Ana.

—No, hija, nunca creí que sería tan fastuoso. Tampoco me imaginé que la gente se atropellaría para saludarte y..., esto te va a llevar lejos, hija

—dijo Mario, y se acercó para abrazarla—. No pierdas tus oportunidades, además, si te vas a Europa no vas a estar sola porque los mellizos te van a recibir en su casa.

Ana se separó de su padre y se echó a reír.

—¿Crees que me estoy por ir?, ¿tan poco me conoces? Solo estoy deseando que termine todo para regresar al pueblo. Bueno, pienso quedarme unos días de vacaciones en Mendoza —comentó Ana como al pasar.

Se había cuidado de no contarles nada para no recibir largos y tediosos sermones por el tipo de vacaciones que pensaba tomar: llegar a la cima del Aconcagua.

Llevaba dos meses preparándose. Ya tenía contratada la expedición y en unos días más estaría en lo que llamaban Campamento Base, aclimatándose para ascender. Los exámenes

médicos le habían dado bien y estaba cumpliendo con la preparación física que le habían recomendado en la agencia.

Cuando tomó la decisión de trepar el Aconcagua decidió mantener en secreto su destino para que nadie intentara hacerla desistir, aunque unos días atrás se lo había contado a María, la asistente de Alex. Fue un desliz, como si el subconsciente la hubiera traicionado para que dejara salir de sus labios la palabra Aconcagua. Lo más cómico era que ni siquiera se arrepentía de que María lo supiera.

Ana estaba decidida a llegar a esa cima, y nada ni nadie la podría bajar hasta que no alcanzara su sueño de la infancia, llegar a las estrellas, aunque sabía que solo era una ilusión, pero cuando era niña sentía como si algún día pudiera llegar a tocarlas. Por eso lo haría. Además, creía que en

las alturas, tan cerca de las estrellas, lograría regresar como una persona diferente, sin rastros de los recuerdos que no le permitían avanzar en la vida. Ya tenía veintiocho años y su vida se había estancado en los quince.

Cuando estuviera arriba dejaría marchar a esa niña soñadora y bajaría siendo otra Ana. Una Ana decidida que comenzaría la vida como si la anterior no hubiera existido.

—Vaya, Ana, sí que lo mantuviste en reserva. ¿No estarás por emprender algún reto? —preguntó Sergio, y sonrió. La conocía tan bien que Ana no se asombró de su pregunta.

—¿Por qué no nos contaste nada, querida? Con Mario habríamos cancelado las vacaciones en el crucero para colaborar con Elena y Sofí en la tienda. Además, después de los desfiles vas a

tener que trabajar el doble —dijo Laura preocupada.

—¡Cancelar el crucero!, ¿eso has dicho?, debes estar loca, Laura. Yo no cancelo el crucero por ningún motivo. Que se quede Ana a atender la tienda —dijo Mario ofuscado por la propuesta de Laura.

—No puedo creer que actúes con tanto egoísmo hacia nuestros chicos, querido —recriminó Laura, que se había acercado a él.

Mario sonrió y le habló con voz fuerte para que escucharan sus hijos.

—Llevo treinta años siendo generoso con ellos. Me ha llegado la hora de ser egoísta. Lo correcto sería que Ana cambie la fecha de sus vacaciones si no le dan los tiempos para todo —Su voz era autoritaria y su gesto indicaba que no pensaba ceder.

Laura sonrió, estaba dándole prioridad a ella por primera vez en treinta años de casados. Nunca había sido así para ellos. Con ese acto egoísta hacia los chicos, que ya eran bastante grandes, le estaba diciendo que ella también había sido importante para él, aunque en otra época la prioridad hubiera estado centrada en los chicos. Se acercó a Mario, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un largo beso en los labios demostrando frente a todos, lo feliz que se sentía.

—¡Oh, Laura!, ¡dime que se han reconciliado!
—dijo Ana emocionada. Sergio arqueó las cejas. Los dos lo sabían porque habían ido a la casa cuando ellos estaban encerrados en el dormitorio, pero no lo había comentado.

—Sí, querida, fue cuando quise convencerte de que te convenía iniciar algo más íntimo con Miguel
—Laura se acercó a Ana y le rodeó el rostro con

las manos—. Fue hermoso, Mario se enamoró de mí cuando tiré los pastelitos en la plaza. Tenía quince años y era bastante torpe, bueno, lo sigo siendo, pero mientras yo creía que me iba a quedar soltera por el papelón de la plaza, vengo y conquisto al único que quería. Tu padre era un caradura desvergonzado y lo amaba, pero él solo salía con las chicas llamativas, y yo no lo era. Era tímida, torpe, insegura...

Mario sonrió pero no dijo nada, solo la dejó contar esa vida lejana que los chicos desconocían.

—¡No, Laura!, tú siempre has sido hermosa y muy especial. Si todos te adoran y te admiran — dijo Ana para convencerla de sus virtudes, tantas que era imposible de enumerar sin saltarse alguna.

—En aquella época nadie me admiraba, pero

no importa porque con ese papelón conquisté al único hombre que quería para mí. Mira qué familia formamos, ¿no es única?

¡Oh, sí, es única! —dijo Sergio sonriendo—. Te hemos dejado sin lágrimas, sin aliento y sin voz, y tú sigues viendo lo hermoso que somos. Cómo no va a ser única si tú la hiciste así, Laura querida.

—¡Eh!, no la hagan llorar que es una sentimental como Ana —aclaró Mario mientras se acercaba a ella para abrazarla.

—Yo... yo, a veces me decía que había hecho mal en aparecer por la casa... porque ustedes se separaron por mi culpa. Cuando le tiraste a Mario las ropas al pasillo y no lo dejaste volver más a la habitación me sentí culpable de haberlos separado. Sí no hubiera ido a buscar refugio... —aclaró Ana, y Laura frunció el ceño.

—No, Ana, no lo digas, ni siquiera lo pienses. ¡Cómo no me había dado cuenta de que te sentirías culpable!, ¡qué distraída! Yo te adoro, querida, si has sido un sol en comparación con estos *delincuentes* que me trajo Mario. Además, yo me arrepentí de haberle tirado las ropas al pasillo en el mismo momento en que lo hice, pero no se lo dije por orgullo. Qué tonta, ¿no?, he dejado pasar dieciocho años por creer que no me amaba. La culpa es mía, Ana, porque creía que Mario solo se había casado conmigo por Alex...

—Basta Laura, esa parte déjala correr —la reprendió Mario, que no quería que llegara a oídos de Alex que la promesa de casarse con Laura que le había hecho a su madre moribunda no existía.

—¿No hubo tal promesa a la madre de Alex? —preguntó Sergio sorprendido.

Ana lo miró con desconcierto. No sentía

remordimiento al saber que Mario había abandonado a su propia hija para criar un hijo ajeno. No era una persona que se dejara llevar por los rencores, además su padre le había explicado que después de casarse con Laura había ido a buscarla para que viviera con ellos. Y a pesar de que Lily le había asegurado que el niño había sido entregado en adopción, recorrió orfanatos, casas de acogida y revisó listados que le había facilitado una jueza de menores al ver su desesperación. Y mientras la buscaba había encontrado a Sergio pidiendo monedas, y después a Leo y Alan viviendo en el orfanato; al final, Ana había aparecido sola en la vida de su padre y nunca le había guardado rencor a él ni a Alex por su triste destino; por el contrario, Ana admiraba a su padre y amaba a Alex. Sus personas más queridas, las

que la habían ayudado a superar las pesadillas que había vivido con Lily.

—Sí, existió la promesa, aunque la madre de Alex no me especificó cuál era la mujer que quería para criar a su hijo. La mujer la elegí yo —dijo Mario sabiendo que era una mentira, pero nunca iba a revelar que la madre de Alex había muerto en sus brazos sin poder hablar, aunque la mirada expresaba su súplica. Mario había interpretado el gesto desesperado y decidió hacerse cargo de Alex sin que ella se lo pidiera. Y guiándose por esa súplica en los ojos de una moribunda le dijo: “Alex va a estar bien, lo voy a amar como lo hubieran hecho Guillermo y tú”, después de esas palabras la mujer se dejó ir—. Además, tú no fuiste la culpable de nuestro distanciamiento, solo eras una pequeña, mi niña querida. Nosotros hemos sido los únicos culpables. Pero ya está todo

resuelto y con Laura nos vamos en dos días. Sergio se tendrá que encargar de los campos porque es el único que queda en el pueblo —dijo Mario, y le sonrió a su hijo más grande que lo miraba indignado.

—¡Ah, claro!, como soy el único que no se va de vacaciones me tengo que hacer cargo de los “bichos”, eso sí que no me conviene. Espero que no estén pensando que también me ocupe de diseñar trapos —aclaró, mirando a Ana que le sonreía.

—No, yo tengo todo organizado, aunque Elena puede llegar a necesitar una mano diestra. Ya sabes que Sofi es distraída y al final será Elena la única que estará a cargo. Podrías llegarte a la tienda, pero no le digas que te he mandado, solo te pasas y saludas. Elena es muy orgullosa y no va a reconocer que necesita ayuda. Si la vez acelerada

es que todo marcha bien, en cambió si la vez muy quieta o mirando por la ventana es que no sabe qué hacer —dijo Ana, y Sergio sonrió con malicia.

—Si estás haciendo de celestina, nena, te aclaro que conmigo eso no va —se alejó porque no le gustó la mirada curiosa de su familia.

—¡Cómo puedes acusarme de algo así!, sobre todo con Elena que ni te mira cuando te quedas parado en la vereda como soñando cuando la ves arreglando la vidriera.

Sergio se giró y sonrió.

—¿Ni me mira?, diría que me esquivaba la mirada; no que ni me mira.

—Vaya, hijo, por fin has pescado un buen pez —dijo Mario, y se acercó a palmarlo.

—Mario, deja a Sergio en paz que todavía es joven para casarse —exclamó Laura como si

Sergio tuviera quince años.

—¡Joven! Jóvenes éramos nosotros que con veinte años tú y veintidós yo, teníamos chicos de cinco y ocho años. ¡Sergio tiene treinta y seis años, Laura, treinta y seis!, ¿dónde está su juventud? —aclaró Mario exaltado, y vio que Ana y Sergio sonreían ante la disputa de siempre—. Mejor dejemos el tema. Tú, Sergio, te ocuparás de todo y fin del asunto —dijo Mario a Sergio, y sin esperar respuesta giró para mirar a Ana—. Y tú, dime dónde piensas ir de vacaciones. Supongo que debe ser algún lugar que yo no habría aprobado, ya que te has encargado de mantenerlo en reserva.

—No lo he comentado porque no lo sé —dijo Ana, y actuando como su padre cambió de tema—. ¿Cuándo salen ustedes, Laura?

—Mañana viajamos en avión a Buenos Aires. Me hubiera gustado estar en el próximo desfile

pero ese mismo día sale un avión a Brasil, solo hemos conseguido lugar porque hubo una cancelación de último momento.

—¡Oh, Laura, qué alegría me da saber que van a estar solos en un crucero del amor! —Ana se acercó para abrazar a Laura, aunque no le pasó inadvertida la mirada ceñuda de su padre ante tal despliegue de romanticismo. Tampoco la de Sergio que se tapaba la boca con las manos mientras negaba con un gesto. Hombres insensibles, se dijo sin dejar de sentir emoción por sus padres—. No pienses en nosotros, solo en ustedes —le susurró al oído.

—Eso es imposible, mi querida, pero lo vamos a pasar bien. Sabes, va a ser como nuestra luna de miel porque nunca tuvimos una.

—Sí, y estoy segura de que va a compensar la luna de miel que no tuvieron porque Mario es un

romántico, aunque no lo quiera reconocer — susurró Ana en el oído de Laura para que su padre no la escuchara.

Mario se acercó a su hija, la tomó del codo y se la llevó a un rincón alejado para hablarle.

—Hija, sé que no quieres decirme el destino de tus vacaciones para no preocuparme; pero ya sabes que tengo un sexto sentido para detectar las mentiras de ustedes. Alex te ama, Ana. No cometas locuras por imaginar lo que no es —dijo Mario con voz pausada y baja.

Ana lo miró, y sonrió para disimular su sorpresa. Acaso su padre ya estaba percibiendo que acometería algún reto, se dijo, pero no se preocupó porque por más perceptivo que fuera, nunca lo sería tanto como para descubrir el lugar de sus vacaciones.

—Nunca cometo locuras —le mintió, porque sabía que trepar el Aconcagua era una locura terrible para alguien que nunca había escalado más que los cerros del pueblo.

—¿Sabes por qué Alex se fue después de la golphiza? —preguntó Mario.

Ana no quería hablar del asunto, eso era un pasado que intentaba borrar de su vida para seguir avanzando. Se concentró en la gente, que caminaba por los pasillos del centro comercial y miraba las vidrieras, para que Mario no descubriera el dolor que reflejaban sus ojos ante el recuerdo. Pero Mario siguió hablando.

—Es un hombre, y los hombres nos sentimos mal cuando no podemos defender a nuestras mujeres.

Después de esas palabras Ana lo miró con curiosidad.

—¿Él te lo dijo?

—No hace falta, lo sé. Cuídate y no dejes de comunicarte con nosotros, estés donde estés.

Sí, se comunicaría con Mario. Le mandaría un *mail* en Mendoza y otro en el Campamento Base que estaba a cuatro mil trescientos metros de altura y era el último lugar con conexión a internet y teléfono. Solo lo haría para dejarlo tranquilo antes de comenzar el ascenso a la cima del Aconcagua, pensó Ana mientras miraba desde la ventana de la habitación del hotel las pocas estrellas que brillaban en el cielo.

“¿Cómo se verán desde allá arriba?, ¿cuántas más habrá?, seguramente el cielo debe ser un solo destello plateado. Ya nos veremos de cerca en poco tiempo y frente a ustedes dejaré ir a la niña

de quince años, la soñadora que siempre creyó que lo imposible podía ser posible y que solo era cuestión de soñar para conseguir”.

Qué tonta había sido al vivir de sueños y recuerdos. Solo después de la golpiza de Carlo comprendió que lo imposible era imposible, que la vida no era un sueño y que los recuerdos solo hacían detener la vida en una época que ya se había marchado.

CAPÍTULO 14

Mirando desde un hotel de montañas el cielo despejado, Miky se sintió poderoso. Había alcanzado el mayor logro de su vida y sería un hombre recordado. La luna se alzaba en el cielo y las estrellas brillaban para recordarle cuán majestuoso era todo lo que acababa de conseguir.

FIN

Alex se sirvió una copa de champán y la alzó brindando por haber concluido en tiempo récord el pedido del editor. Pero ese no era su mayor triunfo, sino el final que había logrado para la trilogía de *Miky Martin, un hombre sin recuerdos*

del pasado.

—Bien, Miky, espero que estés tan satisfecho como yo —dijo Alex, bebió el champán y encendió un cigarro para relajarse antes de enviar el manuscrito.

Llevaba una semana encerrado, conviviendo con los personajes que le estaban consumiendo las horas del día. Durante ese tiempo no había podido nadar ni hacer aparatos, aunque no dejó de correr para mantener el estado físico que había logrado desde que comenzó a rehabilitarse. Gracias a la ejercitación de correr, nadar y levantar pesas volvió a ser el hombre que había sido, sin rastros de debilidad en su cuerpo. Inclusive, creía que estaba en forma para emprender la hazaña de trepar el Aconcagua como Babi, la tozuda Babi a quien ni una grúa habría bajado del cerro.

Hacía una semana que no abría el *mail*. Suponía

que María habría seguido mandándole información sobre Ana a cuentagotas. Ya no le importaba, él estaba dispuesto a dejar atrás el pasado y pensaba respetar esa decisión. Lógico, que eso no significaba no volver a verla, sino olvidar lo que había sucedido entre ellos o el pasado que habían compartido.

Cuando abrió su cuenta de correo comprobó que la casilla de mensajes estaba llena de mensajes de María. No los abrió ni leyó los títulos, se contuvo, no iba a curiosear los cotilleos de María. Solo había abierto la cuenta para enviarle un mensaje al editor, se dijo, y cargó el archivo del final de la trilogía. Luego escribió: “Te mando en tiempo y forma el manuscrito en archivo adjunto de *Word*. Voy a estar dos días en Buenos Aires, luego me voy de vacaciones, creo que me las merezco. Si tienes alguna duda

mándame un *mail* que voy a abrir la casilla una vez al día, supongo que por las noches. También puedes contactarme por el celular”. Lo envió y la curiosidad lo traicionó cuando echó una mirada a los ingeniosos títulos de María:

“CUANDO LE DIJE... SONRIÓ”. “SE LE LLENARON LOS OJOS DE LÁGRIMAS CUANDO LE CONTÉ...”. “ME HA DADO SU *MAIL*”. “SI SUPIERA DÓNDE PIENSA IR DE VACACIONES”. “ES INTELIGENTE, SABE MÁS DE LO QUE DEJA VER”.

Si bien la curiosidad lo estaba matando se contuvo de abrir los mensajes que le había dejado, de a dos por día. No se dejaría influenciar por una asistenta metida. Ya basta de gente entrometiéndose en sus asuntos personales. Él los arreglaría solo.

A las once de la noche estaba en la puerta del departamento vestido con traje oscuro, corbata clara, y camisa azul. Llevaba ropa formal, como para presentarse al desfile que ya estaría concluyendo en la casa de diseño que Ana Marco tenía sobre la calle Gorriti.

Ni siquiera se detuvo a pensar qué sentiría ella al verlo después de tantos meses, solo avanzó por la calle con la elegancia que le daba la ropa y su recuperación. Ya no se tambaleaba al caminar como antes, ahora era un hombre entero, completo, que hablaba con fluidez y caminaba con seguridad.

Se detuvo en la vereda de enfrente asombrado al ver que Miguel había conseguido permiso para cortar la calle. Ese hombre sí que hacía gala de su ingenio y capacidad para sobresalir en los desfiles.

Las modelos caminaban con sus trajes de noche

por una pasarela en altura bordeada de luces. Toda la iluminación estratégicamente ubicada por el experto de Miguel que estaba en una esquina oficiando de presentador.

Miguel siempre vestía ropa elegante y fina aunque solía resaltar la sobriedad con corbatas coloridas y brillantes para llamar la atención y ser el centro de las miradas. A pesar de las extravagancias del hombre, Alex tenía que reconocer que era una excelente persona.

A un costado de la pasarela, Ana reía y conversaba con la gente que antes habían sido su gente, sus clientas, los esposos de sus clientas y sus amigos en los momentos de gloria; porque luego del accidente todos habían desaparecido de su entorno.

Ana estaba radiante, con un vestido de seda

blanco y un cinto, suelto, colorido y brillante que se amoldaba con elegancia sobre sus caderas. El cabello recogido sobre la nuca con mechass sueltas que caían sobre su hermoso rostro, los ojos le brillaban de emoción como las prendas que llevaba puesta. Estaba tan hermosa que era imposible dejar de mirarla.

El tiempo avanzaba y los vestidos que lucían las modelos cada vez impactaban más, era un *crescendo* sobre la pasarela. Había llegado para el final, pensó Alex cuando vio que descendía por una escalinata la última modelo y Miguel subía al escenario alfombrado de verde con Ana de la mano, y tras ellos se acomodaban las modelos con sus trajes de noche.

Tan hermosa su Ana y tan bien que lo estaba llevando, se dijo al ver que sonreía y aplaudía a las chicas. Luego, recibió con emoción un enorme

ramo de rosas y agradeció la asistencia de todos.

Alex sabía que por dentro Ana debía estar temblando como una hoja azotada por el viento, porque ese despliegue no era de su agrado. Ella era sencilla, humilde, y le gustaba pasar desapercibida.

Cuando la vio refugiarse en la casa de modas se atrevió a acercarse para felicitarla. Era complicado llegar a ella porque un grupo de mujeres la seguía sin dejar de parlotear. Alex las conocía, en otra época lo habían seguido a él, pero ese tiempo había pasado y ahora era el tiempo de Ana que sonreía con respeto y escuchaba con atención. Siempre tan educada, pensó Alex, y supuso que estaría ansiosa de que todo acabara porque a ella nunca le había gustado que le dedicaran tantas atenciones.

De a poco, zigzagueando entre la gente,

consiguió abrirse paso hasta llegar a ella, y por un instante se sintió intimidado por su elegancia y la esbeltez de su cuerpo que parecía moldeado por *Auguste Rodin*. Un cuerpo perfecto, una mujer perfecta, al menos para él, se dijo Alex admirándola.

—Ana Marco, lo suyo fue realmente majestuoso —dijo Alex desde atrás, pero en voz lo suficientemente alta para que lo escucharan.

Ana se giró a mirarlo y quedó muda, tan muda que las personas que se habían acercado para felicitarla se distanciaron unos pasos para darles algo de intimidad.

—¿Alex? —Fue apenas un susurro, como un suspiro de incredulidad. Luego, cuando comprendió que no era una ilusión, le sonrió al ver que las dificultades del accidente habían

desaparecido. Él estaba bien, demasiado bien, pensó Ana recordando lo difícil que había sido para Alex asumir sus incapacidades.

Alex al verla sonreír se relajó. Ella no le guardaba rencor y seguía tan dulce como siempre, entonces se animó a hablar.

—He reservado mesa para dos —dijo Alex como si no hubieran pasado nueve meses sin verse, como si no la hubiera abandonado después de la golpiza de Carlo. Se maldijo por su precipitación. Pero ella no le dio una bofetada y se acercó a él contenta de verlo; entonces siguió hablando sin importarle que los invitados estuvieran atentos a sus palabras—. Con velas y un jarrón de flores. Para festejar —dijo Alex aclarando lo obvio—. ¿O tienes otro compromiso?

—No... ninguno. Solo que...

—Bien, entonces te espero... allí —señaló un

rincón de la tienda, y se alejó de ella para concederle espacio. Era su día de gloria, su desfile de temporada y su momento de éxito en el mundo de la moda.

Pero Ana estaba desconcertada y confundida, por eso se quedó parada donde estaba mirándolo como si todavía no entendiera lo que le acababa de pasar. Fue Miguel, que había escuchado la conversación, quien se acercó a rescatarla.

Ana saludaba, sonreía, hacía gestos y recibía abrazos sin prestar atención a las personas que la felicitaban y la llenaban de atenciones, porque a cada instante se giraba para corroborar si Alex estaba allí o solo había sido un sueño. No era un sueño, porque él le sonreía y le señalaba con la mano a los invitados, como diciéndole: “despídelos así nos vamos”.

Luego de vagar durante media hora como una

lunática, todo se acabó y Alex se acercó a Miguel para saludarlo.

—Un despliegue impresionante, como siempre. No has perdido el buen gusto, veo —Le estrechó la mano, y el hombre se la aceptó.

—El buen gusto nace con uno. Tú lo sabes mejor que nadie —dijo Miguel, y señaló la casa de diseño que había junto a la de Ana, la que Mariana estaba aniquilando con los “disfraces” que diseñaba.

—Sí, por suerte han quitado mi nombre. Ha sido gracias a una medida judicial.

—Hace un año que tu nombre está por el piso. ¿Acaso no lo sabías? —dijo Miguel como reprochándole el error.

—Hubiera actuado antes si me hubiera enterado. Sucede que nadie me informó y tampoco

yo me preocupé por investigar. He estado bastante ocupado con una rehabilitación y otra serie de asuntos —Alex vio el brillo de dolor en los ojos ámbar de Ana. Seguramente estaría recordando el día en que la dejó tirada en el piso rústico de *La Fortaleza*. Aunque Ana era demasiado generosa y quizá le brillaban los ojos al recordar su estado desastroso de aquella época en la que no pudo defenderla. Basta de pasado, se dijo Alex, e intentó alejarse de los recuerdos.

—¿A qué te estás dedicando? —interrumpió Miguel sus pensamientos.

—En estos momentos al placer de llevar a Ana a cenar conmigo. Mañana no lo sé —dijo Alex dejando ver que solo sabía lo que haría en ese preciso instante.

—¡Vaya que has cambiado!, eras un hombre organizado y muy ocupado, si no me equivoco

tenías planificado los desfiles del año entero, hasta reservabas los mejores sitios —comentó Miguel sorprendido.

Ana también estaba sorprendida y escuchaba sin participar, pero sus ojos transparentes dejaban ver la curiosidad que sentía por enterarse de algún detalle de la vida de Alex, aunque algo sabía gracias a María, pero nada le bastaba cuando se trataba de Alex.

—Ya no. La ocupada es Mariana que está empeñada en fundir la empresa —dijo Alex, y Miguel se echó a reír.

—Le dije que le hacía falta un buen diseñador, pero se ofendió —dijo Miguel, y vio que Alex asentía con la cabeza.

—Mejor, así sale pronto del mercado. No sé quién se atreve a salir vestido con semejantes mamarrachos —dijo Alex. Vio que Ana sonreía, y

él le ofreció la mano—. ¿Nos vamos?

—Sí, por supuesto —dijo Ana, pero antes de salir se giró para disculparse con Miguel que la había invitado a cenar esa noche, y ella al ver a Alex se había olvidado del desfile, de las personas que habían asistido y la invitación de Miguel —. ¿No te importa, Miguel?

—No, querida. Diviértete y espero verte dentro de dos días en Mendoza —dijo Miguel suponiendo que Ana no regresaría al hotel donde estaban instalados.

—¿En dos días?, sí, claro, en dos días —no entendió esa parte de “nos vemos en dos días en Mendoza” pero para no parecer tan inocente le asintió como si supiera de lo que hablaba. Alex sonrió con ternura, y al ver que ella no le estrechaba la mano que le había pedido, se acercó

y la abrazó posesivamente.

—Por favor, Alex, no te tomes tantas atribuciones que... —dijo Ana, pero dejó de hablar cuando Alex detuvo la marcha y la acercó a él en un contacto tan íntimo que ella sintió la erección de su miembro con solo el roce de los cuerpos.

—Estás preciosa y no soy el único hombre que te ha abrazado esta noche. Has pasado de brazo en brazo —la indignación se leía en sus ojos azules, y Ana se olvidó de lo que era capaz de provocar en él con solo un abrazo. Sonrió porque Alex, al parecer, mientras la esperaba en el rincón había sido presa de los celos por las atenciones que le habían dispensado las personas que habían asistido al desfile.

—Nunca he recibido tantas alabanzas en un mismo día —se distanció de él para seguir

avanzando por la calle—. Dime, ¿a qué restaurante piensas llevarme a cenar?

—A mi departamento que está a la vuelta.

Ana se detuvo. No podía creer que Alex se comportara como si no la hubiera abandonado después de la golpiza. Ella no tenía dudas de que lo había hecho para protegerla, ya que María se había encargado de hacérselo saber, pero habían pasado nueve meses desde aquel día y ni una vez había llamado para preguntar si estaba viva o ya se había muerto. Caradura desalmado, pensó Ana indignada.

—¿Crees que voy a ir a tu departamento? Han pasado nueve meses y ni siquiera te interesó saber si estaba viva o muerta —dijo Ana demostrando por primera vez su indignación por lo que él había hecho.

—Sabía que estabas viva, bien y triste. Regresé

al pueblo esa noche y me quedé hasta que Rodríguez te dio el alta —dijo Alex en tono indiferente, aunque no le pasó inadvertido el gesto de asombro de Ana ante sus frías palabras, o quizá era sorpresa al enterarse de que había regresado al pueblo. Pero no le prestó atención y siguió hablando de la cena para dejar lo sucedido aquella noche en el pasado e intentar encontrar un nuevo comienzo para los dos—. He preparado la comida para los dos, tengo puesto un mantel blanco, candelabros con velas, el champán en hielo y un jarrón con flores. Dejé todo listo, solo tengo que calentar la carne —dijo Alex con tanta seguridad que Ana asintió a pesar de la indignación que sentía al escucharlo hablar con tanta ligereza de lo que había pasado nueve meses atrás. Así era Alex, nunca había dejado ver sus verdaderos

sentimientos, si es que los tenía, pensó Ana. Y en ese momento, al cambiar de tema le estaba cerrando la posibilidad de que ella siguiera removiendo las heridas del pasado, los errores, las culpas, pero, sobre todo, le estaba cerrando la posibilidad de que le reprochara el haberla abandonado. Mejor, se dijo Ana, que tampoco tenía interés en recordar lo sucedido aquel día.

—Si te has tomado tanto trabajo voy a tener que aceptar —Parecía un sacrificio, aunque dentro de ella las emociones bailaban una danza al saber que Alex había cocinado para ella—. Creí que no sabías cocinar.

—He aprendido lo básico. Hace nueve meses que vivo solo y...

—¿Solo?, ¿te has estado arreglando solo durante todo ese tiempo?— cuando Alex asintió Ana negó con un gesto de dolor porque nada de lo

que ella había supuesto había sido real. Alex no había estado de fiesta en fiesta con Mariana, sino luchándola solo para recuperarse, y ella no necesitaba preguntarle cuánto le había costado—. También te has quedado sin nada, ¿cierto? Se lo has dado todo a ella, ¿no? —preguntó Ana, su voz estaba cargada de tristeza.

—Sé que conociste a María aunque ignoro lo que te ha dicho. No me he quedado sin nada. Conservo los campos y la casa del pueblo. No me hace falta más —Alex evitó hablar de las dificultades que había tenido que sortear durante los primeros meses. Para qué contarle que habían sido duros, si aquello ya había pasado y él vivía en el presente.

—Sí, la conocí. Se ha ofrecido como mi asistente porque le conté que me iba de vacaciones por dos meses —dijo Ana, y sonrió al recordar la

insistencia de María para que le dejara su *mail*. Pero su sonrisa se intensificó cuando recordó que la intención de María era que abriera el cajón donde Alex tenía guardado ese papel ajado donde escribía una extraña biografía de su vida, como si solo existiera ella en su historia.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó algo sorprendido de la osadía de María, aunque también quedó asombrado de que Ana hubiera decidido tomarse vacaciones, aunque no debería sorprenderse ya que uno de los títulos llenos de intriga que le enviaba María, decía: “A que no sabe dónde se va de vacaciones, jefe”, pero como no los había abierto, no tenía idea el destino elegido por Ana.

—Sí, tengo pensado hacer un viaje que me debo desde hace mucho tiempo. Es para cumplir un sueño —dijo Ana, sin dejar deslizar el lugar y el

riesgo que suponía ese viaje que podría ser sin retorno si algo salía mal. No le importaba mucho el retorno porque su existencia era plana a pesar de ser agitada, entonces, ¿por qué no arriesgarse a cumplir un sueño si al regresar no había nadie que la esperara para compartir la vida?

—¿Piensas ir a Europa? —Aventuró a preguntar Alex, aunque suponía que no sería ese el lugar elegido porque nunca le había llamado la atención. Ana siempre había soñado con tocar las estrellas, pero ahora que tenía veintiocho años ya sabía que era imposible de cumplir.

—Deberías saber que nunca me interesó Europa —era un reproche su respuesta, porque Alex la conocía demasiado como para suponer que se interesaría por pasar unas vacaciones en Europa.

Alex se detuvo en la entrada del departamento,

abrió la puerta y la dejó pasar.

—Sí, lo sé, pero como te has asociado con Miguel pensé que querrías conocer Roma o Paris, los grandes centros de la moda —dijo, mientras subían las escaleras que llevaban al departamento.

—La moda solo está en nuestras ideas, Alex. Yo no me guío por lo que hacen en Europa, eso sería muy fácil. Me gusta ser original. Diseño un modelo que para mí es elegante, fino, distinguido...

—Los he visto, Ana, he estado en tu local y he comprobado que no estás usando los colores de la temporada —dijo Alex mientras abría la puerta superior para dejarla pasar.

El departamento estaba iluminado por veladores de luces difusas y una suave melodía con el sonido apenas perceptible envolvía el ambiente de romanticismo.

Ana se quedó parada en la puerta dudando de su sano juicio al haber aceptado la invitación. Se giró para mirar a Alex y sus miradas se enfrentaron, pero Alex no sucumbió al hechizo, en cambio, sonrió y se apartó para entrar en la cocina dejando a Ana perpleja ante su indiferencia.

—Si quieres puedes disfrutar la vista que hay desde el balcón. Es grande, y yo suelo pasar bastante tiempo allí cuando puedo. En realidad hace una semana que no lo uso.

Ana se sacudió el desconcierto que sentía por las actitudes indiferentes de Alex, corrió una puerta vidriada y caminó por el balcón terraza. Estaba adornado con plantas de hojas verdes y en el centro había una mesa redonda de vidrio y dos reposeras amarillas. Seguro sería el lugar donde Alex pasaba “bastante tiempo”, como le había

dicho él, y bien acompañado de alguna amiga, se imaginó al ver que eran dos las reposeras. Pero decidió apartar los malos pensamientos y se acercó para observar el paisaje desde la baranda del balcón.

—Tienes una vista hermosa —dijo Ana hablando fuerte para que él la escuchara desde la cocina—. Cuántos árboles hay en este barrio. Me recuerda un poco las arboledas que hay en las márgenes del pueblo, donde tú tienes la casa. Siempre he soñado con vivir en esa zona porque es la más linda del pueblo. Hay tanta naturaleza que desde las ventanas se pueden ver los campos sembrados y las montañas —seguía hablando con un tono de voz bastante alto pero no apartaba la vista de la calle iluminada.

Alex estaba tras ella y sintió como Ana daba un respingo cuando le rodeó la cintura con los brazos.

—Es tuya —le susurró al oído—, esa casa siempre ha sido tuya, ya lo sabes, Ana, la viste. María te mostró el dormitorio que decoré a tu gusto. Es tuya, mi Ana, toda tuya. Las fotos están allí porque es tuya. Nadie ha dormido en ese cuarto esperando que seas tú quien lo ocupe.

Ana giró y lo miró emocionada. Eso era amor, pero él no hablaba de los dos, sino de darle a ella la casa que le habían dejado sus padres al morir.

—No, no es mía. Yo era una niña estúpida cuando dije esas palabras...

Alex le levantó el mentón y despacio se fue acercando hasta que sus labios rozaron los de Ana. Fue un beso suave, sereno como la noche quieta que se veía desde el balcón, hasta que Ana le rodeó el cuello con los brazos y los dos perdieron la serenidad cuando él la atrajo a su cuerpo para que sintiera su deseo, la dureza de su erección, lo

que ella le provocaba.

Así no debería ser la velada, se recordó Alex. Primero tenían que cenar, conversar, aclarar muchas cosas que había pendientes y decirse muchas otras que estaban guardadas o... tal vez debería dejar todo para otro momento.

Esto de vivir en el presente era un tanto complicado porque no se podía estar planificando demasiado, solo había que dejarse llevar.

Pero el presente le decía que le arrancara el vestido de seda y la llevara a su dormitorio para hacer con ella lo que había deseado por años.

No, eso de “lo que había deseado por años” era el pasado, y él viviría en el presente, recordó y se distanció de ella. Los dos jadeaban, y Ana tenía los ojos cargados de pasión.

—La cena —dijo Alex, y le señaló la mesa

decorada del comedor.

Ana miró la mesa y luego a Alex, estaba desconcertada porque no entendía su extraña forma de comportarse. Se pasó las manos por el vestido para acomodarlo y sin decir una palabra traspasó la puerta vidriada para sentarse a cenar.

El muy maldito la había dejado jadeando con sus caricias y sus besos, la había seducido al sentir ese cuerpo atlético pegado al suyo, el sabor de sus labios, la exploración de su lengua y la dureza de su sexo. La había hecho regresar al pasado y volver al presente con solo dos palabras: “la cena”.

Ana comprendió con pesar que para Alex la reunión solo era una cena de amigos. Se había encargado de aclarar que era para festejar el gran acontecimiento: ese desfile al que había accedido a presentarse porque no encontró excusa para

negarle a Miguel su asistencia.

Bien, le daría lo que quería, pensó Ana mientras se sentaba en la silla que Alex galantemente había corrido para ella.

Cenaron en un incómodo silencio. Ana miraba el plato para esquivar la mirada de Alex que no perdía detalle de su cuerpo y su rostro, ya que en lugar de cenar estaba recostado en la silla como un desfachatado sin sacarle los ojos de encima.

Ana temblaba al sentirse acariciada con la mirada, no, acariciada no era la palabra, se sentía desnudada con la mirada. Por eso decidió dar un golpe de efecto cuando él se inclinó para tomar la copa de champán, y justo en el momento en el que Alex bebió un trago deslizó un sutil comentario que sabía lo dejaría noqueado.

—María me ha dicho que eres fanático de las novelas de Ringo Arias —dijo Ana, e hizo un leve

asentimiento al ver la reacción de Alex.

Alex se ahogó con el champán, tosió y tuvo que dejar la copa sobre la mesa para no volcarse el resto de la bebida sobre la camisa que estaba abierta en el pecho, porque en algún momento de la noche se había quitado el saco y la corbata.

Ana se sorprendió apreciando los músculos que había ganado después del accidente. Era evidente que hacía gimnasia, ya que su apariencia distaba mucho de la que había tenido nueve meses atrás.

Cuándo logró dejar de mirarle los músculos y el vello del pecho, Ana hizo un intento de levantarse para palmearle la espalda, pero él la detuvo con un gesto.

—Ya estoy... bien —su voz era algo turbia y dificultosa, como si el champán hubiera tomado el camino equivocado.

El misil había impactado en el blanco y él quedó más sorprendido de lo que Ana había imaginado. Bien, había logrado distraerlo de esa mirada degenerada que le venía dedicando desde que comenzaron a cenar. Ahora el nervioso era él, pensó Ana mientras sonreía satisfecha.

—Debe ser cierto que conoces las novelas del principio al fin, del fin al principio y del medio a los costados. Eso es lo que dice tu asistente, y ella asegura que te conoce muy bien.

—¡Oh, sí, eso cree ella! pero no soy tan fanático. Solo le he echado una hojeada. Está tan en boga que sentí curiosidad y le di una lectura rápida —Atacó la carne al horno para distraerse.

Ana sonrió por haberlo desconcertarlo, y siguió con el tema de las novelas para dejarlo tan incómodo como él la había dejado con su mirada desfachatada.

—Yo le dije que sabía algo de los libros porque en la peluquería no hablan de otra cosa desde que se enteraron que ya sale el último. Las mujeres aman a Babi, pero, por lo que ellas dicen, los hombres admiran a Miky —Ana sonrió al ver que Alex miraba más el plato que a ella, aunque entre bocado y bocado le echaba una mirada analizadora—. Ella, María digo, me asegura que te has enamorado de Babi. Yo no lo puedo creer Alex, eso es de chiquilines, solo son letras escritas y...

—¡Yo no me he enamorado de Babi! —dejó el tenedor con un ruido estridente sobre el plato—. Al contrario, es demasiado ingenua para mi gusto. Yo prefiero una mujer más madura, no una chiquilla que es capaz de matarse para tener a un hombre dominado a sus pies —era tal la furia de

Alex al descubrir que María le había dicho a Ana que amaba a Babi, que en su intento por defenderse terminó por convencer a Ana de que odiaba a Babi.

—¿La odias?, ¿es eso?, la odias como todos los hombres.

—No, no la odio. Lo que pasa es que... —no supo que decir, quedó desconcertado con la pregunta de Ana ¿Odiaba a Babi o le caía bien? se preguntó, y para salir del apuro le devolvió la pregunta—. ¿Y tú? —Suponía que no había leído las novelas y solo se estaba dejando llevar por los dichos de su asistente. Además, si las hubiera leído sabría quién era Ringo Arias y no estaría hablando con tanta ingenuidad sobre los personajes. Se convenció de que sus suposiciones eran ciertas cuando ella se lo confirmó.

—No las he leído, pero las tengo. María me las

prestó y me dijo que no hacía falta que te las devolviera. Según ella estarías encantado de regalármelas. Debes tener muchas para andar regalando novelas —sonrió al ver que Alex detenía el tenedor en el aire. Estaba incómodo y desorientado, y para desorientarlo un poco más, ella le sonrió. Bueno, los hombres eran una caja de sorpresas. Momentos antes, Alex se sentía un seductor, y ahora ni él entendía qué había sucedido para que cambiara tanto la velada.

—No, no tengo muchas, solo esas que te dio María, pero no tengo problema de que te las quedes. Me sorprende que no te haya picado la curiosidad para leer al menos unos párrafos —comentó Alex, y se metió un bocado de carne en la boca para disimular su desconcierto.

Ana lo miró con ternura.

—No he tenido tiempo, han sido cuatro noches

terribles. Prácticamente no he dormido por hacer los retoques finales en los vestidos y organizar detalles de último momento. Mañana me voy a Mendoza, quiero estar un día antes para ver en qué condiciones está la ropa que presentamos allá — dijo Ana dando un motivo real a la falta de lectura.

—¿Estás presentando tres desfiles diferentes? —Alex aprovechó el cambio de tema para dejar de hablar de sus novelas, aunque no era solo una excusa porque realmente se sorprendió ante la diversidad de prendas. Ellos solían llevar el mismo vestuario a las distintas provincias, aunque siempre presentaban alguna novedad para evitar la monotonía.

—Sí, son tres diferentes. Pero las prendas van a estar en todas las tiendas. Ha sido complicado y como este es el primero y el último desfile al que

voy a asistir en el año, decidí jugarme con todo lo que tenía para mostrar.

—¡Todo un reto! —dijo Alex, elevó la copa y brindó por ella— Por tu éxito, tu talento y tu buena fortuna, mi querida Ana.

Ahí estaba él usando el posesivo para hacerle perder el hilo de la conversación, supuso Ana, y se quedó mirándolo un instante para descubrir si lo hacía a propósito o solo era una actitud natural. ¡Era una actitud natural! concluyó porque él estaba concentrado en chocar las copas, no en su reacción.

—Nunca soñé con esto, solo cumplo mi parte —dijo Ana, y elevó la copa para no ser descortés con él que había preparado la cena para agasajarla.

—Dime, ¿dónde está el secreto de tu éxito? —dijo Alex más relajado al haber conseguido dejar

atrás el tema de Babi y del autor de la trilogía.

—Son prendas usables que se adaptan a todas las mujeres y fácilmente combinables. Con solo agregar o quitar algunos detalles podría convertir el vestido que tengo puesto en otro tan distinto que nadie sospecharía que es el mismo. Nadie hace eso. Los diseñadores especulan con el presupuesto de las clientas pero no todas se lo pueden permitir. Un vestido exclusivo cuesta mucho dinero porque tiene mucho trabajo en la confección. Allí radica nuestro éxito —Sonrió cuando Alex se quedó con la boca abierta.

—¿Quieres decir que yo podría verte mañana con ese mismo vestido y no me daría cuenta que lo usaste hoy? —*Qué inteligente su Ana*, se dijo Alex cuando ella asintió a su pregunta.

—Solo ciertos vestidos. Hay mujeres que van a lo muy llamativo y colorido, allí es difícil

transformar. Pero este vestido tiene unas cuantas opciones de convertirse en otro con muy poco. Nosotros vendemos los complementos, inclusive les enseñamos a las clientas a ser imaginativas. Un cinto, una bufanda, una chalina cruzada de gasa, otro cuello que se aplica con facilidad sobre el vestido. ¿Cuántos modelos diferentes tienes ya en una misma prenda?

—Muchos —dijo Alex que la miraba con admiración.

—Y hay más porque este vestido no es entero, tiene el corte en la cadera y se puede separar para combinar con otra falda y otra blusa. Ese es nuestro mayor éxito, la versatilidad de un vestido costoso de Ana Marco.

—¡Madre mía!, ¡qué ingeniosa, Ana! —Se levantó de la silla y le tendió la mano—.

¿Bailamos? —dijo cambiando abruptamente de tema. La iba a seducir, dejar hecha un flan entre sus brazos, y después la tendría solo para él. Ella era la mujer más impactante que había conocido. Ya no había pasado porque Ana lo estaba conquistando en el presente. Era hermosa, humilde e ingeniosa. Todo lo que él quería.

La música, las luces tenues, y ellos dos era lo que hacía falta para pasar una velada inolvidable. Ana le rodeó el cuello con las manos y apoyó la cabeza en su pecho disfrutando de sentirlo cerca y tan suyo que deseaba que la melodía no acabara para seguir compartiendo esa intimidad tantas veces añorada, y que ahora se hacía realidad en el departamento de Alex.

Dos veces en la noche había estado abrazada a él sintiendo sus cuerpos unidos, las manos grandes rodeando su cintura y los latidos de su corazón.

Alex estrechó el contacto hasta que desapareció el espacio que los separaba. Elevó una mano para sacar el lazo de colores que le sujetaba el cabello sobre la nuca, que cayó en cascadas sobre la espalda.

Ana se estremeció, ese era el prelude de lo que vendría, de la noche que no habían podido compartir nueve meses atrás en *La Fortaleza*. Era el presente de los dos sin rastros de los malos recuerdos que Alex había evitado desde que la saludó en la tienda de la calle Gorriti.

Él tironeó del cabello de Ana hacia atrás para elevarle el rostro y se miraron como antaño, con deseo, necesidad y un inútil intento de disimular lo que sus ojos expresaban. Pero Alex no la besó, solo le susurró unas palabras que otra vez la dejaron desconcertada.

—Veo en tus ojos que estás muy cansada —dijo

Alex. La alzó y la llevó a su dormitorio—. Va a ser mejor que te ceda mi cama para que te recuperes.

Ana lo miró con desazón. No podía creer que otra vez la estuviera dejando con el anhelo de sus besos y el deseo de bailar pegados al son de la música lenta que sonaba despacio en los parlantes. Pero sí, la estaba dejando con los deseos y anhelos a flor de piel, eso estaba haciendo el muy caradura que incitaba y se alejaba.

—Estoy parando en un hotel que está a unas pocas cuadras. Mejor llamo un taxi —Intentó que la dejara en el suelo, pero Alex la apretó más contra su cuerpo y abrió la puerta de la habitación empujándola con el cuerpo.

—Es la una de la madrugada. Hasta que llegue el taxi y tú a destino van a ser las dos. Necesitas

dormir, Ana. Allí puedes buscar alguna camiseta para ponerte —dijo Alex señalando un cajón de la cómoda. La dejó sobre la alfombra que había a los pies de la cama y salió del cuarto cerrando la puerta como si le diera lo mismo tenerla allí o no.

Ana se quedó parada sobre la alfombra sin comprender por qué Alex actuaba de una manera tan extraña. Era como si se contuviera de hacer lo que quería. ¿Se habría propuesto no tocarla o la estaría provocando?, porque Alex hacía intentos por conquistarla, seducirla, pero luego se iba y la dejaba ansiosa y confundida.

“Maldito hombre arrogante” se dijo y recordó cuando estaba en el hospital dispuesto a ir con ella a cualquier lado. Al final, cuando estaba lleno de dificultades era mejor que ahora, a pesar de que el Alex sin dificultades estaba terriblemente irresistible. Ana tenía ganas de tumbarlo en el piso

del *living* y decirle: “Tómame, hazme todo lo que he ansiado desde que me abandonaste” Él era puro músculo, altura y arrogancia, además tenía esos ojos azules seductores que parecían hacer promesas de un romance paradisíaco con solo contemplar su mirada.

Siguió hablando sola mientras abría el cajón y hurgaba buscando una camiseta para no tener que dormir desnuda, y se cambió entre insultos y bravuconadas que solo ella escuchaba, porque él se había ido e inclusive había cerrado la puerta para no mirarla.

¿Por qué se había quedado en su departamento?, ¿por qué había aceptado todo lo que le había propuesto?, la cena, los besos en el balcón, el baile que no duró ni dos segundos. ¿Por qué la había alzado para dejarla sola en su dormitorio? Lo odiaba, aunque un estremecimiento

le recorría el cuerpo al saber que estaba en su casa, semidesnuda y con él del otro lado de la puerta.

Corrió las mantas y se metió en la cama sabiendo que no dormiría. ¡Cómo podría dormir con él a unos metros!, con ese físico atlético echado en el sillón mientras ella estaba sola en su cama sintiendo el aroma masculino que desprendía la almohada y acariciando las sábanas que él rozaba cada noche con su cuerpo desnudo. ¡Ay!, se estaba volviendo loca por tenerlo a su lado.

Tenía ganas de levantarse, asomarse por la puerta para decirle que lo necesitaba y que no podía dormir sin sus brazos alrededor de la cintura y su cuerpo pegado al suyo. Pero no lo haría porque tenía su orgullo. Alex la había dejado deseando más besos en el balcón y más bailes

apretados en el comedor. No pensaba ir a decirle que durmieran juntos y le hiciera todo lo que deseara porque ya no soportaba las ganas de sentirlo junto a ella, sobre ella, dentro de ella, aunque solo fuera por una noche que compensaría todas las noches de ilusión, sueños y recuerdos. Solo una noche que le permitiría saber que lo imposible se hacía posible al menos durante un instante efímero de su larga espera por ver cumplida la fantasía de tenerlo.

La puerta se abrió y la luz tenue del *living* se filtró en la habitación. Ana tembló al sentir que él descorría las mantas y el colchón se hundía cuando Alex se recostó a su lado.

Ana se amoldó a él para hacerle saber que lo estaba esperando y se estremeció cuando sintió en su piel la desnudez de Alex.

Él no dijo nada, solo la atrajo para rodearla

con sus brazos. Dejó deslizar las manos bajo la remera para sentir la piel suave del estómago. Ana tembló al sentir el contacto, las caricias suaves que ascendían y bajaban reconociendo su cuerpo.

Alex sonrió cuando ella se acercó más y con su trasero rozó la erección que latía con el contacto. Estaba al límite con el roce añorado de ese trasero.

Se había prometido ir despacio, solo deseaba acariciar la piel suave, gozar y hacerla gozar de las sensaciones tantas veces añoradas. Pero no podía ir despacio, ella estaba allí, aceptándolo a pesar de todos los errores que había cometido. Entonces una de sus manos llegó a los pechos suaves y generosos, mientras la otra se escurría debajo de la pequeña tanga. La bajó deslizándola, rozando la piel mientras descendía y luego fue ascendiendo con su mano para llegar allí, al lugar

donde ella estaba húmeda ansiando sus caricias.

Ana deseaba decirle que dejara de torturarla con preliminares, que la tomara, la tocara, la hiciera llegar a las estrellas como lo había hecho en el parque de *La Fortaleza*, pero no se atrevía a hablar porque él se había comportado muy extraño esa noche, daba y quitaba, tomaba sin permiso y después rechazaba.

Y mientras pensaba en la necesidad de ser transportada a un lugar incierto, él la llevó a viajar cuando dejó que su mano hiciera círculos, rozara y masajeara.

Ana se estremeció y jadeó, se movió y él aceleró el ritmo para deleitarse con sus sensaciones, sus movimientos y su respiración agitada mientras la hacía traspasar los límites.

El cuerpo de Ana se tensionó, y Alex sonrió

cuando ella separó las piernas para sentir el máximo gozo cuando la llevó a volar.

Gritó, y Alex se inclinó para absorber el orgasmo en su boca y así conocer cada temblor y estremecimiento del cuerpo amado. Luego la besó, explorando con la lengua la dulzura de su boca que sabía a champán y a ella.

Nunca había sido tan suya, se dijo cuando se puso sobre Ana para penetrarla. Y mientras se movía, el beso lleno de deseo le demostró el amor que se contenía de expresar en palabras.

Sintió que Ana lo envolvía con las piernas y le rodeaba el cuello con las manos para atraerlo más a ella, más cerca, más juntos, como si no creyera que fuera real y tuviera miedo de estar imaginando el momento y despertara sola y abrazada a un sueño.

—Es real —dijo Alex para tranquilizarla.

—¿Es real? —preguntó Ana en un susurro.

—Tan real y hermoso como lo debes haber imaginado y como yo lo imaginé —Y se movió con embestidas rápidas para confirmarle que estaba sintiendo lo que tanto había soñado—. Mi hermosa Ana —dijo, y la besó para dejar de confesar lo que se dirían en algún momento de la noche.

“Te amo, siempre has sido tú y serás tú, con recuerdos o sin ellos solo tú”, quiso decirle Alex pero prefirió hacérselo saber con el beso, las manos en sus pechos y su sexo enterrado dentro de ella.

Y la escuchó, apenas un susurro mezclado con los jadeos de placer. “Te amo, Alex”.

Solo eso le faltaba para sentir que había alcanzado el cielo y las estrellas que tanto admiraba Ana. Embistió y se dejó correr dentro de

ella, sintiendo que los dos llegaban complementándose en un acto de entrega sin rencores, sin odios y sin recuerdos.

Era su presente, el que había decidido vivir conquistándola con su mejor arma, la seducción, dar y quitar hasta saber que ella estaría ansiosa esperándolo en su cama. Y así había sido, porque Ana lo recibió sin reproches y con toda la generosidad que la caracterizaba.

Se dejó caer sobre ella. Los dos estaban sudados, sin aire y completos. Pero como su peso era mucho para que ella lo soportara, giró en la cama arrastrando a Ana para tenerla sobre su pecho y sentir ese hermoso cuerpo sobre el suyo y el roce de la piel contra el vello de su pecho.

Así la había presentido cuando estaba inconsciente en el precipicio y así la tenía ahora

en la realidad.

Dejó sus manos sobre las redondeces de las nalgas. Él solía soñar con apoyar sus manos en las nalgas de Ana y se despertaba duro y ansioso, descubriendo una realidad que nada tenía que ver con el sueño porque Ana no estaba a su lado.

Cuando se inclinó para rozarle los labios la vio dormida sobre su pecho, desnuda y dormida sobre él.

—¡Mi Ana!, no hay nada más placentero que este momento. Tú dejándote llevar por el sueño cuando estás protegida en mis brazos. Igual a nuestra época pasada cuando me veías entrar al establo con la manta. Solo te dormías cuando estabas en mis brazos. Pero esta noche estás como te quería tener y no podía —dijo Alex en voz alta, aunque Ana se encontraba lejos de sus palabras. Estaba agotada, se dijo y la abrazó con más

fuerzas para sentir él también que el momento que estaban compartiendo era real.

La hizo suya durante toda la noche y no la dejó descansar, tampoco ella estaba dispuesta a dormir más que unos pocos minutos.

Era su sueño convertido en realidad, lo imposible hecho posible, lo inalcanzable acariciándola y tomándola para demostrarle que había alcanzado su máspreciado deseo.

¡Cómo iba a dormir! si él estaba allí, torturando sus zonas sensibles con la habilidad de un artesano tallando en su cuerpo las más placenteras caricias.

A las ocho de la mañana, Ana despertó con los rayos del sol que iluminaba sus párpados. Alex no estaba, solo había una nota sobre la almohada donde le explicaba, sin dar detalles, que había tenido que ausentarse.

“No sabes cuánto siento no estar para llevarte

al aeropuerto, pero me ha surgido un compromiso impostergable. Te deseo suerte con la presentación en Mendoza, aunque sé que será un éxito. Felices vacaciones, Ana. Pronto nos volveremos a ver”.

Maldito arrogante, prepotente y engreído, ¿acaso creía que ella era una más de las mujeres que llevaba a su cama para dejarle semejante nota indiferente, y encima la terminaba con un “pronto nos volveremos a ver”?

Ni en fotos, Alex, ni en fotos deseo verte pronto, tú estás enterrado para mí. ¡Solo dos días! y el mundo se abrirá a mis pies. En dos días estaré tan lejos de volverte a ver que ya tendrás tiempo de arrepentirte de haber tomado con tanta ligereza nuestro encuentro, porque estoy dispuesta a todo para olvidarte, a todo, Alex. Voy a despachar a la niña de quince años en ese

cerro y tú ya no serás nada para mí.

Y con esa conclusión se puso el vestido de fiesta porque era lo único que tenía, y salió a la calle dispuesta a pasar por el local para buscar una prenda acorde al horario matutino.

Qué dirían las empleadas al verla llegar a las nueve de la mañana con el vestido que había usado por la noche, “que piensen lo que quieran”, se dijo mientras taconeaba por las veredas arboladas del barrio de Palermo bajo la mirada curiosa de la gente que pasaba a su lado.

CAPÍTULO 15

Alex no recordaba haber estado tan enojado en su vida como en ese momento. Desde la ventanilla del avión solo veía un manto de nubes que le impedía divisar las luces de la ciudad.

Había decidido trasladarse a Córdoba porque tenía varios asuntos que tratar con María, la metida de María que era puro aspaviento porque había puesto unos títulos muy ingeniosos en los *mails* pero adentro no había nada de información. Por eso había dejado a Ana sola en su casa mientras él soportaba un viaje imprevisto al pueblo Los Álamos para recabar la información retaceada por su asistenta.

Se consoló pensando que unas horas atrás había

tenido a Ana entre sus brazos tal cual la había deseado; desnuda y dormida sobre su cuerpo mientras él hacía círculos sobre su espalda, descendía hasta sus nalgas, sus muslos; le acariciaba los pechos, le daba placer y la besaba con ternura. Había sido una noche mágica porque había gozado de cada segundo que había pasado a su lado, y podía asegurar que lo vivido iba más allá de lo imaginado.

Pero en algún momento de la noche, mientras la acariciaba y la sentía más suya que nunca, una alarma resonó en su cabeza. Fue como una cachetada que lo sacó de la ensoñación.

Ella le había nombrado a Ringo Arias, el seudónimo que usaba como escritor, y lo había hecho en un momento clave de la velada; es decir, cuando dejó de mirarla con descaro para beber un trago de champán. Justo en el preciso instante en el

que bebía, no cuando levantaba la copa, sino cuando bebía, le escupió el nombre de Ringo Arias. Tal vez para ver su reacción, se dijo Alex.

Su cabeza se llenó de suposiciones, conjeturas y conclusiones por esas palabras lanzadas con inocencia que lo había hecho ahogar con la bebida. ¿Sabría que él era Ringo Arias? ¿Lo habría hecho a propósito?, ¿o solo había querido distraerlo de la mirada descarada que le había dedicado desde que se habían sentado a cenar?

Alex dudaba de sus conjeturas. Quizás eran ideas suyas. Seguramente Ana no sabía nada de sus novelas y solo hablaba de algo que le había contado María sobre la trilogía.

Al recordar a María había dejado de acariciar el cuerpo de Ana, y se había levantado de la cama para leer los *mails* que le había mandado al suponer que allí encontraría alguna información

valiosa que no había querido leer por esa estúpida idea de borrar el pasado.

No se podía borrar lo vivido, solo superarlo para seguir avanzando. Además, él no quería olvidar los mejores momentos de su vida. Si algo tenía que borrar eran los años sin Ana, no los que habían compartido juntos.

A las cinco de la mañana, mientras abría el último *mail*, descubrió que la información a cuentagotas de María en lugar de darle respuestas lo llenó de dudas. María había logrado dejarlo más confundido que antes porque contaba a tajadas ciertos temas importantes sin dejarle saber lo que había conversado con Ana. Allí no había nada más que incógnitas y desconcierto.

El avión se sacudía por la tormenta, pero la azafata estaba informando el aterrizaje. Ya estaba

a pocos kilómetros del pueblo y podría sacarse todas las incertidumbres sembradas por María; y por Ana, por supuesto, que había lanzado sus comentarios en el momento preciso.

Se ajustó el cinturón y al rato sintió el avión carretear por la pista. Seguramente, Sergio ya habría llegado y lo estaría esperando en el estacionamiento. Era el único que había respondido los llamados porque Mario había perdido la señal del celular en algún lugar del Atlántico. “Se ha ido de luna de miel con Laura”, le había dicho Sergio entre burlas.

Alex se emocionó al saber que por fin habían salvado sus diferencias, y se preguntó por qué Ana no se lo habría contado. Pero la noche había sido corta para llenarse de caricias y de besos, solo eran un hombre y una mujer amándose bajo las mantas que los cubrían y mirando por primera vez

sus cuerpos desnudos. Ninguno de los dos había estado interesado en conversar sobre la vida de sus padres de crianza.

Había viajado con unos vaqueros desteñidos, una camisa gastada y una campera de *nylon* que encontró en el lavadero, porque no había querido que Ana se despertara y lo descubriera armando un bolso y creyera que estaba huyendo de ella, aunque eso mismo era lo que había hecho.

Supuso que lo estaría odiando en ese mismo instante, pero ya la compensaría en unos días cuando se enterara de lo que su asistente había evitado contarle.

En un comienzo solo había querido que María le confirmara su suposición, es decir, que Ana sabía que él era Ringo Arias. Pero cuando leyó el relato de María sobre los preparativos de Ana para emprender un viaje de riesgo, dejó el tema de

Ringo Arias para mejor oportunidad.

Ahorcaría a María con sus propias manos hasta que le contara absolutamente todo lo que sabía y se había callado. Maldita mujer, pensó, aunque en el fondo se sentía agradecido por su intromisión, porque si no se hubiera metido en sus asuntos él no estaría enterado que Ana pensaba arriesgar la vida en las vacaciones, como le había dicho María, lógicamente sin contarle el lugar.

Sergio estaba a escasos metros de la puerta del aeropuerto, con las manos en los bolsillos y apoyado en un árbol. Le sonrió y se palmearon la espalda; llevaban nueve meses sin verse.

—Por fin diste señales de estar vivo —dijo Sergio que ya caminaba hacia donde había dejado estacionada la *chata*, como llamaba él a la camioneta desvencijada y herrumbrada, pero con

el motor en condiciones para hacer un viaje a Brasil, como solía decir cuando le criticaban el estado de su vehículo. Él mismo la tenía en condiciones, era el mecánico del pueblo y su taller estaba lleno de “chatarras” de la gente de la zona.

—Vivo y entero —dijo Alex, haciendo referencia a la recuperación.

—Mientras tú sigues entero Ana ha quedado partida en dos por tu último abandono —reprochó Sergio que, por lo general, no era de entrometerse en los asuntos de los demás, pero Alex había sobrepasado los límites de su paciencia.

—Acabo de dejarla durmiendo en mi departamento de Buenos Aires, debe estar furiosa porque le dejé una nota.

—Vaya, ¿te ha vuelto a perdonar? —preguntó sin pizca de sorpresa porque Ana perdonaba todo, era demasiado buena para su propio bien, por eso

sufría cuando la defraudaban.

—No hemos hablado sobre lo que pasó, solo cenamos y... —Y por fin estuvimos juntos como los dos siempre habíamos deseado, pensó Alex pero calló las palabras—. En dos días, tres a más tardar pienso reunirme con ella, aunque Ana no lo sabe —Alex sonrió pensando que otra vez la sorprendería, solo necesitaba saber qué locura se le había metido en la cabeza para arriesgar la vida durante las vacaciones.

—Creo que te gusta hacerla sufrir—dijo Sergio; abrió la puerta de la camioneta y cuando Alex se subió salió del estacionamiento.

—Me alegré mucho por la reconciliación de Mario y Laura —dijo Alex para cambiar de tema.

—Sí, con Ana también nos alegramos. Se dejaron ver muy enamorados en el desfile que presentó Ana en el *Patio Olmos*. En realidad

nosotros ya lo sabíamos —dijo Sergio, y sonrió cuando Alex arqueó las cejas—. Ana fue la primera en descubrirlos. La semana pasada ella fue a la casa y se asustó porque era mediodía y no había ruidos, además le llamó la atención que la camioneta estuviera abandonada en el camino. ¡Pobre! subió corriendo al primer piso y sintió que chirriaba la cama. Me dijo que se fue antes de que la escucharan —Alex largó una carcajada ante los dichos de Sergio—. Después fui yo. No sabía nada porque ese día no había visto a Ana. Me llegué a la tarde a conversar un rato como hago siempre. Te juro que los escuchaba desde abajo. Corría agua de la ducha y supuse que Laura se estaría bañando, pero luego escuché unas risas... —Sergio arqueó las cejas—. Y después siento un gritito de Laura y las carcajadas de Mario. Aunque

no lo creas, me ruboricé y me fui.

Alex sonreía imaginando las escenas que le relataba Sergio.

—Qué lástima que me lo haya perdido, me hubiera gustado escuchar esos ruidos extraños. Hace tanto tiempo que están distanciados que me había olvidado del chirriar de la cama.

—Yo era más grande que tú y en los primeros tiempos no sabía por qué chirriaba la cama. Me acuerdo que se lo pregunté a Laura, pero ella en lugar de responderme se puso colorada y le dijo a Mario que hiciera algo con esa cama —dijo Sergio.

—Me acuerdo de ese día. Mario le dijo que no iba a hacer nada con la cama y nos explicó que si sentíamos que la cama hacía ruido no los molestáramos porque Laura tenía el sueño inquieto. Pobre Laura, estaba roja ese día —dijo

Alex riendo—. Qué tontos éramos, yo solía sentir el ruido y me volvía a mi cama para no molestar los sueños de Laura.

—Yo solía quedarme escuchando para comprobar las horas que duraba su sueño inquieto. Después de unos años me reía solo por haber sido tan ingenuo, y eso que me había criado en la calle, debe ser que eran calles de pueblo y además otras épocas porque los chicos de ahora no son ningunos tontos.

—¿Cómo lo sabes?, ¿sigues recorriendo las calles?—preguntó Alex con curiosidad.

Sergio nunca había abandonado definitivamente su vida anterior. A veces, Mario solía encontrarlo durmiendo en las calles y lo traía de vuelta, pero Sergio le decía: “Nunca voy a dejar de hacerlo porque de esa forma voy a agradecer cada día lo que me has dado, si no lo hago voy a convertirme

en un hombre insensible”. Qué razón tenía, pensó Alex mirando el rostro bondadoso de Sergio, que era una especie de servidor de los necesitados. Por eso andaba en una *chata* destartalada, porque siempre ayudaba a los chicos abandonados.

—Siempre que puedo me doy una vuelta por la zona donde me encontró Mario —contestó Sergio restando importancia a lo que hacía.

Mucha gente conocía su dedicación por los niños y solían buscarlo cuando alguno se metía en problemas.

A veces se preguntaba por qué la gente lo buscaba a él en lugar de ayudarlos, pero no todos tenían la necesidad interior de salir a solucionar los problemas de los jóvenes, inclusive algunos solían venir al taller para pedirles dinero.

—¿Por eso nunca te comprometiste con una

mujer?

—Digamos que sí. Soy un hombre algo complicado aunque ustedes creen que estoy armado de paciencia hasta los dientes —explicó Sergio sin dar detalles de esas complicaciones que solo él conocía.

—Tonterías, si tú eres complicado el resto de los mortales deberíamos estar en el loquero. Solo eres un hombre que de vez en cuando quiere dormir en las calles.

Sergio se echó a reír por la descripción de Alex a su extraña forma de ser.

—Además, me han comentado que hay una mujer que te deja como *hombre mirando al sudeste*, ¿es cierto eso? —preguntó Alex.

Sergio sonrió, él no curioseaba la vida de nadie y tampoco permitía que interfirieran en la suya. A pesar de esa decisión dijo.

—Hay una que me deja parado, pero no miro al sudeste sino a ella tras el vidrio de la tienda cuando Ana le pide que cambie la vidriera. Pero no es para mí, es de gustos finos y no creo que se sienta cómoda paseando en la *chata*. Está incursionando en el diseño, y encima la madre es dueña de la floristería. Ella está rodeada de fragancias y *glamour* y yo de grasa.

—Nunca te veo engrasado por el pueblo. Solo tienes que cambiar la *chata* por algún vehículo que esté más entero. Te lo puedes permitir —dijo Alex, y sonrió cuando Sergio lo miró horrorizado como si le hubiera dicho: cambia de vida.

Ya habían ingresado al pueblo. La gente se movía a su paso lento, sereno, sin prisa por las calles polvorientas.

Alex sentía la paz del lugar, el aire puro, las veredas tranquilas y el olor a tierra y pino. Solo

extrañaba la ausencia de la fragancia a azahar que desprendían los naranjos en primavera.

¿Cuántos hacía que no disfrutaba de ese aroma tan propio del pueblo?

Había tantos recuerdos allí que veía a Ana correr a la panadería para comprar la factura rellena con crema, volcar el helado en la vereda y llorar para que Mario le comprara otro. Su cara rebotante de felicidad cuando su padre aparecía con un segundo helado más grande que el anterior. A veces lo dejaba caer a propósito, Alex la había visto. Eran sus pequeñas tretas para probar la paciencia de Mario, que siempre la alzaba y la consolaba para que no llorara. Pobre su Ana, tan necesitada de cariño que ponía a prueba el amor de su padre, y Mario nunca la defraudaba.

La arboleda que le gustaba a Ana ya se veía

mientras transitaban por la avenida. Un amplio cantero de palmeras volcaba las hojas hacia la calle polvorienta.

Su casa, imponente, se alzaba sobre una loma. Las paredes blancas, las farolas del camino, la galería, los techos a dos aguas, los árboles, los pinos, la tranquera de madera oscura en el ingreso, la verja que rodeaba el parque. Toda esa majestuosidad había impactado a Ana el día que la conoció. Tú casa, Ana, pensó mientras Sergio se acercaba a la entrada.

—Déjame en la tranquera que voy a recorrer el parque, porque si entro sin relajarme voy a ahorcar a María.

—Debe haber sido grave lo que ha hecho —dijo Sergio con curiosidad.

—No, pero si no me hubiera retaceado información, no estaría acá —Estaría almorzando

con Ana, pensó, y cerró los ojos para rememorar el rostro dormido, el cuerpo delicioso recostado sobre el suyo, los suspiros del sueño y los movimientos para acercarse más a él, aunque ya no había más espacio que acortar entre ellos.

Se quedó mirando desde el ingreso el parque que antaño habían hecho sus padres y no habían podido disfrutar porque un loco borracho los chocó de frente en la carretera. Su padre había muerto en el lugar del accidente y su madre dos días después. Él no los recordaba, pero Mario se había encargado de que no los olvidara.

Ya había pasado el mediodía. Alex camino hasta los fondos de la casa, lugar donde estaba instalada la cabaña que ocupaba María y Ernesto. Atravesó los ligustros de altura que la mantenía aislada de su casa y vio a María de espaldas, agachada quitando las hojas secas del jardín, y

Alex se acercó con sigilo.

—Que suerte que tienes de estar haciendo un trabajo tan relajante, mientras yo he tenido que dejar todos mis asuntos para venir a buscar información sobre los mensajes incompletos que me has enviado.

María se giró para mirarlo y una sonrisa le surcó los labios.

—Lo estaba esperando, jefe —No había asombro y mucho menos miedo a la reprimenda. Bueno, ella nunca había tenido miedo en su vida, salvo cuando Ernesto intentó deshacerse de ella porque el pobre hombre no podía creer que hubiera conquistado a una mujer tan atractiva—. ¿Por dónde quiere que empiece?

—“Ella es más inteligente de lo que deja ver” —dijo Alex pronunciando uno de los títulos

ingeniosos.

—¡Oh sí, qué mujer inteligente!, además es tan hermosa como en las fotos. No sé que le vio a usted jefe, es demasiado alto para ella y debe tener dolor de cuello cada vez que lo quiere mirar a los ojos. Con razón usted ha perdido la cabeza si es la mujer más delicada y hermosa que he conocido.

—María, ve al grano —dijo Alex perdiendo los nervios—. ¿Cómo has sacado esa conclusión? Acaso tiene que ver con mis novelas lo que te hace suponer que es más inteligente de lo que deja ver.

—¿Cómo lo supo? Bueno, ya sé que no me va a contestar y que soy yo la que tengo que responder —dijo María, y Alex asintió—. Ana se emocionó cuando vio las fotos, y se quedó helada cuando vio el decorado de la habitación, inclusive me dijo que era igual a como ella se la había sugerido cuando estuvo en la casa. Pero hubo algo que a mí

me dejó pensando, porque ella se quedó parada mirando todo desde la puerta, sin entrar. Siempre asombrada hasta que sonrió, fue apenas una mueca, pero sonrió. ¿Y sabe qué estaba mirando?, los dos libros de Miky Martin que estaban en la repisa que está sobre el escritorio. Yo no me di cuenta en el acto, pero después me puse a recordar, usted sabe que retengo todo en la memoria —Cuando Alex le asintió ella siguió hablando—. Entonces me pregunté por qué había sonreído, si antes se había quedado asombrada al ver el decorado, y recordé que en la repisa estaban sus libros, los de Miky. En realidad, esto lo descubrí cuando ella ya se había ido. Antes yo le tiraba semillas para ir llevándola a donde quería, ¿me entiende? Yo creía que estaba haciendo bien mi trabajo.

—¿Tu trabajo? No recuerdo haberte pedido que cumplieras ese trabajo —dijo Alex sonriendo por

las explicaciones de su asistente.

—No, ya sé que no me lo pidió, pero yo lo tomé con mucha responsabilidad —dijo su asistente. Alex rió. María no le prestó atención y decidió seguir contando sobre la reunión—. Ana me preguntó si había dormido con Mariana en esa habitación, aunque inmediatamente se tapó la boca con las manos, como si estuviera arrepentida de haber hecho la pregunta —Al jefe no se le borraba la sonrisa de los labios, se dijo María que estaba muy contenta.

—¿Qué le respondiste? —preguntó Alex con curiosidad.

—La verdad. Que nadie había dormido en esa habitación, y que Mariana nunca había estado en la casa mientras estaban casados. Le recalqué “mientras estaban casados” para que se enterara

de que ya estaba divorciado de ella —dijo María, y Alex arqueó las cejas—. Esto parece la casa de Ana, jefe, y creo que ella sintió lo mismo al ver los retratos en el *living* y en la habitación.

—Menos mal que no se te ocurrió mostrarle también los que están en el baño —dijo Alex como reprochándole que la hubiera llevado a recorrer la casa.

—Solo le quería dar una mano, tampoco quería que pensara que usted está loco por ella—aclaró María.

—Yo no estoy loco..., mejor dime, ¿le dijiste que estaba divorciado?, aunque no sé cómo estás enterada si yo no te lo he contado. Me imagino que habrás extorsionado a mi gente. Bueno, eso no importa por ahora —dijo Alex—. Solo dime si fuiste tú quien le contó del divorcio.

—Sí, yo se lo dije —dijo María, y evitó

contarle a Alex de que también le había comentado que le había cedido todo a Mariana para que Carlo dejara de golpearla.

Pero Alex, ya conocía ese detalle porque Ana se había encargado de mencionarlo durante la cena.

—¿Por qué crees que ella es más inteligente de lo que deja ver?

—Jefe, yo pensé que la estaba dirigiendo hacia donde quería, pero ella solo me hacía creer que se estaba dejando llevar por mí. Me engañó todo el tiempo, según lo que pienso, y no es fácil engañarme.

—No, no es fácil. Tú eres la despierta y el resto estamos dormidos —dijo Alex recordando que había descubierto lo que él mantenía oculto mientras limpiaba el piso en la oficina.

—Ana me preguntó si sabía dónde estaba usted,

le dije que no y en ese momento aproveché para preguntarle si había leído las novelas.

Alex se acercó a las sillas del jardín para sentarse a escuchar lo que su asistenta le estaba relatando.

Hasta el momento él no entendía donde estaba la viveza de Ana, que según María se hacía patente en una sonrisa imperceptible cuando vio los libros en la repisa. Eso podía ser solo una casualidad. Quizás Ana se había perdido en sus pensamientos y había sonreído justo cuando miraba los libros. Ella tendía a perderse en los recuerdos. Seguramente era eso lo que había pasado, se dijo para convencerse de que no lo había engañado también a él la noche anterior. Aunque tenía sus dudas ya que lo había hecho ahogar con el champán cuando le dijo el nombre de Ringo Arias.

Esas idas y venidas en sus pensamientos lo ponían de mal humor.

—¿Qué cara puso cuando le nombraste las novelas? —dijo Alex ofuscado, no con su asistenta sino con él mismo, porque estaba quedando como un idiota frente a Ana si sabía que él era Ringo y lo callaba.

—Quedó realmente desconcertada, es que estábamos conversando de otra cosa. Yo creí que ella no quería hablar de las novelas, era como si me escuchara sin demostrar interés. Le dije que era fanática de Babi y que se parecía a ella, también le conté que Babi estaba enamorada de Miky, y que él era un tonto que no le prestaba atención.

—Eso de decirle que se parece a Babi es una de las más grandes mentiras que has podido decir. Ella no es Babi, son el agua y el aceite. No sé de

dónde has sacado esa idea de que yo pondría a Ana en una de mis historias —Estaba enojado por las deducciones de su asistente, pero más enojado estaba con él por haber puesto ciertos detalles que las hacían parecidas y él no se había percatado mientras caracterizaba a Babi en la novela.

—En mis treinta años de vida he aprendido que cada uno ve la verdad a través de sus propios ojos, jefe —dijo María, y dejó a Alex con la boca abierta—. El asunto es que le pregunté si conocía la novela y me dijo que había escuchado algo en la peluquería. Ella las conoce y me hizo creer que había escuchado algo. Es muy inteligente jefe, muy inteligente porque no me dijo nada que me hiciera sospechar que las había leído.

—Todavía no logro captar tus deducciones, María. Creo que te has hecho una película de suspenso de todo esto —dijo Alex reflexionando,

porque para él no había nada extraño en las conversaciones de Ana.

—No, todavía no hay nada que confirme mis suposiciones. Si yo tuviera solo eso pensaría como usted —dijo María dándole la razón al jefe—. Después le dije que usted estaba enamorado de Babi.

—Sí, esa barbaridad me la contó ella y no lo podía creer. ¿Cómo se te ocurrió decirle semejante mentira? —dijo Alex mientras se levantaba de la silla para contemplar las copas de los árboles que se mecían con la brisa, necesitaba calmarse para no estrangular a su asistenta.

Eso no era darle una mano, sino dejarlo en ridículo frente a Ana, pensó. Él era un hombre práctico que vivía con los pies firmes sobre el suelo, no un soñador que se andaba enamorando de

los personajes que llegaban a su mente, eso era cosa de mujeres, no de él. Podía ser un seductor, pero no se imaginaba seduciendo a Babi, su personaje de ficción.

—Le sigo contando, jefe. Yo quise prestarle los libros, y ella me dijo que no tenía tiempo de leerlos, pero cuando le dije que usted estaba enamorado de Babi, ella se los llevó. Otro engaño, porque estoy segura de que los tiene, se los llevó para que yo no sospechara que ya los conocía. Quiso sembrar curiosidad en mí. Qué ironía, yo había intentado sembrar curiosidad en ella y al final fue ella quien me dejó llena de dudas a mí.

—No entiendo qué dudas te pudo haber dejado Ana —dijo Alex, que cada vez entendía menos.

—Ya vamos a llegar a esa parte, jefe, aunque a mí me llevó varios días descubrir lo que le voy a contar. Ana me hizo sentir mal porque todo esto lo

deduje cuando estaba sola, no mientras estaba con ella. Le pedí el *mail* para ser su asistente mientras ella se iba de vacaciones. Ana me dijo que tenía todo bajo control porque Elena y Sofí se ocuparían de sus asuntos. Entonces yo insistí, y le dije que si me lo quería escribir buscara una hoja en blanco en el primer cajón del escritorio.

—¿Y dónde está la treta en este caso? —dijo Alex, que no entendía las sutilezas de María.

—La treta es que había dejado una biografía escrita de su puño y letra. Hace mucho que la tengo guardada y la usé ahora como señuelo —dijo María, y retrocedió cuando el jefe se le vino encima. Estaba furioso, y María puso las manos como escudo para protegerse porque, por un instante, pensó que sería alzada en volantas y lanzada hacia la copa de un árbol. Pero el jefe se detuvo frente a ella y la miró como si quisiera

asesinarla, pero no la tocó.

—Esto es grave, María, muy grave porque has violado mi privacidad —dijo Alex que estaba realmente enojado.

—Ella salió huyendo con el papel. Se fue llorando porque esas palabras son las mismas que usted usó para la biografía de los libros. Creo que ahí fue donde no pudo disimular que había leído los libros. En realidad no dijo nada, pero no era necesario. Me quedé parada en la ventana observando como Ana miraba el parque abrazada a los libros. después se giró para mirar hacia la ventana, allí estaba yo más sorprendida que ella porque me decía con los ojos, *lo sé todo de él*. Entonces me puse a sacar deducciones, y me dije que eso no era suficiente para confirmar que Ana había leído sus libros, pero sí el lugar que ha

elegido para pasar las vacaciones. ¿Cuántas personas sabían que usted terminaría la novela en el Aconcagua? —preguntó María, y esta vez sí espero la respuesta del jefe.

—¿Cómo?, ¿de qué estás hablando?

—Vamos jefe, que yo escucho tras las paredes y sabe que lo sé todo. Cuando le entregó el primero de los libros al editor le dio un pantallazo del resto, y allí le dijo que pensaba terminar con uno de los mayores desafíos: el Aconcagua. ¿Cuántas personas sabían que lo terminaría en el Aconcagua?

—Solo mi editor, aunque me estoy enterando que tú también lo sabías. ¿Quién más, María? —preguntó Alex.

—Me he devanado los sesos pensando, y no lo sé. Yo no he dicho nada, usted sabe que soy una tumba para sus asuntos. Solo le dije cosas que ya

están escritas, nunca diría algo que lo perjudicara —aclaró María, aunque no hacía falta porque Alex sabía que sus palabras eran ciertas—. Alguien más lo conoce porque Ana se va de vacaciones al Aconcagua —dijo María.

¡Al Aconcagua!, pensó Alex. Se quedó congelado mientras en su mente apareció la imagen de Ana.

La estaba mirando, pero no parada frente a él, sino trepando el techo de occidente, escalando ese monstruo de piedra y nieve a fuerza de decisión o quizás obstinación. Estaba subiendo el cerro que se había quedado con la vida de mucha gente que desoía los síntomas que daba el cuerpo.

Acaso no estaba enterada en qué se estaba metiendo.

Evidentemente, no se había informado de que existía el mal de montañas, la falta de oxígeno que

podía causarle edema pulmonar. Que había que soportar el frío extremo, sortear precipicios, convivir en estado límite y con peligro de deshidratación, por nombrar algunos de los riesgos que cada año corrían las personas que tomaban el cerro como un desafío para alcanzar un sueño.

—¿Jefe, está bien? —preguntó María al ver que Alex estaba pálido.

—No..., no puede ser... Ella no está preparada para eso. Ella..., no puede estar pensando en esa locura, Ana es débil. Además, no tiene estado físico para emprender semejante reto.

Había pasado a segundo plano el asunto de cómo se había enterado del final de la novela. Ahora lo único que le importaba era llegar a ella para detenerla.

Tenía que decirle que no hacía falta llegar tan

lejos para tenerlo a su lado, porque eso era lo que estaba haciendo, lo mismo que Babi para hacer recapacitar a Miky.

Ana estaba reproduciendo en la realidad las andanzas de Babi.

Quizá la noche anterior había aceptado estar con él porque consideraba que era la última. Se desesperó, y María se percató de sus nervios.

—Usted puede detenerla. Ella lo ama; lo sé porque lo he visto en sus ojos. Pero le ha hecho tantas cosas, jefe, que ya debe estar vencida. Además, soy la única a quien le dijo el lugar de las vacaciones. Yo he indagado a sus amigas sin que ellas se dieran cuenta, y ninguna de las dos sabía adónde se iba Ana de vacaciones. Lo está haciendo con absoluta reserva, bueno, solo me lo contó a mí. Cuando le digo que es inteligente no me equivoco. Ella quería que usted lo supiera —

concluyó María, aclarando la incertidumbre que había generado en los *mails* para que el jefe regresara y así poder contarle en detalle todo lo que ella, su fiel asistente, había descubierto acerca de Ana.

—Sí, evidentemente, quería que me enterara. Sabes que nunca me he arriesgado por ella. Carlo casi la mató a golpes y no pude hacer nada para detenerlo —dijo Alex, y se alejó por el parque para preparar un bolso—. Prepárame algo para almorzar y dame el *mail* de Ana —fueron las últimas palabras que habló con María, y agradeció, que por una vez en el tiempo que la conocía, su asistente respetara su silencio.

Necesitaba llegar a Mendoza antes que Ana, o al menos junto con ella para detener esa locura que se le había metido en la cabeza.

No era común que hablara con su asistente

sobre temas personales pero, por primera vez, se sentía agradecido por su intromisión.

Si María no hubiera actuado por su cuenta, él no se habría enterado del riesgo que pensaba por correr Ana en esos momentos.

Sola, ella sola con un grupo de excursionistas extraños perdida en esa inmensidad, pensó Alex. ¿Para qué?, se preguntó, para qué lo haría si lo tenía todo: un padre que la adoraba; Laura que estaba pendiente de todas sus necesidades; Sergio, Alan y Leo que la trataban como a una princesa.

Solo le había faltado él, que la había hecho sufrir desde que la abandonó por creer que era un error amarla.

Y recordó las palabras de Ana cuando tenía quince años y los dos estaban recostados junto al arroyo mirando las estrellas que brillaban en el

cielo: “Cuando me muera me gustaría estar allí”, él le había tapado la boca y le había pedido que nunca más hablara de su muerte, y ella le había dicho, “No puedo irme porque tú estás aquí, si no estuvieras, qué sentido tendría quedarme”.

Y allá pensaba ir, porque él la había abandonado.

¿Por qué no arriesgar la vida para alcanzar un sueño?, llegar lo más cerca de las estrellas, si el otro sueño, tenerlo a él, se le había convertido en inalcanzable.

Quería conquistar al menos una meta en su vida, aunque la perdiera en el intento. Quería demostrarse que alcanzar los sueños era cuestión de decisión, de arriesgar para conseguir, de soñar para tener, que nada era imposible y que todo se hacía posible si uno se lo proponía.

Su Ana tan frágil y tan fuerte que era capaz de

dejar la vida para conseguir su propósito. Nunca pudo averiguar por qué la atraían tanto las estrellas, y ahora estaba en camino de descubrirlo.

Ha llegado nuestro momento, mi dulce Ana, dijo Alex mientras salía de la casa.

Ya no había tiempo para descubrir cómo se había enterado de que la trilogía concluía en el Aconcagua, el tiempo era solo para llegar a rescatarla, como lo había hecho Miky Martin sobre el final de la trilogía.

¿Sabría el final?, no, eso era imposible porque solo el editor estaba enterado. Aunque dudó de su presunción mientras salía de la casa.

CAPÍTULO 16

Todo un éxito, habían sido las palabras de Miguel dos días atrás en el *Mendoza Plaza Shopping* mientras se llevaba a cabo el último de los desfiles de presentación de la temporada otoño-invierno en la ciudad de Mendoza.

Habían sido los primeros en presentar la temporada, ya que estaban a mediados de enero, pero Ana no lo había hecho por competir con sus colegas. Ella solo se guiaba por su buen juicio.

Para ella el verano a nivel profesional ya estaba acabado, porque desde comienzos de diciembre estaba diseñando para el invierno. Había pensado en sus propios intereses cuando decidió la fecha de los desfiles: que coincidieran

con la mejor época para el ascenso al Aconcagua que, por lo que le habían informado la agencia, era a mediados de enero.

Por la mañana había comprado el permiso para ingresar al Parque Provincial Aconcagua. Era un permiso de escalada, no de *trekking* que solo permitía caminatas por el Parque.

Tenía contratada una expedición desde hacía dos meses que se ocuparía de todos los detalles. La primera noche dormirían en un hostel de Los Penitentes. Al día siguiente acompañados de un guía se trasladarían a Laguna de Los Horcones donde estaba uno de los ingresos al Parque. Desde allí harían una larga caminata y dormirían dos noches en las carpas que la empresa tenía en un campamento llamado Confluencia. Ese lugar era una parada de descanso antes de emprender la caminata a Plaza de Mulas, sitio que también

llamaban Campamento Base, porque allí permanecerían tres días para aclimatarse a la altura antes de hacer la ascensión al cerro.

Ana compartiría carpa con una mujer alemana experta en escaladas de altura. No se entenderían más que por señas, pensó y sonrió imaginando la aventura.

Se había enterado que los equipajes eran subidos por mulas hasta el Campamento Base de Plaza de Mulas. El origen del nombre era porque hasta allí llegaban las mulas que transportaban los equipajes de los escaladores, la comida y los implementos necesarios para que la ciudad de carpas funcionara, aunque en esta época se cuidaba de que las mulas no cargaran más de sesenta kilos distribuidos de forma pareja. Al finalizar la travesía las mulas traerían de regreso los equipajes hasta Penitentes. Es decir, que Ana

solo tendría que cargar su mochila personal porque la expedición contaba con hombres llamados porteadores que ayudarían con el traslado del equipaje necesario hasta puesto Berlín, el último y más alto refugio donde acamparían antes de alcanzar la cima.

Ana había pagado un alto precio por esa expedición porque contaban con porteadores para llevar la carga hasta el refugio Berlín. Su objetivo era llegar a la cima y no pensaba desistir por no soportar la carga.

La empresa tenía guías capacitados en escaladas de alta montaña. Sin un buen guía Ana no se hubiera animado a emprender el reto.

También contaban con cocineros y asistencia médica para los controles de saturación de oxígeno y presión arterial, que eran fundamentales

para conseguir el ascenso.

Arriba la falta de oxígeno se transformaba en un arma mortal, cincuenta por ciento menos que el acostumbrado. Además, el Aconcagua era uno de los lugares con más bajos porcentajes de humedad: cinco por ciento, por eso la hidratación era otro de los temas fundamentales para alcanzar la cumbre.

Tenían pensión completa en el hostel de Los Penitentes y en los campamentos de Confluencia y Plaza de Mulas que constaba de desayuno, almuerzo y cena; y una pizzería que incluía el *delivery* más alto del mundo los aguardaba en Plaza de Mulas a cuatro mil trescientos metros sobre el nivel del mar.

En realidad, tenían pensión completa en todo el trayecto porque les proporcionaban las comidas de marcha y las de altura, los desayunos y las cenas. Además, les proveían el agua, tan escasa en el

Aconcagua que había que conseguirla derritiendo nieve que luego había que mineralizar para que cumpliera la función de hidratarlos.

Por suerte la excursión se hacía cargo de todos esos detalles que para alguien como ella, que nunca había escalado, eran fundamentales para regresar del cerro con vida.

Ana tenía que llevar sus cosas. Las había comprado respetando el listado que le había proporcionado la agencia: como indumentaria, productos personales y bolsa de dormir. Sonrió mientras miraba las botas de *trekking* ya gastadas porque le habían recomendado utilizar un calzado usado para evitar las ampollas que producían los nuevos.

Hacía dos meses que las usaba mientras entrenaba en las montañas de su pueblo, aunque esperaba no tener problemas con las botas dobles

para altura que eran nuevas y tendría que usarlas en los últimos tramos de la escalada.

Toda la ropa de alta montaña era impermeable y térmica: las polainas que se ajustaban sobre las botas, los guantes, la campera de pluma y los pantalones. El resto de las prendas debía ser de material sintético para conservar el calor y absorber la transpiración sin que la ropa se sintiera mojada.

Solo era cuestión de esperar tres días para partir a Los Penitentes, se dijo Ana sonriendo.

Si Mario y Laura supieran donde estaba, dejarían el crucero que estaban realizando por el Caribe para venir a buscarla y llevarla a rastras de regreso al pueblo. Pero como no lo sabían, Ana estaba tranquila recostada en la cama del hotel mirando desde la ventana el cielo mendocino,

límpido, sin nubes y con las estrellas titilando para ella.

Ya las vería de cerca como si al fin pudiera alcanzarlas con las manos, aunque solo fuera una sensación, una ilusión por el efecto de la altura, la imponentia y la magia del lugar al que llegaría para sentir que los sueños, algunos sueños, se hacían realidad.

Otros sueños eran inalcanzables porque no dependían de ella sino de los sentimientos de alguien que nunca se había jugado para tenerla a su lado.

Esa tarde había sentido la presencia de Alex a sus espaldas mientras caminaba por las calles de Mendoza para comprar el permiso de escalada en el Parque General San Martín. Pero cuando se giró para mirar si había alguien tras ella, él no estaba.

También lo había presentado cuando entró a la

agencia que había contratado para la travesía, y más tarde creyó verlo en la vereda de enfrente mientras compraba los implementos para el viaje.

Solo eran sensaciones, o quizás, el deseo de que la hubiera seguido hasta Mendoza.

Pero él no era un hombre de andar arriesgándose por ella como Miky lo había hecho por Babi. No, él huía de los problemas, de las complicaciones, de las situaciones que escapaban de su razonamiento lógico, como el día en que la dejó cuando tenía quince años. Seguramente en sus pensamientos no cabía la idea de enamorarse de la niña con la que había compartido la misma casa durante cinco años.

¿Acaso no sabía que los sentimientos no se podían razonar?, y si él los había razonado era porque no sentía lo mismo que ella: ese amor que traspasaba barreras, que nada habría podido

detener, ni siquiera el haberse criado en la misma casa con Mario haciendo de padre de todos, aunque solo ella fuera su hija de sangre.

Alex se había encargado de construir montañas de piedra dura para detener sus sentimientos: la había dejado, competido con ella en los diseños hasta casi hacer desaparecer el pequeño emprendimiento que acababa de comenzar, y por último, había construido su propio muro de Berlín cuando se casó con Mariana. Todo perdido, los sueños, las ilusiones y el amor, por culpa de los muros que Alex había puesto en el camino de los dos.

Solo el accidente en el que Alex casi había perdido la vida, le había permitido a Ana perdonarlo. Pero él, otra vez la había defraudado al mentirle sobre su falta de memoria.

Quizás lo hubiera perdonado si no la hubiera dejado sola e inconsciente en el piso de la sala el día que Carlo la molió a golpes.

Ya no creía en él, tampoco soñaba con tenerlo más que una noche de despedida, como la que compartieron antes de viajar a Mendoza.

Tenía muchas cosas para decirle, secretos que contarle. Pero él no estaba para escucharla o para preguntarle que había sentido cada vez que le robaba de a pedazos las ilusiones o le quitaba una parte del alma con sus abandonos.

Sabía todo sobre él, absolutamente todo. Mientras que él no conocía nada de ella, ni siquiera su dirección de *mail*.

Qué más necesitaba para comprender que el sueño de tener a Alex solo había sido eso, un sueño.

Ana había tenido dos sueños en la vida. Su

sueño infantil había sido llegar a las estrellas. Sabía que era imposible de alcanzar, pero nadie le quitaría la sensación de tenerlas al alcance de las manos. El día que Ana conoció a Alex, las estrellas ya no fueron tan importantes para ella, y habría dejado de lado su sueño infantil si Alex estuviera con ella. Pero él no estaba, y Ana necesitaba llegar a esa cima para sentir que al menos había logrado uno de sus sueños, aunque ya no tuviera la importancia de la infancia.

Llegaría a las estrellas como se había jurado que lo haría a los cinco años cuando las descubrió a través de la pequeña ventanita del desván donde la encerraba Lily por las noches. Sus únicas amigas que le decían en silencio cada noche: “no estás sola, niña, nosotros iluminamos tus sueños malos y convertimos tus pesadillas en paraísos”.

Había viajado con una *netbook* para contactarse con Mario y Laura que estaban de luna de miel en el Caribe, y con Elena que había quedado a cargo de la tienda, aunque Miguel le había asegurado que viajaría al pueblo para colaborar en lo que necesitaran mientras ella estuviera de vacaciones.

Ana se asombró cuando abrió la cuenta para revisar los *mails*. Alguien le había enviado cuatro mensajes, y no eran de Mario ni de Elena. No, todos eran de Ringo Arias.

“¡Oh, maldición!”, fue lo único que atinó a decir mientras temblaba como un flan. Bueno, no tenía sentido su actitud por unas palabras escritas en un *mail*, solo eran palabras y Ringo no estaba escuchando o mirando su estado de nervios. Por fin se había dignado a responder, se dijo, y sonrió más relajada al saber que nadie la veía.

Abrió uno de los *mails*, el primero que le había enviado.

Estimada lectora:

Sé que ha intentado infructuosamente contactarse conmigo, ya que he visto cinco mensajes enviados por usted.

Me pregunta cosas muy difíciles de responder, como por ejemplo, en quién me inspiré para crear a Babi.

No le respondí antes porque creí que Babi no estaba inspirada en nadie conocido, pero sucede que tengo una asistente metida que me ha hecho ver que eso es mentira.

Ahora que sé en quien me inspiré he decidido sacarle la duda.

Babi es igual a la mujer de mi vida, dulce, generosa, sin una pizca de maldad, y tan buena

que me ha perdonado todos mis errores. Aunque hay una gran diferencia entre Babi y la mujer de mi vida.

Babi es una irresponsable que anda haciendo payasadas para retener a Miky a su lado, en cambio, la mujer de mi vida nunca ha cometido las estupideces de Babi, ella no necesita andar trepando cerros para tenerme a su lado, con solo chasquear los dedos yo iría corriendo.

Espero haber respondido a su pregunta.

Un beso lleno de pasión, Ringo.

—Caradura, desgraciado, piérdete en el infierno de tus palabras, maldito escritor arrogante —dijo Ana, y se levantó como un resorte de la silla después de leer las palabras de ese idiota de Ringo.

“Haciendo payasadas para retener a Miky, y cometiendo estupideces”, quién se creía que era

para responderle de esa forma, y encima mandarle besos llenos de pasión. Pero a pesar de la indignación son pudo evitar sonreír.

Se giró y miró asombrada la *netbook*, porque acababa de entrar un mensaje más de Ringo. En ese momento él estaba conectado.

Corrió a sentarse para desconectar el *Messenger*, ni loca iba a contactarse con él de forma tan directa.

Abrió el segundo *mail* por orden de fecha, bueno, en realidad era por orden de horas porque todos eran del día.

Mi querida lectora:

¡Qué preguntas las tuyas!, es como que me deja preocupado.

Tengo la sensación de que nos conocemos, ¿o me equivoco?, no importa.

Ahora quiere saber por qué Miky es tan

estúpido, idiota, insensible y palurdo. ¡Qué desprecio a un hombre con mayúsculas! Su opinión no es igual a la de los hombres que consideran a Miky un ejemplo a seguir.

Él es el héroe que nos hacía falta a los de nuestro género para sentir que las mujeres no dominan el mundo, a pesar de que lo creen.

Miky es un hombre como los de antes, aquellos que dirigían con la mirada arrogante a las débiles féminas que se la pasaban cociendo, tejiendo y bordando. Me imagino que usted no debe ser de ese tipo de mujeres, ya que no debe saber ni agarrar una aguja para coser un botón.

Pero no se haga problema, porque si odia a Miky, quizá tenga la suerte de enganchar un palurdo estúpido que baile como mono a su alrededor.

Me gustaría conocerla, mi querida lectora, y discutir estos temas entre las sábanas revueltas.

Suyo siempre, Ringo.

Ana sentía que los distintos tonos rojos le impregnaban las mejillas. No era vergüenza por las palabras atrevidas de Ringo, sino indignación al considerar que las mujeres eran una especie inferior dentro de la raza humana.

¡Qué no sabía coser un botón! Ella era diseñadora, cómo no iba a saber coser un botón.

La boca tenía ganas de coserle, sellársela con costura en punto cruz para que nunca más hablara de esa forma. Además, ella nunca había querido tener a alguien que le bailara como mono.

¡Oh!, ¡maldito creído y pervertido! ¡Decirle que quería discutir con ella el tema de la hombría del idiota de Miky entre las sábanas revueltas!

A pesar de la indignación abrió el *mail*

siguiente.

No sabía qué le había preguntado, pero cuando leía las respuestas recordaba cada uno de los *mails* que le había mandado en los últimos dos meses, y él no había respondido.

Acá estamos de nuevo, mi admiradora secreta.

¿Por qué no se pone un nombre así deo decirle lectora o admiradora? Bueno, no importa, usted sabrá.

Esta pregunta sí que es jodida, mire que querer saber cómo elegí la decoración de la habitación de Miky. Si ya lo sabe, fue Babi quien le sugirió las cortinas y la alfombra azul, el velador de bronce sobre la mesita de luz de roble y todos los muebles de roble tallado, inclusive la silla Luis XV tapizada en pana azul.

Veo que la curiosidad la mata porque no se ha

conformado con lo que ha contado Babi.

¿Acaso cree que esa parte tiene que ver con mi vida personal?, si es así usted es una lectora que mete las narices donde no debe.

Mire que hacerse la película con esa partecita cuando me he cansado de hacer descripciones en la novela, pero a usted solo le interesa el dormitorio.

¿Será que se ha imaginado acostada desnuda en la cama de Miky? Si es así, yo la compartiría con usted.

Sabe, me está haciendo sentir ganas de cobijarla en mis brazos, desnuda, le aclaro, y decirle cosas que solo le diría a la mujer que amo, cosas que solo ella debería escuchar de mi boca, pero usted me confunde con sus preguntas.

Un ardiente beso, Ringo.

Ana se recostó en la silla y esta vez sonrió. No

había tanta agresión en el último *mail*, aunque había evitado darle la respuesta, el muy ladino. Bueno, había respondido lo que estaba en el libro: que la habitación de Miky estaba decorada de la misma forma que Babi le había sugerido cuando lo conoció.

Ana también tenía ganas de estar acostada desnuda en esa habitación decorada como ella le había sugerido a los quince años, pero con Alex. La habitación que le había mostrado María y la había dejado parada en la puerta y sin reacción.

¿Cuánto tiempo haría que la tenía decorada como ella se lo había sugerido? no se había atrevido a preguntarle a María por miedo a que se lo contara a Alex.

—¿Cuál será tu respuesta para evadir mis interrogatorios, Ringo? —se preguntó mientras abría otro de los *mails*.

¡Ah, cómo me gustaría mirarla de frente para darle esta respuesta, mi admiradora secreta!

¿Quiere saber cómo se me ocurrieron los ingeniosos apodos de Babi? Bien, sucede que no soy tan parecido a Miky como la gente supone, creo que soy la antítesis de Miky.

Yo vivo de los recuerdos, mi querida lectora, son el sostén de mi vida. Tan fuertes y tan presentes están en mí que sin ellos no sería Ringo Arias. Solo sería Miky Martin, un hombre sin recuerdos del pasado.

Hace muchos años una chiquilla se robó mi corazón, a veces la llamaba Pichi, me parecía que ese nombre iba con ella porque era muy menudita. Otras, le decía Princesita, y también solía decirle Mi Pollito.

Veo que hemos llegado a un punto en el que ya

nos conocemos en la intimidad porque si le estoy dando los apodos que le decía a la persona que amo, es como que los dos compartimos un secreto, algo que solo nosotros sabemos de esta trilogía que he escrito.

Pero lo vamos a dejar ahí, usted mi queridísima lectora, es muy especial para mí, tanto que ya la estoy desnudando en la imaginación mientras termino estas palabras.

Siéntame tan suyo como mía la siento yo, Ringo.

Ana se levantó de la silla para despejarse. Ya estaba todo dicho aunque le faltaba abrir el último de los *mails* que acababa de recibir. Ella sí recordaba la última pregunta que le había hecho, y la rememoró.

“Estimado señor Ringo Arias, ¿quién lo inspiró para hacer una biografía tan emotiva y que solo la

persona que fue la fuente de su inspiración podría descubrir quién se esconde tras el seudónimo de Ringo Arias?, porque usted no se llama así en la realidad, ¿o me equivocó?”

Ana volvió a sentarse en la silla para leer su respuesta.

Mi adorada lectora, tan fiel seguidora mía que siento vibrar la piel cuando abro sus mails.

Su pregunta tiene impresa la respuesta.

Hay una sola persona que puede descubrir quién está tras el seudónimo que estoy utilizando.

Si usted llegara a ser esa persona solo puedo decirle que el tiempo de espera se acabó.

Ha llegado nuestro tiempo, mi amor, y te aconsejo que no cometas la locura de subir a ese cerro, porque voy a bajarte y darte tal paliza en el trasero que no vas a poder sentarte por varios

meses. Te juro que lo voy a cumplir. Inconsciente, irresponsable, tú no eres Babi, ella es ficción, y además no tienes el físico necesario para enfrentar semejante locura, mucho menos debes tener la preparación física que se requiere para este tipo de desafíos.

No sabes en lo que te estás metiendo. Ni se te ocurra poner un pie en el Parque Provincial Aconcagua porque voy a ir por ti.

Me has entendido, maldición, respóndeme este mail inmediatamente.

Ana se rió con todas las ganas, por fin había perdido los estribos. Ese no era Ringo Arias, ese era Alex Alvear actuando como un cerdo arrogante y prepotente.

Nadie la bajaría del cerro hasta que no llegara al techo de occidente. Esos *mails* llegaban

demasiado tarde, porque ella estaba decidida a alcanzar la cima.

Hacia dos meses que había mandado el primero de los *mails* y nunca había recibido respuesta. Seguramente él ni siquiera los había abierto porque no se habría imaginado que la lectora que los enviaba era ella, por eso no le respondía.

Ana suponía que María le habría comentado sobre sus vacaciones en el Aconcagua, y por lógica, le habría dado su *mail*, y allí, por fin Alex había caído en la cuenta de que era ella la que le escribía con el *mail* de contacto que tenía para su familia, aunque él no lo conocía.

Alex se acababa de enterar de que ella conocía todo de él, absolutamente todo. Lo que no lograba comprender era cómo se había enterado de que la trilogía terminaba en el techo de occidente, como llaman al Aconcagua.

Se acercó a la ventana y una nueva luz iluminó su vida. Alex había terminado por reconocer que era Ringo Arias. No lo había dicho, no hacía falta que lo dijera, bastaba con escuchar sus exabruptos en el *mail* para darse por satisfecha.

—Bien Alex, veremos si eres capaz de bajarme de ese cerro. No sé cómo termina la trilogía que ha cautivado a tanta gente, solo sé cómo van a terminar mis vacaciones: haciendo cumbre en el techo de occidente y cumpliendo mi sueño de estar lo más cerca posible de las estrellas. Se los debo por los años de contención y comprensión, porque fueron las únicas testigos de mis miedos, mis traumas y de las torturas que soportaba cuando vivía con Lily en el restaurante donde se vendía como una prostituta. Ellas fueron las que me mantuvieron con vida y yo voy a rendirles mi homenaje haciendo cumbre de noche. Por eso no

vas a poder bajarme, aunque ni siquiera creo que seas capaz de cruzar un charco para rescatarme. Tampoco yo, Alex, estoy dispuesta a perdonarte todo el dolor que me has causado durante tantos años —dijo Ana a un Alex ausente, mientras miraba desde el ventanal de la habitación las estrellas brillando en el cielo.

CAPÍTULO 17

Después de descansar durante unos días en el acogedor somier del hotel Aconcagua de la ciudad de Mendoza, no era grato despertar en una litera durmiendo en la parte superior porque la alemana, que sería su compañera de carpa durante la escalada, aunque pareciera increíble, tenía vértigo a las alturas mientras dormía. Eso era para la risa, y Ana, cuando el guía le tradujo las palabras, no pudo evitar largar una carcajada. ¡Una escaladora experta que tenía miedo de caerse de la cama por las noches!

Si había extrañado la comodidad del hotel no se imaginaba lo que extrañaría esa rudimentaria litera cuando tuviera que dormir dentro de una

bolsa de plumas con un frío de muerte en el último de los refugios que sería Nido de Cóndores o Berlín, pensó Ana.

Mientras Ana estuvo en Mendoza, Alex había mandado cinco mensajes más, dos el mismo día que los anteriores y los tres restantes al día siguiente. Estaban llenos de bravuconadas y exageraciones: que la iba a bajar del cerro en andas si no desistía de esa locura, que por qué lo hacía, que para qué tenía que arriesgar la vida, que esos eran retos de mucho riesgo, hasta le decía que él la llevaría a escalar el Champaquí, el pico montañoso más alto de Córdoba de unos dos mil setecientos metros.

¡Qué se creía!, que ella era un débil y frágil pimpollo que no podía emprender un desafío como el que se había propuesto, si solo la entrada al *Parque* estaba a dos mil novecientos metros, y

Confluencias, que era la primera parada antes de seguir a Plaza de Mulas estaba a tres mil trescientos ochenta metros.

No, ella llegaría al techo, y nadie, absolutamente nadie la bajaría antes de alcanzarlo.

Después de esos cinco mensajes encolerizados, Alex dejó de insistir, digamos que desapareció de su vida como hacía siempre que los problemas lo sobrepasaban.

A Ana ya no le importaba y estaba de buen ánimo para iniciar la marcha de la primera etapa a la que llamaban *trekking* porque no tenía muchas dificultades para sortear, como la falta de oxígeno ocasionada por la altura. Sería algo así como dar un paseo por las montañas de su pueblo, supuso Ana.

Desde el mirador del Parque se podía ver la punta del cerro Aconcagua. Parecía pequeño

debido a la distancia, pero ella sabía que a medida que avanzara se impondría en tamaño sobre el resto de las montañas cercanas que se empeñaban en quitarle importancia.

El clima era agradable, un sol pleno iluminaba el ingreso al Parque Provincial Aconcagua por el valle de Horcones.

Ana aspiró el aire puro sin tomar conciencia que días después ese aire sería tan difícil de conseguir.

Todo era mágico en ese paisaje de montañas nevadas en sus picos, pensó mientras marchaba pisando los pastos que crecían en la quebrada de Horcones, camino a Confluencias, su primer destino.

El guía que los acompañaba era un hombre que tenía unos treinta años y muchas cimas escaladas.

Se llamaba Daniel y era un gran conocedor de las dificultades que podía presentar la marcha a personas, que como ella, no tenían experiencia en andinismo.

—¿Ana, cómo lo vas llevando? —le gritó. Iba primero dirigiendo al grupo de cinco escaladores y ella, que era la última, se encontraba a varios metros de distancia.

La mochila le pesaba y los pies le hormigueaban después de tres horas de caminar por un paisaje lleno de encanto y soledad.

—Muy bien —mintió Ana, aunque suponía que con la experiencia que tenía Daniel no le habría creído.

Media hora después Daniel detuvo la marcha sin importarle las quejas de la alemana, que estaba en mejor forma que todos para avanzar hasta Confluencias sin detenerse, porque no le perdía

pisada.

La alemana era de contextura montañosa, bien preparada para esas travesías, robusta y con buenos músculos para resistir el avance y la mochila; en cambio, Ana era una pueblerina que no bajaba el culo del *Porsche*, como le decía su padre.

Pensó en Mario y Laura que estarían recostados en una playa del Caribe con el mar azul que les lamía los pies mientras bebían un *Cubalibre* y se hacían arrumacos; en tanto ella solo tenía un sándwich de queso, jamón y tomates cherry. Aunque después de mucho caminar tenía que reconocer que nunca había probado algo más delicioso que ese sándwich.

La alemana, rubia y de ojos claros, se sentó a su lado y le dijo algo. Como Ana no entendió, le sonrió para no ser descortés. Entonces la mujer

empezó a hablar en su lengua mientras le sacaba las botas de *trekking*.

¡Ah, qué alivio!, pensó Ana que tenía los pies triturados por culpa de las horas de caminata.

Luego la alemana siguió hablando en su idioma mientras le quitaba los calcetines y le masajeaba los pies.

—Daniel, podrías traducir lo que me dice, debe ser algo de la caminata —dijo Ana al guía que era muy amable, porque sonrió y se acercó a ellas.

—Lorelei dice que es una experta en trepadas y te está explicando que te has equivocado de calcetines. Esos que llevas puestos son los de altura, los que usan los esquiadores para soportar el frío intenso, y son demasiado gruesos para el comienzo de la caminata, Ana. Mejor ponte las finas y ya no vas a tener problemas —Daniel

sonrió, también sonreían los compañeros del grupo, y Ana sintió las mejillas rojas porque era su primer error, pero ella había tenido frío cuando se despertó y pensó que no era conveniente congelarse los pies apenas empezaba la aventura.

Le sonrió a la alemana y abrió la mochila para buscar los calcetines sintéticos y finitos que le habían dicho que se comprara.

—¡Oh, *¡nein, nein...!* —dijo Lorelei, y Ana por fin entendió algo, el *¡oh!* era una expresión que significaba asombro, y el *nein* era no, Ana lo conocía, y para confirmar que estaba en lo cierto Lorelei negó con la cabeza mientras le desarmaba toda la mochila.

Barritas de cereales, desodorante, colonia por si no se podía bañar, labial rosa, maquillaje; todo lo que había traído para tener mejor aspecto, aunque no estaba en la lista de elementos

imprescindibles, salía de la mochila. Hasta ¡una tanga y un corpiño! Que había puesto por si acaso, quedaron expuestos a la mirada burlona de sus compañeros de grupo.

Luego sacó lo que sí estaba en la lista: botellas, polvos para mineralizar el agua, las toallitas húmedas para higienizarse, la crema y el labial protector, una muda de ropa liviana, calentadores de pies y manos, termo para el té, y más y más cosas. Cuando tuvo todo desparramado en el suelo, se puso en la tarea de acomodar las cosas equilibrando el peso de la mochila para que quedara repartido de forma pareja.

—¡Oh!, gracias Lorelei, *thank you very much*
—Intentó Ana con el inglés, y la alemana le sonrió.

—*¿You speak English?* —Se entusiasmó Lorelei, tampoco era tan grande su alegría, pero se dejaba ver el asombro en sus ojos celeste mar.

—*Not, not* —Seguro le estaba errando a la negación porque Daniel y los otros tres compañeros de travesía sonreían, pero no le importó porque la alemana asintió como si le hubiera entendido.

Siguieron avanzando hacia el primer campamento, Confluencias, un lugar donde la empresa tenía instaladas carpas para descansar después de la primera jornada de *trekking*.

Allí recuperaban las fuerzas para emprender la caminata hacia Plaza de Mulas, el Campamento Base, que también era llamado “ciudad de las carpas” por la cantidad de gente que acampaba en ese páramo de roca y nieve. En ese lugar, todos, hasta los más experimentados, debían realizar la aclimatación para atacar la cumbre del cerro Aconcagua.

Confluencias era un lugar agreste con rocas y algunas matas de pasto que de lejos parecían una alfombra verde. Al levantar la vista, las montañas y el cielo celeste dominaban el paisaje.

Por momentos caminaban como en un valle, y los senderos estaban marcados por la cantidad de escaladores que llegaban desde todo el mundo con la ilusión de hacer cumbre.

Habían cruzado el Río Horcones por un puente. Daniel les había contado que lo habían construido para rodar la película *Siete años en el Tibet*. Es decir, que los pies de Ana estaban pisando las huellas que había dejado Brad Pitt.

¡Oh! ¡Qué emoción sintió con cada paso que daba sobre el puente sabiendo que Brad también lo había pisado!

El clima de ese día era agradable, aunque la travesía cansaba porque eran muchas horas de

caminata. No había trepada empinada, por eso la llamaban *trekking*, pero Ana sentía el peso de las subidas como si estuviera llegando al techo de occidente, ¡y ni siquiera habían llegado al primer campamento!

El grupo era heterogéneo. Un mendocino de cuarenta años que iba por su tercer intento, “es el último”, le había comentado porque su familia sufría más esperándolo en la base de lo que él sufría arriba. Dos norteamericanos de treinta años que ya habían hecho cumbre en cerros más bajos. Y la alemana, una experimentada trepadora con varias cumbres en los Alpes. Es decir, que la única novata era ella.

Ana se sentía extraña rodeada de gente que trepaba un cerro tras otro, ella solo quería estar cerca de las estrellas. El grupo hablaba de

ascensos como ella solía hablar de la textura de las telas para los vestidos. Este no era su mundo, pero luego comprendió que en ese momento todos tenían el fin común de alcanzar la cima.

Pensó en Alex: las noches compartidas junto al arroyo mirando las estrellas, los abrazos protectores en el establo, el amor que sintió cuando lo conoció, la añoranza y tristeza cuando la dejó. Cuántos abandonos había tenido que soportar, cuántas esperas inútiles para recuperarlo. Sergio solía decirle que los deseos se cumplían, que lo imposible se hacía posible y que los sueños se hacían realidad. No era cierto, ella nunca había tenido a Alex a su lado más que unos pocos momentos, tan efímeros que a veces solo parecían una ilusión.

Levantó la vista y un grupo de carpas de todos colores asentadas sobre una planicie la hizo

sonreír.

—Confluencias —dijo Daniel, y todos se miraron emocionados.

Por fin habían llegado. El cansancio de la caminata quedó atrás al haber alcanzado la primera meta. Parecía poco, pero había mucho camino recorrido y el Aconcagua se trepaba paso a paso, parando y aclimatándose a la altura y a la sequedad del clima.

Estar en Confluencias era como haber dado el primer paso, aunque habían dejado miles más tras ellos. Este sitio solo era un descanso de dos días en el camino a Plaza de Mulas, el Campamento Base que sería el segundo gran paso que tenían que dar para alcanzar la cima.

Ana se sentía exhausta, los pies adormecidos y la espalda dolorida por soportar el peso de la mochila. Un baño, necesitaba un baño reparador

con sales relajantes, una bañera con hidromasajes y una persona dispuesta a frotarle los pies y la espalda para renovar fuerzas para el día siguiente. Pero allí todo era rudimentario y Daniel les dio la noticia de que podrían darse una ducha con unas bolsas que contenían quince litros de agua. Dichosa bolsa que le permitió sacarse el polvo y sentirse limpia, aunque no renovada para seguir.

Al menos la comida fue agradable, a base de carbohidratos para recuperar las energías del viaje, una lasaña de carne y verdura, una sopa de cereales y de postre un delicioso flan de chocolate. El éxito de alcanzar la cumbre en parte estaba en las comidas, aunque era fundamental beber siete litros de agua por día porque la escasa humedad ambiente producía deshidratación. Menos mal que todo estaba controlado con mucho

detalle por los cocineros que los acompañaban en la expedición, porque ella sola no lo habría logrado por falta de conocimiento.

La carpa de la empresa estaba llena de gente. Había varios guías acompañando a dos grupos de ocho escaladores. Ellos eran cinco y tenían un solo guía, aunque a Daniel lo aguardaba un asistente en Plaza de Mulas porque la trepada final se hacía con dos personas experimentadas en escaladas de altura.

Ana no se sentía cómoda con dos norteamericanos y una alemana, sencillamente porque no conocía el idioma. Recordó a Laura, y su insistencia para que estudiara inglés. ¡Por qué no le habría hecho caso!, se dijo mientras sonreía para no ser descortés cuando le preguntaban algo.

A pocos metros de la mesa que compartía con el grupo, Daniel discutía con Lorelei. La alemana

era una chica demasiado independiente y en varias ocasiones había cruzado palabras con el guía. Eso no era bueno, porque rompía la armonía del grupo y quitaba el buen ánimo que traía el resto.

—Muchacha, ¿te espera alguien al regreso? —preguntó el mendocino que se llamaba Benito y era con quien mejor se llevaba del grupo.

—No, mis padres están de vacaciones en el Caribe —dijo Ana, no quería contarle que, salvo Alex, nadie sabía dónde estaba.

—Eso no es bueno, alguien debería aguardar por ti —dijo Benito, parecía condolido por su situación.

Ana tenía ganas de decirle que no todos tenían su suerte, y que el único que sabía que ella estaba allí era Alex, que estaba furioso y le había dicho que vendría a bajarla para dejarle el trasero rojo. Pero para qué dar explicaciones de algo que Alex

era incapaz de hacer, porque nunca emprendería ni siquiera el cruce del arroyo que había tras la casa de Mario para rescatarla.

Por suerte Benito cambió el rumbo de la conversación.

—Esta chica Lorelei nos va a traer problemas —comentó Benito al escuchar la discusión entre el guía y la alemana—. Discuten en inglés, y por lo poco que entiendo Lorelei quiere hacer cumbre sin aclimatarse en Plaza de Mulas —dijo Benito.

—Yo no tendría problema de aceptar —dijo Ana con toda la ingenuidad que le daba la inexperiencia en las escaladas.

—Eso dices ahora que solo estás cansada. Espera a sentir los síntomas de los cuatro mil trescientos metros que hay en Plaza de Mulas. Por algo nos quedamos allí tres días haciendo

trepadas. El cuerpo no está acostumbrado a la altura y vas a sentir que no te responde. ¿Te has hecho el chequeo médico?

—Estoy como una escaladora profesional, tengo doce de tensión y ochenta y cinco de saturación de oxígeno. ¿Y tú? —preguntó Ana con curiosidad ya que Benito era el más grande del grupo.

—Trece de tensión y noventa de oxígeno en sangre. Estamos mejor que Lorelei que está en el límite de lo aceptable porque tiene catorce de tensión y solo ochenta de saturación de oxígeno, es muy poco ya que no hemos alcanzado la altura que quita el aire —aclaró Benito que tenía experiencia por sus anteriores trepadas al cerro. Dos veces había tenido que descender sin alcanzar la cumbre por falta de oxígeno.

—Ella está muy nerviosa. No me gusta

compartir carpa con Lorelei, espero no tener problemas. Ya hubo una pequeña discusión cuando dijo que ella no dormía en la parte alta de la litera. No discutió conmigo, sino con Daniel, que no le creyó la excusa de que tiene vértigo cuando duerme. ¿No será su primera cumbre y no quiere decirlo?

—¡Vaya! eso sí que sería una novedad. Sé de gente que supera el vértigo emprendiendo desafíos, aunque no creo que sea el caso de Lorelei porque se muestra muy experimentada.

—Ella no cruzó muy segura el puente del río Horcones, yo venía detrás y Lorelei detenía la marcha como para tomar coraje, y eso que abajo no había ningún precipicio —comentó Ana, y Benito se frotó el mentón como si pensara las palabras.

—Tú cuida tus cosas por las dudas. En un viaje

como este tienes que confiar en los compañeros, pero siempre guarda un poquito de desconfianza porque a veces esto se parece a la ley de la jungla, habrá gente dispuesta a ayudar y otra que conservará su egoísmo. Uno nunca sabe quién te dará el agua que te falta para no morir a metros de la cumbre y quién te dejará perecer para cumplir su objetivo.

Nunca había recibido un consejo tan útil como el que acababa de darle Benito. Estaban juntos pero a la vez estaban solos porque cada uno iba en busca de su propio sueño, la cima. Algunos lo hacían para sentirse poderosos, otros porque amaban escalar y sortear las dificultades que se encontrarían camino a la cumbre, mientras que ella solo quería rendir un homenaje a las estrellas que le habían dado la esperanza de una vida mejor

cuando tenía solo cinco años.

Confiar y desconfiar le había dicho Benito, y eso haría Ana con la alemana desde ese momento.

—¿Por qué has venido ya tres veces, Benito?, ¿por qué no has desistido? —preguntó Ana.

—Es largo y complejo. Yo veo las montañas desde la ventana de mi casa, allí están siempre, cada mañana cuando me levanto y cada noche cuando me acuesto, como diciéndome: “¿y qué esperas, yo soy eterna pero tú no, te estás deteriorando y nunca te atreves?” Es algo que mi mujer no entiende porque a ella le gusta mirar de lejos, pero yo siento el reto.

Ana lo miró emocionada. Ella había sentido ese llamado de las estrellas cuando era una niña. “No estás sola niña, aquí estamos nosotras para calmar tus sueños malos y convertir tus pesadillas en paraísos del olvido”, y les había prometido

alcanzarlas para decirles que se sentía agradecida porque ellas habían calmado sus miedos.

—No llores, Ana, que solo son cosas que se me ocurren a mí. Nunca la montaña me podría decir “ven a mí”, si solo es piedra y nieve. Soy yo quien va hacia ella —dijo Benito sosteniéndole la mano que tenía sobre la mesa de tablones.

—Quiero estar cerca de las estrellas, por eso quiero alcanzar la cima. No es la montaña la que me ha llamado. Cuando llegue sabré que no he alcanzado la meta porque yo busco algo más alto, pero al menos voy a rendir mi homenaje como siempre he querido. Cuando tenía cinco años juré que iría a las estrellas, bueno en esa época no sabía que era imposible. Me daba vergüenza decirlo porque pensé que mi sueño podía ser tomado a la risa —dijo Ana, y miró a Benito que le sonreía con ternura.

—Todos están acá por algún sueño que solo se hace realidad en la cumbre. Acá es donde más te van a comprender. Los que no entienden son los que nunca lo han intentado o ni siquiera lo han pensado. Esto es para soñadores y gente que siempre busca nuevos horizontes por donde andar. Algunos no paran nunca, logran una cima y ya están buscando otra, y al final se les va la vida trepando montañas. Yo solo voy a llegar a esta cima y después, cuando me levante por la mañana las voy a mirar con otros ojos, porque ya serán una parte de mí.

Ana sintió como propias las palabras de Benito, “las voy a mirar desde la ventana de mi habitación y las voy a sentir parte de mí”, dijo Ana mirando el cielo estrellado de Confluencias.

Millones de ellas brillaban en el cielo y Ana se

preguntó, ¿dónde estás, Alex?, si supieras lo bello que es esto, si al menos me hubieras deseado suerte o dado un poco de aliento para alcanzar mi sueño. Pero no. Creo que nunca nos vamos a comprender, Alex, porque yo solo me guío por los sentimientos, en cambio, tú le pones escollos a lo bueno para convertirlo en malo.

CAPÍTULO 18

El cansancio de la primera jornada le permitió dormir de un tirón hasta las siete de la mañana. Ana había usado la bolsa de pluma porque durante la noche se sentía el frío de los Andes. No estaba preparada para emprender una nueva jornada, le dolían los pies, las piernas, tenía los músculos agarrotados y no sabía cómo soportaría el peso de la mochila en la espalda, pero no iba a desistir por unos dolorcitos que con el tiempo solo serían recuerdos.

A la tarde del día siguiente, el guía los reunió en la carpa de la empresa y les dio una charla, que más parecía una hoja de ruta, porque nombró todos los puestos donde pararían antes de llegar a la

cima del cerro, incluyendo las dificultades que podrían acarrear las trepadas.

—Estamos en Confluencias, que es nuestro primer campamento y solo es un descanso en el recorrido.

Lo que sería la cima, pensó Ana al recordar lo cansada que había llegado a Confluencias.

—Mañana partimos a Plaza de Mulas. Ese será nuestro Campamento Base, porque allí nos asentamos, dejamos la mayoría del equipaje, y vamos a estar tres días escalando y descendiendo para aclimatarnos. Una vez que nos acostumbremos a la escasez de oxígeno estaremos en condiciones de comenzar el ascenso a los campamentos de altura para llegar a la cima.

Frente a él había desplegado un mapa de un pico montañoso en el que estaban dibujadas unas carpas de colores que señalaban los distintos

campamentos de altura para que el grupo se orientara sobre la travesía. Y siguió relatando.

—Plaza Canadá es el primer campamento de altura que está a cinco mil cincuenta metros. Allí los porteadores llevarán las carpas y los elementos necesarios para pasar la noche. Como ya saben la expedición cuenta con cocinero y médico en los campamentos base, no son exclusivos de nuestro grupo, sino que los vamos a compartir con otros grupos que ya están en Plaza de Mulas, uno de ellos está por emprender el ascenso, el otro se está aclimatando.

Daniel detuvo la charla informativa esperando alguna pregunta del grupo, pero al parecer no había muchas dudas porque todos estaban esperando que continuara.

—Nido de Cóndores es el segundo campamento de altura. Está a cinco mil quinientos cincuenta

metros. Dormimos una noche en cada uno, y esto no es caprichoso sino necesario para que el cuerpo se adapte a las condiciones climáticas desfavorables. Hay gente que llega bien y no siente demasiado los síntomas, inclusive he visto gente tocando la guitarra y cantando en Berlín a cinco mil novecientos metros, pero otra no. Por eso vamos tan despacio, para que todos estén preparados para alcanzar la cima. Y ahora les digo que escuchen al cuerpo, que “habla” a esa altura, porque es de valientes bajar sin hacer cumbre, y de terco y caprichoso morir en el intento.

Ana ni se imaginaba como se sentiría en esa altura si para ella llegar a Confluencias ya había sido como una cumbre. Seguramente no sería de las que estaba tocando la guitarra y bailando en el refugio de Berlín.

—Refugio Berlín es el último campamento de altura. Está a cinco mil novecientos sesenta metros. Aquí es donde hay gente que es capaz de cantar y tocar la guitarra mientras que otros están boqueando. Solo lo cuento para que comprendan que no todos reaccionamos de la misma manera, a la altura, el frío intenso y la falta de humedad. Estén atentos a los síntomas del cuerpo.

—Hasta allí llegué en mi último intento —comentó Benito a Ana—. Me quedé boqueando y tuve que bajar, espero esta vez lograr esa maldita cumbre que se burla de mí desde la ventana de mi casa.

—Seguro que sí, Benito —dijo Ana apoyando su mano en la de Benito.

—Hemos llegado a lo que ustedes más desean y que es la peor parte del recorrido: alcanzar la cima—dijo Daniel, y señaló en el mapa el

recorrido hasta la cumbre—. Para llegar a la cima hay que cruzar el gran acarreo, que es un compuesto de sedimento rocoso cubierto de nieve helada. Allí vamos a usar los crampones en las botas —explicó Daniel y les mostró una especie de suela de clavos que se adhería a las botas para evitar un resbalón que podría ocasionar heridas graves, inclusive la muerte—. Al gran acarreo se lo llama Portezuelo de los Vientos, y les aclaro que es un tramo difícil debido a los fuertes vientos que azotan desde el Pacífico sobre todo por la mañana, por eso intentaremos cruzarlo mucho antes del amanecer —aclaró Daniel.

Ana sonrió al imaginarse caminando por el Portezuelo de los Vientos con las estrellas guiándola en el recorrido a la cima, ¡Ah, su añorado sueño de alcanzar las estrellas!

—Luego cruzaremos lo que se llama Las Canaletas, hay mayor pendiente que en el Portezuelo. Yo diría que aquí empieza la verdadera dificultad. Ustedes creen que ya tienen la cima en un puño porque la ven a escasos cien metros y eso da empuje para seguir. Pero tengo que contarles que mucha de la gente que no logra alcanzar la cima queda en Las Canaletas. Esta parte pone a prueba la preparación física y la aclimatación, porque se empieza a hiperventilar por el esfuerzo y eso provoca deshidratación. Es un trecho corto y sin embargo les va a demandar cerca de una hora —explicó Daniel—. Y por último nos quedaría trepar El Filo del Guanaco, que son unos escalones rocosos que se contornean hacia el norte hasta la cumbre. Nada fácil, se trepa un escalón y hay que detenerse a recuperar el aire. Si logran eso, pueden sentirse dueños de la cima

—finalizó Daniel la charla instructiva para que el grupo comprendiera con mayor claridad a lo que se estaban enfrentando.

Siempre daban esta primera charla en Confluencias, a pesar de que la agencia daba una detallada información de la expedición antes de que los escaladores contrataran sus servicios. Pero ellos sabían por experiencia que solo se tomaba conciencia de los riesgos cuando estaban en el lugar.

Nadie preguntó nada, y Ana se quedó pensando que era demasiado lo que había por delante para cumplir un sueño que ya no era el más importante de su vida.

Salió de la carpa y aspiró el aire puro de los Andes, y allí en el cielo, las estrellas la aguardaban.

A las nueve de la mañana del segundo día partieron rumbo al Campamento Base Plaza de Mulas, lugar desde donde harían la trepada al cerro Aconcagua, como les había explicado Daniel el día anterior.

Caminaron por una senda que los conducía a un rudimentario puente que cruzaba el Río Horcones inferior. Luego siguieron avanzando por su margen izquierda en un sendero bien delimitado. Finalmente, recorrieron muchos kilómetros por una enorme planicie llamada Playa Ancha, peculiar formación compuesta por material depositado por los aluviones y con gran cantidad de cantos rodados.

Desde un punto de Playa Ancha el cerro añorado apareció imponente ante ella.

Ana detuvo la marcha emocionada al ver la nieve en la cumbre que pensaba conquistar.

Allí estaba su sueño diciéndole, “tú puedes, solo es cuestión de convertir lo imposible en posible. Acá estás, por fin has llegado dispuesta a conquistarme, las estrellas te esperan”.

Esa sensación la hizo sentir poderosa, emocionada y más decidida que nunca a conseguir la cumbre.

Hizo fotos para recordar el comienzo del viaje y la dificultad que estaba sintiendo en los primeros tramos.

Lo lograría, se dio ánimo, ella lo lograría. Y siguió avanzando con renovada fuerza al comprender que estaba allí dispuesta a cumplir su objetivo.

Los pastos se tornaban más espaciados y ya se perfilaba un paisaje de roca y nieve, tan imponente que las fotos no reflejaban lo que abarcaba la

vista. El cielo azul tenía colchones de nubes vaporosas que algunas veces dejaban ocultos los picos altos de las montañas. La maravilla que estaba observando le daba las fuerzas que le faltaban para seguir avanzando.

Por momentos, Ana dudaba de su sano juicio, ya estaba exhausta y no sabía cómo haría para alcanzar la cumbre. Pero no se permitía pensar así por mucho tiempo. Hablaba poco para conservar el aire para la caminata. Todo cansaba en esa travesía y el aire era lo que más le preocupaba porque a veces respiraba con dificultad.

Habían parado a almorzar en Playa Ancha. Solo era un sándwich de carne, queso y verdura, y de postre frutos secos. No dejaban de beber porque Daniel insistía en que el éxito de lograr la cima en parte se debía a la hidratación.

Tras ellos quedaron los vestigios de un fuerte

construido por los militares, ya que una violenta avalancha lo había destruido.

Frente a ellos se alzaba lo que se llamaba Cuesta Brava. Una trepada corta pero tan empinada que de solo verla Ana tenía ganas de regresar.

Pero allá estaban los cerros quietos e inmensos, retándola a seguir como le había dicho sabiamente Benito. “Ven a mí, las estrellas te esperan”, parecía que le susurraran. Y allá iba ella, sin saber de dónde aparecían las fuerzas para dar un paso después del otro. Pasos que quedaban atrás haciéndole sentir que a cada trecho que avanzaba quedaba menos por recorrer.

Por primera vez, cuando vio la inmensidad del paisaje andino y la dificultad que estaba sorteando, sintió que si uno luchaba se podían concretar las utopías.

La alemana Lorelei se había quejado durante todo el viaje porque la lentitud de Ana obligaba al grupo a hacer paradas imprevistas para que recuperara las fuerzas. Todos menos Lorelei le daban ánimo para seguir. Al ver los gestos de disgusto de Lorelei, Ana supuso que más que ayudarla tenía ganas de tirarla desde la primera cuesta.

Daniel les había asegurado que tres días de aclimatación en el campamento base serían suficientes, ella no creía que le bastaran, en realidad, suponía que necesitaba un mes para sentir que volvía a ser la misma, pero no había dicho nada porque él era el experto.

En esos momentos Lorelei iba última en la difícil trepada de Cuesta Brava. Ana no iba en mejor estado porque subía dos pasos y descendía

cinco con el trasero. Por suerte John, uno de los jóvenes norteamericanos, se había solidarizado con ella porque iba detrás reteniendo sus caídas.

—*Thank you*, John —decía Ana cada vez que la sujetaba cuando perdía el equilibrio. Luego él le quitó la mochila y extrajo unos palos que se había comprado y se llamaban bastones telescópicos.

¡Ah!, benditos bastones telescópicos que le permitieron mantener el equilibrio durante la trepada. Todo parecía fácil gracias a ellos.

El guía sabía mucho de escaladas, pero no era tan atento como Benito y John que estaban pendientes de ella.

El otro norteamericano que se llamaba Brad, como Brad Pitt, y era tan atractivo como el actor, la miraba con el ceño fruncido, como si ella no le simpatizara, o quizás era por las demoras que le ocasionaba al grupo.

—Dime, John, no le debo caer muy bien a tu amigo —señaló con las manos al compañero, ella misma y luego hizo una negación a la vez que ponía cara de enojo para tratar de hacerse entender.

John rió, y en su media lengua española le dijo.

—Mujeres lindas, Brad no quiere en grupo —la forma de expresarse de John se parecía a la burda imitación que se hacía de los indios, pero al menos se entendían.

—¡Ah!, era eso. Si será tonto, yo creía que le caía mal —dijo Ana.

Como John no le contestó supuso que no le habría entendido.

Siguió avanzando con seguridad gracias a los bastones telescópicos que le permitían mantener el ritmo del grupo y la vertical, aunque a Lorelei no había bastones que le facilitara el ascenso porque

venía retrasada como doscientos metros, se dijo Ana que se giraba a mirarla y siempre estaba muy por debajo de ellos.

Daniel seguía la marcha sin detenerse por Lorelei, era como si dejara que la alemana se revolcara en su propio veneno, aunque debió recapacitar porque a mitad de la trepada bajó para corroborar su estado.

Después de mucho trepar, caminar, seguir trepando, descansar, comer barras de cereales, frutos secos y mucho líquido, se alzó ante ellos Plaza de Mulas, y Ana comprobó que Daniel no había exagerado cuando dijo que la llamaban ciudad de carpas.

Había muchísimas tiendas y personas que caminaban sobre una planicie de tierra y rocas, aunque la nieve dispersa blanqueaba un poco el

paisaje. Ya no había vegetación y en los últimos tramos solo se habían visto sobrevolar unos cóndores.

Estaban solos en esa inmensidad, con sus sueños y las montañas aguardándolos.

La gente iba y venía entre las carpas; algunos trepaban y otros descendían; se sentía el murmullo de las conversaciones, el rasgido de una guitarra y la sonora voz de algún escalador que hacía eco en las montañas. Era todo un espectáculo de colores y movimientos inimaginable a cuatro mil trescientos metros de altura.

Solo Ana parecía haber perdido el aire porque boqueaba sin lograr llenar los pulmones, además, le dolía la cabeza y las náuseas que había sentido en Cuesta Brava se habían convertido en algo normal.

Se estaba venciendo y lo sabía, ¿sería este un

imposible más en su vida? Dos sueños, y ninguno se haría realidad. *¿Dónde estás, Alex?. Nunca estás cuando te necesito. Solo tú me harías bajar, solo tenerte a mi lado me haría desistir de llegar a la cima.*

Daniel vio que las dos mujeres estaban desequilibradas, como borrachas, porque Ana se tambaleaba, y Lorelei había caído de rodillas antes de llegar al campamento.

Supuso que la alemana había mentido cuando dijo que había hecho varias cumbres en los Alpes. Esa chica no había escalado en su vida, aunque sí tenía entrenamiento porque resistía las caminatas.

—Benito, tú que estás bien podrías ayudar a Ana a llegar a la carpa blanca —dijo Daniel que caminaba hacia Lorelei para socorrerla.

—Ven, Ana, vamos a reponer energías, que de a poco te vas a ir acostumbrando a la altura. Por

algo le llaman campamento base, porque acá pasamos el tiempo necesario para aclimatarnos y emprender la trepada final, como dijo Daniel en Confluencias, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero no creo que pueda caminar un paso más, Benito, esto es muy distinto de lo que me imaginaba —dijo Ana mientras caminaba casi alzada por Benito a la carpa blanca.

Se sentía como si hubiera tomado dos botellas de vino y ahora estuviera soportando los bamboleos, las náuseas y el terrible dolor de cabeza que aparecía al día siguiente y que solían llamar resaca. Qué resistencia tenía Benito, y eso que era el mayor de todos, pensó Ana asombrada.

—¿Cómo lo haces? —la voz de Ana era pausada porque no encontraba el aire para respirar.

—Vivo en Mendoza, suelo hacerme escapadas para aclimatarme, por eso he llegado en mejor estado, aunque nunca he hecho cumbre.

—Esta vez sí, Benito, estoy segura —dijo Ana con el poco aliento que le quedaba.

—No hables más, vamos a consultar tu estado.

Benito la llevó a la carpa para que la atendieran. Le dieron un *Reliveran* para evitar los vómitos, y luego una bebida con sales para hidratarla. Un poco más tarde estaba comiendo sin ganas, pero a esa altura era fundamental mantenerse hidratada y con una dieta equilibrada.

Esto era un desafío mayor del que se había imaginado cuando contrató la expedición. Si alguien le hubiera contado su experiencia no habría venido, pero estaba allí, y el orgullo no le permitía expresar su inseguridad.

Una vez recuperada de la desestabilización le

hicieron el control por el cual ya habían pasado sus compañeros norteamericanos y Benito. Todos estaban dentro de límites aceptables, solo que Ana tenía la tensión en diez y Lorelei en catorce. Entonces comenzaron a preparar dietas para estabilizarlas, a ella le agregaron algo de sal en las comidas y a Lorelei se la quitaron.

Esa noche dormiría en una tienda iglú con Lorelei. Por suerte la alemana se había encontrado con unos compatriotas y en esos momentos estaba instalada en la carpa de sus nuevos amigos.

Ana comprendía la angustia de Lorelei, no hablaba el idioma y estaba sola en un país extraño, por eso supuso que las discusiones con el guía debían ser producto del miedo que sentía por el desafío de la trepada, igual no confiaba en Lorelei.

Qué ganas tenía de decirle a Benito que se

quedara con ella, pero sería mal visto que compartiera carpa con un hombre. Aunque dudaba de que todos los hombres que estaban allí tuvieran las energías necesarias para soportar una noche de pasión, o una cabalgata como diría su hermano Alan, que era de hablar sin tapujos a la hora de contar sus experiencias con las mujeres.

¿Dónde estarían Alan y Leo en esos momentos? Quizá, tomando un *ristretto* con alguna gringa hermosa en la *Piazza San Marco* de Venecia, o comiendo unas pizzas en Nápoles, mientras ella no encontraba ni el aire para mantenerse con vida.

¿Por qué habría prometido a los cinco años viajar a conocer las estrellas?, si no era para estos retos.

Si se ponía a analizar su decisión, tenía que reconocer que estaba en el cerro porque conocía el lugar que había elegido Alex para finalizar la

novela.

Él ni se imaginaba cómo se había enterado de que la trilogía terminaría en el Aconcagua. Las coincidencias o las casualidades de la vida le habían permitido tener acceso a una información que solo Alex y el editor conocían. Pero había un detalle que a los dos se les había pasado por alto. Ella diseñaba los vestidos a la esposa del editor.

Cómo le gustaba hablar a esa mujer mientras se probaba las prendas. Era una máquina de largar información. Entre las tantas cosas que había dicho le contó que estaba ansiosa esperando el final de la trilogía que estaba escribiendo Ringo Arias.

Ella no le había prestado demasiada atención porque era una más de las muchas conversaciones pasajeras que tenía con la mujer en el probador. Solo sintió que las piernas le temblaban cuando le recitó de memoria la biografía que Ringo Arias

había puesto en el libro.

“A los quince años me enamoré de una chiquilla, a los veinte la abandoné y ahora que tengo treinta y dos sigo pensando en ella como el día en que la dejé. Ese soy yo”.

Biografía que tenía intrigado a los lectores, que se preguntaban, en las redes sociales, quién se escondía bajo el seudónimo de Ringo Arias. Porque al parecer, muchos habían investigado a fondo y habían llegado a la conclusión de que Ringo Arias no existía.

Allí había estado ella, dos meses atrás, leyendo en la red todo lo que se decía de Ringo, y durante las noches leía los libros mientras se sorprendía por las aventuras en que se embarcaba Babi para que Miky fuera a rescatarla.

Entonces había supuesto que para el final Ringo

tendría preparado un gran reto, y aprovechó el día en que su clienta vino a retirar los vestidos para sonsacarle información.

“¿Dónde hará el final?” le había preguntado. “En el Aconcagua”, le había respondido, aunque inmediatamente se había tapado la boca y le había hecho jurar que no se lo diría a nadie.

Por eso Ana estaba en el Aconcagua.

No era solo la promesa que una chiquilla de cinco años había hecho para paliar los miedos, ya que podría haber trepado cualquier otro cerro. El verdadero motivo era que había esperado un gesto altruista de Alex, una verdadera proeza como las que Miky acometía para salvar a Babi.

¡Qué tonta al pensar que él alguna vez se arriesgaría por ella! Eso solo lo escribía en la ficción, porque en la realidad era el hombre más cobarde que había conocido.

Hasta Sergio, su hermano más grande, tenía ciertas atenciones con las mujeres, como tirar la campera en un charco para que Elena no se embarrara las sandalias, aunque Elena no aceptaba esas galanterías y solía esquivar la campera.

Pero Alex no era capaz ni de tirar un diario viejo para que ella cruzara el charco, seguro que la empujaba para que se embarrara las sandalias.

¿Por qué se había tenido que enamorar de Alex habiendo tantos hombres muchos más atentos que él?

¿Dónde estás, maldición?, ¿por qué nunca estás cuando te necesito?

Sentía náuseas, dolor de cabeza y mareos, además le faltaba el aire. Era la misma sensación que Sergio le había comentado un año atrás cuando se agarró una borrachera que lo dejó inconsciente en el banco de madera de la plaza del pueblo.

Benito la miraba con curiosidad. Ana estaba concentrada en sus recuerdos, supuso, porque a pesar de lo mal que se la veía, porque sonreía o fruncía el entrecejo como si tuviera buenos y malos momentos en sus pensamientos.

—Cuéntame de tu familia —dijo Benito para distraerla mientras le acercaba un flan con caramelo para que elevara un poco la presión arterial.

—Es algo particular. Mis padres son Mario y Laura, aunque Laura no es mi madre, yo soy hija de Mario. Ellos acogieron a cuatro varones sin hogar y así se formó mi familia. Soy la más chica y todos me cuidan, bueno, casi todos —aclaró pensando en Alex que la había abandonado—. Yo llegué sola a los diez años a la casa de mi padre, y él se quedó congelado. Sabía que había tenido un

hijo cuando tenía veintidós años, pero nunca lo encontró. Y vengo y aparezco yo, no un niño. Los cuatro varones ya estaban en la casa el día que llegué. Los mellizos tenían trece años, Sergio, el mayor, tenía dieciocho, y Alex, quince. Esa es mi familia. El primero en llegar fue Alex que se quedó huérfano a los cinco años. Mario se casó con Laura para darle un hogar, y tuvieron que cumplir muchos trámites para poder tener con ellos a Alex. A los dos meses mi padre, que me buscaba por todos lados, se encontró a Sergio en las calles y lo trajo a la casa, ya tenía ocho años y era muy rebelde, ahora es el más comprensivo de todos. Después mi padre siguió buscándome y se encontró a los mellizos en un orfanato, ellos tenían ocho años, y como nadie los quería aprovechó los buenos antecedentes que tenía como familia sustituta de Alex y se los entregaron; y después

aparecí yo cuando tenía diez años. Ninguno tiene el apellido Otamendi, Mario se los ofreció a todos cuando crecieron, pero nadie lo quiso, ni yo que soy su hija.

—Vaya, qué familia hermosa que tienes —dijo Benito sorprendido por la diversidad.

—Sí, es muy hermosa, aunque ahora cada uno anda por su lado. Yo acá, mis padres en un crucero, Sergio es el único que está en nuestro pueblo y se tiene que hacer cargo de todo, los campos de mi padre y mi negocio. Los mellizos Alan y Leo están en Europa, y Alex... no tengo idea dónde está Alex porque él se fue hace muchos años y lo vemos poco.

—Cuando me comentaste que nadie te esperaba al regreso pensé que me habías mentido al decirme que tus padres estaban de vacaciones. Yo creí que no tenías familia, lo que no entiendo es por qué no

hay nadie esperando por ti —dijo Benito lleno de curiosidad.

Ana sin darse cuenta había terminado el flan con caramelo y hablaba con menos dificultad que a la llegada. Todo era cuestión de hacerle olvidar donde estaba, se dijo Benito mientras la miraba comer el último bocado y beber un té caliente que le había dejado el cocinero frente a ella.

—Solo lo sabe Alex, pero él no va a venir —El brillo en los ojos ámbar la delataba, pero a estas alturas de más de cuatro mil metros ya no le importaba. Ana sentía una gran confusión porque ella miraba desde la carpa las cumbres nevadas, pero no pensaba en la cima, sino en Alex quien le había mandado los últimos *mails* desesperados antes de desaparecer, como hacía siempre.

—Alex debe ser muy especial para ti —No era

una pregunta de Benito, sino una confirmación a las palabras de Ana.

—Lo era, ya no. Ahora solo pienso en alcanzar la cumbre. Sabes, yo estaba enamorada de Alex y él me dejó a los quince años. Cuando llegue arriba voy a dejar ir a la niña soñadora que no ha podido seguir con su vida por culpa de Alex. ¿Crees que podré hacerlo? —ni ella sabía por qué le había confesado algo que solo sabía Sergio. Quizá era la soledad que sentía en esa inmensidad, o tal vez, porque Benito se mostraba amable con ella.

—No, en la cumbre te vas a sentir más cerca de él. A uno lo traicionan los sentimientos cuando alcanza la cima. He sabido de hombres que han llorado como niños por la experiencia vivida arriba. Yo creo que mi familia va a estar conmigo en esa cumbre —dijo Benito, y Ana le sonrió.

—¡Qué lindo lo que has dicho! pero tú sabes

que ellos te esperan abajo, en cambio, a mí él no me espera.

—Eso no lo sabes, dulce y soñadora Ana. Vas a hacer cumbre, y ese muchacho va a estar esperando por ti.

Solo esa esperanza que sembró Benito en los sueños de Ana le permitieron imaginar a Alex en el ingreso al Parque, esperando por ella para llevarla a compartir la casa que le había dicho que era suya.

Pero no, él no haría algo así. Alex debía estar sentado en un bar de Palermo bebiendo una cerveza y escuchando música ligera mientras se le iban los ojos por las citadinas que pasaban a su lado.

Ana recordaba cómo lo seguían las muchachas del pueblo. Él las miraba pero nunca la dejaba para correr tras jovencitas de su edad. Se quedaba

a su lado, tomándole la mano a pesar de que era solo una niña de diez años que saltaba emocionada por subir a la hamaca para que Alex la empujara y así poder alcanzar el cielo con las manos. “Más alto Alex, más alto así toco el cielo con las manos”.

Qué tonta había sido en aquella época al sentirse feliz de que él rechazara a las chicas de su edad por una niña, como era ella por aquel entonces.

Cuando vivía con Lily nunca había tenido infancia y todos le decían que era muy madura para su edad. Lógico, si ella conocía cosas de los hombres y las mujeres que las chicas de quince ni se imaginaban.

Pero cuando fue a vivir con su padre, se le cayeron los años de más y comenzó a comportarse

como una niña caprichosa y juguetona de siete años.

—No lo sé. Ya me siento vencida y me falta lo peor. Al menos lo voy a intentar —dijo Ana, y vio que entraba Lorelei con una amplia sonrisa en los labios. Menos mal que le había ido bien con su gente, pensó mientras se levantaba para salir a ver el cielo estrellado de esa noche fría en Plaza de Mulas.

—Los sueños son los que nos hacen alcanzar la cima, nunca lo olvides —gritó Benito antes de que saliera a la noche estrellada.

CAPÍTULO 19

Para aclimatarse en Plaza de Mulas los andinistas subían a los refugios de altura y regresaban al Campamento Base. De esa forma el cuerpo se iba adaptando a la falta de oxígeno, humedad y el llamado mal de montañas.

El primer día subían y descendían a Plaza Canadá, primer refugio de altura que estaba a cinco mil metros de altura.

Al día siguiente emprendían la trepada al segundo de los refugios que se llamaba Nido de Cóndores, quinientos metros por encima del anterior. Mientras hacían la aclimatación iban porteando cosas para no tener que ir tan cargados el día que emprendieran el ascenso a la cima.

Alex acababa de llegar a Plaza de Mulas después de su última escalada de aclimatación que había sido hasta Refugio Berlín, que estaba a cinco mil novecientos metros, último lugar donde pernoctarían antes de alcanzar el techo de occidente.

Hacía tres días que Alex estaba en Plaza de Mulas. Durante esos días habían hecho lo que hacen todos, ascensos y descensos para aclimatarse y lograr la resistencia que requería el desafío de atacar la cumbre, no por él, sino por Ana. Ella iba por la cumbre y él iría por ella.

Alex nunca se había jugado por Ana, y este era el reto que ella había puesto en su camino al contarle a María el destino de sus vacaciones. Solo María y él sabían que Ana estaba en el Aconcagua, y en ese momento solo eran ellos, sin Sergio, Mario ni Laura, solo los dos y el reto.

¿Por qué su Ana habría emprendido semejante desafío?, quizá para averiguar si estaba dispuesto a seguirla, si se jugaba por ella. No, seguramente Ana creería que él era incapaz de seguirla porque nunca se había arriesgado por ella. Él estaba allí para averiguar por qué había decidido esa locura. La soledad de la montaña lo llevó a perderse en los recuerdos para intentar encontrar una respuesta a sus preguntas.

Desde el día en que María le contó el destino de las vacaciones de Ana, Alex supo que ella conocía la trilogía que estaba escribiendo. Ana no se había enterado por su asistente, como él supuso cuando cenaron juntos en su departamento de Palermo. Ella lo sabía de antes. Lo que no entendía era cómo había logrado enterarse de que la novela terminaría en el Aconcagua.

¿Por qué habría decidido emprender semejante locura?, si ella era una mujer prudente, responsable y demasiado delicada para soportar las inclemencias e incomodidades que acarrearía llegar a la cima.

Allí no había oxígeno y la falta de humedad podía matar a la gente por deshidratación. Cada paso era una cima que se alcanzaba, la cabeza se embotaba, las náuseas una sensación cotidiana, e inclusive algunos escaladores sufrían de alucinaciones.

Tampoco había camas cómodas y el baño era un cubículo con una bolsa de quince litros de agua de la que salía una regadera con la que había que mojarse, enjabonarse y enjuagarse. Nada que ver con los baños de inmersión que solía darse Ana cuando tenía quince años.

Ella solía quedarse por horas sumergida en

sales aromáticas, mientras Alex, del otro lado tenía ganas de derrumbar la puerta para verla relajada y desnuda dentro de la bañera.

Su Ana, que lo había provocado hasta el límite para intentar que dejara de lado su contención y se atreviera a traspasar las barreras de lo permitido: ese beso que solo le daba con el pensamiento, esa mano que solo acariciaba sus partes íntimas en la imaginación. Nunca se había percatado de las provocaciones de Ana porque estaba demasiado preocupado en su propio error de amarla.

Saber que ella también lo había amado por aquella época le permitió comprender que las actitudes de Ana no habían sido inocentes, sino que estaban llenas de malicia para hacerlo perder la compostura.

Bueno, ese era el momento de los dos, ella lo

había retado y él había aceptado el desafío. En realidad, venía dándole pistas de que conocía la trilogía desde que envió el primer *mail* dos meses atrás, *mail* que él no había respondido.

Tanto escribir un libro para que Ana lo descubriera y cuando lo había hecho él no había tenido un gramo de inteligencia para detectar que era ella quien enviaba los mensajes.

Pero esas no eran las únicas pistas que dejaba Ana, sino que había seguido deslizando comentarios el día que cenaron en su departamento de Palermo: “María me ha comentado que eres fanático de las novelas de Ringo Arias”, le había dicho mientras lo hacía ahogar con el champán. Había querido ver su reacción y él se la había mostrado. “María me asegura que te has enamorado de Babi. Yo no lo puedo creer Alex, eso es de chiquilines, solo son letras escritas”,

otra más de sus tretas, y él, por culpa de la indignación que tenía con su asistente, le había hecho creer que odiaba a Babi; eso y decirle que la odiaba a ella era lo mismo. “¿La odias? La odias como la odian todos los hombres”, había sido la conclusión de Ana.

Qué tonto había sido al dejarse engatusar por Ana. Y pensar que se había creído el conquistador, el seductor que la iría envolviendo en sus redes hasta tenerla toda la noche desnuda en la cama junto a él.

“Es más inteligente de lo que deja ver”, le había escrito María como título de uno de los *mails*. Ya lo creía que era más inteligente de lo que dejaba ver, de lo contrario no estaría en el Aconcagua.

Ana sabía todo de él. Sabía de las novelas, que Babi tenía similitudes con ella y había

comprobado que la descripción de la habitación de Miky coincidía con su propia habitación, aquella que había decorado con sus sugerencias cuando ella tenía quince años. Pero sobre todo sabía de alguna forma que la trilogía terminaba en el Aconcagua.

Por lógica, estaba segura de que Ringo era él, se lo había dejado ver en el último *mail*: “Estimado señor Ringo Arias, ¿quién lo inspiró para hacer una biografía tan emotiva, y que solo la persona que fue la fuente de su inspiración podría descubrir quién se esconde tras el seudónimo de Ringo Arias?, porque usted no se llama así en la realidad, ¿o me equivoco?”

Nunca le había respondido los *mails*, aunque las respuestas habían llegado todas juntas después de hablar con María. Pero ya no servían porque

ella se había desilusionado de él. Otra decepción que se sumaba a la larga lista de errores que había cometido con Ana.

En esos momentos dudaba de que Ana estuviera desafiándolo. En realidad Alex creía que había venido al Aconcagua porque estaba vencida y había perdido las esperanzas de compartir la vida con él. ¡Qué esperanzas podía tener!, si él no había hecho nada para merecerla.

Pensar que ella le habría dado todo si se lo hubiera pedido. Lo había amado sin condiciones desde los quince años, o quizá desde la época en que era una niña de pechos tiernos que se desarrollaba en sus brazos y él la protegía en el establo.

Todo el amor que Ana había sentido por él cuando era casi una niña se lo había demostrado un año atrás, cuando tuvo el accidente que lo dejó

inconsciente durante veinte días. Veinte días en los que ella iba a diario al hospital para abrazarlo y contarle momentos vividos por los dos en el pasado. Veinte días en los que él sentía la dicha de sus palabras y la emoción de rememorar los recuerdos del pasado que habían compartido.

Ella había insistido en regresarlo a la vida y lo había logrado con el beso que lo despertó. Hasta había estado dispuesta a renunciar a ser una diseñadora reconocida para estar con él. Había dejado todo para instalarse en la casa que tenía en las montañas, y lo había hecho por él, para que se recuperara.

Y él, ¿qué le había dado a cambio? Nada, absolutamente nada, porque cuando Carlo casi la mató a golpes, la volvió a abandonar dejándola sola en el momento que más lo había necesitado.

Por eso su Ana estaba en el Aconcagua, porque

ya no le importaba arriesgar la vida en la travesía. Porque no tenía sentido seguir esperando por alguien que nunca había estado dispuesto a sortear ni un escollo por ella. Y recordó las palabras que le había dicho a los quince años, pocos días antes de abandonarla.

“Cuando me muera me gustaría estar allí”, le había señalado las estrellas y él le había tapado la boca mientras le repetía hasta el cansancio que nunca más hablara de su muerte. Pero para ella era tan natural que le sacaba la mano de la boca y le susurraba al oído, “no puedo irme porque tú estás aquí, si no estuvieras, ¿qué sentido tendría quedarme?”.

Entonces dedujo que Ana no había venido el Aconcagua a desafiarlo; ella venía a cumplir su sueño de la infancia, alcanzar las estrellas. Aunque

había algo más, porque si solo fuera eso no le habría contado a María el destino de sus vacaciones. Ana quería que él lo supiera.

Todo era muy complejo de analizar, pero al fin veía claro el panorama completo que le había presentado Ana.

Acá estoy cumpliendo uno de mis sueños que es estar con las estrellas, ya que el otro, tenerte a ti a mi lado, es imposible para mí.

Esa fue la conclusión a la que llegó Alex guiándose por las palabras de Ana. “Si no estuvieras conmigo qué sentido tendría quedarme”. Quizá no venía a morir, aunque él sabía que no le importaba salir con vida, sencillamente porque no había nadie esperando por su regreso.

Salió de la carpa dispuesto a echar una mirada a ese cielo nocturno que tanto amaba Ana. Además, ella ya debería estar en Plaza de Mulas.

Seguramente habrían llegado poco antes de que ellos regresaran de la agotadora travesía que habían emprendido ese día.

Estaba cansado pero ya no tenía los síntomas del primer día. Además, debía tener una resistencia natural a la altura porque no había sufrido de náuseas, aunque sí algunos molestos dolores de cabeza, solo lo normal que padecían todos.

Era una noche límpida, la luna iluminaba la inmensidad del paisaje y las estrellas titilaban en el cielo. En Plaza de Mulas, a cuatro mil trescientos metros de altura, había una pizzería aunque pareciera increíble. La noche anterior habían cenado pizza en la carpa con los cinco hombres de su expedición, todos argentinos que iban por su primera escalada, de edades parecidas y muy entusiastas y solidarios.

Alex había tenido suerte con el grupo, en cambio, Ana debía estar perdida porque en su grupo había dos norteamericanos, un mendocino y una alemana bastante compleja de entender.

Él la había conocido el día que fue a contratar la expedición con la misma empresa de Ana. La chica solo había hablado en alemán dentro de la oficina, pero cuando por casualidad salieron juntos tras acabar con los trámites, la escuchó largar un insulto bien argentino, “malditos argentinos, hijos de puta”, había dicho mientras caminaba indignada.

Si bien había contratado la misma empresa que Ana, él había salido tres días antes, es decir, que le llevaba tres días de ventaja con la aclimatación que todos debían realizar antes de atacar la cumbre.

Si su idea era ir tras Ana tenía que estar mejor preparado que ella para estar a la altura del desafío que le había dado. No quería que Ana fuera la heroína al atacar la cumbre y encima lo tuviera que rescatar a él. Por eso había salido antes y había puesto a prueba su resistencia a la altura trepando más allá que el resto del grupo. Se había asomando al Portezuelo del Viento, lugar donde hay que luchar contra los fuertes vientos del pacífico.

El guía le había pedido que regresara, pero él necesitaba conocer el terreno que tendría que caminar para rescatar a Ana, porque estaba seguro de que no iba a llegar con ese físico pequeño y esa apariencia débil que tenía.

Ella era una diseñadora delicada, no una escaladora, ¡si hasta al quiosco iba en el coche! ¡Cómo pensaba llegar al techo de occidente!,

inclusive dudaba de que hubiera logrado llegar a Plaza de Mulas. Pero si era como Babi iba a luchar hasta morir para llegar a la cima. Entonces él estaría allí, dispuesto a salvarla y llevársela con él al pueblo, a la casa que había heredado de sus padres y era la casa de Ana. “Tu casa, Ana”, le había dicho en el balcón del departamento que ocupaba en el barrio de Palermo.

—Nunca más te separes del grupo, te puede costar la vida —dijo Mauro, el guía que acompañaba al grupo de Alex.

—Solo fue un trecho. ¿Averiguaste si llegó mi mujer? —preguntó Alex. Todos en la empresa creían que Ana era su mujer, y que él venía por ella. Les había gustado la situación y habían aceptado informarle sobre las condiciones físicas de Ana durante el recorrido.

—Sí, llegaron a las cinco de la tarde.

Alex se giró para mirarlo, y al ver que Mauro sonreía, supuso que había llegado todo lo bien que se podría esperar porque nadie llegaba bien. Acá no se estaba bien, solo se estaba soportando los síntomas de la altura y se intentaba estar lo mejor posible.

—Llegó borracha —dijo Mauro refiriéndose al mal de montaña: náuseas, mareos, vómitos y dolor de cabeza.

—Pobre mi Ana querida —dijo Alex, y se giró para mirar las estrellas.

—Daniel me ha contado que se lleva muy bien con el mendocino, aunque están teniendo problemas con Lorelei, la alemana.

—Habla español, ¿sabías? —dijo Alex, y Mauro quedó preocupado.

—No, no lo sabía. Voy a comentarle esto a

Daniel. Esa chica se las trae. No está acá para hacer cumbre, está por algo más, pero no sabemos qué —dijo Mauro dejando ver la preocupación que tenían con Daniel respecto a las actitudes extrañas de la alemana. Ella se decía experta en escaladas y no había podido trepar Cuesta Brava. Mil metros de trepada, que si bien eran tediosos, no era un gran reto para un escalador experimentado—. Daniel está exhausto de tanto discutir con ella, y eso no es bueno. Él es responsable de su gente y necesita tener la mente despejada. Solo te lo cuento porque tu mujer está en el grupo y comparte carpa con ella. Esto no es solo trepar una cima, Alex, acá se pierde mucha gente y la vida está en juego. No se puede estar mucho tiempo arriba, solo hay la mitad de oxígeno —aclaró Mauro a modo de advertencia, porque la

mujer de Alex no venía en un grupo como el de ellos, ella venía con una compañera que decía ser una persona y era otra.

—Esta noche me quedo en el Refugio Plaza de Mulas porque tengo que enviar unos correos — dijo Alex para que no se preocuparan por su ausencia. Era un hermoso hotel que estaba a dos kilómetros de la ciudad de las carpas.

—Avisa por *handy* de tu llegada, ¿de acuerdo? —pidió Mauro, y Alex asintió.

Debería quedarse para vigilar a Ana pero no podía, se dijo Alex mientras observaba la ciudad de carpas.

¿Estaría Ana en alguna de esas carpas o ya se habría ido a dormir?, se preguntó. Tenía ganas de verla y comprobar el estado que tenía su delicada y provocadora mujer. Seguramente estaría con el cabello enredado por el viento, las mejillas

ásperas por la falta de humedad. Y los ojos ámbar reflejarían el cansancio y la falta de esperanza que tendría al creer que estaba sola en ese lugar rodeado de gente extraña. También estaría intimidada por la imponente de las montañas, dueñas indiscutibles del lugar.

Al ver la ciudad de carpas comprendió que los Andes atraían un muestrario de gente de todo el mundo durante el verano de cada año. Personas que hablaban lenguas diferentes y tenían costumbres distintas pero que en esos momentos compartían una meta común, alcanzar la cima del Aconcagua.

Ese vistazo al paisaje insólito de carpas multicolores en la inmensidad de roca y nieve le permitió descubrir a Ana. Ella estaba distanciada de las carpas y miraba el cielo estrellado. Estaba encogida de frío, o tal vez de miedo, refugiada en

una campera de alta montaña de color rojo vistoso, las llamadas camperas *duvet* rellenas de pluma de ganso, óptimas para soportar el frío intenso. También llevaba puesto unos pantalones que eran más apropiados para los seis mil metros porque eran los impermeables y térmicos que usaban en la etapa final.

Ana no era para esas aventuras, ella era friolenta y siempre lo había sido, por eso en el establo se arrebujaba junto a él y se cubría bien con la manta, y luego de un rato dejaba de temblar.

Qué ganas tenía de ir a abrazarla y decirle que no hacía falta que hiciera cumbre porque él estaba allí y le pertenecía, siempre le había pertenecido por más que la hubiera abandonado, porque su amor no se había diluido a pesar del tiempo y la distancia.

“Vamos a casa y vivamos felices como en los cuentos de hadas”.

Pero no podía hacerlo, ese era su desafío, su sueño de alcanzar las estrellas aunque solo fuera una ilusión. Ana tenía que cumplirlo para después lograr los otros.

Paso a paso se trepaba el cerro, paso a paso ella lograría los sueños, y paso a paso Alex le daría el mayor sueño de su vida: él dispuesto a todo por ella. “Para qué me voy a ir Alex, si tú estás aquí, si no estuvieras, ¿qué sentido tendría quedarme?”. Y con esas palabras que rondaban en su cabeza caminó en la oscuridad con la lámpara frontal para que le iluminara el camino hasta el único hotel que había a cuatro mil trescientos metros de altura.

Plaza de Mulas tenía un hotel refugio que llevaba el nombre del campamento base. Allí

había teléfono, conexión a internet, servicio de ducha, baño de hombres y mujeres y tres tipos de habitaciones; las más lujosas con baño privado aunque no había agua corriente. En el comedor se servía una amplia variedad de comidas con verduras y carnes frescas que eran transportadas a diario por las mulas. Aunque el servicio más importante para Alex en esos momentos era la conexión a internet.

Alex tenía entre quince a treinta minutos de caminata según el ritmo, para llegar al Hotel Refugio Plaza de Mulas. Pensaba enviar unos *mails*, porque suponía que Ana intentaría dejarle algún mensaje a Mario antes de atacar la cima, entonces cuando abriera su cuenta vería los correos que él le había dejado.

En Mendoza le había mandado varios mensajes

que ella no había tenido la delicadeza de contestar. Bueno, él tampoco habría respondido a los exabruptos y exigencias que había escrito para tratar de hacerla recapacitar y desistir de escalar el Aconcagua. Inclusive suponía que *los mails* la habrían enfurecido más. Después de esos mensajes no había podido enviar ninguno más, porque mientras Ana había estado tres días recorriendo la ciudad a la espera del comienzo de la expedición, él había estado haciendo *trekking* para alcanzar el Campamento Base, y así llegar antes que ella para estar a la altura del reto que le había dado.

Solo contaba con una hora para enviar varios correos, porque a las diez de la noche el servicio de internet se interrumpía. Entonces rogó encontrar alguna de las computadoras desocupadas para poder detallar en una hora lo que no le había dicho durante el transcurso de sus vidas. Bueno, él era

escritor y en una hora se podían escribir muchas cosas.

La suerte estuvo de su lado cuando entró y le informaron de que los ordenadores estaban libres. Normalmente, la gente venía por la tarde a comunicarse con los familiares, que ansiosos aguardaban novedades.

A las diez de la noche Alex había acabado de enviar los correos, momentos antes de que interrumpieran el servicio. Pasaría la noche en una de las habitaciones exclusivas del hotel. Por fin dormiría en una cama cómoda bien arropado con el acolchado de pluma.

Cómo le gustaría tener a Ana con él y sacarle el frío y el miedo con esos abrazos que le cortaban el aire. Pero Alex no quería que Ana se enterara de que él estaba allí.

A la mañana siguiente se había comunicado con

Mauro por *Handy* y le había asegurado que Ana había dormido tranquila y serena en la carpa que compartía con Lorelei, que también había dormido como un tronco toda la noche. Eso lo dejó tranquilo, ya que a la preocupación por la hazaña que pretendía lograr Ana tenía que agregarle a la alemana extraña que le había tocado de compañera de carpa y travesía.

Luego de desayunar estuvo buscando algún lugar donde ocultarse para ver la reacción de Ana al leer los mensajes. No es que supiera que ella vendría, solo suponía que haría lo que todos hacían al día siguiente de llegar a Plaza de Mulas: un día de caminatas cortas para aclimatarse a la altura, conocer el hotel refugio y observar la imponente vista del cerro Aconcagua y el cerro Cuerno.

Alex sabía que ella no se resistiría a mandarle un mensaje a Mario, era muy apegada al padre y seguramente querría tranquilizarlo con alguna mentira sabiendo que por tres días o más estaría incomunicada en los campamentos de altura.

Lo embargó una emoción extraña al comprender que se encontraría con Ana en el mismo lugar que Miky se había encontrado con Babi sobre el final de la novela. Sería este el final de su historia también. No, este sería el comienzo para ellos, se dijo Alex mientras se sentaba en la larga mesa del comedor del hotel oculto por unos escaladores alemanes que estaban desayunando.

CAPÍTULO 20

“Mi primer día en Plaza de Mulas”, dijo Ana al día siguiente de su llegada al campamento. El día del arribo prefería olvidarlo porque había sido un verdadero papelón. Había llegado tambaleándose como una borracha, exhausta, descompuesta, con un terrible dolor de cabeza y todas las ganas de emprender el regreso. Pero un buen descanso por la noche le había permitido ver, desde la ventanita de la carpa, con otros ojos el día que se avecinaba afuera.

El sol resplandecía y calentaba el aire; el cielo estaba limpio y auguraba un buen día para hacer cumbre. Se había enterado de que algunos grupos de excursionista emprenderían el ascenso. Muchos

ya habían salido, otros se preparaban. Ellos acababan de desayunar y harían una caminata de aclimatación hasta el hotel refugio Plaza de Mulas que se encontraba a dos kilómetros del campamento.

No es que estuviera “con todas las luces”, como se decía normalmente cuando una persona se sentía bien y renovada, porque los dolores de cabeza eran una constante y las náuseas venían con cada comida que probaba.

Lorelei seguía afectando la armonía del grupo con sus discusiones acerca de atacar el cerro ese día, pero Daniel se mantenía firme en que era necesario aclimatarse. Todos estaban algo nerviosos y bastante dispersos por las actitudes de la alemana. Los norteamericanos estaban aislados y Ana solo sentía como compañero de equipo a Benito, aunque contaban con el apoyo de Daniel

que estaba atento a todas las necesidades.

La caminata fue tranquila y los lentes oscuros le protegían los ojos del reflejo del sol en la nieve. Se había puesto crema protectora y ropa abrigada. Aunque no pudo con su genio y después de aplicarse la crema se había agregado un poco de maquillaje y un labial rosa para no estar tan desarreglada. Lorelei la había mirado asombrada mientras se maquillaba frente al espejo que había traído en la mochila, pero a ella no le importaba. No pensaba iniciar la travesía con la cara demacrada por culpa del largo viaje que habían soportado los días anteriores. Ella era una diseñadora y si por casualidad se cruzaba con algún conocido no quería que después la criticaran por tener mala presencia.

Ana sabía que era una exageración caminar con campera de pluma y gorro de lana. Era la única

que se había puesto la ropa que usarían el día que hicieran cumbre, pero ella no quería pescarse una pulmonía.

Si tenía que morir, por lo menos lo haría en la cima con las estrellas velando su cuerpo; una muerte digna, no allí tirada en ese páramo en el que no vivía ni un bicho. Solo eran ellos: los soñadores y las montañas de piedra y nieve.

El hotel estaba tan aislado que producía una sensación de soledad angustiante. Era una construcción de piedra y madera con techos de chapa gris. Parecía pequeño comparado con las montañas que se elevaban por detrás, solo era un efecto ya que contaba con ochenta plazas disponibles.

Cuando ingresaron la sensación de soledad quedó atrás porque en el interior había bastante

movimiento de gente. Ana sabía que tenía las mismas comodidades que un hotel de ciudad dentro de las limitaciones que daba el lugar. No tenían agua corriente, tan necesaria y escasa en el cerro que se conseguía derritiendo el hielo de los glaciares. Tampoco tenía luz, pero se obtenía con paneles solares.

Ella venía por dos motivos: necesitaba ducharse porque no soportaba los dos días que había pasado sin disfrutar de un baño relajante, o mejor dicho un sencillo baño rápido. También quería mandarle un *mail* a Mario para decirle que estaba pasando unos días tranquilos en Mendoza, recorriendo pueblos de montaña y mirando de lejos el Aconcagua. No, mejor ni se lo nombraba porque su padre tenía un sexto sentido para presentir lo que no se decía. Mejor le diría que estaba en la ciudad de Mendoza solucionando

algunos problemas en la tienda que tenían con Miguel y que alternaba el trabajo con alguna excursión. Eso lo dejaría conforme, supuso.

Daniel ya le había conseguido un turno para ducharse. Fue rápida, no había nada de relajante en bañarse a los apurones, pero se sentía liviana, como si se hubiera desprendido de todo el polvo de la travesía. Aprovechó la intimidad para ponerse crema en el cuerpo y en la cara, y ya que tenía un espejo se maquilló y se colocó un labial rosa en los labios.

Luego de una hora salió para dejarle el lugar a Lorelei que aguardaba en la puerta con gesto adusto. Con señas le había preguntado a la alemana si pensaba usar las computadoras para mandar algún correo, pero al parecer no le había entendido porque se alejó sin responderle. Se encogió de hombros y avanzó hacia el sector

donde estaban los ordenadores. ¡Los dos ocupados!, se dijo, y fue a pedirle al administrador que le reservara un turno. No pensaba irse del hotel sin abrir la casilla de mensajes.

—Acabo de mandar un correo a mi familia para decirles que hemos llegado bien —dijo Benito, y Ana se acercó a la esquina de la mesa donde estaba sentado bebiendo un té—. ¿Piensas decirle a tu padre que estás en el Aconcagua? —no le parecía bien que ella no quisiera contarle a la familia dónde estaba, pero tampoco tenía derecho de meterse en sus asuntos.

—No, solo les voy a decir que estoy en Mendoza. Ellos están de luna de miel y no quiero que interrumpen sus primeras vacaciones por mi culpa. Nunca antes habían salido solos. No sería justo que los preocupara. Estoy segura de que les

arruinaría el viaje.

—Tu padre se va a enojar cuando regreses — dijo Benito con mucho acierto.

Ana le sonrió y giró para mirar el pintoresco comedor. De los techos colgaban banderas y camisetas de todos los países, recuerdos de la gente que había pasado por allí para alcanzar el sueño de llegar al techo de occidente. En las largas mesas del comedor había personas de todos los lugares del mundo unidos por un objetivo común: conquistar la cima.

A Ana le pareció que alguien se ocultaba tras un escalador, pero solo fue una sensación porque cuando volvió a mirar todos parecían concentrados en ellos mismos, como si no estuvieran atentos a su mirada curiosa.

Luego de disfrutar de un té con un alfajor de Maicena le llegó el turno de usar la computadora.

Prácticamente corrió a sentarse para abrir el correo. Sabía que su apuro no era por mandar un *mail* a Mario, ya que pensaba contarle una mentira sobre sus vacaciones. Ella necesitaba saber si Alex se había vuelto a contactar antes de que atacara la cima. ¡Cómo si su vida dependiera de un mensaje mandado desde la comodidad de su departamento en Palermo!, ¡cómo si la trepada dependiera de un mensaje de ese desamorado de Alex! Pero igual sentía curiosidad por saber con qué bravuconada o exabrupto le saldría esta vez.

Tenía varios *mails* sin abrir. Le tembló el cuerpo, pero se obligó a respirar profundo y empezó por los mensajes más sencillos.

Primero abrió el de Elena que le contaba que todo marchaba bien y que Sergio se había ofrecido a colaborar con algunos trámites, aunque ella lo había rechazado; al menos en el negocio no había

problemas, pensó. Luego leyó el de Miguel que le decía que disfrutara de las vacaciones porque él estaba a cargo de todo; también le contaba que Elena era una empresaria ejemplar que no dejaba ningún detalle sin atender. El último de los mensajes sencillos era el de Mario, su padre estaba furioso por la falta de respuesta a dos de sus *mails*. Después de descargar su disgusto le contaba que la estaban pasando fantástico, y que Laura parecía una jovencita entusiasmada porque no se perdía excursión; hasta buceo habían hecho en el mar del Caribe. Sonrió imaginando a Laura y Mario perdidos en las profundidades del mar transparente mirando peces de colores.

Respondió todos los mensajes sin que las manos dejaran de temblarle porque tenía tres mensajes de Ringo que aún no había abierto. Tres

mensajes, todos enviados entre las nueve y las diez de la noche del día anterior, es decir, justo el día en que ella había arribado a Plaza de Mulas.

Le pareció algo extraño que hubiera cortado el contacto por tantos días y luego mandara todos los *mails* juntos, el mismo método usado para los mensajes que le había enviado mientras estaba en el hotel de la ciudad de Mendoza. Era como si Alex se detuviera para preparar estrategias unos días y después se lanzara al ataque ametrallando con todos los improperios juntos, como en las guerras. Seguramente serían bravuconadas, y como se olvidaba de algún exabrupto volvía a mandar otro.

Abrió el primero y sonrió porque se dirigía a ella como adorada lectora.

Mi adorada lectora

Siento no poder decirte mi Ana querida, pero estoy compartiendo contigo otra faceta de mi vida, la de escritor, por eso me comunico con el mail de Ringo Arias, aunque tú, mi amor, bien sabes que soy tu Alex, el que te ha hecho sufrir más veces de las que hubiera deseado.

Tú eres mi mujer, aunque me imagino que estarás haciendo algún gesto de desagrado por mis palabras, por eso deseo compartir contigo algo que solo el editor y yo sabemos, el final de la trilogía de Miky Martin. Es tan grande mi adoración por ti, te siento tan mía, que quiero compartir contigo esta información que es sumamente reservada. Como verás, me siento unido a ti por lazos que ni el tiempo ni la distancia podrían borrar. Lo que sigue es el final.

Babi estaba vencida, sentía que el viento la

levantaba del piso helado por donde se arrastraba. Alucinaba, y la montaña parecía abrirse para devorarla y encerrarla entre las rocas heladas. Su madre le había dicho que era mejor morir antes que vivir sin amor. Y ella respetaba las creencias de la tribu. Ella había conocido el amor, su Miky, pero él no tenía suficiente amor para darle porque prefería los éxitos materiales.

Babi se dejó caer sobre la nieve, el rostro congelado al golpear sobre ese manto blanco que mataba al que se quedaba quieto.

Miky la vio vencida y moribunda, estaba lejos de Babi y comenzó a trepar con las fuerzas de la desesperación. Y mientras luchaba por llegar a ella, las palabras de Dustin lo golpearon despertándolo de su ceguera: “Tengo una hija

que es muy aventurera, ha salido a mí...”. “Ciu tiene el cabello negro y los ojos verdes, no mide más de un metro cincuenta, es muy bonita mi esposa...”. Vio a Babi tirada en la nieve, los ojos verdes miraban el cielo y el cabello negro escapaba del gorro, tan pequeña que solo medía un metro cincuenta, al igual que Ciu, pensó Miky y supo que Babi era la hija de Dustin y que había seguido los consejos de la madre. “Ciu dice que mejor muerta a vivir como una muerta por haber perdido el amor, son creencias ancestrales, pero yo quiero a mi hija viva”.

Entonces Miky recordó el día que conoció a Dustin. El hombre no había aparecido por las casualidades del destino en su vida, sino para comprobar cuán grande era el amor que él sentía por Babi. Y había corroborado que sería un buen marido ya que había estado dispuesto a perder la

fórmula que lo convertiría en uno de los hombres más importantes de la historia, solo por salvar a Babi de la muerte.

Acababa de perder la última oportunidad de conseguir la fórmula que reemplazaría el petróleo cuando las reservas se agotaran y de ser un hombre importante, un hombre recordado por las generaciones venideras, todo esto por llegar a tiempo para salvar a Babi de la muerte.

Ella se estaba dejando morir porque mejor muerta que vivir como una muerta por haber perdido el amor, se dijo Miky, mientras parecía que volaba hacia la cima.

Cuando llegó a ella la alzó en sus brazos y sin pensar siquiera si tenía alguno de los síntomas que la montaña provocaba a los escaladores, la bajó hasta el Campamento Base.

Horas de esfuerzo, de lucha por mantenerla

viva, de detenerse para hidratarla, de apretarla contra su pecho, de darle fuerzas con palabras que susurraba en su oído.

Miky entrenaba a diario para salvar a Babi de sus aventuras, siempre estaba listo para emprender cualquier actividad de riesgo, y este era uno más de los que estaba dispuesto a correr por mantenerla con vida.

Allí, con la imponente cordillera como testigo y viéndola tan decidida a acabar con su vida, comprendió que lo único que necesitaba para ser un hombre recordado era el amor de Babi. Y por primera vez desde que la abandonó, le dijo.

—Te amo, mi dulce Babi, siempre te he amado, y quiero esa tribu de indiecitos que me piensas dar para ser un hombre recordado. Inclusive tendrás que escribir un libro con

nuestra historia, no para publicarlo, sino para que nuestros hijos se lo lean a sus hijos, y ellos a los suyos, y a los suyos, y a los suyos. Así tú, mi Babi amada, también quedarás en el recuerdo de nuestros descendientes como la mujer que sobrevivió a la escalada del Aconcagua porque el amor llegó a tiempo para evitar tu muerte.

—Miky —dijo Babi encontrando fuerzas para sobreponerse a la debilidad que sentía. Abrió los ojos verdes para mirar a su amor y sonrió, porque él estaba allí sonriente y dispuesto a evitar que se dejara vencer por la muerte al haber perdido el amor—. ¿Te dije que te amaba? —Era aire que solo entraba producto del sueño hecho realidad. Era fuerza conseguida por saberse amada, por saber que el amor de Miky era más grande del que ella había esperado.

—Sí. Me lo has dicho: en cada rescate, cada

noche con los mensajes que me enviabas al celular y cada mañana cuando abría los mails y me encontraba un “te amo, Miky”. En cambio, yo nunca te he dicho que te amaba Babi.

—Siempre lo supe. Si no me amaras no habrías dejado las reuniones con mi padre para venir a rescatarme. Este era el último encuentro y me elegiste a mí. La fórmula es tuya, Miky, él te la pensaba dar porque habías dejado todo por mí.

—No me interesa la fórmula, Babi, solo te quiero a ti y una casa llena con nuestra propia tribu.

Mirando desde un hotel de montañas el cielo despejado, Miky se sintió poderoso. Había alcanzado el mayor logro de su vida y sería un hombre recordado. La luna se alzaba en el cielo y las estrellas brillaban para recordarle cuán

majestuoso era todo lo que acababa de conseguir.

Ana quedó helada. Alex le estaba dando el final de la trilogía y realmente sucedía en el Aconcagua. Un final inesperado para todos los hombres que deseaban ver a Miky haciendo alarde de su hombría en un bar de luces difusas con una rubia sentada sobre sus piernas mientras bebía un champán caro y fumaba un habano para demostrar su machismo. Pero Alex, sorprendería a todos con un final emotivo; el esperado por las mujeres.

¿Por qué lo habría hecho?

Ana había supuesto que terminaría de una forma trágica para los protagonistas, porque Miky no llegaría a tiempo para rescatarla y Babi moriría en el Aconcagua. Era su propio final que nada tenía

que ver con el que había elegido Alex.

Sonrió, sin saber que desde una mesa oculto entre unos escaladores Alex la observaba con ternura.

Abrió el otro *mail* que también se dirigía a ella como mi adorada lectora, y comenzó a leerlo concentrada en cada palabra que él había escrito.

Mi adorada lectora: mi amada Ana, tan parecida a la dulce y generosa Babi.

Si supieras quién me influyó para hacer ese final creo que esbozarías una sonrisa, y si pudiera verla yo sería capaz de traspasar el monitor para comerte con un beso que te dejaría sin aire. Te juro que te sentirías tan mareada y falta de aire como si realmente hubieras emprendido la aventura de trepar el Aconcagua.

Espero que hayas recapacitado con esa locura que pensabas cometer porque tú, mi Ana, no estás

preparada para semejante hazaña. Ya has leído lo que le pasó a Babi. Bueno, vayamos al punto que nos interesa.

Sucedo que el final ya estaba más o menos perfilado, solo faltaba escribirlo, pero el día que me levanté para atacar el final de la misma forma que Babi pensaba atacar la cumbre, me encontré con un mensaje de mi asistente en el celular.

Tenía ganas de matar a María porque me borró de la mente el final que había soñado.

Ella me decía, “jefe abra el mail que he conocido a Ana, es tan dulce como Babi”, o algo así.

Lógico que esta información influyó en el momento de terminar la novela, no mi asistente, sino tú, mi querida. Te metiste dentro de mí y me hiciste volcar mis sentimientos en ese final tan

femenino.

Al leerlo sentí que no había podido rescatar a Miky en su hombría egoísta. Yo quería que fuera un héroe. Pero ahora que entiendo la magnitud de la hazaña que acometió para salvar a Babi sé que le di un final heroico, justo el que Miky necesitaba para mantener intacto el machismo.

No sé qué opinarás, ¿estarás sonriendo?, ¿te estarás burlando de mis debilidades?, ¿o tal vez estarás enojada?

Soy un hombre que vive de los recuerdos lindos. He intentado dejarlos de lado pero no se pueden quitar los mejores momentos de nuestras vidas. Ellos son el sostén en los momentos de tristeza y los que nos hacen levantar cada mañana para emprender un nuevo día. Es increíble que esté escribiendo estas palabras,

cuando nueve meses atrás Alex te dijo que borraras el pasado y avanzaras.

Mi querida Ana, nunca borres los buenos momentos, no hagas caso a las palabras de un hombre que se sentía vencido por las circunstancias y por la imposibilidad de salvarte de una golpiza que casi te mató. Alex era un hombre incompleto que ni siquiera pudo levantarte del piso luego de los golpes de Carlo ¿Para qué lo querías a tu lado en aquel momento si no podía ayudarte? Solo hubiera sido un estorbo en tu recuperación y en tu vida.

Además, tú, mi Ana, habías dejado todo por Alex, y él lo había permitido para no perderte, pero recapacitó y dejó su egoísmo de lado para que siguieras con tu vida. Bueno, por fin apareció ese palurdo de Alex a entrometerse en mis comentarios.

Que sepas que este mail es de Ringo, no de Alex. Sería capaz de asesinarlo por todo lo que te ha hecho sufrir, mi querida Ana.

Por otro lado, tengo que confesarte que me has hecho sentir bastante estúpido al no descubrir que los mails que me venían llegando espaciados desde hacía dos meses eran tuyos. Espero compensar mis errores con el amor que te tengo.

Solo tuyo, Ringo.

Ana se quedó mirando fijamente la computadora, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas ante tantas confesiones de Ringo. Le decía que ella había influido en el final de la trilogía, que había convertido a Miky prácticamente en un estúpido que por amor había perdido la hombría. Aunque según afirmaba después, había recuperado el heroísmo y la hombría al acometer la trepada a

la cima del Aconcagua para salvar a Babi.

¡Qué sabía él lo que era estar a cuatro mil trescientos metros de altura observando desde la base la cima de casi siete mil metros que debía trepar para hacer cumbre!, si debía estar sentado en el balcón de su departamento de Palermo mirando el mecer de las ramas de los árboles añejos y bebiendo una cerveza helada mientras mandaba esos *mails*.

Además, hablaba de Alex como si fueran dos personas diferentes.

Acaso la creía estúpida al intentar convencerla de que Ringo y Alex pensaban diferente. Los dos eran la misma maldita persona que nunca se arriesgaría por ella, porque Ringo solo era la sombra de Alex, un hombre cobarde que nunca emprendería ningún reto, ni el del éxito que le

estaban dando las novelas.

Pensar que ella había creído que vendría a rescatarla, no del cerro, eso era pedir demasiado; sino del ingreso al Parque, porque él no cruzaría ni el puente rudimentario del Río Horcones para sacarla de allí, en realidad, ni siquiera había intentado buscarla en la ciudad de Mendoza. Hasta se había excusado en un compromiso cuando la dejó sola en el departamento después de la noche inolvidable que compartieron juntos, seguramente para no tener que llevarla al aeropuerto porque había mucho tráfico en Buenos Aires para enfrentar semejante osadía por ella.

Estaba tan furiosa que en lugar de abrir el último *mail* se levantó de la silla y sin cerrar el correo salió del hotel refugio dispuesta a regresar sola al Campamento Base. No se iba a perder por recorrer dos kilómetros hasta las carpas, eso sería

cómico, pensó, pero no rió de su comentario, por el contrario, caminó sin dejar de derramar lágrimas al recordar que Alex pretendía arreglar todos los problemas a través de unos mensajes y sin moverse de su cómoda posición.

Atacaría esa cima para estar cerca de las estrellas y si no las alcanzaba dejaría la vida en el intento, se dijo. Ella conseguiría el único sueño posible, porque el otro, tener a Alex a su lado, ya no estaba en sus planes. Allá él con sus engaños, su indiferencia, sus traiciones y sus abandonos.

Le faltaba el aire mientras caminaba, porque la furia la hacía avanzar a pasos mucho más rápidos de lo que permitía la altura. Intentó hacer inspiraciones profundas pero no pudo. Se moriría por hacer dos malditos kilómetros hasta las carpas, pensó, y siguió avanzando con pasos largos para terminar de una vez con esa tortura que

la venía persiguiendo desde que tenía quince años.

En realidad ella venía sorteando obstáculos desde que había nacido. Al final, llegó a la conclusión que solo tuvo cinco años de dicha en lo que llevaba de vida, los cinco años que había pasado con Alex hasta que la abandonó.

Estaba sintiendo la falta de aire, pero las carpas estaban tan cerca que no podía morir antes de llegar. Entonces, como ganándole al tiempo se lanzó a correr desoyendo los síntomas del cuerpo. Tenía sed y se había dejado la mochila en el refugio. Se consoló pensando que ya llegaba, solo era un trecho corto. Allí estaban las carpas, fue su último pensamiento porque se le nubló la visión y se desmayó.

No supo que Alex venía siguiéndole los pasos, que la alzó y la llevó para que la asistieran los

médicos, que se quedó con ella hasta que le hicieron los controles y le aseguraron que todo estaba en orden y que solo había sido un desmayo por haber forzado el cuerpo en la caminata.

Tampoco supo que Alex había pedido un helicóptero para que la bajaran del cerro, ni que se lo habían negado porque su vida no corría peligro.

Cuando Ana despertó, Benito le sostenía la mano y le acariciaba el cabello para calmarla.

—Qué idea la tuya, salir corriendo cuando no estás acostumbrada a la altura —dijo Benito, y le sonrió para tranquilizarla—. Todo está bien, no tienes ningún problema y no te van a negar el permiso para subir a los campamentos de altura. ¿Cómo te sientes?

—Bien, ni siquiera tengo náuseas.

—¿Por qué te fuiste sola? Daniel está furioso porque te podrías haber perdido.

—Ya voy a disculparme. ¿Cuándo subimos a Plaza Canadá?

—Mañana, solo para aclimatarnos. Esto requiere de paciencia si queremos llegar a la cima. Te dejaste el correo abierto —Al ver que Ana lo miraba preocupada, le aclaró—. Yo te lo cerré, no quería que alguien se pusiera a husmear en tus asuntos.

—¿Y tú?, seguro que leíste algo.

—No, solo supuse que debían ser de ese muchacho que te hace brillar los ojos. Está vez te hizo llorar —dijo Benito.

Ana cerró los ojos para que no viera la tristeza que sentía al haber leído tantas confesiones, que no eran más que letras escritas en la comodidad del departamento de Alex.

Si tanto la quería debería estar allí diciéndole todas esas palabras que había escrito y que a

través del correo estaban vacías de emociones porque no podía verle, el gesto de dolor, el arrepentimiento en el brillo de los ojos, ni el amor que le profesaba. Todo eso se podía disimular, en cambio, los gestos eran los únicos que podían hablar con la verdad.

Él nunca había hablado con ella de todo lo ocurrido a pesar de que había tenido oportunidades para hacerlo.

Por eso no creía en esos mensajes cargados de sentimientos que solo eran palabras escritas. Ella perdonaba todo pero para ello necesitaba verle el rostro cuando le dijera: “lo siento, cometí muchos errores contigo, mi Ana”.

Un “te amo” escrito no era lo mismo que un “te amo” dicho mientras la miraba a los ojos para que pudiera leer en ellos ese amor que le juraba con

las palabras.

Mañana irían a Plaza Canadá, el primer campamento de altura, ya faltaba poco para que todo terminara. No estaba disfrutando el viaje, en realidad estaba desesperada por acabar con lo que había creído sería una aventura y ahora veía como una pesadilla para alcanzar un sueño inalcanzable, porque cuando estuviera arriba no podría tocar las estrellas.

CAPÍTULO 21

A un día de alcanzar la cima, Ana supo que no estaba preparada para el ascenso. Solo había dormido bien el día en que llegaron a Plaza de Mulas, porque después de leer los mensajes de Alex no había podido descansar ni una hora seguida.

Las palabras escritas por Alex rondaban por su mente, la perseguían y la agobiaban. Por momentos sentía que lo amaba por esa confesión en la que le contaba, por intermedio del escritor, que Alex se había sentido impotente al no haber podido defenderla de la golpiza de Carlo.

Pero todo el amor se diluía al saber que esa confesión la había hecho desde la comodidad de

su departamento mientras sabía que ella estaba escalando el Aconcagua.

De qué servía su amor si no había sido capaz de viajar a Mendoza para sacarla del Parque.

Por otro lado, le había regalado algo tan reservado como era el final de la trilogía para que supiera que había volcado sus sentimientos por ella en ese final. El problema era que él no estaba como Miky arriesgando la vida en el cerro para rescatar a Babi.

Alex no sabía lo que era estar en el cerro, solo se lo imaginaba.

A sus propias idas y venidas sobre lo acontecido el día anterior, tenía que agregarle que el grupo estaba bastante disperso porque Lorelei era una mujer insoportable.

La alemana había querido hacer cumbre al día siguiente de la llegada, y como el guía se había

negado todos habían tenido que soportar sus exabruptos, que seguramente debían ser insultos en alemán. Daniel entendía sus palabras pero no las traducía.

Por las noches Lorelei no dormía, y como Ana se despertaba pensando en los mensajes de Alex, tampoco dormía. Tres noches en vela por culpa de sus pensamientos contradictorios le habían permitido escuchar el llanto de Lorelei y sus palabras en alemán. La había visto abrir la mochila y sacar un mapa de ruta que la hacía llorar con una angustia que desgarraba el corazón.

Ana había dejado de pensar en sus propios problemas porque sentía pena por Lorelei, pero no sabía cómo consolarla hablando idiomas diferentes. Entonces, decidió hablar en español a pesar de que suponía que no la entendería. Algo tenía que hacer por esa pobre mujer histérica que,

por lo que dejaba ver, no había venido ilusionada por hacer cumbre en el cerro. Bueno, ella tampoco estaba tan entusiasmada por alcanzar la cumbre después de leer los mensajes de Alex.

—Sé que no vas a entenderme, Lorelei, pero quiero que sepas que me gustaría ayudarte —dijo Ana. Lorelei levantó la vista del mapa para mirar a Ana con los ojos embebidos en lágrimas.

—Sí, te entiendo —dijo en un castellano prolijo aunque con acento extraño—. Entiendo que ustedes vienen por sueños altruistas. Pero yo solo vengo a visitar a mi esposo.

—¿Tú hablas español?, y por qué nunca...

—No he venido a hablar con nadie, solo a estar con él —dijo Lorelei mientras señalaba una foto que tenía adherida al mapa que miraba todas las noches.

Era un muchacho rubio y parecía diez años más joven que Lorelei. Entonces Ana rememoró sus palabras: “he venido a visitar a mi esposo, a estar con él”, y comprendió que el esposo de Lorelei debía ser uno de los tantos hombres que se había cobrado el cerro.

Más de cien personas muertas en el Aconcagua y algunos de ellos aún seguían allí, conservándose intactos por las bajas temperaturas. Seguramente, uno de esos hombres cuyo cuerpo nunca había sido rescatado sería el esposo de Lorelei.

—¡Oh, Lorelei! ¡Cuánto has sufrido sola! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Hubiéramos hablado y...

—No he venido a dar lástima, he venido a despedirme. Hace nueve años que está acá y como no me dieron el cuerpo aún lo estoy esperando. ¿Sabes? él pensaba hacer esta ruta —Le mostró el

mapa que guardaba con tanto recelo, y Ana vio que el esposo de Lorelei había trazado líneas sobre la ruta normal, la que hacía la mayoría de los escaladores porque era la más fácil, la misma que estaban haciendo ellos. Pero el esposo de Lorelei, en Nido de Cóndores -el refugio donde estaban en ese momento a cinco mil quinientos metros de altura- había abandonado la ruta normal para emprender lo que se llama la ruta directa de Los Polacos.

Por lo que Ana había escuchado la ruta de Los Polacos era una travesía complicada por la nieve que en algunos tramos el frío intenso convertía en hielo. Se necesitaba de crampones en las botas y una piqueta que se clavaba en el terreno resbaladizo, inclusive era conveniente ir amarrados a cuerdas. Si bien las pendientes no

eran tan pronunciadas como en la pared sur, que se escalaba en vertical, un resbalón podía causar la muerte.

—¿No estarás pensando seguir su ruta? — preguntó Ana preocupada.

—Sé que no puedo, sé que no puedo ni siquiera llegar a la cima por la ruta normal que usan los inexpertos como nosotros. No me siento bien, todo el tiempo estoy descompuesta. No puedo llegar a la cumbre. Sabes, venía dispuesta a morir para acabar con mi sufrimiento, pero ahora que veo la muerte de cerca preferiría regresar. No he podido continuar mi vida porque no me he despedido de él.

Dos mujeres sufriendo por hombres, pensó Ana mientras analizaba las distintas situaciones de las dos. Ella furiosa porque Alex le declaraba su amor por medio de mensajes en el correo electrónico.

Mientras que Lorelei lloraba desconsolada al no tener un esposo que le declarara un amor enorme por mensajes, porque yacía muerto desde hacía nueve años en algún lugar del cerro. ¡Qué tonta al no apreciar lo que tenía!, pensó mientras miraba un verdadero sufrimiento frente a ella.

Solo se aprecia lo que se tiene cuando la muerte acaba con los sueños, se dijo Ana.

Lorelei ya no tenía sueños, solo le quedaba la necesidad de acabar con nueve años de sufrimiento y dar por finalizada una espera inútil. Por eso estaba allí, porque necesitaba decirle adiós en el lugar donde descansaba su cuerpo.

—Yo creo que él querría que regresaras. Y si su espíritu está en algún lado de este cerro, se debe sentir orgulloso de ti.

—Siempre me dijo que era una cobarde porque no lo acompañaba. Quería demostrarle que no lo

era, pero es tan grande mi miedo a la altura y a quedar acá como él, que tengo que reconocer que Johnny tenía razón —dijo Lorelei, asumiendo por primera vez el miedo que disimulaba con bravuconadas para que sus compañeros no la creyeran cobarde—. Has esa cumbre, Ana, y piensa en Johnny cuando llegues. Dile que lo intenté.

—No eres una cobarde, has llegado hasta Nido de Cóndores. No soy yo la que debe hablar con Johnny, sino tú. Tampoco tienes que llegar a la cima, ya estás en el cerro, que es donde está él. Dile que has venido a despedirte y déjalo ir. Él está donde eligió estar, Lorelei. Este no es tu sitio, pero quizás sí es el que Johnny eligió. Déjalo aquí y recuérdalo haciendo lo que le gustaba. Hay una vida afuera del cerro esperándote.

—Sí, hay alguien que me espera, pero no podía comenzar de nuevo porque necesitaba despedirme de Johnny. Solo estuvimos casados un año y siento que el cerro me quitó muchos sueños que pensábamos emprender juntos. Ataca esa cumbre por mí, Ana. Eres una buena persona y siento mucho por todo lo que te he hecho pasar. Yo solo me enojaba contigo porque quería llegar rápido para poder irme de acá. Nunca voy a olvidar tus palabras —dijo Lorelei mientras salía de la carpa cargando su mochila.

Ana salió de la carpa y la vio alejarse unos metros. Su rostro observaba el cerro, y supuso que se estaría despidiendo de su esposo. Al poco tiempo un ayudante de Daniel descendía con ella.

La mañana era fría. Ponerse la ropa de alta montaña era todo un reto.

¡Lo que sería alcanzar la cumbre! pensó Ana al sentir que le faltaba el aire y las fuerzas hasta para ponerse las botas de altura. Botas dobles con la parte externa de plástico para evitar que se le mojaran los pies cuando caminara por la nieve. Mucha gente había perdido las manos y los pies por congelamiento, y la ropa térmica y aislante era fundamental para conservar la vida.

Por la noche habían soportado temperaturas inferiores a los quince grados bajo cero. Los vientos sacudían la carpa y por momentos Ana pensaba que ella y la carpa saldrían volando a la cima.

No estaría mal alcanzar tan fácil el techo de occidente, seguramente batiría algún récord. Pero ese pensamiento algo cómico era el único que había tenido, porque el resto de la noche solo un

tema recurrente había rondado en su cabeza. El miedo que tenía de morir en el cerro y quedar allí perdida por años como Johnny, congelada sin que nadie pudiera bajarla, mientras Alex lamentaba durante nueve años su pérdida, o tal vez sentiría culpa al no haber cumplido su promesa de sacarla de allí.

Ana estaba inmersa en una tristeza que le dificultaba respirar, y eso que la falta de aire se había convertido en algo habitual para ella. Pero ese nudo que tenía en la garganta era por lo que le había contado Lorelei.

Pensar que ella hacía trece años que soñaba con tener a Alex en su vida, mientras que Lorelei llevaba nueve pensando en un hombre que estaba muerto en el cerro, congelado en algún lugar de esa inmensidad sin que nadie hubiera podido rescatar su cuerpo.

Cómo entendía, el miedo de Lorelei a dormir en la litera del refugio de Los Penitentes, las miradas de reojo al Río Horcones cuando cruzaban el puente que había cruzado Brad Pitt, la dificultad que había tenido al escalar Cuesta Brava. Todos esos síntomas eran porque sufría de vértigo, por eso nunca había acompañado a su esposo en las escaladas. Ese miedo que se transformaba en desesperación, en insultos, en la imperiosa necesidad de llegar a la cumbre para bajar lo antes posible, porque cada día que se demoraban era un día más de pánico que debía soportar.

Pensó en Alex, su amor por él desde que era una niña, su intención de dejar todo para tenerlo, su mayor sueño, su imposible. Pensó en los mensajes cargados de amor que le había enviado. En el final de la trilogía repleta de sentimientos porque había estado pensando en ella. En el

rechazo de ella a ese amor porque él no estaba en el cerro como Miky, porque no había emprendido un viaje para sacarla de allí como había dicho en esos *mails* desesperados que le había mandado cuando ella estaba en la ciudad de Mendoza. Y comprendió que solo había una imposibilidad para hacer realidad los sueños: la muerte.

Esa muerte que le seguía los pasos mientras caminaba hasta el refugio Berlín, que sería la última parada antes de hacer cumbre en el techo de occidente.

No encontraba el aire, era como si el poco oxígeno que había se lo estuvieran consumiendo los escaladores que trepaban con muchas más energías que ella. Se había hecho el control médico y estaba dentro de los límites, por eso le habían permitido el ascenso, pero ella no se sentía

dentro de esos límites. ¿Sería la falta de entusiasmo lo que la tenía vencida?

Todos hablaban de sacarse fotos, rezar en la cima, extender las manos al cielo para sentirse poderosos, cantarle a la madre tierra, llorar mientras pensaban en sus seres queridos que los aguardaban en el ingreso al Parque o en sus casas.

Mientras que ella, a pesar del amor que le había confesado Alex, estaba sola en el cerro, tan sola que ni siquiera quería recordar a su familia para no llorar en el camino. Lloraría en la cumbre, se dijo, aunque los ojos se le llenaban de lágrimas al saber que la única persona que sabía que estaba allí no había hecho nada para detenerla, solo decirle que la amaba. Pero eso no era suficiente.

Arriba solo seré yo y las estrellas que siempre han estado cuidando de mí, aunque dudo que las vea porque me han dicho que es muy difícil hacer

cumbre de noche. Igual las iré observando, se dijo mientras caía exhausta sobre el terreno pedregoso de Berlín. Un refugio deteriorado, pero que se seguía usando porque los mantenía a resguardo de las inclemencias y posibles avalanchas.

Los porteadores que los acompañaban en la travesía ya habían armado las carpas y ella dormiría con Benito, ese hombre que era como un padre en esas soledades donde no tenía brazos conocidos para sentirse protegida.

Tanta necesidad de protección era la herencia que le había dejado Lily, quien la había encerrado y atado en el ático del bar para que no bajara de noche a la habitación. Soportó esa tortura cada noche desde los tres hasta los cinco años. Ahora podía comprender que Lily había querido mantenerla alejada de su profesión de prostituta,

de los hombres que la visitaban en el cuarto que deberían haber compartido las dos. Pero por aquella época ella era muy niña, demasiado niña para considerarlo una protección y se sentía aterrada al quedar sola, atada e indefensa en ese lugar oscuro y cerrado.

Pero un día se atrevió a abrir los ojos y vio que en una ventanita en el techo había luces que titilaban para ella: las estrellas. Eran muy pocas las que se veían pero brillaban cada noche para ella, para ayudarla a vencer el miedo al encierro y a la oscuridad.

A los seis años había aprendido a alejarse del bar para evitar que Lily la encerrara en el ático, y dormía en un establo abandonado al arrullo del canto de los grillos y con la luz de las estrellas.

¡Cómo no las iba a querer! si habían sido la

única esperanza de vida para una niña insegura que creía cada noche que moriría de miedo.

Esa noche, Benito y ella habían ido a buscar agua. Era nieve limpia que traían en bolsas y derretían para llenar las botellas que necesitarían durante la larga y difícil travesía hacia la cumbre.

Ana estaba cansada, vencida y sin fuerzas para alcanzar la cima.

—No estás bien para el ascenso, Ana —dijo Benito, estaba preocupado por ella desde que habían salido de Plaza de Mulas. No se la veía en buena forma para la etapa final. Le faltaba la adrenalina que daba el deseo de hacer cumbre. No creía que Ana lo consiguiera, y tenía temor por su salud porque ella estaba agotada y aún no habían pasado lo peor.

—El examen me da bien —dijo Ana, sin mucha emoción.

—¿Y el entusiasmo, también te da bien?

—No hacer cumbre de noche me ha desilusionado. Mi sueño era estar cerca de las estrellas —dijo Ana que dejaba ver una parte de su problema, porque había guardado dentro de ella lo que la tenía realmente decepcionada.

Alex le había mandado unos *mails* diciéndole que la amaba, pero no había estado en el ingreso del Parque para sacarla de allí como le había prometido, y eso le causaba más desilusión que no ascender de noche como ella había querido.

—Bueno, tengo que contarte que Daniel ha decidido salir a las dos de la mañana. Quiere regresar temprano porque el pronóstico para la tarde no es muy alentador. Lo vamos a intentar de noche. Quién te dice que tal vez lleguemos a ver los últimos destellos de tus estrellas —Benito sonrió al ver un brillo de esperanza en los ojos de

Ana—. Duerme que hay que estar descansado para poder lograrlo.

Ana le sonrió porque esas palabras le dieron un poco del ánimo que le faltaba.

Los sueños son los que nos hacen alcanzar la cima, le había dicho Benito en Plaza de Mulas, y él acababa de regalarle uno para que lograra el ascenso. Subirían de noche, y ella por fin podría hacer realidad uno de sus sueños.

CAPÍTULO 22

Si lograba subsistir y alguna vez alguien le pedía que relatara su peor experiencia de vida, sin dudarlo diría: alcanzar la cima del Aconcagua. La muerte estaba al acecho, persiguiéndola a cada paso que avanzaba. Ya no había fuerzas, tampoco sueños, solo esperar que el cerro se cobrara una vida más, la de ella.

Las estrellas, sus protectoras incondicionales, brillaban en el cielo y ni siquiera las veía con nitidez. A veces levantaba la vista para intentar sentir la emoción de estar alcanzando un sueño, ¡qué lejano estaba!

Los vientos del Pacífico arreciaban, empujaban, hacían perder el equilibrio. No tenía

aire y por momentos creía que las piedras eran personas mirando su agonía.

Iba última en la larga caminata que el grupo había emprendido hacia la cima, trepando el sitio denominado Portezuelo del Viento. Ya se había caído tres veces y tenía ganas de quedarse allí, dormirse y dejar que todo terminara en un sueño eterno donde ella por fin alcanzaba las estrellas.

Nunca creyó que la muerte perseguía a la gente, pero ahora la tenía detrás, siguiéndola a pasos rápidos, como si cada vez la tuviera más cerca. Ya la alcanzaba.

Necesitaba tomar agua para intentar recuperarse. Quiso alcanzar la botella que tenía en el bolsillo de la mochila pero los brazos no le respondían. Se dejó caer de rodillas. Se sintió vencida y comprendió que a pesar de tener el permiso de ascenso y los exámenes aptos para la

trepada, a ella le faltaba la fuerza que solo daba la ilusión de alcanzar un sueño.

La última parte se sube con los ojos mirando la cima, la cabeza pensando en la cumbre y la emoción de saber que estamos logrando el objetivo; porque el cuerpo ya no tiene restos para avanzar el poco trecho que nos queda; eso decían los hombres y mujeres que iban a conquistar el cerro.

Dos manos fuertes la alzaron del suelo. Creyó que nadie venía tras ella, pero como por momentos perdía la conciencia, tal vez Benito la venía protegiendo. No, Benito estaba delante de ella, y ya no sabía dónde estaba el grupo, no lo veía. Estaba sola: ella y el cerro.

El terror le hizo ver personas que saltaban delante de ella dándole ánimo. Estaba alucinando. Miró el cielo y solo divisó una mancha con apenas

unos brillos. Respiraba con dificultad, aunque sabía que era por el miedo que traicionaba al cuerpo, lo dominaba impidiéndole actuar con serenidad.

Esa mano salvadora que la había alzado le puso una botella de agua en los labios. Bebió sin ganas, solo porque el resto de conciencia que le quedaba le decía que tenía que hidratarse para mantenerse viva. Luego sintió el sabor dulce de un terrón de azúcar, y más líquido que debía tener algo de sales porque no era agua.

Ella no hacía nada por vivir o morir, era como si no estuviera participando en lo que esa persona que estaba tras ella hacía para recuperarla.

A esas alturas se deja de apreciar la vida, es más fácil vencerse que seguir viviendo, cuesta menos esfuerzo.

—Déjame morir —alcanzó a decir con una voz que era apenas un susurro.

—No he venido hasta aquí para dejarte morir —dijo Alex, que la acercó a él para rodearla con sus brazos.

Ana sintió la presencia de Alex, los brazos queridos que le rodeaban la cintura, el sueño de tenerlo junto a ella y que había sido la esperanza que la mantuvo viva durante trece años. Pero ya no tenía fuerzas para tratar de alcanzar el mayor sueño de su vida: su Alex.

Cerró los ojos y sintió que el fin se acercaba. Respiraba con dificultad, no había aire. El viento la golpeaba, la empujaba hacia los lados.

Alex la enderezó y la obligó a caminar, un paso, una parada, otro paso, otra parada, agua, su brazo protector rodeándole la cintura para equilibrarla.

Algo superior a la fuerza física la hacía avanzar, sería la adrenalina extra que tenían los andinistas cuando veían la cumbre, adrenalina que no había tenido Ana porque para ella la cumbre ya no era su sueño.

Sintió que Alex le susurraba en el oído palabras que nunca había escuchado, quizás el último *mail* que ella se había negado a abrir.

—El día que llegaste a casa eras una niña altanera. Toda rota, pensé cuando te vi, pero con la altivez de una reina. Tenías la manito derecha en la cadera, las piernas separadas y mirabas con la frente en alto. Me reí porque estabas hecha un asco, mi amor, con esos pantaloncitos estirados, los calcetines caídos y la camiseta sucia. Pero eras tan bonita y agrandada que me conquistaste el corazón. ¿Quieres agua? —dijo Alex

interrumpiendo las palabras porque sintió que ella detenía la marcha aunque no giraba para mirarlo —. O quizás un caramelo para recuperar los hidratos que te están faltando para hacer cumbre.

—Me siento mal —susurró Ana, y Alex sintió su respiración jadeante.

—¡No Ana!, tú estás bien, tus exámenes estaban bien. No permitas que el miedo te venza —dijo Alex, y la giró para ver el estado de su Ana.

Ella estaba pálida, sumida en una letanía, con la respiración entrecortada y el cuerpo flojo; pero a pesar de las dificultades le sonrió.

—Mira, Alex, las estrellas... en todo su esplendor —dijo Ana levantando apenas los ojos al cielo—. Las he alcanzado. He alcanzado mi sueño y tú..., tú estás aquí, Alex —No podía respirar, entonces Alex comprendió que ella realmente no estaba bien.

Gritó llamando a los guías o a cualquiera que estuviera cerca para que acudieran a socorrerlos.

Todo fue muy rápido, los escaladores arribaron dispuestos a hidratarla para que se recuperara de lo que llamaban el mal de montaña, y el guía del grupo de Alex le controló los signos vitales que estaban bien, aunque no en óptimas condiciones.

Alex, desesperado, la alzaba para apretarla en sus brazos, la acunaba para que se sintiera protegida y le hablaba mientras ella de a poco iba recomponiendo su mal de altura.

—Es conveniente que no siga escalando, Alex —sugirió Mauro, el guía del grupo de Alex, que venía tras ellos.

Ana no había sido abandonada por su grupo, sino que en la última etapa Alex había informado de que ella ascendería delante de su grupo. Todo estaba establecido con anterioridad aunque Ana

era la única que no lo sabía.

—Alex, ¿por qué no me sigues contando la historia?

—No aquí, mi amor, no aquí. Vamos a bajarte, Ana, ¿crees que puedas ayudar dando un paso y descansando?

—Quiero esa cima, Alex. Quiero esa cima. No he caminado durante siete días para quedarme sin alcanzar el techo de occidente.

—¿Para qué Ana? ¿para morir en el intento como le ha pasado a otros? ¿Para eso?

—Ellas me esperan, Alex, se los prometí a los cinco años. No entiendes que debo cumplir mi promesa.

—No, Ana. Tú estás acá porque te enteraste de que yo terminaba la trilogía en este lugar. No has venido por las estrellas, has venido por mí. Por

mí, Ana querida, solo por mí.

—Déjame intentarlo, Alex, es mi sueño —dijo Ana mientras seguía bebiendo para continuar escalando, aunque sabía que no tenía fuerzas para hacerlo.

Pero ella había venido para eso y a esa altura su razonamiento no era demasiado coherente como para comprender que estaba dejando la vida en el cerro. No se acordaba del miedo que había sentido cuando Lorelei le contó que el cuerpo de Johnny llevaba allí nueve años perdido y congelado en alguna parte. Solo había un objetivo delante de ella: las estrellas.

Alex detuvo la marcha y la giró para que ella lo mirara. Entonces, con los ojos cargados de lágrimas, le dijo.

—Yo soy tu sueño, no ese cerro. Yo soy tu sueño. Te amo desde que eras una niña, por eso te

dejé, porque cuando te abrazaba en el establo para protegerte tenía otros sentimientos. Porque no podía tocarte y amarte como quería. Tú eras una niña que crecía entre mis brazos y eras la hija de Mario, el hombre que me crió como un padre. Por eso me fui, Ana.

—Si serás tonto, Alex, todos estos años... — dijo Ana indignada al escuchar lo que llevaba años esperando, esas palabras dichas por él con los ojos llenos de lágrimas.

Giró y comenzó a trepar con dificultad, un paso, una detenida, un paso, una detenida.

—Ana, maldición, si no paras juro que voy a elevarte del piso para bajarte de este cerro.

—Ellas me esperan. Allí está, Alex, la cima; solo unos pasos más y ya puedo despedirme de las estrellas. Además, le prometí a Lorelei que llegaría.

—¡Qué mierda me importa Lorelei!, yo te quiero para mí... viva... Ana —Al ver que ella seguía avanzando comenzó a hablar de forma atolondrada, pero no le importó si eso la hacía desistir de avanzar hacia la cima—. Me fui para tratar de olvidarte y nunca pude sacarte de mis recuerdos. Hasta compré una casa de diseños para ti, para que cumplieras tus sueños, pero tú no la quisiste. Era tuya, Ana, solo tuya, pero no me quisiste escuchar y creíste que quería competir contigo. Nunca he diseñado nada, nunca, no sé ni cómo se marcan unas líneas en el papel.

Ana giró para mirarlo mientras recordaba que María le había dicho que había vendido parte de los campos que había heredado de sus padres para comprar la fábrica.

¿Para ella?, ¿la había comprado para ella?

Sentía la respiración entrecortada, no solo por culpa de la altura sino debido a la emoción que le causaban las palabras de Alex.

El viento los sacudía, ella se tambaleaba pero se mantenía en pie a fuerza de ilusión.

Y esas palabras atolondradas y mal ordenadas la sacudieron y comprendió que a veces, lo que uno imagina no tiene nada que ver con la realidad.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida.

—Sí, era para ti, pero no quisiste hablar conmigo. Entonces, me enfurecí y contraté diseñadores para competir contigo. Llegué hasta el extremo de casarme con Mariana pensando que así te quitaría de mis pensamientos. Pero nunca pude hacerlo. Por las noches miraba las estrellas y sabía que estábamos unidos porque tú también las estarías mirando. No sabía que me amabas, solo me enteré cuando me despertaste de la

inconsciencia con ese dulce y placentero beso — Al ver que Ana lo miraba perpleja, le aclaró—. ¿No lo sabías? No, claro que no lo sabías, si nunca te lo dije. Ana, por favor, perdóname por el dolor que te he causado. Por favor, regresa a mí. Déjame abrazarte por las noches, acariciarte como siempre he querido. Déjame amarte con toda la pasión que sentía cuando tú eras tan joven que te desarrollabas en mis brazos mientras te abrazaba en el establo. No escales más, ven a mí.

“No escales más”. Si había venido para eso, para alcanzar las estrellas.

Ana solo lo miró unos escasos momentos antes de girarse para ver la cumbre. No faltaba mucho. Solo Las Canaletas y el Filo del Guanaco que era el último tramo de roca suelta y nieve, que se subía a puro empuje porque se avanzaba un paso y había que parar para recuperar el aire porque las

piernas ya no querían avanzar pero la emoción hacía el esfuerzo que le faltaba al cuerpo para llegar.

Ella ahora tenía la emoción y la adrenalina que hacía falta para lograr la cima. Alex se la acababa de dar con sus palabras y esa mirada cargada de amor que le dedicaba mientras le contaba por qué la había abandonado.

¡Qué cielo! se dijo mirando más allá de la cima, eran muchas más estrellas de las que veía en el campo. Estaba descubriendo millones más de las que había visto en su vida, o eso le parecía por la imponencia del paisaje, la altura y la ilusión.

—Vamos a casa, Ana, hay una vida esperándonos afuera.

Las mismas palabras que ella le había dicho a Lorelie, las mismas que Alex le decía para tratar

de convencerla que bajara. Pero estaba tan cerca del techo, si hasta lo veía, allí estaban las estrellas esperándola.

—Alex, ellas me esperan. Se los prometí a los cinco años —dijo Ana parada mirando el techo de occidente.

—Bien, si mueres en el intento yo me iré contigo, porque mi vida sin ti no tiene sentido — Se acercó a Ana para que ella descubriera en sus ojos la verdad de esas palabras.

—¿Harías eso por mí, Alex? —dijo Ana confirmando en la mirada de Alex ese amor que le había declarado en los *mails*, tan real que su orgulloso Alex se veía vencido y con los ojos cargados de emoción ante esa decisión que los mantendría juntos, pero más allá de la vida.

—Haría eso por ti y todo lo que desde ahora me pidas. Pero preferiría que nos fuéramos a casa.

Tu casa, mi Ana, con una habitación decorada a tu gusto que nunca ha sido usada porque está esperando por ti.

—Tú no entiendes, se los prometí a los cinco años —dijo Ana, y le dio la espalda para mirar las estrellas que brillaban en el cielo mientras con dolor le contaba sus traumas, esos que solo ella y las estrellas conocían—. Ellas fueron las que me dieron una luz de esperanza. Por las noches yo vivía encerrada y atada en un desván oscuro. Tenía terror, Alex, terror de morirme de miedo. Estuve dos años con los ojos cerrados sintiendo que cada noche era la última. Solo tenía tres años y ya sentía la muerte golpeando a la puerta cada noche. Pero a los cinco años tomé coraje y abrí los ojos. Y las vi, Alex. Las estrellas iluminaban mi oscuridad desde una pequeña ventanita. Yo creía que titilaban para mí y les hablaba de noche. Les

debo la vida, Alex.

—¡Oh, mi Ana querida!, lo siento tanto —Se moría por abrazarla pero mantenía una distancia que les permitía confesarse lo que siempre habían callado. Ella de espaldas mirando el cielo y Alex mirándola a ella que temblaba después de haber contado por fin aquella triste y dolorosa infancia que la había dejado necesitada de amor y protección.

—Por eso tengo que llegar, Alex, se los prometí.

—A los quince años solías decirme: “Cuando me muera me gustaría estar allí, Alex” —dijo Alex señalando las estrellas que brillaban en el cielo—. Y yo te tapaba la boca y te repetía que nunca más hablaras de tu muerte, entonces tú me decías, “no puedo irme porque tú estás aquí, si no estuvieras,

¿qué sentido tendría quedarme?”. Y ahora que me tienes te quieres ir.

Ana giró para mirarlo, ojos ámbar brillando emocionados al ver el azul de Alex enturbiado por las lágrimas.

—¿Te tengo?

—Siénteme tan tuyo como mía te siento yo — dijo Alex rememorando las palabras escritas en el *mail* cuando se ocultaba bajo el seudónimo de Ringo Arias.

“Siénteme tan tuyo como mía te siento yo”, qué distinto era escucharlas, pensó Ana. Sonrió y miró solo por un instante fugaz las estrellas. Y en ese momento escuchó la voz de Benito que hacía eco en la montaña: “He hecho cima y las estoy mirando para ti, Ana. Ya te has despedido de ellas a través de mí”. Y sintió como si realmente se estuviera despidiendo de los recuerdos de la infancia que la

marcaron para el resto de su vida.

Junto a ella su sueño, el más importante, la esperaba con los brazos extendidos para ofrecerle la protección que tantas veces le había brindado en la infancia.

Se acercó a él, se le colgó del cuello y le susurró.

—Cierra los ojos, Alex, y regresa al pasado. A la época en la que estábamos juntos, en la que me deseabas con toda la pasión que un hombre siente por una mujer. Ven a mí, Alex, y usa tu imaginación para amarme como querías por aquel entonces, porque yo también deseaba lo mismo que tú.

—¡Oh, mi Ana querida!, me estás regalando mi mayor sueño.

El beso de Ana los perdió en el pasado. Los dos acostados sobre la paja del establo, la manta

cubriendo sus cuerpos, las ropas sobre los tablones resecos, los dos desnudos acariciando los lugares prohibidos. Ana jadeó cuando él la acarició allí, en el lugar donde se pierde la cordura. Alex la elevó hasta la cima del cerro con solo la imaginación.

Las estrellas, testigos de la utopía que estaban compartiendo, titilaban para ellos.

Alex se puso sobre ella y la penetró, despacio, porque solo era una jovencita creciendo y desarrollándose entre sus brazos mientras dormían en el establo.

Llegaron a la cima y más allá porque alcanzaron las estrellas con las manos, jadeando por el esfuerzo, sin aire y con el solo empuje que da el haber cumplido el más grande de los sueños: estar juntos.

Se separaron y se miraron con tanta pasión que los dos comprendieron lo que había pasado. Habían hecho cumbre, habían tocado las estrellas y habían tenido lo que trece años atrás se habían negado.

—Siempre me dije que lo imposible era posible, que lo inalcanzable estaba más cerca de lo que creía y que solo era cuestión de soñar para tener. Y ahora te tengo a ti, Alex, cumpliendo mi mayor sueño, porque contigo soy capaz de alcanzar las estrellas.

Alex sonrió y se dejó caer en la nieve arrastrando a Ana con él.

—Míralas, Ana, porque la próxima vez que las veamos será desde el ventanal de nuestra casa. Tú en mis brazos mirando el cielo mientras te llevo con mis caricias a viajar cada noche de nuestras vidas más allá de las estrellas.

EPÍLOGO

Alex tomaba café un bar del pueblo Los Álamos. El aroma a azahar que desprendían los naranjos en flor y la niña que se columpiaba en la plaza lo llevó a recordar aquellas palabras de su Ana: “Más fuerte Alex, más fuerte así toco el cielo con las manos”.

La vida era un ciclo de alegrías o tristezas según como cada persona decidía vivirla, pensó Alex, y sonrió porque él por fin había apostado por la felicidad.

Habían pasado tres años desde el día que regresó con Ana del cerro Aconcagua. Los años más felices de su vida.

No había grandes cambios en Los Álamos. La avenida de seis cuadras seguía con sus palmeras

en el centro.

Sergio se había comprado un terreno en las márgenes del pueblo y estaba levantando a pulso una casa hogar para niños abandonados y un moderno taller de reparación de automóviles, porque Ana lo recomendaba a todas sus estiradas clientas sin importarle la resistencia de Sergio a codearse con gente que ni siquiera le gustaba, pero su bondad no le permitía rechazar los vehículos. Además, había descubierto que si ganaba bien podía ayudar mejor a toda esa pandilla de chicos que lo seguían a sol y a sombra. Ya no pensaba en Elena como mujer, no porque la hubiera olvidado, solo que ella era demasiado fina para amoldarse a su extraña forma de vivir, rodeado de chicos pobres y necesitados de afecto, y engrasado hasta la cabeza durante día, aunque por las noches aparecía por el bar tan impecable como si por sus

venas corriera sangre aristocrática. Elena tuvo que dejar de trabajar en la casa de diseño de Ana pues su madre se había empeinado en cederle la floristería, y ella decidió hacerse cargo para no contrariarla.

Mario y Laura, desde que se habían reconciliado estaban poco en el pueblo. Ellos estaban recuperando el tiempo que habían perdido y hacían un viaje tras otro, aunque solo se ausentaban unos pocos días porque no soportaban estar alejados de la familia. Alex sabía que no regresaban por ellos, pero no se los pensaba decir porque esa excusa le reportaba beneficios, ya que se podía escapar unos días con Ana, los dos solos, para demostrarle el inmenso amor que sentía por ella.

Ana no había logrado el techo de occidente, pero había llegado a la cima con sus diseños. Alex

la admiraba, porque esos logros no le habían robado la humildad, y porque era capaz de renunciar a todo lo que había conseguido por su familia, aunque él no se lo iba a permitir.

Si bien Alex estaba dedicado a sus campos, colaboraba con Ana en todo lo que a ella la incomodaba. Los dos iban a los desfiles, y él salía en su rescate cuando descubría que estaba abrumada por el exceso de atenciones. Una hermosa sociedad que los mantenía juntos y felices.

No había dejado su faceta de escritor. Ese escape al mundo de sus personajes lo solía atrapar durante horas, pero no había nada más lindo que acabar el trabajo, abrir la puerta del escritorio y sentir las risas en la cocina de la casa que compartía con Ana, la que había heredado de sus

padres y era la casa de Ana. Su sueño de tenerla allí ya era una realidad. Esa casa vacía durante años ahora estaba llena de vida porque Ana y sus dos hijos, la traviesa Estrella de dos años y el pequeño Leonel de seis meses, la llenaban de ruido.

Seguían teniendo a la entrometida de María, que había decidido cambiar su trabajo de asistenta por el de niñera; y a Ernesto como capataz de los campos, que se encogía de hombros cuando Alex se quejaba de que María malcriaba a sus hijos.

Mario llegó en la camioneta y estacionó junto al *Porsche* de Ana. Si en algo Ana no cedía era en no bajar el culo del *Porsche*, que se había convertido en el automóvil de los dos cuando salían sin los niños.

—Por fin decidiste aparecer —dijo Alex.

—Solo me atrasé un par de horas —dijo Mario,

y se agachó para besar a su nieto que dormía en el cochecito de bebe que Alex tenía a su lado. Como no le bastó con un beso, lo alzó, lo apretó contra su cuerpo y comenzó a contarle lo que harían mientras sus padres se iban a cometer disparates. Allí estaba el motivo de sus cortas vacaciones, esos niños que Laura y él amaban con locura.

Alex sonrió feliz al ver el amor que recibían sus hijos. Mario y Laura habían sido los mejores padres para ellos, y ahora eran los mejores abuelos para sus hijos.

—Ni me digas lo que han estado haciendo con Laura en esas dos horas —dijo Alex, y Mario sonrió cómplice.

—¿A qué cumbre piensas llevar a mi hija esta vez? —dijo Mario algo preocupado, porque desde que se habían casado ya habían escalado varios cerros y cada vez se arriesgaban más.

—Aún no lo he decidido. Ya te informaré con un mensaje de texto —dijo Alex, y sonrió pensando en la cantidad de cimas que le había dado a su Ana desde que era su esposa.

—Ustedes están locos. Tienen dos hijos. Ya es hora de que sienten cabeza —dijo Mario.

—No te hagas problema. Ya estamos acostumbrados a los síntomas de la altura y... nos da placer alcanzar cimas —dijo Alex echado en la silla. Sabía que sus escapadas con Ana ponían nervioso a Mario, pero bueno, para eso estaban los padres, se dijo—. En unos días estamos de vuelta —dijo para tranquilizarlo.

Alex miró hacia la plaza, allí estaba su niña hermosa tocando el cielo con las manos mientras su Ana la columpiaba. Tan parecida a la madre, con su cabello color miel flotando al viento, que

sentía que el corazón le iba a explotar de amor.

Ana detuvo el columpio de Estrella y se acercó con la niña de la mano hasta la mesa del bar donde estaba su familia.

La niña al ver a su abuelo corrió a sus brazos.

—Hola mi princesa. Tu abuela se quedó en casa preparando el postre que te gusta —dijo Mario— Por qué no le cuentas al abuelo cuántos años tienes hoy —sonrió mientras esperaba la respuesta de su nieta, que le hacía recordar a su hija.

—Dos, pedo padesco de cuato —dijo la niña en su media lengua.

Alex miró a Ana, y los dos se echaron a reír.

—¿Cuándo le enseñaste esto, Mario? —preguntó Ana.

—No se lo enseñé. Ella solita me lo confesó hace unos días —comentó Mario. Sí era cierto o

no, nadie lo sabía.

—Nos ha salido tan agrandada como la madre —dijo Alex recordando la respuesta de Ana el día que llegó a la casa de su padre: “Tengo diez, pero parezco de trece”—. ¿Nos vamos?

Después de montones de abrazos, besos y recomendaciones por fin subieron al *Porsche*, que manejaba Alex porque era el único que conocía el destino al que se dirigían.

—Si mi hija tira el helado... —dijo Ana, que sabía que a Estrella siempre se le escapaba el helado de las manos.

—Le compras uno del doble de tamaño —dijo Alex, mientras arrancaba el coche.

Mario negó con la cabeza. Alex conocía tanto a Ana que siempre terminaba sus frases rememorando recuerdos.

Ana sonrió y se acercó a su marido mientras

manejaba, le acarició el muslo y le besó el cuello.

—Algunas veces lo tiraba a propósito —dijo Ana. Nunca se lo había confesado a nadie, pero él era Alex. Era tan insegura por aquella época que dejaba caer el helado para ver si Mario la retaba o le traía otro.

—Ya lo sé —dijo Alex, y la miró con ternura. Ana se ruborizó al descubrir que ya lo sabía. ¿Habría algo que Alex no supiera de ella?, no, seguro que no, se dijo Ana—. Te has cansado de poner a prueba a tu padre. Por suerte nunca te defraudo.

—Ni tú, a pesar de que sigues intentando compensarme por lo que consideras tus errores —dijo Ana, y sus caricias se hicieron más íntimas.

—Si sigues haciendo eso no vamos a llegar a destino —dijo Alex, que ya manejaba tenso con

las atenciones de su esposa.

Pero ella siguió, y él tuvo que detener el automóvil al costado de la ruta. El beso posesivo hizo sonreír a Ana, pero lo que su esposo hizo a continuación la dejó perpleja. Porque él, sin mediar palabras, le vendó los ojos mientras intensificaba el beso, que solo interrumpía para suplicarle que no tuviera miedo, que la amaba, que solo quería darle una sorpresa. Y Ana se relajó mientras avanzaban a un destino desconocido. Nunca habría permitido a nadie que le vendaran los ojos, pero ese hombre era Alex, su puerto seguro, su amor de toda la vida, su esposo, su más fiel protector, su amante, su compañero... el que le permitía despertar cada mañana con una sonrisa porque siempre estaba a su lado abrazándola como cuando la protegía en el establo. Sus traumas ya eran parte del pasado.

Luego de lo que le pareció una eternidad, aunque solo fueron unos cuantos minutos, Alex detuvo el *Porsche*, salió del automóvil, abrió la puerta del acompañante y sacó en brazos a su esposa.

Ana no escuchaba murmullos de gente, ni automóviles pasar por las calles; solo el ruido de hojas de árboles meciéndose y algún animal nocturno en la lejanía. Y supuso que Alex la había llevado a alguna cabaña aislada en el campo.

Ana se dejó llevar por las sensaciones para tratar de descubrir dónde estaban. Pero todo lo externo, absolutamente todo desapareció cuando el hombre que se había dedicado a regalarle su mayor sueño durante los tres años que llevaban casados, le quitó las prendas y la recostó desnuda sobre la cama para adorar su cuerpo como lo hacía cada noche, desde que estaban juntos, en esa

habitación que él había decorado con sus sugerencias. Pero esta no era su cama, ni su habitación. Este era un lugar extraño, con ruido de animales, aroma a lluvia y una suave brisa acariciando su cuerpo desnudo. Entonces Alex, hizo entrar huracanes de pasión en su cuerpo con besos hambrientos que parecían devorarla hasta dejarla sin aire. La misma sensación de irrealidad que había sentido en el Aconcagua se la estaba dando su marido con esa venda que le había puesto en los ojos. Privarla de la vista le permitió concentrarse solo en las sensaciones, y cuando creyó que perdería el sentido, él la penetró mientras con una mano desataba el pañuelo que le cubría los ojos.

Millones de estrellas brillaron en el cielo mientras Alex y Ana alcanzaban la cima, la más

alta que cualquier hombre era capaz de lograr. Cuando Ana miró a su alrededor descubrió por qué su esposo le había vendado los ojos para traerla. Estaban en La Fortaleza. Esa casa había quedado abandonada el día que Carlo casi la mató a golpes, pero allí no había abandono, sino un gran esfuerzo de restauración que había hecho su esposo.

—Alex, esta casa tiene recuerdos que quisiera olvidar —dijo Ana intimidada al recordar lo que había pasado.

—En esta casa te hice el amor por primera vez, mi dulce Ana. Y voy a traerte miles de veces hasta que solo tengas el recuerdo de las veces que fuiste mía en cada rincón de La Fortaleza. Esta noche y cada una de las noches que estemos aquí los dos solos, voy a sacar la cama para que mires ese cielo lleno de estrellas, y yo te voy a acariciar

hasta que sientas que estás flotando entre ellas.

—Alex... —Ana se abrazó a su esposo y lloró sobre su pecho al escuchar sus palabras.

A Alex se le anudó la garganta con el llanto de su esposa. Su intención no había sido hacerla llorar, él la quería ver sonriendo de felicidad, y se dispuso a la tarea.

—¿Everest? —preguntó Alex con una sonrisa.

A pesar de las lágrimas Ana se incorporó y arqueó las cejas.

—No, mi amor. No seas tan creído, para el Everest aún te falta práctica —dijo Ana.

Alex rió ante el comentario de su esposa, y la atrajo hacia él para darle esos abrazos apretados que solían compartir en el establo, amándose, y sintiendo la necesidad de estar juntos aunque el otro no lo supiera.

—Aconcagua —concedió Ana.

—¡Picarona! —dijo Alex con una sonrisa—. Ya le mando un mensaje a Mario para decirle que cumbre vamos a conquistar, aunque ya la hemos conquistado, pero hay que hacérselo creíble.

—¿Por qué te gusta hacerlo sufrir? —Ana río, porque Alex no perdía oportunidad de engañar a Mario.

—Después de los años que he sufrido sin tenerte por creer que lo había defraudado, no pensarás privarme de este pequeño placer —dijo Alex mientras mandaba un mensaje a Mario—. Además, me molesta que alardee de su sexto sentido, hay que bajarle un poco los humos.

—¡En el Aconcagua! ¡Laura, tus chicos están rematadamente locos! —gritó Mario mientras leía el mensaje que le acababa de llegar.

Y mientras Mario se paseaba hecho un manojito

de nervios por la casa; Alex y Ana se dedicaron cada noche de sus cortas vacaciones a la placentera tarea de hacer cumbre en el cerro y viajar más allá de las estrellas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi amiga la escritora Brianna Callum, que me ha dado buenos consejos para ciertas escenas de la novela.

Amiga, no te nombro porque sé que no lo querías. Gracias por tu incondicional apoyo.

A Mariela Heinze y Cecilia Lista, dos queridas lectoras que cuento entre mis amigas. Gracias chicas por sus valiosos aportes y por insistirme para que hiciera el epílogo. En estas páginas están sus buenos consejos.

A mi esposo que, a pesar de no ser amante del género, leyó completa la novela y me ayudó a corregir mis errores.

SINOPSIS

Un hombre y una mujer. Un gran amor. Dos vidas separadas que solo se unen por los recuerdos que se reavivan cuando cada noche aparecen las estrellas en el cielo.

Ana Marco tuvo una infancia oscura, hasta que a los cinco años descubrió que las estrellas brillaban en el cielo para calmar sus miedos y se prometió que algún día intentaría alcanzarlas. Era un sueño de niña que dejó de lado el día que conoció a Alex Alvear y empezó a soñar con tenerlo a él. Pero Alex hizo pedazos su sueño cuando la abandonó sin dar explicaciones. Desde ese momento, Ana se empeñó en olvidarlo. Trabajó sin descanso hasta triunfar como diseñadora de moda, pero ni siquiera la fama consiguió llenar el vacío de haber perdido al

único hombre al que era capaz de amar.

Doce años después, un terrible accidente los reencuentra para demostrarles que el verdadero amor no desaparece con el tiempo. Pero la vida no siempre es color de rosas: Alex es ahora su mayor competidor y está casado con una arpía ambiciosa y sin sentimientos. Lo que Ana no sabe, es que tras esa máscara de hombre exitoso se esconde un atormentado escritor que incluye en sus novelas detalles de la vida que compartieron porque, como ella, jamás pudo olvidarla.

¿Qué hará Ana frente al reencuentro? Él la ha decepcionado tantas veces que solo quiere olvidarlo. ¿Lo imposible puede ser posible? ¿Lo inalcanzable está más cerca de lo que pensamos? Tal vez Ana descubra que las estrellas están al alcance de la mano, que solo es cuestión de soñar.

BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud. En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas, y en 2012 publicó “Ríndete a mí” en el sello Amor y Aventura de Vergara.

Títulos de la autora:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti